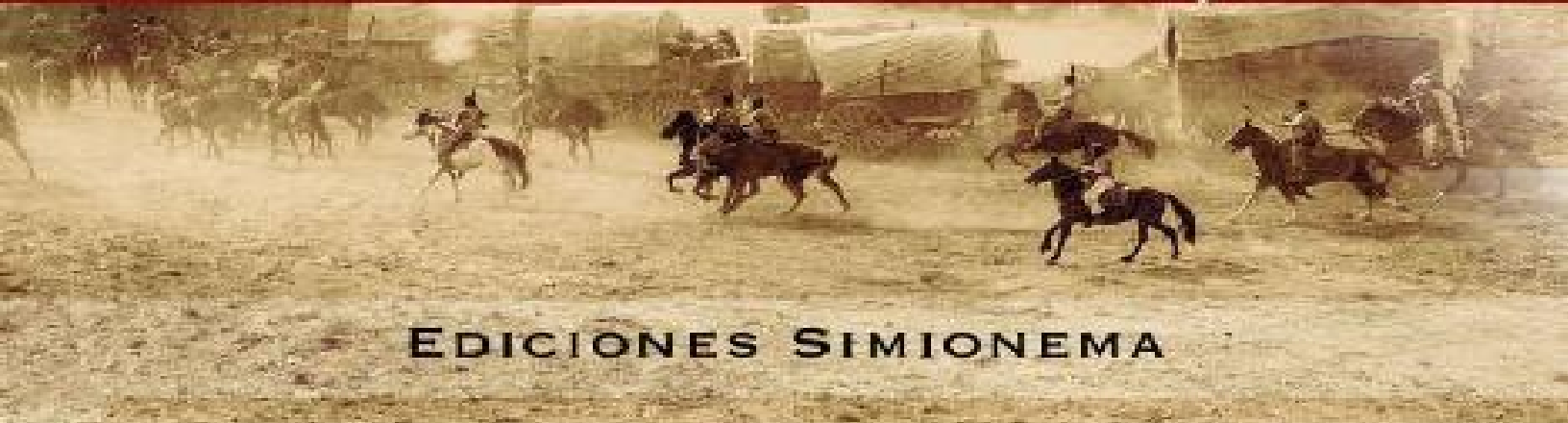


AMANECE EN EL FUERTE PATTERSON



Alexandra Martin Fynn



EDICIONES SIMIONEMA

Amanece en el fuerte Patterson

Alexandra Martin Fynn



Ediciones Simionema

1ra edición digital: Febrero, 2019
©2019 by Alexandra Martin Fynn
ISBN: 978-84-949481-5-2

Visita www.simionema.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Contacto: info@simionema.com

Diseño de portada e ilustraciones: Equipo editorial Simionema

Imágenes: Shutterstock: Everett Collection, Denis Rozhnovsky, Kathy SG; Pixabay: GDJ

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Aldo, mi compañero de vida y de aventuras.

CONTENTS

[FUERTE PATTERSON: ESTRUCTURA Y REFERENCIAS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

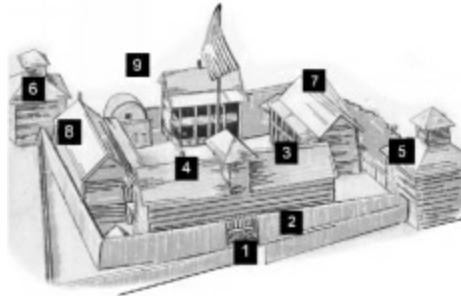
[CAPÍTULO 12](#)

[EPÍLOGO](#)

[ACERCA DE LA AUTORA](#)

[OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA](#)

FUERTE PATTERSON: ESTRUCTURA Y REFERENCIAS



- 1- Entrada
- 2- Doble empalizada
- 3- Hospital
- 4- Barraca soldados
- 5- Torreta sur
- 6- Torreta norte
- 7- Residencia del comandante
- 8- Barraca oficiales
- 9- Residencia civiles y almacenes

CAPÍTULO 1

2 de julio de 1800.

*Enfrentamiento militar en tierras americanas
durante la denominada Cuasi Guerra
entre Estados Unidos y Francia*

El capitán John Wyatt corrió hacia la primera línea de fuego, allí donde se amontonaban los cuerpos sin vida de los soldados caídos. Adivinó la presencia de la muerte siguiéndolo de cerca y se preguntó si la oscura dama, al fin, habría de reclamar su alma. La respuesta nunca llegó, pues aquel interrogante se perdió en el infernal estruendo causado por los disparos, los gritos y el estrepitoso entrec chocar de las espadas.

Los franceses habían logrado desembarcar en la costa de Delaware y, aunque aventajaban en número a los americanos, eran repelidos con fiereza por la compañía al mando de Wyatt. La playa se había convertido en una macabra alfombra roja, conforme los soldados de uno y otro bando caían sobre la arena. Era ya imposible diferenciar aliados de agresores, puesto que los colores de los uniformes apenas se distinguían, bajo capas de sangre y suciedad.

De pie en la primera línea de combate, el capitán apuntó su mosquete al grupo de enemigos que corrían hacia él y disparó. No aguardó a que la blanca humareda se disipara para comprobar si había dado en el blanco. Sabiendo que cada segundo contaba, se dispuso a recargar su arma. Sin embargo, antes de que pudiese completar el proceso recibió un brutal impacto en la cabeza y, aturdido, cayó de rodillas en la arena. Luchando por no desvanecerse, apenas

pudo distinguir a quien lo había atacado por la espalda. De pie junto a él, el soldado francés sacó la pistola de su funda y, con una calma impropia de aquel pandemónium de muerte y dolor, apuntó hacia el rostro del caído. Solo cincuenta centímetros separaban el cañón del arma de la sien de John Wyatt.

Una explosión ensordecedora reverberó en el aire cuando el galo apretó el gatillo. Pero la bala nunca abandonó la garganta de la pistola. La esfera de plomo quedó atascada en el cañón, aunque la pólvora encendida salió por el orificio del arma e impactó de lleno en el ojo y la mejilla derecha del capitán, que, sintiendo que el rostro se le incendiaba, se desplomó en la arena.

Sumido en la confusión de aquel ataque, Wyatt tuvo la certeza de que había muerto y se encontraba en el mismísimo infierno. Solo el dolor que se extendía por su cabeza le recordó que estaba vivo y herido de gravedad. Intuitivamente, se palpó el rostro para comprobar que la pólvora le había abrasado la carne y que la sangre le empapaba la mejilla.

Con el ojo que le quedaba sano, el capitán pudo ver que su atacante arrojaba el arma fallada al suelo, mientras profería una maldición en su idioma. Cuando el francés extrajo su segunda pistola y volvió a apuntarla a la cabeza de Wyatt, este supo que la suerte no volvería a estar de su lado. Entonces, utilizando el último hilo de fuerza que le quedaba, se puso de pie, desenvainó su daga y se lanzó hacia su enemigo. En un instante, la hoja del capitán se había enterrado en el pecho del galo, que, con los ojos desorbitados, miró incrédulo al militar y luego se desplomó, como una marioneta rota. Antes de caer también, Wyatt alcanzó a ver al teniente Hochkins, que se acercaba a auxiliarlo. Luego, todo se transformó en sombras.

Ciudad de Nueva York, tres años después.

Abril de 1803

El doctor Charles Hill unió las dos partes del tendón desgarrado con una sutura certera. Confiaba en que esa intervención permitiera salvar la movilidad del brazo del paciente, aunque solo fuera en parte. Sin embargo, lo que más le preocupaba en ese momento era detener la hemorragia dado que, por muy precisa que fuese su costura, la vida de aquel hombre estaría en riesgo si continuaba sangrando con tal profusión.

En un estado de concentración rayano en el trance, el galeno no notaba que el sudor humedecía las sisas de su delantal ni era consciente del penetrante olor a alcanfor que invadía el ambiente. El mundo se había desvanecido para él. Solo el herido que yacía en la camilla existía en aquel momento.

Un silencio religioso reinaba en la sala. Lo único que se oía, a intervalos, era el sonido que producían los instrumentos médicos al ser depositados en la bandeja metálica. En aquel espacio, sobrio y severo como el doctor mismo, dos mujeres seguían sus directrices.

El consultorio estaba ubicado en el ala sur de la mansión de los Hill. Se trataba de un espacio amplio y alargado, cuyas paredes estaban cubiertas de lado a lado por estantes cargados de libros. A través de los tres ventanales que daban al exterior, se apreciaba el extenso parque que rodeaba la elegante casona de la familia.

Junto a la puerta del consultorio se hallaba un gran aparador, sobre el que se alineaba una miríada de frascos, cuidadosamente etiquetados, que contenían preparados diversos. También había allí paños limpios, dos jarras, sendas jofainas y un mechero encendido. Justo sobre la llama, descansaba el extremo achatado de un largo y delgado instrumento de metal destinado a realizar cauterizaciones.

Cuando no se estaba practicando una cirugía, un enorme biombo ocultaba el área de operaciones de la vista de quienes acudían a su cita médica. De ese modo, en lugar de encontrarse con un salón enorme e intimidante, los pacientes ingresaban en una pequeña estancia, acogedora y sencilla, en donde eran recibidos por el doctor Hill.

En el centro de la sala se hallaba la camilla que funcionaba como mesa de operaciones. Allí se encontraba tendido el hombre que luchaba por su vida. Sus lesiones eran graves y, aunque el médico hacía ingentes esfuerzos para detener la hemorragia proveniente del antebrazo herido, los finos sumideros de desagote que rodeaban los bordes de la camilla comenzaban a inundarse de líquido rojo y viscoso. La mesa contaba con una leve pendiente, que dirigía la sangre a dos orificios ubicados en cada extremo de la cabecera. Desde allí,

los fluidos se precipitaban hasta dar en el fondo de dos cubetas llenas de serrín. El rítmico sonido de las gotas impactando en los recipientes era una especie de siniestro reloj que advertía del escaso tiempo disponible para concluir la operación. Si el sangrado no cesaba pronto, el hombre moriría sin remedio.

—Victoria, vuelve a ajustar el torniquete, por favor —pidió el médico a la joven que se encontraba junto a él, manipulando el artefacto que envolvía el brazo del paciente.

Ella dio tres vueltas a una clavija, ajustando así la faja de cuero. Entonces, el líquido escarlata comenzó a fluir con menor intensidad.

Satisfecho con aquello, el doctor se dirigió a la otra mujer que se encontraba allí y que oficiaba de asistente:

—Gladys..., tráeme el nitrato de plata. Realizaremos una cauterización química.

—¡Sí, doctor!

Una mujer regordeta y baja, que aún no había cumplido los sesenta años, casi corrió al aparador que se encontraba junto a la puerta. De allí tomó el frasco que contenía la sustancia requerida y llenó con ella un pequeño recipiente de vidrio. No pasó ni un minuto antes de que se encontrara de nuevo junto a Hill.

El médico cogió el receptáculo y diseminó su contenido sobre la carne desgarrada; pero la sangre continuaba manando de la vena rota, aunque con menos profusión. Entonces, el cirujano se dirigió a Victoria:

—He logrado detener la hemorragia en su mayor parte. Cerré todos estos vasos —el doctor señaló los puntos con un instrumento aguzado—, pero aquí el tejido ha vuelto a abrirse, y la aplicación de nitrato no parece estar funcionando... ¿Podemos mantener el torniquete ajustado durante unos segundos más?

—Contamos con menos de tres minutos... —respondió ella, atenta al reloj de péndulo colgado en la pared. Sabía que si pasaba mucho tiempo sin que la sangre irrigara el antebrazo, este podría gangrenarse. Entonces, habría que amputar.

El médico asintió; luego meditó un momento y tomó la decisión:

—Hubiera deseado que no fuera necesario —dijo—, pero no quedará más remedio que cauterizar con fuego. Realiza tú el procedimiento. Yo controlaré el torniquete.

La joven se dirigió al aparador junto a la puerta y cogió el instrumento

metálico cuyo extremo yacía sobre la llama del mechero. Sosteniéndolo con cuidado, para no quemarse los dedos, regresó junto al médico. El extremo del elemento estaba ennegrecido y la punta achatada mostraba un vivo tono escarlata.

—Estoy lista —indicó, posicionando el artefacto justo encima de la herida.

—Bien. Este es el punto..., aquí —indicó Hill, señalando el lugar exacto—. Si logramos que la arteria se selle, entonces habremos ganado esta batalla.

Utilizando una larga pinza, el médico separó la carne que rodeaba la arteria rota y Victoria inició el procedimiento de cauterización. Concentrada y serena, identificó el punto exacto en donde debía asentar el instrumento ardiente y, con un movimiento certero, apretó la punta contra la carne expuesta. Cuando el metal se aferró al tejido, se oyó un siseo y una nubecilla blancuzca escapó de la herida. El paciente, aún en estado de inconsciencia, se retorció en la camilla y lanzó un gemido desgarrador. Fue una fortuna para él no recobrar el sentido y percibir el hedor de su propia carne quemada.

—Bien hecho, hija mía. Esto promete —dijo el doctor a la joven—. Aguardaremos treinta segundos y luego aflojaremos el torniquete. Si todo sale como espero, podremos cerrar esta herida de inmediato. Tú harás la sutura, así que asegúrate de que Gladys lo haya dispuesto todo. No hay tiempo que perder.

—Sí, doctor. —Victoria se volvió hacia la mujer, que ya se hallaba a su lado sosteniendo una bandeja sobre la que se alineaban agujas de diferentes largos y curvaturas.

Pasados los treinta segundos previstos, el médico aflojó la faja de cuero que rodeaba el brazo del paciente y, entonces, respiró aliviado: la sangre había dejado de manar. Una vez más, su discípula y él lo habían logrado. Pero ganar una batalla no era ganar la guerra, por lo que el éxito de la cirugía aún no estaba asegurado.

—Hay que cerrar —indicó el galeno, volviéndose hacia la joven—. Ocupate de hacerlo mientras preparo el ungüento para la herida.

—De inmediato. —Ella se volvió hacia Gladys y eligió una de las agujas más finas.

El hombre que yacía en la camilla llamó a su madre entre sueños, por lo que Victoria supo que no contaba con mucho tiempo antes de que despertara. El paciente había llegado al consultorio aullando de dolor y, para calmarlo, el doctor Hill había utilizado la estrategia usual: le había dado a beber una buena

cantidad de whisky que lo mantenía ajeno a lo que ocurría en la mesa de operaciones. Pero el efecto del alcohol no duraba mucho, por lo que cada minuto restante resultaba crucial.

Inquieto, Hill miró el reloj que pendía de una cadena de oro enganchada a su delantal. Si no se daban prisa, pensó, el pobre hombre despertaría para encontrarse con que el antebrazo se le abría en una suerte de sonrisa macabra.

—El paciente dormirá otro par de minutos, pero no más que eso —informó a Victoria.

Frunciendo el entrecejo a causa de la concentración, ella terminó de cerrar la enorme abertura roja en el brazo del paciente.

El facultativo se acercó a su ayudante para evaluar su intervención.

—El trabajo de sutura no está mal, hija mía, nada mal... —dijo, orgulloso de haber formado a una discípula tan competente.

Victoria, que no era dada a sonrojarse, no pudo evitar que el rubor le invadiera las mejillas. Era la primera vez, en quince años, que el médico le ofrecía algo parecido a una felicitación.

—Agradezco sus palabras, padre —respondió—. No hay mejor maestro que usted.

La cirugía que estaba concluyendo había sido ardua para el doctor y su alumna. El hueso astillado, filoso como la punta de una lanza, había roto músculos y tendones, causando un daño espantoso.

Otro médico hubiera amputado desde el codo, baldando para siempre al hombre lesionado. Pero no el doctor Hill, que durante años había experimentado con toda clase de técnicas para mejorar la vida de las personas y evitar que quedasen tullidas.

Y el sujeto que yacía en la camilla necesitaba recuperar, aunque no fuera más, parte de la funcionalidad del brazo, ya que se trataba de Blythe William Sommers, el afamado jefe de la policía de Nueva York. El oficial había resultado herido en un brutal procedimiento llevado a cabo la noche anterior,

en el que vigilantes y matones habían cruzado fuerzas.

Para el oficial Sommers, el corolario de la trifulca había sido un fuerte golpe en la cabeza y una fractura expuesta del hueso cúbito. Semejantes lesiones habían requerido varias horas de abnegado trabajo quirúrgico con el fin de reparar, sobre todo, el daño que presentaba el antebrazo del enorme policía.

—Gladys, ¿podrías secarme la frente, por favor? —pidió Victoria, que cerraba el último punto.

—Ahora mismo... —respondió la mujer—. Y limpiaré esas gotas de sangre que tienes en el cuello y la mejilla. ¡Pero qué manera de sangrar este pobre hombre! Míralo..., mira esa carita gordinflona y las babas corriendo por la mejilla... ¿No tiene mejor aspecto así que cuando lo vemos en la calle, tan serio y arrogante? Está tan tranquilito y con la boca abierta... Me recuerda al dibujo de la morsa que está en la biblioteca...

—Silencio, por favor —la amonestó el médico—. Debemos concluir la tarea antes de que este hombre recupere la conciencia.

El paciente había comenzado a respirar agitadamente y su pulso se había acelerado. El doctor Hill sabía que en pocos minutos el herido se encontraría despierto y sufriendo dolores espantosos.

—Ya he terminado —dijo Victoria, cortando el hilo sobrante.

—Muy bien. Vendaré la herida y entablillaré el miembro —informó el médico—. Mientras tanto, busca al alguacil que aguarda en la entrada y dile que el jefe se encuentra bien y que en pocos días será enviado a su casa.

—¿Lo alojaremos en una de las habitaciones de huéspedes? —La joven se giró hacia su padre, interrumpiendo la labor de Gladys, que se había acercado a ella para enjuagarle la sangre de las manos.

—En efecto, eso he decidido —afirmó el doctor, con tono glacial—. ¿Por qué? ¿Alguna objeción?

Poniendo los ojos en blanco, Gladys murmuró:

—Ya empezamos...

El tono de Victoria fue duro y cortante:

—No podemos hacernos cargo de personas que tienen quien las cuide en su propia casa. Sommers tiene una esposa, que sin duda podrá atenderlo en su convalecencia.

—Nosotros lo haremos mejor —respondió Hill, a la vez que vendaba el brazo recién operado—. ¿Es que no te das cuenta? El jefe Sommers es una figura pública. Su mujer es una inútil, y todo el mundo lo sabe. Será incapaz

de atender una herida como esta, que se infectará. Y como resultado de eso, la sociedad juzgará mal nuestro trabajo. He dicho que el jefe se quedará aquí durante dos o tres días y no tengo nada más para agregar. Ahora ve y habla con el alguacil, que espera novedades desde temprano. ¡Y hazlo de inmediato!

Sin intención de disimular su fastidio, Victoria se arrancó la cofia de un tirón y la dejó caer sobre el aparador que estaba junto a la puerta. Sus cabellos rojizos descendieron como una cascada hasta la base de su espalda. En los ojos se le notaba la frustración, por no poder hacer primar su opinión por encima de la de su estricto progenitor.

Gladys la siguió fuera de la sala.

—No te enfades, mi niña... —Los pasitos breves de la mujer repiqueteaban en el piso de madera, acompasando los largos pasos de Victoria.

—¡Es que mi padre es tan... tan...! ¡Sommers tiene dinero suficiente como para que alguien cuide de él en su propia casa!

—Pero Victoria..., el doctor sabe lo que es mejor para el buen nombre de este consultorio...

—Mi padre es... ¡desesperante!

—¡Ay, mi Señor! —se lamentó Gladys, elevando las manos al cielo—. Si al menos mi señora estuviera aquí...

La joven detuvo su marcha y se volvió hacia la mujer, que también frenó sus pasos. Cuando habló, lo hizo con gesto serio:

—Nana, sabes que te amo más que a nadie en el mundo; pero no debes volver a hablar de mi madre delante de mí, ni lamentarte porque ya no esté con nosotros. Me enfadaré contigo si lo haces. —El enojo se plasmaba en el rostro de Victoria—. No debo recordarte que fue ella la que decidió dejarnos para irse con aquel hombre. Quince años sin saber una palabra sobre su paradero son suficientes.

—Bueno, pero...

—¡Victoria! —El grito del doctor Hill hizo eco en los muros del pasillo y se dejó oír allí donde estaban las dos mujeres—. ¿Has hecho lo que te pedí?

La joven se esforzó por recomponerse. Debía hacerle saber al alguacil que Sommers seguiría liderando la jefatura de policía durante algún tiempo más.

El oficial John Wyatt, capitán del Ejército del Norte, comprobó una vez más la dirección anotada en su libreta y detuvo su caballo frente a una elegante mansión en las afueras de Nueva York. Al apearse, el reflejo del sol en una de las ventanas le impactó de lleno en el rostro y lo obligó a fruncir el entrecejo y desviar la vista. El ojo derecho, hipersensible a la luz, lo estaba enloqueciendo. Aquella herida recibida en batalla le provocaba dolores cada vez más intensos y frecuentes. Además, había perdido la visión del lado diestro, casi por completo. Encontrarse frente a la casa del médico que podría poner fin a aquel terrible malestar constituía un alivio para su alma.

El general Richardson, su superior, le había informado de que Charles Hill era considerado uno de los mejores facultativos en los Estados Unidos, y que si había alguien capaz de curar su dolencia, ese era él. La trayectoria del médico hablaba por sí misma: Hill había sido uno de los diez primeros graduados del College, Academy and Charity School of Philadelphia, escuela fundada en 1765, que inauguró la formación en medicina en América. Además, el doctor había sido uno de los primeros cuatro profesionales que obtuvieran el título de doctor en Medicina en los Estados Unidos. Cuando en 1791 el College asumió su estatus definitivo como Universidad de Pensilvania, la junta académica colocó un retrato de Charles Hill en la sala en donde se honraba a los graduados más eminentes.

Richardson, que era coetáneo del médico y mantenía una buena amistad con él, había comentado a Wyatt otras virtudes que caracterizaban al doctor. Según el general, en septiembre de 1777, Hill, su esposa y su pequeña hija habían abandonado Filadelfia en dirección a Nueva York. Huían de la ocupación británica, que no solo había causado el cierre de la escuela de medicina, sino también el de otras instituciones educativas y gubernamentales. Desde entonces, el médico atendía en su consulta y se sabía que pasaban por allí tanto gobernadores como personas sin recursos que necesitaban atención médica urgente. El capitán admiraba a la gente como él, por lo cual se alegraba de poder ponerse en sus manos.

Después de atar las riendas de su caballo a una baranda, Wyatt se internó en un sendero que conducía al edificio, sin poder dejar de admirar el magnífico parque que rodeaba a la casona. Verbenas y gencianas pincelaban el verde con tonos lilas y violetas. En el linde izquierdo de la propiedad se vislumbraba una pequeña caballeriza; en el derecho, había un bosquecillo en el que se perfilaba el techo blanco de una glorieta.

Al llegar al porche de entrada de la mansión, el capitán hizo sonar la

campana de bronce que pendía de una de las columnas y aguardó a ser atendido. De pie en el pórtico, Wyatt observó su reflejo en uno de los vidrios que enmarcaban la abertura. Era consciente de que su rostro no ocultaba sus casi cuarenta años, ni las penurias que viviera sirviendo al ejército durante más de veinte. Por lo menos, pensó, seguía teniendo el cabello oscuro y abundante. Y si bien las cicatrices que le surcaban la parte superior de la mejilla derecha no le otorgaban el aspecto de un lord inglés, tampoco lo afeaban tanto como para que los niños chillaran ante su presencia. Aquellas marcas representaban para él un sello de sacrificio y honor, que lucía con orgullo.

Cuando la puerta se abrió, apareció un caballero que exhibía la elegancia recargada propia de cualquier buen mayordomo.

—El capitán John Wyatt, presumo —adivinó el hombre, dedicando una reverencia al recién llegado—. El doctor Charles Hill lo está esperando en el consultorio. Le ruego que me acompañe.

El militar agradeció y entregó su capa y sombrero al empleado, para luego seguirlo a través de un largo pasillo que conducía al fondo de la casa. Su corazón albergaba un optimismo que intentaba contener, pues en manos del doctor Hill se encontraba su única posibilidad de volver a llevar una vida normal.

La urgencia de Wyatt no solo tenía que ver con el padecer cotidiano que el ojo herido le provocaba. Necesitaba estar saludable, y en poco tiempo, ya que el alto mando acababa de asignarle una empresa de enorme relevancia para el país. Debía asumir el control del fuerte Patterson, un emplazamiento fronterizo, clave en la defensa del territorio, que se encontraba en graves problemas. Aquella misión sería la más dura de su carrera militar, razón por la cual no podía permitirse estar acosado por padecimientos físicos, ya que ello reduciría sus probabilidades del éxito.

Cuando se oyó el tañido de la campana, Victoria se encontraba en uno de

los jardines traseros de la mansión, junto a Edward, un compañero de la infancia. Habían pasado once años desde la última vez que se vieran. Sin embargo, la joven siempre lo recordaba con cariño, pues él había sido el único amigo que permaneció junto a ella cuando la desgracia cayó sobre los Hill. Edward era el hijo de la cocinera de la casa. Cuando ella lo conoció, él era un muchacho solitario e introvertido, poco dado a hablar con los de su edad. Sin embargo, Victoria había conseguido arrancarle algunas palabras y, con el tiempo, trabaron una buena amistad. Así, el chico se convirtió en el sostén de la joven en aquella época amarga.

Con el paso de los años, la camaradería entre ambos se afianzó y el cariño que se profesaban se volvió más profundo. Algunos empleados de la mansión comenzaron a pensar que la relación entre ellos poco a poco se convertía en un floreciente romance. Atento a los rumores que circulaban por la casa, y preocupado por el buen nombre de su hija, el doctor Hill ordenó a Victoria distanciarse de Edward definitivamente. Ella acababa de cumplir diecisiete años y el muchacho contaba apenas con dieciséis.

Aquella injusta proscripción encendió una chispa de rebeldía en la joven y la llevó a hacer algo de lo que luego se arrepentiría. Una noche, cuando todos dormían, se escabulló fuera de la casa y se dirigió al granero, en donde Edward la esperaba. Los dos se ocultaron en el rincón más oscuro de aquel enorme edificio, sin más intención que la de conversar y reír hasta la madrugada. Sin embargo, la negrura de la noche, el cariño que se profesaban y los impulsos propios de aquella edad, hicieron que se entregaran uno al otro.

Una vez aplacados los latidos de aquel impulso inicial, ambos quedaron mudos, atemorizados por la intimidad que acababan de compartir. Entonces, avergonzada y confusa, Victoria se marchó del granero sin siquiera decir adiós. Después de aquel encuentro, ya no volvieron a verse. Al poco tiempo, Edward consiguió un empleo en un pueblo cercano y abandonó la ciudad.

Aquella experiencia, sesgada por la confusión y el desconcierto, reforzó las convicciones de la joven respecto de que entregar la vida a un hombre no guardaba sentido alguno.

Durante todo el tiempo transcurrido desde aquella noche, Victoria se había lamentado por el modo en que los sucesos se habían precipitado. Si bien no era amor lo que ella sentía por Edward, sí lo apreciaba profundamente.

Hoy, once años después, el joven le había enviado una carta pidiéndole verla. Y allí estaban ambos, sentados frente a frente. Los dos tenían casi treinta años y veían la vida desde un cristal diferente al de su adolescencia.

—Así que vas a casarte. No sabes cuánto me alegro —dijo Victoria al que fuera su gran amigo—. Gwendolyn Harrigan es una muchacha dulce y encantadora. Será una excelente esposa.

Edward asintió, sonriendo.

—Creo que lo será, sí —dijo él—. Y una gran madre también. Quiere que tengamos diez hijos. ¿Me imaginas como padre de diez hijos? No podría recordar el nombre de todos ellos. Quizá deba convencerla de que sean solo ocho...

Los dos rieron, y el aire de la vieja camaradería surgió otra vez, como si los años no hubiesen transcurrido.

—Te agradezco que hayas venido a contarme estas noticias —dijo ella.

—Quería que lo supieras. Has sido una persona muy importante para mí. Y todos estos años he lamentado que nos hubiéramos distanciado.

—Yo también sentí mucho no verte en todo este tiempo. Pero te prometo que cuando Gwendolyn y tú se hayan casado, los visitaré a menudo y llevaré regalos y dulces para tus diez pequeños, a los que mimaré como lo haría una tía.

Edward iba a replicar cuando la llamada de Gladys se oyó a través de una ventana de la planta baja:

—¡Victoria! ¡El señor militar ya está aquí! Tu padre dice que vayas al consultorio para hacerle unas pruebas.

—Estaré allí en un minuto —respondió la joven, que se dispuso a despedir a su viejo amigo. En la casa de los Hill, los pacientes siempre eran lo primero.

Tras decir adiós a Edward, Victoria se dirigió al consultorio a toda prisa, pues no quería perderse detalle de la revisión que su padre haría esa tarde. El paciente era un militar de gran trayectoria, que había resultado herido en uno de los ojos, lo cual le provocaba insoportables molestias al recibir la luz directa.

El caso despertaba un interés especial en la joven, pues, a pesar de que había atendido diversas patologías oculares, nunca había tratado un caso como aquel.

Una habilidad muy especial caracterizaba a Victoria: absorbía información con mucha más velocidad y precisión que el común de las personas. Le bastaba con escuchar la explicación o presenciar el proceso médico solo una vez, para no olvidar jamás los detalles, por mínimos que estos fueran. Sin embargo, aquello solo le ocurría con la práctica de la medicina, que era lo único que despertaba su interés y su pasión. En relación con otras cuestiones de la vida cotidiana, menos interesantes para ella, su atención parecía esfumarse, algo que solía exasperar a su padre. Un ejemplo de aquello era que jamás había podido desarrollar la habilidad de tocar el piano, recitar, cantar ni bailar danzas de salón. Tampoco contaba con ninguna de las competencias que otras damas jóvenes cultivaban para tentar a un futuro esposo. Todo lo relacionado con la preparación de una mujer para acceder al mundo del matrimonio representaba, para Victoria, una pérdida de tiempo y una retahíla de reglas que no guardaban ninguna utilidad. A ella le sobraban capacidades como para aprender aquellas tareas pero, sencillamente, no le interesaban. Su única pasión era el arte de curar.

El mismo doctor Hill afirmaba, con absoluta objetividad, que su hija era mucho más talentosa que la mayoría de sus colegas. Por desgracia para la joven, ninguna escuela de medicina de los Estados Unidos admitía a estudiantes mujeres. Ella solía fantasear con la idea de presentar una solicitud para ingresar en la Universidad de Pensilvania, y hasta se había animado a comentarle su interés al doctor. Pero él la había disuadido, con la finalidad de evitarle una profunda decepción. Hill sabía muy bien que las expectativas de su hija resultaban inviables, ya que tanto el estatuto de la Universidad de Pensilvania como el de la Universidad de Harvard y el King's College de Nueva York no dejaban resquicio de duda: las mujeres no eran bienvenidas en las aulas de medicina. Tal como rezaba el reglamento de Pensilvania: «Los aspirantes deben ser jóvenes caballeros, mayores de veinticuatro años, que hayan completado su educación superior. Además, deben tener conocimientos sólidos en filosofía, matemáticas y latín».

Victoria cumplía dos de aquellos cuatro requisitos: tenía veintiocho años y contaba con vastos conocimientos en las asignaturas solicitadas. Pero no cumplía con los otros dos: no era, precisamente, un caballero, ni había ingresado en un instituto de educación superior formal, al que solo los varones

accedían. En cambio, su formación había transcurrido siempre entre las cuatro paredes de la mansión, impartida por institutrices y maestros, como correspondía a una joven de su nivel social.

No había resquicio alguno para soslayar las estrictas normas que figuraban en los estatutos de la universidad.

Aun ante la frustración de no poder abrazar la profesión que amaba, Victoria no se había resignado a abandonar la práctica de la medicina, aunque fuese desde el lugar de ayudante del doctor Hill. Ella era consciente de que jamás se le permitiría llevar adelante un consultorio, pero trataba de consolarse pensando que al menos contaba con la fortuna de tener a su lado a un gran médico del cual aprender. Y hacía lo posible por honrar aquel único privilegio cada día de su vida.

—Ahora necesitaré que se sujete el párpado derecho de esta manera —indicó el doctor Hill, situándose frente al capitán Wyatt y haciendo una demostración de cómo debía realizarse la maniobra—. Relaje el otro ojo, por favor..., eso es. ¿Puede leer el cartel que está junto a la puerta, aun con las cortinas cerradas?

—Puedo hacerlo sin problema alguno.

—¿Incluso las letras más pequeñas?

—Sin dificultad.

—Bien, descanse, por favor. La vista del ojo izquierdo es perfecta, incluso con una iluminación tenue, como la que hay aquí —acotó el médico, alentador.

—Me alegra saberlo —replicó Wyatt.

—Ahora revisaré el ojo herido —indicó Hill, colocándose unas extrañas gafas de aumento, de las que sobresalían dos clavijas metálicas.

El capitán permaneció muy quieto mientras el doctor le abría los párpados con los dedos.

—Ajá..., ajá... —afirmaba Hill, analizando el globo ocular desde diferentes ángulos—. Ya veo... Bien. Realizaré otras pruebas, para estar

seguro. Pero creo saber cuál es el problema.

El médico se quitó las gafas y luego se dirigió al gran ventanal situado detrás del escritorio. Desde allí le dio indicaciones a su paciente:

—Permanezca mirando hacia la puerta, por favor. Abriré las cortinas y usted girará la cabeza hacia mí cuando yo se lo pida... —El médico tironeó la pesada cortina de terciopelo, hasta que el sol de la tarde atravesó el ventanal—. Listo. Ahora mire hacia la ventana.

Cuando el capitán volvió la cabeza hacia donde el médico le indicaba, la intensa luminosidad se convirtió en una cuchilla que se clavó en el ojo afectado. El rostro se le contrajo en una mueca de dolor, sin que él pudiera evitarlo.

Satisfecho con el resultado de aquella prueba, el doctor volvió a cerrar las cortinas.

—Vuelva a mirar en dirección a la puerta —indicó—. Y ahora cuénteme qué sintió al ver la luz de frente.

—Una molestia insoportable —afirmó Wyatt, aún parpadeando—. Es lo que me sucede siempre que estoy expuesto al sol. Comienzo sintiendo un dolor punzante detrás del ojo malo, que luego se convierte en un martirio para el resto de la cabeza.

—Ajá, ajá... —El médico tomaba notas—. ¿Recuerda, aproximadamente, cuándo fue herido?

—Con absoluta precisión, doctor. Fue el 2 de julio de 1800.

—¡Casi tres años viviendo con este malestar! Hombre, jamás he oído nada igual. Si es posible, me resultaría útil saber cómo y en qué circunstancias fue herido.

El capitán asintió con la cabeza. Durante un instante, pareció transportarse con la memoria hacia el lugar y el tiempo en el que aquellos sucesos acaecieron. Wyatt relató:

—En aquel momento, yo servía en la compañía liderada por el general Tottenham. Estábamos apostados al este de la bahía de Delaware y teníamos órdenes de impedir que se produjeran desembarcos franceses en la costa. La mayoría de las batallas se producían en mar abierto, por lo que era poco probable que debiéramos entrar en acción. Sin embargo, el 2 de julio de 1800, el buque americano Liberty atracó a unos doscientos metros de donde nos encontrábamos... Bajamos la guardia, creyendo que aquel navío estaba bajo el control de nuestra milicia... y pagamos caro el precio de nuestro error. Los franceses habían capturado esa embarcación en alta mar y mantuvieron nuestra

bandera izada, para tendernos una trampa. Dos docenas de balas de cañón volaron directo a nuestras posiciones. Fueron tantas las bajas que sufrimos que cuando los franceses al fin desembarcaron nos cuadruplicaban en número. La lucha fue larga y cruenta, doctor. Vencimos, pero muchos murieron y otros resultamos heridos.

Y como si hubiese despertado de una ensoñación, Wyatt se disculpó:

—Perdóneme usted, estoy aburriéndolo con estas historias de guerra.

El médico negó enfáticamente:

—En absoluto, capitán..., todo lo contrario. Soy un admirador de la vida militar y de las hazañas de nuestro ejército. Por favor, continúe.

—Pues bien, el hecho es que durante aquel enfrentamiento recibí un golpe en el cráneo y quedé de rodillas en el suelo. Entonces, un oficial francés se acercó a rematarme de un disparo, que efectuó apenas a medio metro de distancia. Por fortuna, la bala no salió. Pero la pólvora ardiente lastimó mi ojo y me abrasó la piel... aquí y aquí —indicó, señalándose la sien y parte de la mejilla derecha.

—¿El médico de campaña atendió sus lesiones?

—Así es, doctor. El buen hombre hizo lo que pudo, aunque no parecía experimentado en asuntos complejos como este.

—¿Recuerda qué tratamiento le aplicó?

Wyatt asintió. Jamás olvidaría los padecimientos a los que se había visto sometido mientras se recuperaba de sus graves lesiones.

—El mismo día en que fui herido, el médico de campaña aplicó sobre mi ojo una pasta muy densa, que luego cubrió con una compresa.

—¿Le dijo qué pasta era esa?

—No, señor.

—Imagino que en esos días habrá sentido mucho dolor, capitán. ¿El médico hizo algo para aliviarlo?

—Me indicó seguir una dieta estricta a base de caldo, café y apenas un trozo de pan en el desayuno. También me sangró dos veces al día y me explicó que ambos tratamientos aliviarían la inflamación.

—La sangría no fue una mala idea, y hasta se recomienda en casos así. Pero usted me dijo que tenía la piel del rostro quemada. No me resulta difícil imaginar que aquel tratamiento le resultó poco menos que una tortura. El apósito que le presionaba el globo ocular habrá aportado su dosis de dolor.

Con un pesar que parecía provenir del recuerdo de aquellos días, Wyatt asintió:

—Así es, doctor. La sensación de quemazón era insoportable, tanto que, tras una semana de llevar la compresa, debí quitármela. La herida seguía igual, pero por lo menos ya no sufría tantas molestias por llevarla puesta. Finalmente, y después de muchos días, la quemadura cicatrizó.

El doctor se obligó a callar lo que pensaba sobre las prácticas inhumanas que los carniceros destinados al ejército llevaban a cabo. Se trataba de sujetos que se dedicaban a la medicina sin contar con ninguna formación. Estos pseudocirujanos creían que solo repasar las páginas del cuadernillo *Observaciones prácticas, simples y concisas sobre el tratamiento de heridas y fracturas*, escrito por el Dr. John Jones, los capacitaba para atender la salud de miles de soldados heridos en batalla.

Pensando en aquello, Hill no pudo dejar de admirar el valor del militar, no únicamente por el estoicismo con que soportara su padecimiento, sino por animarse a pisar de nuevo una consulta médica.

—En fin... Continuaremos con su examen —indicó el galeno—. Cerraré del todo las cortinas y veremos qué sucede cuando el ojo herido se vea expuesto a la luz artificial. Mientras oscurezco este espacio, necesitaré que presione el ojo sano con la mano... Eso es..., los párpados deben mantenerse cerrados.

Después de ensombrecer por completo el consultorio, el médico se acercó a la mesa situada junto a la puerta y giró la perilla de la lámpara de aceite que se hallaba sobre esta.

Liberado de la filosa daga de la luz solar, el capitán volvió a relajarse en el asiento. Poco a poco, se insinuó frente a él una luminiscencia ambarina que no le ofreció dato alguno respecto de los objetos que la circundaban pero, al menos, no le acribillaba los nervios.

—Muy bien —Hill se sentó en su escritorio y comenzó a tomar notas en una libreta—. Haremos algunas pruebas. Yo le iré haciendo preguntas sobre lo que ve y sobre las molestias que siente.

El capitán asintió y mantuvo la vista fija en la luminosidad que danzaba frente a él.

—Intente leer las letras del cartel junto a la puerta. Primero las más grandes —pidió el doctor.

En aquel momento, Victoria entró en el consultorio, casi sin emitir sonido alguno. Al ver que su padre estaba en plena labor, se mantuvo en silencio junto a la entrada, para no interrumpirlo.

Wyatt, que solo veía sombras con el ojo afectado, no se enteró de que

alguien presenciaba la prueba óptica que le estaban realizando.

Pero a diferencia de los del militar, los ojos de Victoria funcionaban a la perfección, y ella sí pudo distinguir con claridad al hombre sentado enfrente. Al verlo, sintió cierta sorpresa, pues su padre le había informado de que los visitaría un militar de gran trayectoria, condecorado por su extenso servicio a la patria. Ante tal descripción, ella había imaginado a un anciano de escasos cabellos, ataviado con un uniforme colmado de medallas y con los hombros vencidos a causa del trajín sufrido en el ejército. Sin embargo, en lugar de un frágil veterano, aquel era un caballero mucho más joven, alto y fornido que, además, vestía un moderno traje de ciudad. Aquella disonancia hizo que Victoria experimentara cierta curiosidad.

Observando al hombre, ella apreció la extraña mezcla de serenidad e hidalguía que transmitía su rostro. Resultaba evidente que el militar no alcanzaba a distinguir nada con su ojo herido, y así se lo informaba al doctor. Sin embargo, al hacerlo, su voz no dejaba entrever la más mínima ansiedad o angustia, algo que llamó la atención de Victoria, acostumbrada a tratar con pacientes que se quejaban lastimosamente por síntomas mucho menos graves.

La voz del médico la sacó de sus pensamientos.

—Capitán, ya puede ponerse cómodo —indicó el facultativo, mientras se dirigía a su escritorio—. Revisaré algunas notas antes de comunicarle cuál es el diagnóstico. Serán solo unos momentos.

El aludido dejó caer la mano sobre el apoyabrazos del pequeño sillón y pestañeó varias veces, tratando de hacer foco con el ojo sano, que había mantenido cerrado hasta aquel momento. Entonces, percibió la figura de la mujer que estaba de pie a escasos metros de él. De inmediato, se incorporó para presentarse.

—Capitán Wyatt —lo llamó el doctor—. Quisiera discutir con usted las alternativas que he de proponerle, pero antes permítame presentarle a mi hija mayor, la señorita Victoria Hill. Sé que para muchos caballeros es difícil aceptarlo, pero ella es mi mano derecha en el consultorio. De igual modo, le ruego me haga saber si le inquieta que yo discuta los asuntos referidos a su salud estando ella aquí. Ni Victoria ni yo nos sentiremos ofendidos. Muchas personas prefieren que solo yo me encuentre presente en la consulta.

El militar admiró los ojos de la joven, profundos y serenos, en los que anidaba un dejo de tristeza. Ella parecía esperar su respuesta, por lo que él se apresuró a responder:

—Me sentiré honrado. —Wyatt estrechó la mano que Victoria le ofrecía—.

Señorita Hill, es un placer conocerla.

—El placer es mío —respondió ella—. Es un honor poder servirlo, tal como usted sirve a nuestra nación.

El médico los interrumpió:

—Oficial, tenga a bien tomar asiento. —Hill señaló una silla al lado del escritorio. Luego se volvió hacia su hija—: Victoria, necesito que anotes algunas cosas, por favor.

—Sí, padre —respondió ella.

—Capitán ..., describiré su situación de la manera más simple y resumida que pueda —comenzó Hill, tomando asiento—. Su ojo izquierdo se encuentra en perfectas condiciones. Y esa es la mejor noticia que podríamos recibir en una situación como la presente. Ahora bien, el ojo derecho tiene más de un problema, razón por la cual su caso es bastante grave. Permítame explicarle: usted me comentó que la lesión fue producto de un disparo de arma de fuego que se produjo muy cerca del rostro. Lo que me relató es que la pólvora encendida se le adhirió a la piel de la cara y le entró en el ojo. Sin embargo, por lo que yo observo, el esfínter del iris está desgarrado, y esa lesión no es producto de una quemadura. Alguna partícula sólida debe de haber impactado en el globo ocular durante aquel episodio. ¿Ha notado que la pupila no es completamente circular?

Wyatt asintió.

—Eso es lo que le produce a usted la tremenda molestia que experimenta cuando el ojo afectado se expone a la luz solar —explicó el médico—. La pupila es la encargada de regular la cantidad de luminosidad que ingresa en el ojo, y la suya no está haciendo su trabajo. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Lo comprendo, doctor —respondió el paciente, agradecido por al fin contar con un diagnóstico preciso.

—Pero eso no es todo —continuó el médico—. La córnea del ojo herido tiene una cicatriz que, sin duda, es producto del daño que produjo la pólvora al impactar allí. Esa cicatriz es lo que le impide ver a usted con claridad, algo que, por desgracia, resulta irreversible.

El capitán no pareció experimentar desazón alguna por la diagnosis recibida. Más bien parecía sereno. Mirando al médico, afirmó:

—Soy consciente de ello, doctor. Mi único interés es vivir sin la molestia insoportable que me provoca el brillo de la luz del día.

—Lo entiendo —respondió Hill—. Le aseguro que haremos todo lo posible para liberarlo de esa tortura cotidiana.

El capitán miró por el rabillo del ojo sano a Victoria. Resultaba notorio, aun para un observador con la mitad de su visión deteriorada, que los ojos de la joven relampagueaban de interés ante lo que su padre comentaba.

—La solución para paliar sus molestias y acabar con la dificultad que tiene para poder compensar la imagen con el ojo sano es razonablemente plausible, aunque requiere una cirugía. De realizarse la operación de manera exitosa, usted ya no sufriría dolores. Sin embargo, es preciso que sepa que la intervención tendría efectos irreversibles. Así como mitigaría su molestia, también ocasionaría la pérdida por completo de la visión en ese ojo.

Wyatt respondió, lapidario.

—No esperaba otra cosa, doctor.

El médico continuó:

—Permítame comentarle algo más, antes de tomar una decisión: el procedimiento que deberé realizar es experimental, por lo que no puedo ofrecerle ninguna garantía respecto de su éxito. Para que usted lo entienda, el tipo de cirugía que planeo hacer implica introducir un punzón curvo en un punto preciso de la musculatura que sostiene el globo ocular, para luego recorrer su circunferencia, hasta dar con el nervio óptico y, entonces, atrofiarlo. Si el procedimiento es exitoso, usted quedará ciego de ese ojo, que ya no reaccionará ante la luz, con lo cual las molestias se eliminarán.

El militar asintió.

—Solo he aplicado esta técnica en dos ocasiones. En uno de los casos, logré anular la visión y, por lo tanto, las molestias del paciente cesaron. En el otro, la inserción del instrumento desgarró el globo ocular... por lo que debí extirparlo por completo. Espero no preocuparlo excesivamente, pero es preciso que usted comprenda los riesgos.

—Los comprendo y agradezco mucho que me provea de esta información.

—Pero esto no es todo —continuó el galeno—. Adicionalmente, como usted comprenderá, todo procedimiento médico conlleva el riesgo de contraer una infección. Si la infección no pudiese ser controlada, me temo que no solo podría perder el ojo... El asunto podría costarle la vida. Confío en que no haya complicaciones, pero es mi deber mencionarle todas las posibilidades que esta intervención puede ocasionar.

Hill cerró la conversación con una propuesta:

—Creo que debe usted pensar si desea someterse a la operación. Tómese su tiempo y, cuando se haya decidido, vuelva a verme.

Después de dos años de cargar con aquella lesión y las insoportables

molestias que le ocasionaba, Wyatt pensó que la propuesta del médico constituía la única alternativa a una vida sin dolores crónicos ni limitaciones permanentes. Sin dudar, sentenció:

—Lo haré, doctor Hill. Me someteré al procedimiento. Estaré honrado de ponerme en sus manos. Y acepto las consecuencias posibles. —No había un ápice de duda en la voz del capitán—. Lo prefiero a mantener esta situación de manera indefinida.

El médico se sintió halagado por la confianza que Wyatt depositaba en él. Pensó que el militar era un hombre íntegro, consciente de los desafíos que afrontaba. Y siempre era mejor trabajar con un paciente de ese tenor moral.

—Muy bien, entonces, está hecho. Mañana temprano realizaremos la cirugía. Mi hija me asistirá. Por supuesto..., si usted está de acuerdo.

Victoria aguardó la respuesta del capitán. Aunque trataba de ocultar su interés, ansiaba ser parte de una cirugía tan compleja como la que habría de realizarse. Si podía participar de aquello, tendría la oportunidad de aprender nuevas técnicas, observando el trabajo de su padre.

—Por supuesto —afirmó Wyatt—. Estaré honrado de ponerme en manos de ambos.

—¡Fantástico! —exclamó el galeno—. Dígame, ¿tiene parientes o amigos en la ciudad?

—No, señor, no conozco a nadie aquí.

—Entonces no se hable más. Lo alojaremos en nuestro propio hogar. Es lo más conveniente, ya que deberemos controlar el proceso de curación muy de cerca. —Hill hizo aquella afirmación sin dejar resquicio de protesta al capitán—. Durante las cuatro semanas posteriores a la cirugía, usted requerirá de cuidados minuciosos. Por ello, lo mejor será que se mantenga cerca de nosotros para que podamos controlarlo a diario. Le prometo que haremos todo lo posible para que se sienta a gusto en nuestra morada. Ahora, queda usted libre para hacer los arreglos que considere necesarios antes de que mi hija y yo lo secuestremos y lo forcemos a acatar nuestras órdenes —bromeó—. Siéntase cómodo para entrar y salir de esta casa a su gusto.

—Me honra su ofrecimiento, doctor. La señorita Hill y usted son muy generosos conmigo.

El médico desechó la importancia de aquello con un ademán, para agregar:

—Esta noche ofreceremos una cena. Nada pomposo, solo algunos amigos cercanos, los cuales estarían encantados de conocer a un capitán condecorado, que arriesga su vida por nuestro país. ¿Le apetece unirse a nosotros? Pero, por

favor, sin compromiso... Si prefiere usted descansar luego de su viaje, lo comprenderemos perfectamente.

El capitán respondió amable:

—Con gusto me uniré a ustedes en la reunión. Será un placer. Ahora, si me lo permiten, he de retirarme unos momentos para ir a buscar el equipaje que he dejado en la posada.

Los tres se despidieron y Wyatt salió a la calle. Una vez allí, inspiró con entusiasmo todo el aire que los pulmones le permitieron. Sin proponérselo, esbozó una sonrisa y se dirigió al alojamiento en donde aguardaban sus cosas.

CAPÍTULO 2

A las seis de la tarde de aquel día, ya casi lista para bajar a cenar, Victoria daba el último toque al recogido del cabello. Al ponerse de pie frente al tocador, el gran espejo oval reflejó los tonos azulados de un elegante traje de gasa veneciana. Las joyas que llevaba eran pocas, pero elegidas con mucho cuidado. Un colgante tachonado con pequeños zafiros emitía suaves destellos entre sus clavículas, y unos discretos aretes de diamantes atraían la atención hacia sus ojos.

Cuando la joven apareció en el recibidor, resultó evidente que muchas de las miradas masculinas se depositaron sutilmente sobre ella. Pero ella parecía inmune a cualquier signo de admiración por su belleza.

Con un tono amable y modales entrenados para el trato social, la hija del médico dio la bienvenida a los invitados, saludándolos uno a uno. El capitán, que se encontraba solo y con una copa de licor en la mano, notó que Victoria se dirigía hacia donde él estaba. De pronto, se sintió algo incómodo. No estaba acostumbrado a conversar con mujeres, y menos con una bella y de clase social privilegiada.

—Capitán Wyatt, a mi padre y a mí nos alegra que se haya unido a nosotros para la cena.

—Es un honor para mí acompañarlos, señorita Hill.

—¿Ha descansado esta tarde? Espero que le haya resultado agradable su habitación.

—Me encuentro muy cómodo en su casa. Y muy agradecido por las atenciones que usted y su padre me dispensan. Solo me preocupa resultar una carga para ambos.

—De ningún modo lo será usted. Por el contrario, el doctor y yo estamos honrados de tenerlo con nosotros y deseamos que se halle a gusto. De más está decir que esperamos que se sienta como en su propio hogar.

El insistente sonido de la campana de la entrada distrajo a Victoria de la conversación que sostenía con el capitán. Le resultó extraña aquella llamada a

la puerta, pues, hasta donde ella sabía, todos los invitados ya se encontraban presentes.

El aparatoso ingreso de una mujer tan alta como la joven, pero bastante mayor y delgada hasta lo indecible, disipó las dudas de Victoria. La empalagosa fragancia a jazmín que desprendían las ropas de la recién llegada inundó las narices de todos los presentes, mientras la dama correteaba con el entusiasmo de una colegiala, saludando a uno y otro invitado. Un observador distraído hubiera pensado que esa mujer, de casi sesenta años, era la anfitriona del evento y que se encontraba en su propia casa.

A Wyatt le pareció notar que la expresión serena de Victoria se había tensado en un gesto más serio, que luchaba por no transformarse en uno de desagrado.

Haciendo oír su aguda voz muy por encima de las otras, la recién llegada recorrió todo el salón hasta llegar al lugar en donde la joven y el militar conversaban. Wyatt se vio obligado a dar un paso atrás cuando madame Henson, ignorándolo por completo, se colocó frente a frente con la hija del doctor y le regaló a él la huesuda imagen de su espalda.

—¡Victoria, tesoro! —saludó calurosamente—. ¿Has perdido peso? No lo hagas, linda, a los hombres les gustan las mujeres con curvas. Tú sabes..., aquí y aquí —la mujer apuntó una aguzada falange primero al pecho y luego a las caderas de la joven.

Victoria no pudo evitar sonrojarse por el bochorno que le produjo ser puesta en evidencia, de un modo tan vulgar y frente a un huésped de honor. Sin embargo, ajena a su malestar, la viuda Henson continuó sentenciando, en un tono que lindaba con el chillido.

—A tu edad no te será fácil elegir marido, así que debes esmerarte. Oh, lo siento caballero —dijo de pronto, volviéndose hacia el capitán—, no lo había visto.

La mujer se abanicaba frenéticamente, aguardando que Victoria desvelara el nombre de aquel extraño.

—Capitán Wyatt, le presento a nuestra vecina, la señora Agnes Henson. Madame Henson, este es el capitán John Wyatt. Es paciente de mi padre y se alojará con nosotros durante un tiempo.

—Es un placer conocerla, señora Henson —saludó el capitán, tomando la mano de la dama e inclinándose sobre ella.

—Un gusto —respondió la recién llegada, levantando la vista para enfocar el rostro del hombre, que le sacaba una cabeza de altura.

Fue el doctor Hill quien los interrumpió.

—Capitán Wyatt, quisiera presentarle a uno de mis más viejos amigos. Está muy interesado en la situación militar que se está desarrollando en el sur del territorio. ¿Me acompañaría por aquí, por favor?

Cuando los hombres se retiraron, madame Henson tomó a Victoria de un codo y casi la arrastró a un rincón de la sala.

—Muchacha, ese militar que me presentaste..., ¡dime que no es un pretendiente, por Dios! Sé que no tienes mucho donde elegir, pero un bruto así, con la cara llena de cicatrices, ¡por favor! Despierta, niña. ¡Búscate a un hombre de tu nivel social! ¡Un joven refinado y sin deformidades! Yo lo que haría en tu caso..., óyeme bien..., es...

Para salvaguardar su serenidad, Victoria decidió no escuchar las palabras de la viuda. En su opinión, el capitán Wyatt estaba lejos de ser un bruto. Su aspecto fornido contrastaba con la donosa afectación de los caballeros de la clase acomodada; pero aquel rasgo físico no era un espejo de sus modales ni su educación. Por el contrario, el militar era un hombre de agradables maneras, que había sido muy gentil con ella. En cuanto a las cicatrices que le surcaban el rostro, la joven pensaba que no hacían otra cosa que resaltar el sacrificio y el sufrimiento que el oficial había experimentado en batalla.

Antes de que Victoria pudiese responder algo a su acalorada interlocutora, el mayordomo llamó a los invitados para que ocuparan sus lugares en la mesa.

La compañía del capitán había contribuido a aliviar una velada que, para Victoria, iba en franco camino de convertirse en una pesadilla. El doctor Hill había roto la regla protocolaria básica, consistente en sentar al invitado de honor a la derecha del anfitrión. En su lugar, había ubicado a madame Henson. Sin embargo, la omisión de aquella norma tácita empalidecía ante la conducta cuasi adolescente que el médico y la viuda desarrollaran durante casi toda la cena. Ambos habían intercambiado continuos mensajes susurrados al oído, situación que incomodaba a los demás invitados.

Resultaba evidente que la mujer y el doctor eran algo más que viejos amigos. Victoria lo sabía, aunque no podía comprender cómo era posible que su padre perdiera su habitual aplomo y seriedad ante la presencia de aquella aparatosa señora. Sin embargo, resultaba obvio que los desatinos sociales y los comentarios insidiosos de la viuda no desalentaban el interés de Hill por ella.

Encantada por la atención que recibía por parte del médico, madame Henson monopolizaba la conversación. Su soliloquio consistía en criticar a cada uno de sus conocidos, resaltando sus defectos y revelando secretos que recibiera en confidencia. Peor aún, y para mortificación de Victoria, varios de los dardos verbales que la viuda escupía iban dirigidos hacia ella.

La pérfida mujer tenía la enorme habilidad de disfrazar palabras descalificadoras, utilizándolas como si se tratase de cumplidos o bromas sin importancia. Desplegando tal estrategia discursiva, se ocupaba de retratar a Victoria como «bella solterona». Y con pretendido tono humorístico, le ofrecía consejos para cazar un marido rico.

Al finalizar el postre, la joven decidió que ya había tenido suficiente de aquello y, sin esperar el café, ofreció sus excusas a los presentes y abandonó la mesa.

A las 9 de la mañana, una cortina de lluvia azotaba las ventanas, mientras los relámpagos iluminaban el consultorio espasmódicamente. Seria y concentrada, Victoria preparaba los instrumentos que su padre necesitaría para realizar la difícil intervención que libraría a John Wyatt de su padecer. Gladys la asistía en la tarea.

A unos pasos de la joven, el militar se hallaba sentado en la camilla que se utilizaba para las operaciones. El médico, que revisaba sus notas, se giró para hablar con su paciente:

—No voy a mentirle, capitán. El procedimiento resultará muy doloroso. Además, no quisiera restar importancia a las sensaciones que usted va a

experimentar y que podrían hacerlo sentir descompuesto: líquidos corriendo por la mejilla, olores y sonidos metálicos. Debo advertirlo de ello, pues es preciso que se mantenga muy quieto durante toda la intervención. El punzón que utilizaré es muy aguzado; por lo cual, si usted mueve la cabeza, podría lastimar la masa encefálica, provocándole la muerte.

—Lo comprendo —afirmó Wyatt.

—Le ofrezco las dos alternativas que presento a todos los pacientes que están a punto de ser sometidos a una cirugía. Puedo darle de beber suficiente alcohol como para que quede inconsciente unas horas o aplicarle un producto con el que estoy experimentando y que, en dosis moderadas, no produce alteraciones neurológicas aparentes. Es, como le digo, un producto bajo experimentación. Por ello no puedo garantizar sus resultados ni contraindicaciones. En algunos casos trabajo con ambos sistemas a la vez. Usted me dirá qué prefiere que aplique en el suyo.

El capitán pareció no necesitar sopesar las posibilidades y respondió:

—Prefiero no elegir ninguna de las dos alternativas, doctor. Confío en que podré tolerarlo haciendo uso de mi propia voluntad. En tal caso, considero mucho más aceptable sufrir dolores, por más intensos que estos puedan resultar, que quedar privado de mis facultades.

Victoria, que terminaba de preparar los vendajes, giró la cabeza hacia donde se encontraba Wyatt, sorprendida por lo que este acababa de afirmar.

—Pero oficial —se preocupó el doctor—, si usted llegara a moverse...

—No me moveré.

—¿Cómo puede estar tan seguro? No creo que comprenda lo difícil que puede ponerse la situación si en medio de la cirugía usted se siente molesto...

—No me moveré —respondió Wyatt, lapidario—. Puede comenzar cuando lo desee.

Gladys y Victoria se miraron un momento. La nana pensó que aquel pobre militar requeriría un temple ajeno a este mundo para soportar las maniobras que Hill le tenía reservadas.

La explosión de un trueno hizo tintinear los instrumentos quirúrgicos que estaban dispuestos sobre una bandeja. Para Victoria, aquella tormenta agregaba un dramatismo indeseable a la operación.

—Hija, prepara al paciente, por favor —indicó Hill.

—De inmediato.

Victoria se acercó al capitán sosteniendo un artilugio que a él le resultó muy extraño. El artefacto constaba de una gran argolla a la que estaban

adheridos dos gruesos alambres, que finalizaban en sendos ganchos. A Wyatt le recordó a una araña que había perdido seis de sus ocho patas.

—Capitán —explicó Victoria—, colocaré este elemento en el ojo que será operado. Puede observarlo, si quiere, para familiarizarse con él.

El paciente tomó el objeto y lo miró con curiosidad.

—¿Ve como sus extremos forman dos ganchos? —ella señaló las puntas curvas del instrumento—. Estos mantendrán los párpados abiertos mientras dure el procedimiento. Se sentirá usted algo incómodo, pero será hasta que se acostumbre a la sensación. ¿Me permite colocárselo ahora?

—Por supuesto —Wyatt devolvió el artefacto.

—Lo haré con cuidado.

Con un movimiento preciso, Victoria abrió el ojo de Wyatt y encajó uno de los ganchos, de manera que mantuviese abierto el párpado superior. Luego repitió el procedimiento con el segundo.

—Ya está listo —indicó ella—. Ahora cubriré el ojo sano con una compresa, para que usted pueda relajarse mientras mi padre y yo trabajamos sobre el globo ocular afectado. Respire tranquilo. Recuéstese y coloque la cabeza aquí. Todo irá bien.

Los brazos del oficial se relajaron sobre la camilla y la cabeza permaneció laxa contra la almohadilla de sujeción.

La cirugía resultó tan larga y compleja como Hill había previsto. Durante la operación, el doctor insertó un aguzado punzón justo al lado del músculo elevador del párpado superior y, milímetro a milímetro, siguió la redondez del globo ocular hasta dar con el nervio óptico. El facultativo no podía ver lo que estaba haciendo. Su única posibilidad era guiarse por su experimentado tacto, interpretando cada curva y cada resistencia de la carne, usando su prodigiosa memoria para reproducir mentalmente la anatomía del ojo. Cuando hubo insertado lo suficiente el punzón, el médico supo que la fibra gomosa que estaba tocando con el instrumento era el nervio óptico. Entonces, con el filo

del elemento situado en el punto exacto, rasgó poco a poco el tejido del nervio, hasta estar seguro de haberle provocado el daño suficiente como para inutilizarlo de modo irreversible.

Además de buen profesional, el doctor Hill era un hombre osado, pues la probabilidad de que algo saliera mal en aquel procedimiento era mucho mayor de lo que otro médico hubiese aceptado. Sin embargo, el galeno tenía una enorme confianza en sus habilidades y, por otra parte, consideraba que el estado físico y la salud de su paciente eran un factor que contribuiría a aumentar las posibilidades de éxito. Como elemento adicional, aunque no previsible, Wyatt había cumplido al pie de la letra su promesa de no moverse ni un ápice durante la operación.

Victoria retiró el artefacto que mantenía separados los párpados del ojo dañado y Gladys enjuagó la mejilla ensangrentada del paciente.

—¿Capitán? —llamó la joven al militar, que permanecía inmóvil, tal como si estuviese dormido—. Ya hemos terminado. Todo ha salido como esperábamos.

Lentamente, él comenzó a salir del profundo estado de concentración en el que se había sumido, en pos de evitar cualquier movimiento. Había experimentado dolores terribles, percibido líquidos viscosos correr por su rostro e inhalado espantosos vapores provenientes de pomadas y lavajes. Pero se había impuesto el mandato de que su cuerpo permaneciera inmóvil. Y lo había logrado, a pesar del sufrimiento experimentado. El dolor físico era un viejo compañero en su vida como militar y él sabía cómo lidiar con él.

—Capitán —exclamó entusiasmado el doctor—, permítame decirle que es usted un prodigio médico. Nunca había visto a nadie soportar una intervención como esta, estando consciente. Reciba usted mi más sincera admiración.

—¿Cómo ha salido? —preguntó Wyatt. Y al instante, como si sus palabras hubieran actuado como un martillo, sintió un dolor punzante en el lado derecho del cráneo, que parecía latir a punto de estallar con cada pulsación.

—La cirugía ha sido un éxito —respondió el médico—. Por supuesto que sentirá molestias durante algunos días, pues el área intervenida estará inflamada. Pero los síntomas remitirán en poco tiempo y usted podrá gozar de una vida con mucho menos sufrimiento que la que ha llevado a lo largo de estos años.

El capitán asintió, complacido. Le hubiera gustado dedicar efusivas palabras de agradecimiento a aquellas personas, pero el tormento que se acrecentaba en su cabeza comenzaba a atenazar sus sentidos.

—Ahora iré a descansar —indicó Hill—. Es de vital importancia que permanezca en cama dos días, a partir de ahora, y que durante tres semanas no realice esfuerzos físicos. Gladys lo acompañará a su habitación y el servicio de esta casa atenderá todas sus necesidades. Mi hija y yo lo visitaremos varias veces al día para limpiar la herida y revisar su estado general. Victoria —llamó Hill—, adminístrale al capitán algunas gotas de láudano. Es mejor que duerma unas horas.

Ella se dirigió al armario que guardaba decenas de botellas etiquetadas y eligió la que contenía la droga indicada.

—Luego ve a verme a la biblioteca —agregó el médico—. Necesito hablar contigo.

Victoria soltó la pregunta con tal desazón que resultaba obvia su anticipación a la respuesta:

—¿Pero es que ha perdido usted la razón, padre?

Las últimas gotas de lluvia repiqueteaban contra los empañados ventanales de la biblioteca. Las pesadas nubes, cargadas de electricidad, aún oscurecían el cielo.

Hill dejó la silla donde estaba sentado, con el semblante ensombrecido por el enojo:

—¡No te permito semejante insolencia, Victoria! ¡Por más que no compartas mis decisiones, deberás aceptarlas! ¡Así ha sido siempre y así seguirá siendo!

La joven se contuvo para no evidenciar la mezcla de impotencia y tristeza que amenazaba con arrancarle lágrimas que no quería mostrar. Tratando de conservar la calma, respondió, tajante:

—Sus decisiones no solo lo afectan a usted, padre. También modificarán mi vida, tal como usted acaba de informarme. Que Agnes Henson venga a vivir a esta casa ya es algo bastante difícil de aceptar, habida cuenta de su personalidad. Pero que ella quiera influir sobre mi futuro es algo que,

simplemente, no puedo tolerar.

El doctor Hill negó con la cabeza, al tiempo que se paseaba por la estancia, tratando de poner paños fríos a su propio enfado por lo que él consideraba la intransigencia de su hija. Tras unos segundos, respiró profundamente y agregó, con tono triste:

—Victoria..., yo ya no soy un hombre joven. Y Agnes..., pues sí..., tiene algunos defectos. Pero es viuda... y nos entendemos. Yo necesito rehacer mi vida, ¿no lo comprendes?

Ella reaccionó, consciente de la manipulación que intentaba desplegar el doctor:

—Le ruego que no haga eso, padre. No utilice esos argumentos en aras de reblandecer mis facultades críticas, pues no lo logrará. Puedo decirle que no seré yo quien obstaculice su felicidad, pero tampoco he de aceptar la convivencia con una persona que no ha hecho otra cosa que dar rienda suelta a su perfidia, en cada ocasión en que ha podido.

Hill reaccionó con fastidio:

—¡Controla tus palabras, Victoria! Agnes te aprecia. De hecho, me ha dicho que lo primero que hará al entrar en esta casa será consagrarse a la misión de encontrar un marido para ti. Planea que ambas dediquen mucho tiempo a tu formación para el matrimonio, cosa que tú te has negado a hacer durante todos estos años.

Victoria perdió el aplomo, al escuchar semejantes planes:

—¿No le he dicho una y otra vez que no me interesa casarme? ¡Y menos que una arpía disfrazada de madrastra se encargue de conseguirme marido!

Hill suspiró, agobiado. Forzándose a controlar su frustración, trató de convencer a su hija:

—Victoria, sé que esta noticia es difícil de aceptar, pero debes comprender que mi vida no ha sido fácil. Todo me ha costado mucho y la partida de tu madre dejó en mí heridas muy profundas. Tú, mejor que nadie, sabes que aquel abandono me puso al borde del abismo. Y si no hubiera sido por tu ayuda, yo me habría hundido en el hoyo más profundo, para nunca regresar.

Victoria se dejó caer en la silla, mirando al suelo. El silencio fue toda la respuesta que ofreció.

El médico prosiguió:

—Pero ahora es tiempo de que dediques tu vida a ti, te cases, tengas hijos y dejes de ser mi mano derecha, cosa que creo no te ha beneficiado en

absoluto. Y me culpo por ello.

Victoria levantó el rostro súbitamente. La noticia de que la viuda se instalaría en su hogar, sumada a los planes de aquella, se había convertido en un cubo de agua fría. Ella sabía qué clase de persona era madame Henson, lo cual le anticipaba una vida plagada de malos momentos y maniobras arteras. Pero lo que acababa de mencionar su padre le paralizó el corazón. La medicina era su vida y su razón de ser. Y ahora, su propio progenitor, aquel que la había animado a introducirse en un universo pletórico de descubrimientos y emociones, le anticipaba, sin más, que aquello iba a concluir.

Sin poder disimular su angustia, Victoria preguntó:

—¿Qué está diciendo, padre? ¿Acaso no podré seguir trabajando a su lado?

El médico se decidió: tenía que decirle lo que había estado hablando con la viuda. De hecho, aquello había sido idea de ella.

—Me temo que no, Victoria. Agnes me ha sugerido, con mucho tino, que la práctica de la medicina no es algo a lo que deba dedicarse una joven de tu edad. Por el contrario, ningún hombre en sus cabales querría casarse con una mujer que pasa sus días en un consultorio, sin interesarse por nada más. Ella considera que tu dedicación es exagerada e incompatible con el matrimonio. Tienes casi treinta años y sigues soltera ¿no te dice nada eso?

—¡Pero, padre...!

—Y yo creo lo mismo —sentenció Hill, sin dejar que lo interrumpiera—. Lo he pensado mucho y te aseguro que me ha costado tomar una decisión, habida cuenta de que tú has sido mi mano derecha durante tanto tiempo. El hecho es que, en cuanto contrate un nuevo asistente, ya no trabajaremos juntos. Y eso será muy pronto.

Entonces, las lágrimas que Victoria acumulaba no pudieron refrenarse. Rompió a llorar, desgarrada por lo que su padre acababa de decirle. De un momento a otro, todo su mundo se derrumbaba.

Con el corazón atenazado por la tristeza, ella se puso de pie, se enjugó las lágrimas y dijo:

—Está bien, padre, acepto su decisión. Pero no me quedaré aquí para sufrir las consecuencias de la misma. En cuanto pueda, partiré de esta casa.

Y, sin más, salió de la sala.

Cuando despertó al atardecer de aquel día, John Wyatt se alegró de volver a sentirse él mismo. Después de una larga jornada de sueños de láudano, que agobiaran su cerebro con ideas inconexas, sentía al fin que sus pensamientos volvían a pertenecerle. Pero, junto a la vigilia, llegó la percepción del dolor. Las sienas le martillaban y toda la mitad derecha del rostro le ardía. Aun así, prefería encontrarse lúcido a estar narcotizado.

La imagen del desierto rojo del sur, árido y ardiente, se desplegó en la mente del militar como un reflejo de la sed que lo acuciaba. Necesitaba beber, y pronto. Pero no osaba quitarse el lienzo que le cubría los ojos, ni abandonar la cama en la que se hallaba tendido. Por fortuna para el convaleciente, en aquel momento la puerta se abrió con delicadeza y un susurro de faldas recorrió el cuarto, desde la entrada hasta donde él se encontraba.

Un tenue aroma a rosas acompañó la voz suave que se dirigió a él:

—¿Cómo se encuentra, capitán?

Wyatt quedó algo confundido, ante la voz de Victoria.

—¿Está despierto? —preguntó ella.

—Algo así, señorita Hill... —respondió el hombre, incómodo por encontrarse en aquella situación. Hubiese preferido estar de pie y en condiciones de recibir en mejor estado a su cuidadora.

—¿Cómo se ha sentido? —se interesó ella—. Ha dormido varias horas. Eso es bueno.

Ya casi en estado de plena vigilia, al capitán no le pasaron desapercibidas las notas amargas que emitía la voz de Victoria. Su tonalidad no parecía tener la misma firmeza que cuando hablara con ella, la primera vez.

—Estoy mejor ahora que comienzo a recuperar la lucidez —informó él—. El láudano me ha hecho pensar en las cosas más extrañas.

—Del uno al diez, ¿cuánto diría que le duele la zona?

Él lo pensó un momento y respondió:

—Dos.

—Mmm..., tengo la sensación de que no está siendo sincero conmigo —dijo ella, mientras acomodaba un cazo y un pequeño bisturí sobre la mesilla de noche—. No es momento para demostrar su estoicismo, notable por cierto. Ya lo hizo durante la operación. Ahora necesito que me diga lo que realmente

siente, para que yo pueda hacer bien mi trabajo.

Si el capitán se hubiese permitido ser franco, le habría confesado que el dolor crecía a cada minuto y que el número diez era aún muy bajo para describir su padecimiento. Pero a Wyatt no le gustaba mostrar sus miserias.

—Tres —informó, tratando de sonar convincente.

—Ah, lo imaginaba —dijo ella, reprimiendo una sonrisa de simpatía por aquel que no se permitía exhibir su sufrimiento—. Quisiera realizarle un procedimiento que ayudará a que el dolor, de tres puntos, remita lo más pronto posible. ¿Lo han sangrado antes?

—Sí, señorita.

—Entonces sabe en qué consiste la técnica. Realizaré un pequeño corte aquí —la joven trazó una pequeña línea justo debajo de la oreja derecha del capitán— y así descomprimiré un poco la inflamación. Tuerza la cabeza un poco hacia su izquierda... Eso es. Me esforzaré por no provocarle ninguna molestia, aunque sentirá un pinchazo.

La joven tomó el bisturí y, con absoluta precisión, cortó la piel del hombre, trazando un tajo profundo de no más de dos centímetros de largo, lo cual permitió que la sangre fluyera hasta cubrir la base del pequeño recipiente que ella sostenía contra la nuca del paciente. Una vez que el drenaje había descomprimido el área inflamada, ella apretó el corte con el lienzo y aguardó a que el sangrado cesara.

Cuando la herida estuvo seca, Victoria dejó a un lado los instrumentos médicos que había utilizado y se dispuso a evaluar los tejidos alrededor del ojo intervenido. Luego de observar el área con atención, pronosticó que en cuestión de días el paciente se sentiría mucho mejor. Y así se lo hizo saber:

—Considerando las pocas horas que han transcurrido desde la cirugía, y lo difícil que ha sido la operación, he de informarle que todo marcha muy bien. Pronto cesará el dolor, se lo aseguro.

—Muchas gracias, señorita Hill.

—No tiene nada que agradecer. ¿Puedo hacer algo más por usted antes de retirarme?

—Quisiera beber algo, por favor.

—Por supuesto —concedió ella, dirigiéndose a la mesilla, donde Gladys había dispuesto una jarra y un vaso.

Wyatt oyó el reconfortante sonido del agua llenando el recipiente. Unos segundos después, y aun sin poder ver nada, se sobresaltó cuando percibió que el colchón se hundía justo a su lado. Ella preguntó:

—¿Cree que podrá incorporarse sin forzar la zona del cuello?

—Diría que sí.

—Hágalo con lentitud, por favor.

El hombre no había terminado de sentarse cuando la cabeza comenzó a darle vueltas como el ojo de un tornado y las náuseas le hicieron grandes olas en el estómago. Un sudor frío le cubrió el cuerpo y en los oídos estalló un pitido estridente.

—Está bien, puede apoyarse en mí —propuso ella, con tono tranquilizador—. Respire profundo. Muy bien. Otra vez. Eso es... El malestar pronto remitirá...

Con pericia, Victoria sostenía la espalda del capitán afirmando contra ella el hombro y todo el brazo.

—Ya estoy algo mejor... —murmuró el paciente—. Lo siento mucho...

—No se lamente, pues lo que le ha sucedido es normal —dijo ella, restando importancia al asunto—. No ha recibido alimento desde anoche y ha permanecido acostado todo el día, recuperándose de una cirugía difícil. Demasiado bien está llevando el proceso.

Él respiró profundo. Se sentía mejor, pero aún se encontraba débil y descompuesto.

—Le daré agua —dijo ella, sin soltarlo—, eso lo ayudará. Tengo el vaso justo frente a usted.

El capitán extendió la mano para recibir el recipiente que Victoria le ofrecía. El líquido fresco le produjo una sensación de alivio

—Quisiera un poco más, por favor.

—Lo siento, pero no debe beber nada más por ahora. Más tarde, el doctor vendrá a verlo y dirá si puede tomar alguna otra cosa. Pero ahora debe descansar. Lo ayudaré a acostarse.

—Gracias, señorita —dijo él, relajándose contra las almohadas—. Me apena darle tanto trabajo. No sé cómo podré retribuir las atenciones que su padre y usted me brindan.

—Para nosotros es un honor poder ayudarlo. Que descanse, capitán. Mañana temprano vendré a ver cómo se encuentra.

Y sin más, la voz de tono triste, el aroma a rosas y el susurro de faldas se desvanecieron y el militar se encontró de nuevo solo, envuelto en la oscuridad.

CAPÍTULO 3

Los días que siguieron fueron favorables para el capitán. La herida progresó tal como el doctor Hill esperaba y no hubo el menor indicio de infección o de complicaciones de ninguna clase, por lo cual el paciente abandonó la soledad de su cuarto, para salir a pasear por el jardín o descansar en algún salón de la casa.

Una vez que las molestias propias de la cirugía remitieron y el doctor retiró el vendaje que protegía el ojo intervenido, resultó obvio para Wyatt que su situación había mejorado de manera notable. Después de años de soportar el implacable brillo del sol agujoneándole los nervios y de desesperantes migrañas nocturnas, el dolor y todas las terribles molestias se habían evaporado. Y aunque ya no veía nada con el ojo herido, aquel cambio valía sobradamente la pena. Ahora su visión, aunque monocular, era clara y límpida.

El ojo operado aún tenía un color rojo intenso y el párpado todavía conservaba una tonalidad violácea y permanecía inflamado. Pese a ello, el doctor había asegurado que tales secuelas eran plenamente esperables y que en poco tiempo desaparecerían por completo.

La mejora en el estado general del capitán había generado un efecto que él no había previsto: su atención solía posarse, una y otra vez, en Victoria. Cada ocasión en la que compartían unos momentos había resultado una instancia en la que Wyatt ratificaba su incipiente admiración por ella. Ya fuese durante las revisiones médicas o en las conversaciones que sostenían durante la cena, el militar había tenido la oportunidad de admirar las cualidades de aquella mujer. Y no se trataba solo de su belleza física, sino de su personalidad, muy distinta a la de otras damas con las que él había tratado. Su carácter firme, su determinación y su inteligencia constituían una combinación muy particular, que había convocado su interés. Sin embargo, no había pasado desapercibido para el capitán que Victoria se mostraba apesadumbrada y sin la energía vital que notara en ella cuando la conoció. Y para un hombre como él, curtido por la vida y la guerra, no era difícil percibir el sufrimiento de los demás.

Conforme los días se iban sucediendo, Wyatt se sentía cada vez mejor y más animado. Si todo resultaba como el doctor Hill estimaba, pronto estaría en condiciones de abandonar la residencia y dirigirse hacia el oeste, para hacerse cargo de su misión. No obstante, aquel pronóstico alentador implicaba también una consecuencia no tan agradable. Un vez que partiera de allí, el capitán ya no volvería a ver a Victoria.

Al considerar aquello, Wyatt no podía evitar experimentar cierta pesadumbre. Ya no era un joven y, a diferencia de muchos otros militares, no había encontrado una esposa ni formado una familia. Aquellas no habían sido prioridades para el capitán, ocupado de misión en misión. Sin embargo, desde que conociera a Victoria, se descubría con frecuencia pensando en cómo sería su vida si contara con la compañía de una mujer tan excepcional como ella. Pero cuando eso ocurría, se obligaba a espantar esas ideas y concentrarse solo en su recuperación.

Una tarde en la que el doctor Hill y su hija abandonaron la mansión para ir a atender a una paciente, el capitán se dispuso a caminar por los parques de la casa. Mientras atravesaba el pasillo que daba a una de las salas, vio que Gladys se encontraba allí, sacudiendo el polvo de las molduras del techo. Para tal tarea, se valía de un plumero con un mango larguísimo. Al ver a la nana manipular sin éxito aquel artefacto, Wyatt se acercó, dispuesto a ofrecer su ayuda, pues la mujer le caía bien y había sido muy considerada con él.

—Esa cabeza de león está demasiado alta —observó—. ¿Me permite ofrecerle mi brazo para sacudirla?

Gladys se volvió y en su mirada se leyó el mayor de los desconciertos:

—A ver si entiendo bien, señor capitán: usted, un invitado de honor, ¿se está ofreciendo para hacer una tarea doméstica?

—Considéreme su servidor —dijo él, ofreciéndole una amplia sonrisa.

—¿De veras cree usted que yo le permitiré ponerse a limpiar esta casa?

—Ese león está un poco alto... —insistió él, señalando la talla—, incluso

para esa lanza que esgrime, Gladys.

La mujer observó perpleja el plumero que, visto así, realmente parecía una pica de infantería, con una gallina clavada en la punta.

—Mis superiores afirman que soy muy diestro con las armas arrojadas —fingió ufarse él, en su esfuerzo por convencerla—. Si usted me presta la suya, quizá pueda demostrarle mis habilidades.

Indecisa, Gladys frunció los labios. El capitán era el hombre más alto en la casa, incluyendo a todos los sirvientes y el jardinero. Por otra parte, los pequeños leones que adornaban los vértices del cielorraso estaban acumulando polvillo, y el plumero no parecía ser lo suficientemente largo para alcanzarlos.

—¿Una lanza, eh? —dijo Gladys, como buscando la ratificación del capitán.

—Ajá —confirmó el militar.

—Pues en ese caso, usar una lanza no sería una tarea demasiado... hogareña, ¿no? —afirmó la nana, reflejando que el argumento del oficial no le parecía del todo inadmisibile.

—No lo sería, no. Al menos eso consideran los chickasaw y los cherokee.

Con algunas sombras de duda en el semblante, la mujer cedió el objeto a su servicial interlocutor.

Extendiendo el brazo, el hombre comenzó a pasar el plumero con delicadeza por las intrincadas molduras, con cuidado de que ni una partícula de polvo cayese en el ojo recién operado.

—De veras es hábil con la lanza, señor —se admiró la mujer.

—¿Hace mucho que trabaja aquí, Gladys?

—Pues, fíjese usted, yo estaba aquí cuando Victoria nació. Y también vi llegar al mundo a sus hermanitas.

—¿La señorita Hill tiene hermanas? —se asombró el capitán, deteniendo su actividad un momento para mirar desconcertado a Gladys.

—Tiene dos, más pequeñas que ella e igual de hermosas. Georgia tiene diecisiete años, y Marianne, dieciséis. Ambas viven en un internado en Suiza, que es un país de Europa —explicó la mujer—. Victoria y yo nos ocupamos de criar a esas niñas cuando la esposa del doctor se marchó.

Consciente de que había hablado de más, Gladys se detuvo de inmediato. El capitán disimuló su interés sacudiendo con vigor el relieve de un escudo familiar aplicado en el quicio de una puerta secundaria.

—Pensé que la señora Hill había muerto... Nunca nadie habla de ella.

—¡Ay, señor capitán! Yo tampoco debería hacerlo. Soy tan bocazas...

—No se preocupe, no quiero que por mi causa tenga usted ningún problema —la tranquilizó él, mientras continuaba recorriendo la habitación, con el largo plumero en la mano.

—Mmm..., en realidad, usted se irá dentro de pocos días... —especuló Gladys—. ¿Y, además, a quién se lo contaría?

—Es verdad, pero aun así no es neces...

Sin que pudiese terminar de hablar, la nana lo interrumpió:

—La cosa es que la señora Hill se fue de esta casa con su amante, hace quince años. Y nunca más regresó. Jamás volvimos a saber nada de ella. Estaba tan enamorada de aquel hombre, y era tan bella... —Gladys chasqueó la lengua—. Y el doctor Hill y sus tres hijas se quedaron solos. Por suerte, estaba yo aquí para cuidarlos. Pero el señor se derrumbó por completo, debido al abandono de su esposa y a las habladurías de su círculo social. Fue una época terrible, en la que no sabíamos si nos quedaríamos en la calle, con dos niñas pequeñas, que aún necesitaban desesperadamente los cuidados de su madre. Pasó mucho tiempo antes de que el doctor pudiera recuperar su vida y su posición social. Y cuando pudo comenzar a trabajar nuevamente, envió a las dos niñas menores a Suiza. Para entonces, Victoria ya se había convertido en la señora de la casa y comenzaba a ayudar a su padre en el consultorio, por lo que ella permaneció aquí.

El capitán sacudía el plumero sobre cada figura mucho más tiempo de lo necesario, con la finalidad de que la nana siguiese hablando y así poder saber más de aquella historia. Comenzaba a comprender cuál podría ser, al menos, una de las razones por la cual la joven se mostraba tan seria y reservada. Quizá por eso tampoco se había casado, pensó. No hacía falta tener mucha imaginación para comprender que el abandono de una madre dejaría una profunda herida y que aquello, sin duda, explicaría la reticencia de una muchacha a reír, divertirse o incluso demostrar afecto por otros. ¿Quién, en su sano juicio, expondría su alma a otro ser, para amarlo incondicionalmente y, con ello, arriesgarse al dolor de un nuevo abandono?

—Y ahora... —continuó Gladys, ya con la voz quebrada— mi pobre niña se irá de aquí.

El capitán hizo descender el plumero, que ya había pasado una vez y media por toda la habitación.

—¿Se irá? —preguntó, sin poder aguantar la curiosidad que le produjo ese dato—. ¿A dónde?

—Aguarde... —dijo la nana, saliendo al corredor para verificar que no hubiera nadie cerca. Al regresar junto al militar, le habló en un tono de voz casi imperceptible:

—Mi niña ya no quiere vivir en esta casa porque el doctor Hill va a contraer matrimonio con esa horrible madame Henson. Pero..., por favor..., recuerde que usted no supo esto por mi boca.

—No estaba al tanto —dijo él, comprendiendo el origen del disgusto y la tristeza que había percibido en la joven, durante los últimos días.

Gladys prosiguió, imprimiéndole aún más énfasis a sus palabras:

—Además, el doctor ha decidido que ella debe casarse y tener sus hijos y una familia propia, en lugar de estar todo el tiempo al lado de él, en el consultorio. Y créame cuando le digo que el bueno del señor tiene las mejores intenciones, pero la idea de que Victoria deje la medicina y se case es de esa... señora, que lo que en realidad quiere es que mi pequeña se vaya de la casa cuanto antes y así reinar ella a su gusto en este lugar. Pero el pobre doctor no se da cuenta de eso y solo hace lo que esa bruja le dice.

La nana se apresuró a aclarar:

—Nadie sabe nada de esto. Bueno, yo lo sé, claro. Y el resto del servicio. —De los ojos de la mujer brotaron unas lágrimas incipientes—. No sé qué haré si mi niña se va de aquí y yo me quedo a las órdenes de una vieja arpía... Disculpe usted, es que es la verdad.

Interesado en saber más, Wyatt inquirió:

—¿Cree usted que es posible hacer algo para ayudarla?

—¡Nada, nada! —se agitó Gladys—. Está buscando trabajo como maestra o institutriz. Y quizá lo consiga, ya que es muy educada mi muchacha..., pero está muy afligida porque deberá dejar la medicina, que es lo que más ama en esta vida. —Y con las lágrimas ya sin contención, se lamentó—: ¡Es una tragedia!

Wyatt sintió tristeza por Victoria. No hacía falta ser muy sagaz para comprender que la convivencia con madame Henson sería una tortura para cualquier persona cuerda, y mucho más para una joven sensible y bienintencionada. Si la coexistencia con semejante dama parecía intolerable, más lo era el hecho de abandonar la medicina, la única pasión en la vida de la joven.

A la mañana siguiente, Victoria se reunió con la cocinera para organizar la cena de compromiso de su padre. Estaba exhausta y desmoralizada. Desde el abandono de su madre, tenía enormes dificultades para lograr conciliar el sueño, y aquel mal se había agudizado con la noticia de la inminente boda del doctor. Se sentía abatida y casi nada la distraía de su pesadumbre.

El único momento de la jornada que no le resultó ingrato fue el que destinó a revisar la herida del capitán, a quien consideraba una persona agradable y atenta, y uno de los pocos hombres que valoraban su labor médica.

Sin embargo, el militar se marcharía dentro de pocos días. Y con su partida, Victoria perdería la única posibilidad de sostener conversaciones agradables en su propio hogar, que se había transformado en un lugar lleno de incertidumbres y tristezas. Ya no disfrutaría escuchando acerca de los eventos, batallas y lugares increíbles que el capitán describía cuando compartía la cena con ella y su padre. Al respecto, Victoria había notado una cualidad que apreciaba mucho en aquel hombre: sus relatos nunca eran jactanciosos ni exagerados, sino breves y detallados con objetividad. Aún más, ella intuía que Wyatt obviaba, adrede, la mención de todas aquellas situaciones en las que su heroísmo y abnegación quedarían en evidencia, limitándose solo a describir las vivencias de un modo en el que él casi nunca aparecía mencionado. Y considerando la cantidad de condecoraciones con las que el militar contaba, este tendría, sin duda, motivos sobrados para enorgullecerse de su trayectoria. Sin embargo, a diferencia de tantos otros hombres, al capitán no le gustaba hablar de sus logros ni de sí mismo.

Como fuere, él se marcharía, al igual que cualquier otro paciente. Así eran las cosas. Además, ella tenía verdaderos motivos por los cuales angustiarse: debía conseguir un trabajo y pronto. Solo era cuestión de días para que la horrorosa viuda Henson posara sus garras en la casa y la transformara en sus dominios.

Aquella misma tarde, el capitán se encontraba leyendo en una de las salas de la casa, cuando fue interrumpido por las voces de dos personas que se habían detenido junto a la ventana. El tono de la conversación era más bien el de una discusión:

—Te he dicho que no uses la escalera del vecino, Bob —decía una mujer—. La madera está rajada y no aguantará tu peso. ¡Son dos pisos, por el amor del Altísimo! ¿Y si algo te ocurriera?

El hombre respondió, fastidiado:

—Tengo que podar esta enredadera, Doris, y debo hacerlo hoy mismo. Si no me ocupo de ella, terminará cubriendo el tejado y será aún peor. ¿No tienes cosas que hacer en la cocina, digo yo, que estás aquí dándome órdenes?

—¡Tendré mucho que hacer en la cocina cuando tú te rompas la cabeza y yo me quede viuda y con dos niños para alimentar, solo con mi salario! ¿Por qué no usas la escalera que tenemos en esta casa, en lugar de pedir una prestada?

El hombre puso los ojos en blanco, elevando la cabeza hacia el cielo:

—Daniel está utilizando la escalera de aquí para reparar una viga en el establo, y no iré a importunarlo por tu causa. ¡Vete ya, mujer, y déjame hacer mi trabajo, que para eso me paga el doctor Hill!

—¡Bien! —replicó la esposa, con tono ofendido—. ¡Haz lo que quieras! Pero debes saber que si te caes, no cuidaré de ti, te abandonaré y le pediré al Señor que me consiga un esposo menos cabeza hueca.

Desde donde estaba el capitán se oyeron pasos que se alejaban, y luego el ajeteo propio de quien prepara herramientas para arreglar el jardín. Él volvió a relajarse, satisfecho por tener la oportunidad de descansar en aquel espacio agradable y cálido. Pero sus pensamientos pronto se vieron interrumpidos por el grito de un hombre, acompañado por el sonido de algo voluminoso que impactaba pesadamente contra el suelo.

Lo que fuera que hubiese ocurrido, había sido muy cerca de la ventana junto a la que él se encontraba, por lo que se puso de pie y abrió el cristal para averiguar qué sucedía. No tardó en ver una escalera tirada sobre el sendero y partida en dos. A un par de metros, las piernas de una persona sobresalían de las matas de flores que rodeaban los muros de la mansión.

Wyatt corrió hacia el exterior para encontrarse con un escenario preocupante: el jardinero de los Hill estaba desmadejado en el suelo, con los ojos cerrados y sin mover ni un músculo. El capitán se agachó junto al caído, para revisar su estado. Al observarlo, detectó que el hombro izquierdo del

sujeto estaba girado hacia el lugar equivocado, y que en la manga de su camisa se agrandaba una mancha granate.

Por el camino lateral de la casa se acercaba corriendo la esposa del accidentado, que había oído el grito de su marido. Cuando la mujer llegó al lugar, se arrodilló junto al militar:

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Estás muerto, mi Bob? —gritó al desvanecido, como si este pudiese responderle.

Wyatt acercó la mano a las fosas nasales del hombre, para comprobar que un hálito de vida era perceptible. La mujer continuaba vociferando lamentos:

—Le dije que la escalera estaba mal y me quedé aquí cerca, vigilando que no subiera demasiado. ¡Pero no me hizo caso!

El capitán se preguntó cómo podría hacer para interactuar con aquella persona fuera de sí. El accidentado se encontraba inconsciente, lo cual le concedía la fortuna de no escuchar aquellos chillidos. Pero él estaba muy despierto y convencido de que los alaridos de la dama afectarían su capacidad auditiva en el corto plazo. No pudo evitar imaginarse al doctor Hill diciéndole que ahora debía operarle el oído, debido a la exposición a semejantes berridos. Solo aquello faltaba para completar el cuadro de sus sentidos afectados.

—Su esposo está vivo, señora. Se repondrá —Wyatt intentaba calmar a la mujer, que a esa altura ya se encontraba histérica.

Pero lejos de atender a las palabras contenedoras que le dedicaba el capitán, Doris había entrado en una especie de trance y, con las palmas juntas y la punta de los dedos apuntando al firmamento, le chillaba a quien fuera que la escuchara desde allí. Aunque como efecto colateral, sus alaridos comenzaban a llegar —inclementes— a cada uno de los hogares del vecindario.

—¡Señor, llévame a mí, pero no te lleves a mi adorado esposo! ¡Boooooob, no te vayaaas! —volvía a aullar la mujer frente al rostro del jardinero, mientras agarraba las solapas de su camisa y comenzaba a zarandearlo.

Wyatt pensó que, con semejantes sacudidas, ella acabaría por fracturar las vértebras cervicales de su marido. Por eso se tornaba imprescindible detener aquel ataque de nervios. Entonces, se puso de pie y, con la voz de mando que probara ser capaz de atravesar el caos de un campo de batalla, gritó:

—¡Señora..., le ordeno que se levante en este preciso momento y vaya a buscar ayuda..., ya mismo!

Ante aquella orden inesperada, la esposa del jardinero se incorporó de un salto, parándose frente a Wyatt para responder, con la misma voz chillona:

—¡Sí, capitán! —La mujer salió disparada como una bala de cañón, en busca de auxilio, no sin dejar de gritar, mientras corría—: ¡Resiste, Bob..., resiste!

Pocos minutos pasaron antes de que Victoria, seguida por Gladys y Doris, llegara al lugar en donde se encontraban Wyatt y el accidentado.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó la joven, arrodillándose junto al caído.

El capitán respondió, tratando de reproducir los sucesos que habían tenido lugar:

—Creo que uno de los travesaños de la escalera en la que este hombre estaba encaramado se partió y él perdió el equilibrio, cayendo al vacío. Calculo que fue desde unos tres metros de altura. Al impactar en el suelo, un rastrillo de mano se incrustó en su brazo. Y, por lo que veo, uno de los dientes de la herramienta se desprendió y permanece clavado en la carne.

Victoria examinó el brazo herido. Luego asintió.

—¡Le dije que la escalera estaba mal, señorita Hill! —sollozaba la esposa —, ¡pero ya sabe cómo es Bob de cabeza dura!

Al ver que la mujer resultaría un obstáculo para las tareas de asistencia, Victoria miró a Gladys, que interpretó lo que debía hacer.

—Doris, escúchame... —la nana tomó la mano de la mujer desconsolada —, debemos ir a llamar a alguien para que nos ayude a trasladar a tu marido al consultorio. Acompáñame..., la señorita y el capitán se quedarán junto a él.

Gladys debió tirar un poco del brazo de la mujer, pero al fin ambas desaparecieron por un lateral del edificio. Pocos segundos después, aparecieron dos mozos que se apresuraron a seguir las instrucciones de Victoria.

—Muévanlo despacio, con cuidado de no tocarle el hombro —indicó ella, mientras el militar y los dos empleados cargaban al jardinero hacia el consultorio.

Una vez en el despacho de Hill, los improvisados enfermeros depositaron al herido sobre la camilla.

—¿Ya regresó Gladys? —preguntó Victoria.

—Aquí estoy —dijo la mujer, que acababa de entrar en la sala.

La joven rasgó la camisa del jardinero y estudió la herida sangrante. Sin dudar, sentenció:

—Tendremos que extraer el elemento punzante del brazo del paciente. Es

una lesión sucia, pues el rastrillo tiene tierra. Gladys..., alcánzame el preparado que utilizamos para hacer lavado, por favor.

Los dos mozos se habían retirado de la sala, pero Wyatt seguía allí, observando cómo la joven se movía, decidida y con sobrada pericia médica.

—¿Ya regresó mi padre?

—Dijo que llegaría al anochecer —respondió Gladys.

Victoria no pareció alterarse al saber que no contaría con la ayuda del doctor. Sabía exactamente qué hacer, aunque para una parte de la tarea necesitaría más fuerza física que la que era capaz de desplegar. Entonces, se dirigió al capitán:

—¿Puedo contar con su ayuda? —le preguntó.

—Por supuesto, señorita Hill.

Ella asintió y continuó dando indicaciones:

—Gladys..., quítale la camisa al paciente, por favor.

De inmediato, la nana se aproximó con una tijera de punta redondeada y comenzó a cortar la prenda que ocultaba la herida del jardinero. El trabajo no era sencillo, pues debía evitar rozar la parte de la herramienta de labranza que aún permanecía incrustada en el brazo del hombre.

—Bien —dijo Victoria—. Ahora quitaremos el trozo de hierro para que nos permita trabajar con la articulación del hombro. ¿Lista?

Entonces, sostuvo con firmeza el pedazo de metal oxidado que sobresalía de la carne del paciente, e indicó:

—¡Ahora!

Con un desagradable ruido de carne desgarrada, el diente de hierro del rastrillo abandonó el brazo del jardinero, que aún seguía inconsciente. De inmediato, la nana contuvo con un paño el chorro de sangre que brotó de la herida. Tras unos momentos, retiró el trozo de tela para permitir que Victoria colocara un primer vendaje de contención en el músculo dañado. Ahora había que ocuparse del hombro, que se encontraba fuera de lugar.

A continuación, la joven palpó con manos expertas la articulación descolocada, deteniéndose en puntos específicos. Luego asintió con la cabeza y, aliviada, dijo:

—No está roto, solo dislocado.

Wyatt interpretó la expresión optimista de Victoria. Un hombro fracturado podía ser el pasaporte directo a la minusvalía, pero dislocado, se podía reparar. La clave era que la lesión fuera tratada adecuadamente.

—Capitán, ¿ha visto alguna vez cómo se realiza la maniobra para volver a

colocar un hombro en su lugar?

El militar, experto en mil batallas, no solo había visto aquello sino muchas maniobras más, algunas dignas de una brutalidad que ningún médico razonable aceptaría.

Acercándose hasta donde se encontraba la joven, él respondió, sin dudar:

—Sí. Algunas veces, durante la guerra.

—Excelente. Como usted sabrá, es preciso ejercer bastante fuerza sobre la articulación para extenderla y luego ubicarla en su posición original, así que apreciaría contar con su ayuda.

—Dígame qué tengo que hacer.

Victoria se posicionó detrás de la cabeza del paciente y el militar se colocó junto a ella.

—Deberá sostenerlo así como yo lo hago, para que el torso no se mueva mientras trabajo con el hombro. Aquí debe poner las manos —indicó—. Ahora espere a que cuente. Cuando diga «tres» usted lo sostendrá con firmeza contra la camilla. ¿Está listo?

Él afirmó con la cabeza.

—Uno..., dos..., ¡tres!

El ruido del hombro al retomar su posición normal fue escalofriante. Cualquiera que no conociera la destreza de Victoria hubiese jurado que algo se había roto en la articulación del sujeto.

Era la primera vez que Wyatt veía a un médico hacer aquello con tanta eficiencia y sin esfuerzo aparente. Y había conocido a muchos galenos en los veinte años que llevaba en la milicia.

—¡Excelente! —exclamó ella—. Le agradezco mucho su ayuda, capitán.

Él abrió la boca para responder, pero, antes de que pudiera hacerlo, ella se volvió para quitar el primer vendaje de contención y tratar la herida abierta en el brazo. Hacer aquello antes de que el paciente despertara era prioridad absoluta.

Victoria limpió el enorme tajo y luego cosió cada capa de tejido desgarrado. Cuando trabajaba en el último punto, el jardinero comenzó a quejarse. Al despertar sentiría terribles dolores, pero no quedaría tullido de por vida.

CAPÍTULO 4

La cena en la que se anunció el compromiso entre el doctor Hill y madame Henson resultó un completo desastre para la hija del médico. La viuda monopolizó la conversación y solo su penetrante voz se oyó por encima de todas las demás. Sus críticas a Victoria, por no ser lo suficientemente alegre, seductora y mundana, mortificaron a la joven, que resistió con todo el estoicismo del que era dueña.

Al momento de anunciar el compromiso, el doctor Hill tomó la mano de la mujer y la sostuvo entre las suyas. Después la besó en la mejilla, declarando con vehemencia que la viuda era el gran amor de su vida. Madame Henson dio las gracias y, a continuación, declaró que su próximo gran proyecto era casar a su nueva hijastra. Para Victoria, aquello fue demasiado. Con un movimiento algo brusco para sus maneras normales, se levantó de su silla y se excusó, aduciendo que se encontraba indispuesta. Luego, abandonó el salón.

Minutos después de que la joven se retirara, Wyatt sintió que aquella reunión le resultaba insoportable. Las voces altisonantes y las risas estridentes contrastaban con la preocupación que sentía respecto de la mujer que acababa de irse del comedor. Ya con el ánimo enrarecido, decidió que lo más saludable para su paciencia sería imitar a Victoria, por lo cual se dirigió a la pareja comprometida:

—Doctor Hill, madame Henson..., si me lo permiten, me retiraré a mis aposentos. Siento algunas molestias en el ojo, por lo cual presumo que no seré buena compañía en lo que resta de este agradable encuentro.

—Por supuesto, capitán, queda usted excusado —dijo el médico—. Si lo desea, podemos ir al consultorio para que lo revise.

—De ningún modo, doctor; no es nada serio. Lo que sucede, me temo, es que ya no soy joven y tardo más en recuperarme de mis heridas. Un breve descanso me bastará. —E inclinándose con cortesía, cerró la conversación—. Buenas noches a todos.

Al dejar la sala, el capitán no se dirigió al primer piso, en donde se

encontraba la lujosa habitación que le habían asignado. En cambio, tomó el pasillo que conducía a la puerta que daba al jardín, decidido a sentir el fresco de la noche y despejar su mente.

Cuando ya casi llegaba a la salida, una voz de mujer se dejó escuchar detrás de donde él estaba. Provenía de una de las habitaciones a las que se accedía a través del corredor. El haz de luz que escapaba a través de la abertura indicaba que la puerta estaba entreabierta.

El militar detuvo sus pasos y aguzó el oído. Ahora se oía la voz de un anciano y, nuevamente, la de la mujer. Entonces él reconoció aquel agradable tono: se trataba de Victoria.

El oficial volvió sobre sus pasos para detenerse subrepticamente junto a la puerta entreabierta. Con cuidado, evitó que lo alcanzara la luz que se colaba desde la habitación. No deseaba que nadie lo catalogase de fisgón aunque, a su pesar, tuvo que admitir para sí que aquello que estaba haciendo no era otra cosa que husmear.

La voz del anciano se escuchó una vez más:

—... y entonces el cura me dijo: «Pero lo que usted vende ¿no son burros?»

Victoria emitió una risa ligera.

Corriendo el riesgo de ser descubierto mientras espiaba, asomó apenas la cabeza para observar qué sucedía en la habitación. Casi de reojo, divisó la escena: Victoria se encontraba sentada en una banqueta, junto a la cama en la que yacía el anciano. El hombre, que sin duda se encontraba enfermo, se hallaba apoyado sobre blancas almohadas, y hablaba con todo el entusiasmo que su endeble estado le permitía. Los ademanes de las huesudas manos acompañaban la tónica de su acalorado relato.

La joven escuchaba la historia que el viejo narraba, esbozando una sonrisa.

—¿Ya le conté la anécdota del cura de mi pueblo y el burro, señorita Hill?
—preguntó el hombre.

Victoria sonrió. Había escuchado muchísimas veces aquella historia de boca del señor Carmine, que fuera el mayordomo de la familia durante toda una vida. Aquel hombre viejo y enfermo, que ya no desempeñaba labores en la casa, vivía aún con los Hill. Y ella se encargaba de que nada le faltase.

—Pues creo que no... —respondió ella—. Cuéntemela, por favor.

Eso fue suficiente para desatar la animada verborragia del relator, que inició una vez más la misma anécdota.

—... y entonces el cura me dijo: «Pero lo que usted vende ¿no son burros?»

Victoria rio de nuevo.

—¡No son burros, dijo! —continuó el hombre, encantado con el efecto que provocaba su narración.

—Es una anécdota muy entretenida, señor Carmine. —Victoria apretó la mano del hombre con cariño—. Ahora usted debe descansar.

El capitán se sobresaltó al observar que la joven se levantaba de su butaca y se inclinaba para depositar un beso en la frente del viejo, que la miraba como si ella fuera su ángel de la guarda. Después de comprobar que el anciano estuviera cómodo, Victoria apagó la lámpara y caminó hacia la salida. La luz de la luna creciente, que se colaba por la ventana, guio sus pasos en la oscuridad.

Fueron las sombras del corredor las que dieron refugio a Wyatt, que rogó no ser descubierto en una situación algo vergonzosa. Ni siquiera se atrevió a alejarse, ya que el piso de madera crujía y se quejaba bajo su peso. Paralizado en la oscuridad, aguantó la respiración. Por fortuna para él, Victoria giró en dirección a las habitaciones principales, en lugar de dirigirse a la salida.

Cuando los pasos se perdieron en la distancia, el improvisado espía dejó escapar el aire que aún retenía en los pulmones. Disuadido de la idea de salir al jardín, prefirió esperar unos momentos y dirigirse a su habitación.

Ya acostado, aunque insomne, un tropel de ideas confusas invadió su mente. Por primera vez en toda su vida como militar, experimentaba cierto rechazo ante la idea de reportarse a su destino de turno. Pero no era su labor castrense la que le producía aquella amarga sensación, sino una noción vaga e imprecisa, que solo podía asociar con la idea de no volver a ver a Victoria. Nunca una mujer había causado tal impacto en el capitán. Pero él sabía que no había manera de evitar su destino. Esa era la vida de un soldado: cumplir las misiones que se le encomendaban. No había ninguna otra posibilidad.

A la mañana siguiente, Wyatt se sentía adormilado, pues no había podido conciliar el sueño. Para despertar a sus abotagados sentidos, decidió dar un breve paseo a caballo, pensando que aquello lo ayudaría a recuperarse. El día era diáfano y aún podía disfrutarse el frescor de la mañana de abril, una de las últimas antes de que el verano comenzara a sofocar a los habitantes de Nueva York.

El establo se encontraba a solo cincuenta metros de la casa, por lo que el capitán llegó allí sin demora. Al entrar, atravesó el corredor al que daban los boxes y, tras unos veinte metros de recorrido, encontró a su caballo, Hawk. Con la placidez de quien se encuentra de vacaciones, el equino mascaba un gran puñado de heno y, al ver a su dueño, emitió un relincho entusiasta.

—¿Cómo te encuentras, muchacho? —preguntó Wyatt—. Estás más gordo que cuando te dejé aquí hace pocos días. La familia Hill te consiente, ¿eh? Pues no te acostumbres demasiado; en breve nos iremos.

Él abrió la portezuela y entró en el box.

—¿Quieres que te cepille? —preguntó, como si el equino fuese a darle un signo claro de su voluntad de acicalarse.

Hawk no respondió, cosa que el hombre tomó como una respuesta afirmativa. Entonces, se quitó la chaqueta y, tras arremangarse, se dispuso a cepillar el pelaje de su viejo amigo. En ese momento, un lamento de mujer se oyó fuera del establo. Sobresaltado, aguzó su atención.

La voz provenía de la abertura que conducía a la pista trasera de las caballerizas. El capitán caminó hacia el portón, cuando se oyó otro gemido femenino y luego la voz de un hombre, que vociferaba:

—¡No niegues que te encontraste con ese infeliz, Alice!

Ya en el exterior, Wyatt vio que un sujeto fornido le gritaba a una muchacha muy joven.

—¡Sé que Vincent estuvo aquí y que te vio! —bramaba el hombre, que sostenía a la chica llorosa de un brazo y la zarandeaba con violencia, dispuesto a que ella confesara su supuesta falta.

El capitán se dirigió con rapidez hacia la pareja que discutía treinta metros más allá. Sin que él mismo lo advirtiera, sus puños se cerraron.

Era tal el volumen de los gritos que profería aquel sujeto violento que Victoria pudo oírlos desde su cuarto. Inquieta, se acercó a la ventana para ver de dónde provenía ese escándalo. Desde su posición divisó a Alice, la muchacha que ayudaba en la cocina, y a un sujeto que identificó como su novio, Dick. La chica parecía desesperada, mientras explicaba, entre sollozos:

—¡Pero, Dick, Vincent es el carnicero que le vende a los Hill... y viene aquí cada día! ¡No es para verme a mí!

—Lo que yo creo... —gritó el otro, apretando sin piedad el brazo de la chica— es que tú te levantas las faldas para que Vincent te monte...

En aquel momento, Victoria vio entrar al capitán en la escena. Y en el mismo instante, Dick levantó la mano y descerrajó una tremenda bofetada en el rostro de la muchacha. Ella cayó al piso, mientras un grueso hilo de sangre corría por la comisura de su boca.

Al ver a la mujer caída en el suelo, el agresor esbozó una sonrisa cruel. Pero aquel gesto se desfiguró cuando el puño de Wyatt, con la fuerza de una maza, impactó en medio de su rostro, haciendo que la nariz se rompiera como una cáscara de nuez al romperse.

El sujeto retrocedió varios pasos, mientras se tomaba la cara con ambas manos. El labio superior comenzó a bañarse de la sangre que le manaba de las fosas nasales.

Aturdido, Dick levantó la vista. Frente a él se encontraba Wyatt, observándolo impasible. Cuando al fin pudo reaccionar, el novio de la chica gritó:

—Pero ¿quién demonios eres tú? —Y extrayendo un cuchillo de su faja, avanzó hacia el militar—: ¡Voy a matarte, maldito infeliz! —Entonces, en un veloz movimiento, lanzó una estocada dirigida al cuello del capitán.

Wyatt se movió con una velocidad increíble para un hombre de su tamaño, esquivando el lance con un paso hacia su derecha y descargando un puñetazo cruzado a la mandíbula del furibundo Dick. El violento impacto provocó el inequívoco sonido de huesos rotos e hizo que el sujeto cayera como un árbol talado, completamente inconsciente.

Al ver aquello, Victoria ahogó un grito y salió a toda prisa de su habitación, para correr en dirección al lugar en donde se había producido el enfrentamiento.

Wyatt se había arrodillado junto a la muchacha, que se sacudía con cada espasmo de su llanto. El militar le dio tiempo para recomponerse y, cuando ella estuvo en condiciones de incorporarse, le ofreció su mano como sostén. La chica continuó sollozando, sin poder evitarlo.

—Tranquícese, señorita, estoy aquí para ayudarla —dijo él—. ¿Puede decirme quién es el hombre que la agredió?

Ella respiró entre jadeos, haciendo un esfuerzo por responder a la pregunta.

—Es mi novio —susurró, restregándose la mejilla lastimada—. Es un poco celoso. Y como me ama tanto, a veces cree ver cosas que no existen.

—Pues su novio será denunciado a las autoridades por haberla agredido, y yo me ofreceré como testigo del hecho.

La joven levantó la vista, alarmada.

—¡No lo haga, señor! ¡Se lo suplico! No denuncie a Dick. Yo sé que en el fondo es dulce y cariñoso. Y que, cuando nos casemos, todo irá bien.

Wyatt negó con la cabeza.

—Señorita, tengo edad para ser su padre —dijo—, por lo que le ruego que me permita decirle algo importante: un hombre que maltrata a una mujer no la ama. El sujeto que acaba de golpearla seguirá haciéndolo, usando diferentes excusas, aun estando casados. Solo que entonces lo hará con el agravante de que ya nadie podrá defenderla. Por todos será considerada la legítima esposa de este animal, y no habrá quien intervenga ante sus malos tratos.

—Pero, señor, es que él no es malo... Quizá deba darle otra oportunidad. Le pediré que cambie, para demostrarme que de veras me quiere...

En aquel momento, Victoria atravesaba las caballerizas a paso vivo. Al acercarse al lugar donde el capitán y la muchacha hablaban, detuvo su carrera para no interrumpir lo que decía el oficial. Ni la chica ni Wyatt notaron la presencia de la joven, que permaneció en silencio, de pie junto a la puerta trasera del establo.

—Lamento decepcionarla —continuó el capitán—, pero no creo que este hombre cambie su actitud. Hay sujetos violentos, que disfrutan torturando a sus esposas e hijos. Este es uno de ellos. Así que le recomiendo, por su propio bien, que termine la relación y espere a conocer a alguien que la merezca... ¿Quiere saber lo que yo creo?

La joven asintió.

—Creo que una mujer es un tesoro para respetar, proteger y admirar, y que un hombre debe estar dispuesto a dar su vida para hacerla feliz. El sujeto que acaba de golpearla no parece pensar de ese modo, y estoy seguro de que jamás cambiará su forma de actuar.

El capitán buscó los ojos de la chica, sin encontrarlos. Luego continuó:

—Usted parece ser una buena persona. Y estoy seguro de que encontrará a un joven amable y dispuesto a entregarle su vida y su corazón. No se permita aceptar menos que eso.

La muchacha miró al capitán con gratitud. Era la primera vez que alguien le dedicaba tiempo para consolarla y darle un consejo y, aunque aún dudaba

sobre si finalizar o no su relación con Dick, estaba dispuesta a considerar las palabras de quien la había defendido.

—Ahora le recomiendo que vaya a ver a la señorita Hill para que le cure el corte que tiene en el labio y detenga la inflamación del pómulo.

Fue entonces cuando Victoria decidió hacerse ver.

—Capitán Wyatt..., Alice..., he visto lo que ha sucedido desde la ventana de mi cuarto. Lo siento muchísimo, querida... —Victoria se acercó a la chica, tomó su rostro y lo hizo girar para inspeccionar sus lesiones—. Esto sanará pronto, no te preocupes. Es una suerte que no te haya roto un diente... o el puente de la nariz.

De los ojos de Alice volvieron a caer lágrimas amargas. Le dolía el labio cortado y también el golpe en la mejilla, pero más aún el corazón.

—Ve al consultorio, por favor. En un momento iré a revisarte.

La chica asintió y atravesó el establo, en dirección a la casa.

—Lo siento mucho, señorita Hill, no debí golpear a este miserable; pero no pude evitarlo. Lo que más lamento es que usted haya sido testigo de este suceso.

—No se disculpe, capitán, este... este gusano merecía esos golpes y quizá muchos más. Había notado que Alice estaba angustiada últimamente, pero no imaginé que fuera víctima de la agresividad de este infame. De otro modo, hubiera hablado con ella. Salgamos de aquí, por favor.

Victoria tomó el brazo del capitán y lo condujo a través del establo, hasta llegar al jardín.

—Le pediré al encargado que llame a la policía —dijo.

Mientras acompañaba a la joven a través de la caballeriza, el capitán cayó en la cuenta de que estaba a medio vestir. No llevaba chaqueta ni sombrero, y su camisa estaba desacomodada. De inmediato, se disculpó:

—Señorita Hill, le ruego excuse mi descuidado aspecto —dijo, avergonzado—. Estaba a punto de cepillar a mi caballo cuando ocurrió este suceso. Y no he tenido tiempo para ponerme la chaqueta. Si no le importa, me adecentaré en un instante.

Ella no era una mujer remilgada, por lo que desechó la idea con un ademán. Luego agregó:

—No es necesario que se cambie. Prefiero que converse un rato conmigo.

Ambos caminaron unos metros hasta llegar a un banco situado bajo un árbol frondoso. Con unas palmaditas sobre la madera, la joven invitó a Wyatt a tomar asiento junto a ella.

—Aunque no me he molestado por el sorpresivo episodio de boxeo en el jardín de mi casa, sí estoy enfadada con usted por otra cosa —declaró Victoria.

Él la miró perplejo mientras se sentaba a su lado.

—¿Le ha disgustado algo que yo hice o, quizá, dije? —preguntó, preocupado—. Lo que haya sido, le ruego de antemano que me disculpe. No ha sido mi intención molestarla.

Victoria, usualmente seria, sonrió.

—Se trata de su ojo, capitán. Sabe que tiene prohibido realizar esfuerzos físicos, pero veo que no me ha hecho ningún caso. Primero, ha corrido, cosa que no debe hacer. Y luego ha golpeado dos veces al gusano de Dick —lo regañó ella, fingiendo severidad—. A ver, acérquese un poco. Revisaré que su herida no haya sufrido por el esfuerzo...

Wyatt acercó el rostro al de la mujer.

Abriendo los párpados de su paciente con la punta de los dedos, la joven observó cada rincón del globo ocular operado. Luego, asintió satisfecha.

—Bien, capitán, por ahora se ha salvado de un buen sermón. La próxima vez que decida golpearle la nariz a alguien, tenga la gentileza de hacérmelo saber con anticipación, así consideraré la posibilidad de otorgarle un permiso médico. ¿Puedo contar con su compromiso en este particular?

Wyatt sonrió y luego asintió.

Ella se puso de pie, dispuesta a comenzar su día de trabajo, y el capitán hizo lo propio.

—Lo veré más tarde, durante la cena —indicó Victoria, tomando el sendero que conducía al consultorio.

Pero solo avanzó un par de metros antes de volverse hacia Wyatt. De pronto, seria, le habló:

—Capitán..., eso que le dijo a Alice, sobre cómo los hombres deben tratar a las mujeres, habla muy bien de sus valores e integridad. Yo sentía respeto por usted, dada su condición de militar condecorado. Sin embargo, permítame decirle que ahora lo admiro aún más. No son muchos los hombres que piensan de ese modo.

Y tras soltar aquella frase, la joven le dio la espalda y se alejó.

CAPÍTULO 5

Faltaban solo tres días antes de que el capitán Wyatt abandonara la mansión de los Hill. Eran las dos de la tarde y Victoria atendía a un paciente grave, a quien someterían a cirugía cuando su padre regresara a casa. En ese momento, sonó la campanilla de la puerta de entrada y, a los pocos segundos, una doncella se asomó por la puerta del consultorio. La muchacha era nueva y parecía nerviosa y algo exaltada.

—¡Señorita Hill! Una dama la busca..., dice que es urgente.

—Hola, Vanessa. Ven, pasa, por favor —Victoria instruyó a la joven con suavidad—. Te agradezco que hayas venido de inmediato, pero recuerda que el doctor y yo no debemos ser interrumpidos mientras atendemos pacientes, y menos cuando se encuentran en estado delicado.

La muchacha estrujaba su delantal con ambas manos.

—Lo comprendo y le ruego que me disculpe, señorita Hill, pero la dama que la espera insiste en que debe verla ya mismo. Le pregunté si podía regresar otro día y me dijo que no, que entonces sería demasiado tarde. ¡Se la ve muy nerviosa!

Victoria pensó en no recibir a la visitante, pero a la doncella se la veía realmente angustiada, lo que quizá indicaba que se trataba de otra urgencia.

—Bien —afirmó, no del todo convencida—, iré a ver qué se le ofrece.

Algo contrariada, Victoria se quitó el delantal y la cofia. Luego se dirigió hacia la entrada, dispuesta a averiguar quién era y qué necesitaba la persona que demandaba verla.

A la recién llegada se la había hecho pasar a la sala en donde la joven recibía a sus ocasionales invitados. Al acceder al recinto, ella encontró a la última persona que deseaba ver: madame Henson. La viuda no solo la visitaba sin anunciarse con anticipación, sino que se había tomado la libertad de sentarse frente al secreter privado de la hija del médico, tras haber cogido papel y lápiz de uno de los cajoncillos. Evidenciando un total desparpajo, la mujer se encontraba escribiendo notas con la soltura de quien cree que todo le

pertenece.

Con voz aguda, la viuda saludó:

—¡Cariño! Qué bien que estés aquí. He venido a verte para que resolvamos algunas cuestiones urgentes. Pasa, por favor, toma asiento. Ponte cómoda mientras termino de anotar algunas cosillas que deseo que discutamos. Con la cabeza que tengo estos días podría llegar a olvidar la mitad de las cuestiones pendientes. A ver...

La calma de Victoria se evaporó, mientras observaba a la mujer moverse impertérrita, como si fuese la dueña de aquel hogar.

Ignorante del efecto que causaba, madame Henson terminó de escribir sus notas, guardó el lápiz en un cajón y se volvió hacia la joven:

—He venido para que juntas organicemos la recepción de la boda —explicó—. Invité a los personajes más importantes de la ciudad: los amigos de tu padre, los míos y algunos familiares que viven cerca y que me gustaría presentar a mi querido Charles. Después de conversar contigo, iré a entrevistarme con la cocinera. No quiero saber nada de esos platos autóctonos que sirve cada vez que cenamos aquí. Me gustaría algo francés, con un toque diferente y señorial, que haga parecer a tu padre un poco frívolo y pretencioso... ¿Verdad que sería interesante?

Con los pensamientos zumbando en algún lugar de su mente aturdida, Victoria solo atinó a balbucear:

—Pensé que se trataba de algo importante... Estaba con mi paciente y yo...

—¡Y esto es de lo más importante, linda! ¡No hay nada más imperioso que organizar esta boda! Tendremos que pensar en las flores y la ubicación del altar para celebrar la ceremonia. De ninguna manera nos casaremos en la Iglesia. Fíjate, yo soy una viuda respetable, pero tu padre..., con esa sórdida historia de tu madre y su amante..., ¡qué bochorno! Pudo conseguir la anulación de su matrimonio casi de milagro. Pero dejemos los temas escabrosos. ¿Ya te he hablado sobre los invitados?

—Señora, en este momento, no... —intentó interrumpir Victoria, sin éxito.

—He incluido en la lista un puñado de hombres disponibles para que te evalúen. Quizá alguno de ellos se entusiasme contigo, ¿verdad?, y te proponga conocerte, visitarte... No sé. Imagino que no será fácil a tu edad, pero puede que alguno de ellos esté lo suficientemente desesperado como para proponerte casamiento. Oh, no pongas esa cara, ¡estoy bromeando! Ven, siéntate donde quieras. Debemos ponernos a trabajar de inmediato.

Por unos instantes, madame Henson se distrajo para estudiar el entorno.

—Qué fea y aburrida es esta sala, cariño..., con esos paneles tan sosos, color crema, y estos muebles de un tono tan apagado. Este rinconcito merece algo de color. Cuando acabemos con este trajín de la boda me dedicaré a redecorar todos los cuartos. Creo que un poco de rojo y negro por aquí..., un enorme espejo dorado en aquella pared.

Victoria permaneció observándola, tratando de decidir si guardaba algún sentido responder a aquella tropelía. Pero madame Henson no había descerrajado aún su idea más avasallante:

—Ah..., querida. Casi lo olvido... por si aún no te lo ha dicho tu padre, ambos coincidimos en que deberás dejar de trabajar en su consultorio cosiendo gente, empapándote de sangre y vaya uno a saber qué otras cosas desagradables. Es absolutamente incompatible con tu proyecto de casamiento. Además, Charles necesita un verdadero asistente, ¡un varón!, que le dé prestigio a la consulta. Tener como mano derecha a una muchacha devenida médica..., a quién se le ocurre. Actividad que, por otra parte, es inaceptable para una dama... Oye, niña, ¿adónde vas? Te estoy hablando, ¡Victoria!

La joven caminaba por el pasillo, a toda velocidad, con los ojos anegados en lágrimas. Tan perturbada se encontraba, que al doblar por el recodo que conducía al jardín dio de frente con el capitán Wyatt.

—Señorita Hill, ¿se encuentra bien? —preguntó él.

Ella debió hacer un enorme esfuerzo por serenarse. No deseaba que nadie la viese en ese estado de angustia.

—Capitán..., cuánto lo siento, llevo tanta prisa que no lo vi parado aquí —dijo, desviando la mirada para evitar que el hombre notara sus lágrimas.

Victoria había desarrollado una habilidad superlativa para esconder sus sentimientos, por lo que logró recomponerse. Aun así, su estado de conmoción no pasó desapercibido para Wyatt.

—Me dirigía al jardín para hablar con el jornalero sobre un tema urgente. Debo alcanzarlo antes de que se vaya, así que lo veré a usted luego. —La mujer continuó su agitada carrera hacia el exterior.

Pero el instinto del capitán le decía que algo no iba bien. Y tratándose de Victoria, deseaba..., necesitaba saber qué sucedía.

—¡Señorita Hill! —la llamó, atravesando la puerta por la que ella había huido—. ¡Me gustaría hablarle!

En ese preciso instante, el cielo plomizo fue atravesado por un relámpago y, tras él, bramó un poderoso trueno.

Internándose en uno de los senderos a paso veloz y sin volverse, ella

respondió, mientras aceleraba su marcha.

—¡Lo siento! Ahora no puedo.

Pero Wyatt no era un hombre acostumbrado a rendirse con facilidad, por lo que se adentró en el jardín, siguiendo los pasos de la joven.

Tras otro sonido atronador, unas pesadas gotas de tormenta comenzaron a caer sobre las cabezas descubiertas de ambos. Ninguno de los dos pareció notarlo. Él aceleró el paso.

—¡Señorita Hill! —insistió—, será solo un minuto. No me obligue a correr tras de usted. Sabe mejor que nadie que debo ser cuidadoso con mi ojo operado, pero correré por el jardín si me veo forzado a hacerlo.

Ante semejante argumento, Victoria no pudo sino aminorar la velocidad de su marcha, hasta detenerse. Permaneció de pie en el camino, esforzándose por respirar con normalidad. A pocos metros, el sonido de pasos sobre la grava la hicieron volverse. Cuando Wyatt llegó hasta donde ella se encontraba, la joven le recriminó:

—Para ser un militar condecorado, es usted un hombre bastante tramposo, capitán.

—Siento haber recurrido a una estrategia tan artera, pero de veras deseo conversar con usted.

Otro trueno hizo estremecer la tierra, y la lluvia se volvió torrencial. Victoria tomó el antebrazo del hombre para guiarlo por uno de los senderos secundarios.

—Acompáñeme.

Una glorieta blanca se ocultaba en el verdor de matas de arbustos y árboles frondosos. Hacía allí se dirigieron.

Al acceder al pequeño refugio, ella se adecentó los cabellos, recogió sus faldas empapadas y tomó asiento en uno de los elegantes bancos pintados de blanco. El militar se ubicó a su lado y le extendió un pañuelo para que se secara el rostro.

—Pues bien, capitán... ¿De qué quería hablarme?

Wyatt comenzó a pensar que perseguir a la joven no había sido, quizá, la mejor de las ideas. Pero la preocupación por su bienestar lo había impulsado a comportarse de aquel modo. Como fuese, ya estaban allí y no tenía ningún sentido ocultar el motivo de su interés por hablar con Victoria.

Tratando de no sonar como un entrometido, improvisó una introducción:

—Verá, señorita Hill..., no es que desee entrometerme en sus asuntos personales. Es solo que usted ha sido tan amable y generosa conmigo que no

me es posible permanecer impasible ante lo que he observado en las últimas semanas. Yo no la conozco mucho, pero no he podido evitar percibir que su ánimo se ha modificado en este tiempo.

Victoria escuchó en silencio lo que él le decía. Se sabía hábil ocultando sus emociones, pero era evidente que aquel extraño había percibido su dolor.

El militar prosiguió.

—Cuando la conocí, usted parecía más animada y resuelta, y se la notaba feliz realizando su labor en el consultorio. Sin embargo, en estos últimos días la he percibido triste y perturbada. —El capitán hizo una pausa—. Le ruego que me disculpe si pecho de entrometido, pero lo que en realidad quiero decirle es que cuenta con mi ayuda para lo que necesite. Para mí sería un enorme privilegio poder devolverle algo de lo mucho que usted me ha brindado.

Mientras decía aquello, Wyatt comenzó a cuestionar su arriesgada decisión de hacerle aquel planteamiento a Victoria, puesto que la joven podría malentenderlo, interpretando que su interés no se limitaba a la gratitud propia de un paciente, sino a un sentimiento de otro tenor. Pero lejos de decir algo, ella seguía muda y su mirada se había clavado en los ojos de él. Con dificultad, el capitán continuó:

—Ojalá usted pueda considerar seriamente lo que le manifiesto. Señorita Hill, sepa que cuenta usted con mi ayuda incondicional.

En aquel momento, la lluvia pareció empeñarse en demostrar su poderío. Las gotas comenzaron a impactar con violencia contra el techo de la estructura, produciendo un ruido ensordecedor.

Conmovida por la sinceridad reflejada en los ojos del capitán, y aún afectada por la interacción que había mantenido con su futura madrastra, Victoria se permitió abandonar su rígida postura un instante.

—Capitán —dijo—, no sabe cuánto le agradezco su honestidad y su interés. Sepa que usted tiene razón. Mi vida ha dado un vuelco inesperado en los últimos días, que hará que todo lo que he valorado y deseado hacer desaparezca muy pronto. Pero me temo que ni usted ni nadie puede ayudarme.

Wyatt se animó a preguntar:

—¿Acaso se trata del casamiento de su padre?

Victoria bajó la mirada.

—¿Tan evidente es?

—En realidad he contado con ayuda para enterarme de algunos detalles de la situación.

Ella volvió a mirarlo.

—¿Gladys? —adivinó.

—No puedo revelarlo.

—Ni falta que hace. Pobre Gladys..., está tan amargada como yo. Imagino entonces que sabrá que ya no podré dedicarme a la práctica médica y que madame Henson espera que mi único proyecto sea casarme cuanto antes.

—Lo sé. Y le aseguro que comprendo su pesar. Si a mí me impidieran continuar en la milicia, perdería gran parte de la razón de mi existencia. Y en cuanto al matrimonio..., puedo entender que usted no esté interesada en ello. Yo mismo tengo casi cuarenta años y nunca he encontrado espacio en mi vida para formar una familia.

—No quisiera que usted piense que soy una persona egoísta —continuó diciendo ella—. Créame que me agrada que mi padre desee rehacer su vida. Sucede que tengo ciertas dudas sobre la calidad personal de la que será su esposa. Además, es bastante obvio que ella desea quitarme del medio cuando antes, por la vía que sea.

La lluvia había comenzado a amainar. Victoria se puso de pie y extendió la mano a través de la puerta, para atrapar las gotas que escurrían del techo de la glorieta. Luego se volvió hacia el capitán.

—¿Sabe una cosa? —dijo, esbozando una sonrisa triste—. Madame Henson ha logrado su objetivo, ya que pronto me marcharé de esta casa. Aspiro a trabajar como institutriz. No es algo que me entusiasme sobremanera, pero me permitirá ganarme la vida sin necesidad de rematar mi soltería.

Wyatt se sintió agobiado por la información que acababa de recibir. Le afectaba la tristeza de la joven y, más aún, la idea de no poder hacer nada para evitársela. En aquel momento, el militar deseó que su mente de estratega le sirviera para algo más que planificar batallas.

Victoria se sacudió las gotas que permanecían adheridas a su falda y se dispuso a marcharse.

—Capitán, le agradezco de corazón su interés por ayudarme —dijo—. Lamentablemente, no hay nada que usted pueda hacer por mí. Ahora debo ir al consultorio. Lo veré más tarde.

En ese momento, una imagen acudió a la mente de Wyatt, que tuvo una idea.

—¡Espere! —casi gritó.

Ella se volvió, sorprendida.

—Discúlpeme, señorita Hill. Es que se me ha ocurrido algo que quizá podría interesarle. Le ruego me dé unos instantes para revisar ciertos

documentos que guardo en mi habitación y luego, si usted lo cree apropiado, le suplico me brinde la oportunidad de comentarle lo que podría ser una propuesta para solucionar su problema.

—No lo comprendo, capitán.

Él insistió:

—No le pido que lo entienda ahora. Volvamos a vernos aquí, dentro de una hora. Si mi idea no le resulta razonable, entonces usted dispondrá. Pero le ruego que me permita plantársela.

Victoria estaba abrumada. Sin responder, inició su marcha hacia la casa; pero cuando hubo recorrido unos metros, giró sobre sí misma y dijo:

—Aquí mismo..., dentro de una hora. Por favor, sea puntual.

—Lo seré —afirmó él.

Wyatt se dispuso a corroborar el dato que había aparecido en su mente, momentos atrás, como si de una iluminación se tratase. Solo disponía de una hora. Ya en su habitación, se dirigió de prisa al mueble en donde guardaba las pocas pertenencias que había llevado con él. No le costó encontrar la gran carpeta que incluía la orden del presidente y un grueso informe que daba cuenta de las irregularidades y faltas cometidas en el asentamiento militar que pronto estaría bajo su mando.

El capitán intuía que en aquellas páginas podía encontrar la respuesta que buscaba. Con ansiedad, pasó las hojas del volumen, hasta que llegó al capítulo que le interesaba. Cuando leyó las primeras líneas, el entusiasmo dominó su ánimo.

—El doctor Thorpe, facultativo a cargo del hospital militar —leía en voz alta—, intoxicación alcohólica..., incapacitado para ejercer sus funciones.

Wyatt sonrió, animado por una mezcla de alegría e incipiente optimismo. Según el informe que tenía entre las manos, el médico del fuerte había sido suspendido de sus actividades por ser un alcohólico empedernido. Esa grave adicción había ocasionado la muerte de dos soldados bajo su tratamiento,

dado que el hombre cometía errores fatales en estado de ebriedad. Pero, además, en uno de sus excesos, el sujeto había sufrido un ataque y ahora se encontraba postrado e incapaz de realizar su labor.

El capitán relejó una y otra vez aquellos párrafos, como si deseara confirmar que no se equivocaba. El fuerte no contaba con un doctor ni nadie que cumpliera tal función. En otro momento, quizá con la mente menos invadida por la perentoriedad, la idea que se le había ocurrido le hubiese parecido un absoluto dislate. Pero en ese instante, apremiado por la necesidad de ayudar a Victoria, la ocurrencia se le apareció como la única salida posible. Lo que no se permitió admitir fue que su entusiasmo tenía una faceta adicional: si ella aceptaba su propuesta, él no debería verse privado de su presencia.

Una hora había pasado cuando ambos se encontraron en la glorieta. Él no pudo dejar de notar que Victoria tenía los ojos enrojecidos por el llanto; no obstante, hacía gala de su entereza habitual, y su expresión era serena y compuesta.

—Le ruego que me comente qué es lo que deseaba decirme, capitán. Debo regresar con mi paciente.

Wyatt reunió todo su valor antes de revelar a Victoria cuál era su idea. Lamentó que la frialdad y decisión que siempre lo habían acompañado en batalla resultaran inútiles para abordar una situación como aquella.

—Señorita Hill, antes de venir a Nueva York recibí una misión que debo asumir después de que usted y su padre me otorguen el alta médica —explicó—. El presidente me ha encargado que me haga cargo del fuerte Patterson, situado al norte del territorio, que es uno de los puntos estratégicos en la tarea de defender a nuestra joven nación.

—Comprendo. Es una gran responsabilidad —respondió ella, aún sin comprender la lógica de aquel comentario.

—Lo es. Y el fuerte Patterson presenta, lamentablemente, una

particularidad. Y es que el actual encargado, el capitán Harold Foley, no ha sido... —Wyatt cuidó sus palabras, para no sonar indiscreto— no ha sido muy exitoso en su misión. Por lo que indican los informes, la vida en el fuerte es insalubre y la relación de los militares con los aborígenes que habitan la zona se ha visto resentida por algunas decisiones displicentes del comandante. Lo que el presidente me ha encomendado es que, sin demora, asuma yo la dirección del emplazamiento y garantice el bienestar de sus habitantes y los vecinos que circundan el fuerte. Además, tengo como misión fomentar las relaciones con los nativos que viven en el área.

—¿Los potawatomi?

—Mayoritariamente, pero también los odawas y los miamis. Y otros grupos con los que rige el tratado de Greenville.

Victoria no pudo evitar preguntarse qué tendría ella que ver con todo aquello. Pero dado que el capitán era un hombre serio y nunca hablaba sin un motivo apropiado, permaneció atenta a su exposición.

Wyatt prosiguió:

—Sé que todavía no me he explicado con claridad. Pero permítame continuar. La cuestión es que a la situación casi caótica que le describo se suma un problema más. Sucede que el fuerte y todo el asentamiento se encuentran sin atención sanitaria, pues el doctor Thorpe, que estaba a cargo del hospital, sufrió una intoxicación alcohólica que lo ha dejado postrado e incapaz de cumplir con sus obligaciones. Por lo tanto, no hay allí ningún médico disponible.

Victoria atendía a cada palabra del militar con rostro concentrado. Él continuó:

—Por ello... yo deseaba preguntarle si usted, siendo tan competente..., querría acompañarme al fuerte Patterson, pues allí se necesita un médico con urgencia. Si usted lo considerara posible, se instalaría en el asentamiento y se ocuparía de los enfermos. Incluso, hasta podría contar con algunos asistentes, para aliviar un poco su labor.

Ya estaba dicho, la propuesta había sido lanzada. Ahora, retroceder no era una opción.

Victoria permaneció atónita y mirando al capitán, sin dar crédito a lo que él acababa de ofrecerle.

—Muchos se beneficiarían con su presencia en Patterson. Y yo valoraría enormemente su inestimable apoyo —siguió diciendo él, ante el mutismo de la joven.

Por fin, Victoria atinó a responder, casi balbuceando:

—Pero... si yo soy mujer...

—Sí, ya me he percatado de ese hecho.

—Y las mujeres no son admitidas en la escuela de medicina ni practican la profesión —replicó ella—. ¿Cómo podría yo...?

—Que alguien con su capacidad no pueda dedicarse oficialmente a la medicina, por el solo hecho de ser mujer, me parece una felonía. Esa es mi opinión. Pero más allá de mi parecer, lo que aquí se requiere es una persona idónea, resuelta y con las competencias que usted tiene. Además, permítame decirle que en este caso sería posible que usted ocupara el cargo.

—No comprendo cómo...

—La orden del presidente señala que, en el momento de asumir la jefatura del fuerte Patterson, tengo libertad para tomar cualquier decisión que resulte necesaria para restaurar el orden allí. Puedo contratar funcionarios, prescindir de sus servicios, otorgar grados militares o retirarlos. También tengo capacidades para designar un nuevo facultativo médico, en el caso de que fuese necesario. Y dadas las circunstancias, le aseguro que hallar uno resulta vital. De acuerdo con las órdenes que le menciono, poseo la autoridad para determinar quién sería la persona idónea para el puesto.

—No me cabe duda, capitán. Sin embargo, estoy segura de que tales órdenes se refieren a un facultativo varón y que de ningún modo menciona a uno de género femenino...

—No lo hace —aceptó él—. Sin embargo, tampoco especifica que una mujer tiene prohibido ejercer la actividad. Solo se da por sentado que ninguna dama está capacitada para desarrollar esa tarea. Pero si lo estuviese, como es su caso, yo podría utilizar esa omisión a nuestro favor.

Victoria no podía terminar de dar crédito a lo que él le decía. Inquieta, objetó:

—Pero el presidente no lo permitirá...

—Jefferson no es un político cualquiera, señorita Hill. Usted misma está convencida de ello, y me lo ha hecho saber cuando hemos tenido la oportunidad de conversar sobre el tema. El presidente es un hombre de letras y un progresista de espíritu liberal. Y no me cabe duda de que estará de acuerdo en que una excelente facultativa, aunque sea mujer, asuma la dirección de un hospital militar. Créame, señorita, su nombramiento no será cuestionado por nadie.

A Wyatt le pareció percibir que los ojos de Victoria se iluminaban ante su

propuesta. Aun así, la batalla no estaba ganada. Por ello, continuó:

—La tarea será muy dura, y soy consciente del sacrificio que le pido al proponerle que me acompañe. El trabajo será arduo, y las comodidades, nulas. Nada parecido a la clase de vida que lleva aquí. No obstante, no puedo pensar en otra persona con mejores cualidades que las tuyas. Si usted aceptara este puesto, el ejército le proveería un salario, un hogar sencillo pero apropiado, y todo lo que necesite para satisfacer sus necesidades cotidianas.

Por un momento, que al militar se le antojó una eternidad, Victoria permaneció en silencio con la vista fija en su regazo. La propuesta que acababa de recibir no estaba contemplada en ninguna de sus más osadas fantasías, y apenas podía procesar las ideas contradictorias que acudían a su mente. Por fin, levantó la mirada para encontrar la del capitán. Una sonrisa amarga le curvó los labios, cuando al fin habló:

—Permítame decirle que esperaba cualquier cosa menos una proposición como esta. Dados los acontecimientos que he vivido desde que era niña, creí haber perdido la capacidad de sorprenderme. Pero ahora viene usted y tira por tierra esa creencia. Debo confesarle que me encuentro algo aturdida.

—Señorita Hill..., no he querido...

—Permítame continuar, por favor. Creo que es usted una persona honorable, capitán. Y me permito decirle que admiro su valor, entereza y entrega a las causas nobles. No todos los días se tiene la oportunidad de conocer a un hombre con su cultura y juicio político. Y ha sido para mí un privilegio contar con su compañía a lo largo de estas semanas.

El asintió con la cabeza, en signo de agradecimiento por las palabras de la joven.

—Es justo que le confiese que su propuesta contiene un aspecto muy atractivo, del que me resulta muy difícil sustraerme. Usted me ofrece dedicar mi vida a la práctica médica, algo que ha sido, es y será la razón de mi existencia. Y sepa que no me angustia la idea de sufrir privaciones ni de carecer de las comodidades de las que dispongo en mi hogar. Aún más..., creo que un proyecto de esa naturaleza constituiría un desafío que le daría sentido a mi vida.

Ella hizo una pausa y él se mantuvo en silencio.

—Pero, capitán —prosiguió ella—, usted es un hombre soltero y yo una mujer en la misma condición. De ninguna manera podría emprender un viaje a su lado, sin desatar un escándalo social en el seno de mi familia y de su entorno. Imagínese a una mujer viajando hacia un fuerte, con un militar que

apenas conoce. Me temo que eso sería someter a mi padre y a mis hermanas a otro escarnio similar al que sufrieron cuando mi madre huyó con otro hombre. Y aunque creo que el doctor Hill se equivoca al actuar del modo en que lo está haciendo, mi afecto hacia él permanece intacto. Por esa razón, prefiero sacrificar mi conveniencia en aras de un bien mayor.

Wyatt miró a Victoria, con el rostro ensombrecido por la negativa que estaba recibiendo. Sin rendirse, preguntó:

—¿No cree usted que si habla sobre esto con su padre, él lo comprendería?

—Me temo que no, capitán. Él es una buena persona, pero su bondad no resultará suficiente para aceptar semejante propuesta. El único modo en que podría dejarme partir, sería en el marco de un matrimonio.

El militar, que había bajado la vista, la levantó de repente, para mirar a Victoria:

—No me malentienda, capitán —se apresuró a aclarar ella—. Yo no estoy interesada en casarme. La idea del matrimonio me parece una garantía de infelicidad. Por otra parte, mi naturaleza no es risueña, maternal ni afectuosa, que son cualidades que la mayoría de los caballeros buscan en una compañera. De veras lo lamento. Le aseguro que su proposición ha despertado mi interés..., pero no puedo hacerlo.

Después de decir aquello, se hizo un silencio sepulcral. Wyatt, con el gesto adusto, parecía meditar sobre lo que Victoria acababa de responderle. Ella, que advirtió su ensimismamiento, rompió el incómodo silencio.

—Capitán, le pido no lo tome como algo personal. No he querido ofenderlo.

—No lo ha hecho, señorita Hill. Es más, le agradezco su honestidad. No esperaba menos de usted.

—Gracias —ella parecía aliviada.

—Sin embargo, creo que aún vislumbro una solución que podría dejar satisfecho a todo el mundo.

Victoria lo miró, sorprendida.

—Yo comprendo su aversión al matrimonio —continuó Wyatt—. Pero piense lo siguiente: si casarse significa habilitar la posibilidad de acompañarme en esta gesta y así dedicar su vida a lo que usted realmente ama, pues entonces podríamos resolverlo.

—No acabo de comprenderlo, capitán. ¿Cuál sería el modo de solucionarlo?

Él guardó silencio durante unos segundos, hasta que lanzó la respuesta:

—Casándonos, señorita Hill.

De inmediato, ella negó con la cabeza, apresurándose a refutar. Él no le permitió interrumpirlo.

—Lo que le estoy proponiendo es que nuestro matrimonio sea solo un salvoconducto para brindarnos la posibilidad de viajar juntos al fuerte —explicó—. Me refiero a un matrimonio formal... y nada más que eso. Usted no tendría que cumplir ninguna de las obligaciones que se esperan de una esposa, y yo me limitaría a mis labores militares y a asistirle en cuanto esté a mi alcance. Piénselo, señorita Hill. Quizá esta sea su única oportunidad de cumplir su sueño de ser médica.

Victoria no pudo evitar conmoverse por la nobleza y la generosidad del capitán. Él le estaba ofreciendo una posibilidad para que su vida fuese diferente, sin esperar nada a cambio. Sin embargo, un matrimonio era un matrimonio, aunque se tratase solo de una formalidad. Y eso era demasiado para ella. Cerrando la conversación, posó la mano sobre el antebrazo del militar y dijo:

—Gracias. Usted es un hombre bueno y noble, como pocos he conocido. Es una pena que no pueda aceptar su propuesta. Lo siento mucho.

Y sin decir más, emprendió el camino hacia la casa, dejando a Wyatt atrás.

Ya eran las doce de la noche y Victoria no podía conciliar el sueño. Se hallaba apoyada contra el respaldo de su cama, y en su regazo descansaban dos sobres cerrados, que contenían las cartas de respuesta a su solicitud para ocupar un puesto de institutriz. Abrirlas había adquirido un significado trascendental, dado que si alguno de los dos hogares la aceptaba, obtendría su pasaporte a la independencia. Pero, a la vez, aquello significaría dedicarse de por vida a una actividad que no le entusiasmaba y que implicaría su renuncia definitiva a la medicina.

La propuesta de Wyatt había alterado su ánimo. Lo que aquel hombre le

ofrecía era un dardo cargado de veneno, que se había clavado en su mente; un tóxico dispuesto a no salir de su cabeza, a pesar de cualquier esfuerzo racional que hiciera para erradicarlo de sus pensamientos. Lo único que la disuadía de considerar aquella proposición era todo lo referido al matrimonio. Aunque no se tratara más que de una formalidad, ella no estaba dispuesta a convertirse en esposa de nadie.

Esparando el conflicto que aquellas ideas le producían, abrió los sobres y tomó una carta con cada mano. Primero leyó la que sostenía con su diestra:

Estimada señorita Hill:

Atentos a su candidatura, ante el requerimiento de una institutriz para nuestros dos niños, hemos de agradecerle el envío de sus antecedentes. Lamentablemente, no reúne usted el perfil que necesitamos para quien sea la persona encargada de la formación de nuestros hijos.

No nos cabe duda alguna de que usted es una persona sobradamente capacitada. Aun así, nuestras expectativas no coinciden con su falta de experiencia previa.

*Reciba un atento saludo,
Sra. Louise Rappaport*

El desánimo ensombreció el corazón de Victoria, abatido por los embates de un día cargado de contrariedades y tristezas. Pero aún quedaba la última posibilidad de obtener un trabajo, tan necesario como agobiante. Con mucha incertidumbre, leyó la misiva que sostenía con la mano izquierda:

Apreciada señorita Hill:

Queremos agradecerle que haya contactado con nuestra familia y haya enviado sus antecedentes.

Por desgracia, debemos informarle que ya hemos seleccionado a una persona que reúne las cualidades requeridas para la posición de institutriz de nuestros cuatro hijos.

Le deseamos lo mejor en su búsqueda de un hogar en donde pueda usted poner en práctica sus conocimientos, talentos y virtudes.

*Reciba un saludo cordial,
Sra. Florence Thomas*

Invadida por el desaliento, Victoria se dejó caer en la cama. Sus manos laxas soltaron ambas cartas, que planearon hasta llegar al suelo, sellando con ello un destino inevitable. Incapaz de dormir, pensó en bajar al jardín; pero el desánimo anulaba cualquier atisbo de energía. Consternada, supo que no había salida alguna para ella; su situación se había vuelto insalvable.

Haciendo un esfuerzo, apretó los párpados con fuerza para ahogar las lágrimas que comenzaban a asomar. Y en la profundidad de aquella negrura, una de las frases de las cartas apareció en su mente, con tanta claridad como si tuviese el papel frente a ella:

«Le deseamos lo mejor en su búsqueda de un hogar en donde pueda usted poner en práctica sus conocimientos, talentos y virtudes».

La joven sonrió con tristeza. El único lugar en donde había podido poner en práctica sus conocimientos era la casa de la que pronto partiría. ¿Qué otro hogar le daría a ella espacio para desplegar sus verdaderas habilidades? Ninguna de las familias que ella conocía ofrecería empleo a una mujer cuyo sueño era ejercer como médica.

Victoria apagó la lámpara y se acurrucó en la cama, resignada a no conciliar el sueño. Sin embargo, el agotamiento de esa difícil jornada la

venció, y pronto se sumió en un duermevela intranquilo, invadido por imágenes angustiantes, que la hacían despertar cada pocos minutos. En esas visiones difusas, oía la amable voz de la señora Thomas, que repetía:

«... un hogar en donde pueda usted poner en práctica sus conocimientos..., talentos... y virtudes.»

Aquel tono se mezclaba con la voz del capitán Wyatt, que decía:

«El fuerte Patterson necesita un médico con urgencia, señorita Hill...»

«No puedo pensar en alguien más competente que usted...»

«El ejército le daría una casa, un salario..., la independencia que tanto anhela..., un nuevo hogar.»

Entonces, la voz fue acompañada por la imagen de un hombre:

«Señorita Hill... —dijo la visión del capitán—, en el fuerte Patterson hay muchas personas que la necesitan con urgencia... Ellos valorarían más que nadie sus talentos y virtudes...»

Victoria abrió los ojos de golpe. De un salto, se levantó de la cama y se envolvió en su bata. Así ataviada, abrió la puerta de su habitación y miró hacia ambos lados, para asegurarse de que no hubiera nadie en el corredor. En absoluto silencio, atravesó el pasillo en dirección al ala este del primer piso. Al llegar allí, se detuvo frente a la puerta de una de las habitaciones. Se consideraba una mujer audaz pero, en aquel instante, la duda la asaltó; quizá estaba cometiendo una locura.

Reuniendo valor, levantó la mano derecha en forma de puño, dispuesta a golpear la madera. Pero a escasos milímetros de la puerta, la mano se detuvo, paralizada por la incertidumbre. Respiró profundo: una..., dos..., tres veces. Y al fin se atrevió.

Pasó solo un instante hasta que el capitán Wyatt, envuelto en una larga bata y con evidente aspecto de haber despertado con los golpes, abrió la puerta. Si el visitante nocturno hubiera sido un fantasma, él se habría mostrado menos sorprendido.

—¡Señorita Hill! Le ruego que disculpe mi aspecto. Si me aguarda un instante...

—No se preocupe. Yo no tengo mejor aspecto que usted —aceptó ella, que vestía su ropa de cama—. Prefiero hablarle ahora, o ya jamás lo haré. Capitán, lo que quiero decirle es que... acepto.

Wyatt continuaba atónito.

—No comprendo, señorita Hill... ¿Acepta qué?

—Su propuesta. Si es que todavía sigue en pie. De ser así, me casaré con

usted y lo acompañaré al fuerte Patterson. Por supuesto, bajo las condiciones de un matrimonio puramente formal, tal como usted me lo ha planteado.

Entre los pensamientos que se agolpaban en su mente, Wyatt sopesó la idea de que aquella joven estuviese siendo presa del sonambulismo y que en breve despertara, acusándolo de impúdico, por abrir la puerta de su habitación a una mujer soltera.

Victoria lo sacó de sus cavilaciones:

—¿Y bien, capitán?

No cabía duda, ella hablaba en serio.

—¡Por supuesto! —respondió Wyatt, con énfasis—. Mi propuesta sigue vigente.

—Pues entonces deberá hablar con mi padre, para solicitarle mi mano. Y cuanto antes lo haga, mejor será.

—Lo haré ni bien me encuentre con el doctor mañana, señorita Hill.

—Se lo agradezco. Que tenga buenas noches, capitán.

Y tras decir aquello, dio media vuelta y emprendió el regreso hacia su habitación.

Wyatt cerró la puerta y quedó solo, en la oscuridad. Ya no pudo volver a conciliar el sueño.

A la mañana siguiente, el capitán se encontraba en la biblioteca de la mansión, aguardando a que el doctor Hill diera los toques finales a un informe médico. El oficial ocupaba un asiento próximo a la ventana y su mirada huía hacia el tejado de la glorieta oculta entre los árboles del jardín. Apenas podía creer que estaba a punto de pedir la mano de Victoria. Y aunque aquel sería solo un matrimonio formal, la idea de compartir cada día con ella lo llenaba de alegría.

Al finalizar su tarea, el facultativo colocó sus elementos de escritura en un cajón y dirigió sus pasos hacia una silla estilo Luis XV, situada frente a Wyatt. Luego, asentó las palmas en el respaldo redondeado, aflojó los hombros y dejó caer el mentón contra el pecho, ofreciendo al huésped una imagen

privilegiada de su avanzada calva. Cuando al fin levantó la cabeza, habló.

—Lamento haberlo hecho esperar, capitán. Sé que ha intentado verme desde temprano, pero he tenido una mañana tan difícil que aún no termino de resolver todo lo que tengo pendiente.

—No quisiera quitarle tiempo, doctor Hill. Si prefiere que regrese en otro momento...

—Oh, no —dijo el médico, descartando la idea con un ademán—, en lo más mínimo. Por el contrario, su visita me distrae de las múltiples preocupaciones que me han acechado en lo que va del día...

El galeno finalizó la frase con un suspiro y se pasó una mano por el rostro, en gesto de agotamiento. Abandonando toda prudencia, dejó escapar de su boca aquello que le pesaba en el espíritu:

—Mi visita de esta mañana al jefe de policía Sommers ha significado que sea testigo de un dislate pocas veces visto. Su pobre mujer, que es una persona..., cómo decirlo sin proferir una expresión inapropiada..., digamos que escasamente apta para hacerse responsable de la más mínima tarea, colocó mermelada de frambuesas sobre la herida de su marido, la cual se hallaba en pleno proceso de cicatrización. Como argumento, esgrimió que una vendedora del mercado había indicado aquella como la solución mágica para cualquier dolencia. ¿Puede creerlo? No sé quién es más absurdo, ridículo e irracional: si la vieja del mercado, la señora Sommers o el mismísimo jefe, que debiera tener un ápice de sentido común y negarse a ser engrudado como un pastel. La cuestión es que ahora no puedo prever si la lesión se infectará o si las abejas zumbarán tras mi paciente cuando salga a la calle. ¡Por Dios santo!

Wyatt abrió la boca para decir algo que consolara a su anfitrión, pero el médico continuó hablando y él no logró meter baza:

—Y luego mi prometida me mandó llamar con extrema urgencia para reclamarme, llorando como una Magdalena, que mi hija le ha hecho un terrible desplante negándose a colaborar con los preparativos de la boda, poniendo a la cocinera en su contra y echándole en cara su visita a esta casa... —Hill clavó los ojos en los de su huésped y el otro comprobó que su gesto era agónico—. ¡Estoy en un verdadero problema, capitán! ¿Cómo podrán sobrevivir esas dos mujeres bajo el mismo techo? O aún más: ¿lograré yo sobrevivir si terminan prendiendo fuego a la casa, en un intento por acabar una con la otra?

El médico se pasó la palma por la coronilla.

—Disculpe, no sé por qué estoy contándole todo esto..., estoy siendo muy imprudente, lo sé y lo lamento... Pensé que casarme de nuevo me traería alguna felicidad, pero ahora no estoy seguro de haber tomado la decisión correcta. La vida es muy difícil, oficial. Créale a un viejo que lo ha visto casi todo. Pero... ¡caramba! Usted había solicitado hablar sobre un asunto conmigo, y yo no he hecho más que atormentarlo con mi charla. ¿En qué puedo ayudarlo? —el galeno tomó asiento y descansó la espalda contra el respaldo acolchado.

—Doctor Hill —comenzó Wyatt—, ya le he comentado que deberé partir muy pronto para asumir mis responsabilidades como comandante del fuerte Patterson...

—Una tarea heroica que, sin duda, nadie podría llevar adelante como usted.

—Le agradezco su deferencia. El hecho es que para tal gestión, que será ardua y no carecerá de obstáculos de todo tipo, necesitaré a mi lado a alguien que pueda apoyarme y ser mi sostén cuando la energía amenace con fallarme. Alguien de carácter íntegro, honrado, de tal fortaleza de espíritu que pueda enfrentar cada día como un desafío y no como una carga.

—No podría estar más de acuerdo. Una persona con tales características contribuiría al éxito de su misión.

—Sé que no es mucho el tiempo que he pasado en su casa, señor, pero aquí he conocido a una persona..., una dama, que reúne las cualidades que menciono y a quien quisiera proponerle acompañarme en la empresa de velar por la seguridad de nuestra frontera.

—¡Ah, capitán, cuánto me alegra esta noticia! —dijo el médico, animado—. Y felicito a la joven que supo agenciarse el respeto de un hombre íntegro y valeroso como usted. ¿Puedo saber quién es la afortunada que cuenta con su estima?

—Por supuesto. La dama que se ha ganado mi admiración es la señorita Victoria Hill. —Y tras una pausa de escasos segundos, agregó—: Me presento ante usted, con toda humildad y el respeto que sabe le profeso, para pedir la mano de su hija en matrimonio.

El agotamiento que el doctor acumulara a lo largo del día dio paso a una pasmosa sorpresa y, de inmediato, una pregunta asaltó su mente: ¿cómo era posible que ese caballero, de espíritu templado y carácter sereno, eligiera de entre todas las solteras de Estados Unidos a su hija mayor, una muchacha tan complicada? Dispuesto a asegurarse de que no se trataba de una confusión debido a su mente agobiada, Hill preguntó:

—¿De verdad quiere casarse con Victoria?

—Sería para mí un honor —respondió el otro—. Su hija es una mujer de cualidades sobresalientes, y yo sería muy dichoso si pudiera llamarla mi esposa.

Al galeno comenzó a zumbarle la cabeza, pues de todos los eventos imprevisibles que surgieran aquel día, lo último que se le hubiera ocurrido era que aquel militar se presentaría ante él solicitando la mano de Victoria.

—¿Sabe ella sobre sus intenciones?

—Las conoce y me ha hecho saber que, en caso de que usted apruebe esta unión, aceptará mi propuesta de casamiento.

El doctor, aturdido por tanta novedad, pensó que era materialmente imposible que su hija, enemiga acérrima del matrimonio, acabara de aceptar a un pretendiente. Sin embargo el capitán estaba allí, comunicándole con toda seriedad sus intenciones y las de Victoria.

Una sensación de alivio invadió al doctor Hill. Su hija se casaría con un hombre íntegro, y eso lo alegraba. Pero, además, ella habría de mudarse junto a Wyatt, y eso implicaba que él podría aspirar a tener una vida tranquila, disfrutando de la convivencia con madame Henson.

—Capitán, saber que un hombre de su valor se interesa por mi hija me llena de orgullo y alegría. Desde luego que estaré honrado de darles mi bendición.

El militar se levantó de la silla y estrechó la mano de su futuro suegro, con un poco más de énfasis que el socialmente aceptado.

—Gracias, señor. Se lo agradezco mucho —expresó, con alivio.

De todas las batallas que el capitán había librado, esta era, sin duda, una de las más complicadas.

Tres días después, la ceremonia que uniría al capitán Wyatt y a Victoria Hill tuvo lugar en la capilla St. Andrews. Por petición expresa de Victoria, la liturgia fue breve y la celebración, en la casa de los Hill, se dispuso de modo

austero. Gladys lloró durante todo el acto religioso; no por la emoción de ver casarse a su protegida, sino por la tristeza que le producía tener que alejarse de ella.

Deprimida por perder a su niña, la nana no se había sentido con fuerzas para asistir al banquete de bodas, al que había sido invitada a pesar de las quejas de madame Henson.

Durante la celebración, los asistentes brindaron, felicitaron a los novios y prodigaron toda clase de buenos deseos. Los ojos de Victoria y los del capitán se cruzaron en varias ocasiones. Y aunque él deseaba sostener la mirada de su esposa, ella prefería desviarla. Sin embargo, el militar no pudo evitar observar a su mujer, en toda ocasión en la que ella se encontraba atendiendo a los invitados. Cada vez que la miraba, experimentaba una sensación agrídulce; tendría la fortuna de seguir disfrutando de la compañía de Victoria, pero ella jamás lo vería más que como a un respetable amigo.

Más tarde aquella noche, Wyatt se preparaba para acostarse cuando sonaron unos golpes en la puerta. Extrañado, tomó la lámpara y se dispuso a abrir. En aquel momento, un pensamiento aciago lo asaltó: Victoria se había arrepentido e iba a pedirle que anulasen la boda. Rogando estar equivocado, abrió. Pero su lámpara no iluminó la figura de la joven, sino la de alguien más.

—¡Gladys!

—¡Señor capitán! —la mujer se estrujaba las manos por los nervios—, perdone que venga a molestarlo a estas horas, pero necesito hablar con usted con urgencia... ¿Puedo pasar?

Wyatt dudó sobre si aquello sería apropiado, pero no tuvo oportunidad de llegar a una conclusión, pues Gladys ya estaba dentro del cuarto y cerrando la puerta tras de ella.

—¿Le sucede algo a Victoria? —preguntó él.

—Oh, no. No es ella. Es por mí por lo que vengo a hablarle. Se trata del viaje al fuerte. Sé que parten pasado mañana y yo quisiera preguntarle si no

tendrá algún empleo allí que pueda usted ofrecerme. —La mujer bajó la vista, avergonzada—. Sé que soy bastante vieja..., pero sé hacer muchas cosas que pueden ser útiles en un lugar como al que van: sé conducir una carreta; sé limpiar, lavar y cocinar; sé coser y tejer...; y también soy una muy buena asistente en el consultorio, como el doctor Hill podrá confirmar.

—Gladys, no tengo duda alguna de que usted podría aportar mucho...

Wyatt no tuvo oportunidad de proseguir, porque la nana continuó hablando:

—¿Qué haría yo sin mi querida Victoria? ¿Cómo soportaría vivir en esta casa, con esa vieja arpía de madame Henson y sin mi niña adorada?

Y como si los hubiese estado conteniendo por largas horas, amargos sollozos sacudieron el cuerpo de la mujer. Al verla en ese estado, Wyatt pensó que quizá sería razonable contar con otro par de manos para poner orden en el fuerte. Además, el capitán sospechaba que Victoria estaba experimentando la misma amargura que su nana; solo que ella, por su naturaleza, jamás se lo confesaría. Y, menos aún, le pediría que la mujer se uniera al viaje.

Wyatt se decidió:

—Gladys..., ya no llore, por favor. Me consta que usted es una persona con excelentes cualidades. Y como estamos necesitando un asistente para el hospital, la invito formalmente a sumarse a nuestro modesto convoy.

La mujer levantó la vista, abriendo los ojos en una expresión de sorpresa.

—¡Oh, señor capitán! —exclamó—. ¡Me ha hecho tan feliz! Ya verá que no lo defraudaré. Yo me ocuparé de las tareas que sean necesarias en la casa, pues me sobra energía. Cocinaré y le tejeré unas polainas para el frío y...

El capitán se vio obligado a interrumpir a la dama, porque quedaba por resolver un aspecto muy importante.

—Gladys, hay una sola cosa que hemos de revisar antes de que podamos concretar este trato. Usted ha trabajado para el doctor Hill a lo largo de todos estos años. Por ello, es mi obligación de caballero preguntarle a él si puede prescindir de sus servicios. ¿Comprende lo que digo?

La mujer asintió con énfasis.

—Lo sé, lo sé... y ya lo había pensado. Pero sepa que el doctor me dejará ir con usted, pues se sentirá más tranquilo si Victoria me tiene a su lado. Hable con él mañana. Yo iré ahora mismo a preparar mi equipaje. —Gladys se dirigió a la puerta—. Buenas noches, capitán. Es usted un gran hombre. Le juro que no se arrepentirá de llevarme al fuerte.

Y después de decir aquello, desapareció en la oscuridad del corredor.

CAPÍTULO 6

Aún estaba oscuro cuando el doctor Hill y todos los miembros del servicio salieron para despedir a Gladys, Victoria y su flamante marido. Los viajeros llevaban consigo dos caballos de monta, cuatro de tiro y una carreta con capota, repleta de muebles. Gran parte de los objetos que transportaban correspondían a la dote de Victoria. Esta, como era usual, no solo consistía en un monto de dinero que variaba según los recursos de la familia, sino en objetos de valor de diferente índole. Así, componían aquella dote cuatro sillas, una mesa, una mecedora, conjuntos de finísima ropa de cama, un biombo y un tocador. También se hallaban varios rollos de género, algunas joyas, vajilla de porcelana y cubiertos de plata.

Pero más allá de todos aquellos objetos, el médico había otorgado a su hija el mejor obsequio de matrimonio que ella podría haber esperado: una gran caja que contenía un instrumental completo para atender cualquiera de las dolencias conocidas. Allí había pinzas, tijeras de varias clases, sierras, punzones y agujas de diferentes largos, entre otros muchos elementos. El doctor había acompañado su regalo con una decena de textos de medicina en los que su hija podría encontrar respuestas a casi cualquier duda que le surgiera ante un caso difícil. También había agregado frascos que contenían aceites esenciales de plantas, flores y minerales, con los que Hill se encontraba experimentando desde hacía tiempo.

Ya todo estaba en su sitio y el grupo se encontraba listo para partir. Victoria miró a su padre, sin poder evitar que los ojos se le nublaran por las lágrimas. Estaba entusiasmada por el destino que le aguardaba, pero sentía tristeza por dejar el que había sido su hogar durante veintiocho años. Allí había vivido alegrías, penas, soledad y compañía. Y ahora estaba partiendo... para siempre.

Sin decir una palabra, padre e hija se fundieron en un profundo abrazo. Luego ella besó la mejilla del doctor y dio la vuelta para subir al carruaje.

Gladys y Victoria se ubicaron en el pescante de la carreta y el capitán

montó su caballo para abrir la marcha. Los tres levantaron las manos para dar el último adiós a los habitantes de la casa. Envuelto en la bruma, el pequeño convoy partió, para dirigirse a la ruta que los llevaría primero al fuerte Stetson y luego a su destino final.

Una jornada cálida y ventosa los acompañó hasta el fuerte Stetson, al que llegaron a última hora de la tarde. El capitán Jonathan Harris, a cargo del lugar, los recibió con honores, orgulloso de tener allí a un respetable oficial del ejército y viejo camarada de Detroit. Permanecerían en aquel sitio hasta el otro día, tiempo suficiente para que Wyatt pudiera organizar una escolta para continuar su camino a Patterson.

Conocer aquel emplazamiento militar resultó revelador para Victoria, pues comprendió que en un fuerte convivían familias enteras y no solo soldados que entrenaban día tras día, preparándose para entrar en guerra. Rose Harris, la esposa del comandante, era una mujer afable y voluntariosa, que se ocupó de mostrarle las dependencias de Stetson, además de ofrecerle un recorrido por su propia residencia. La mujer iba describiendo todo con lujo de detalles, a medida que ella y Victoria visitaban las instalaciones:

—En la planta alta se encuentra el dormitorio que comparto con mi esposo, además del cuarto para huéspedes. También hay una tercera habitación, más pequeña, que utilizo como despacho personal. Allí me ocupo de organizar las actividades que se realizan en el fuerte todos los días y que demandan mucho trabajo —explicó la dama—. Las esposas de los comandantes somos como madres para nuestra pequeña comunidad ¿sabe? Y tenemos que atender con mucho celo todos los asuntos que requieren nuestra asistencia. Sígame, por favor. Le mostraré el salón más importante de esta casa.

Victoria siguió los pasos de la amable mujer, para adentrarse en una sala muy amplia, cuyas ventanas dejaban ver el patio del fuerte. En la estancia, unas veinte sillas rodeaban una mesa redonda de grandes proporciones.

—Aquí, señora Wyatt, se llevan a cabo las tareas más relevantes para quienes viven en el fuerte Stetson. Se dictan clases de lectura a los niños, se enseña costura a las damas y se lee el sermón de los domingos. Además, es aquí en donde recibo a las mujeres indígenas que me visitan cada mes. Yo no comprendo mucho lo que me dicen ni ellas me entienden a mí, pero pasamos un rato agradable, intercambiando regalos. Y eso es muy bueno para mantener las relaciones con los nativos.

Conversando con la esposa del comandante, Victoria se enteró de que en el fuerte Stetson vivían casi setenta soldados, algunos con sus esposas e hijos. Además, residían allí media decena de lavanderas, cinco cocineras, un herrero, un carpintero y el médico a cargo. Las familias de los oficiales contaban, incluso, con uno o dos sirvientes que colaboraban con la crianza de los niños y se ocupaban de la cocina y la limpieza de los hogares.

Tras conocer todo aquello, Victoria se preguntó si así sería el lugar al que se dirigía. Una mezcla de ansiedad y entusiasmo le crecía en el pecho.

Al día siguiente, muy temprano, el capitán Wyatt, Victoria y Gladys retomaron su viaje. Ya no estaban solos; los acompañaba un pequeño regimiento del que el comandante Harris les había provisto. Los caminos estaban plagados de ladrones y oportunistas que robaban a los desprevenidos. Y Wyatt no estaba dispuesto a arriesgar la seguridad de quienes se encontraban bajo su protección.

Victoria había abandonado la carreta que conducía Gladys y ahora montaba a caballo, junto a su marido. Atravesaban la empalizada del fuerte Stetson, cuando preguntó al capitán:

—¿Todos los fuertes se construyen en medio de los poblados? Hay más casas aquí de las que yo habría imaginado.

—Es más bien al revés —explicó él—. Los fuertes suelen construirse en parajes lejanos y deshabitados, pero atraen a muchas familias de americanos, canadienses y franceses, que trabajan para satisfacer las múltiples necesidades

de un asentamiento militar. Las fortificaciones proveen clientes para los productos que ellos comercian, y por eso eligen establecerse allí.

Alrededor del fuerte Stetson florecían las proveedurías en donde granjeros, mercaderes y empleados del gobierno vendían alimentos, telas, instrumentos de labranza y hasta hebillas y abalorios forjados en plata por expertos artesanos. Además, varios grupos de comerciantes franceses habían dispuesto sus tiendas en los lindes del emplazamiento militar y ofrecían a los soldados mercancías de lugares remotos. La mayoría vendía pieles de diferentes animales, que hacían más soportables las álgidas temperaturas de los meses fríos.

Un poco más a la distancia, se veían granjas en las que pacían las vacas. En otras, cerdos, gallinas y ovejas eran criados para proveer de carne y lana a los habitantes de la zona.

—¿Y los soldados cuentan con dinero para comprar esas cosas? — preguntó Victoria, cuyo interés por aprender no hacía más que crecer.

—Cada soldado recibe trece dólares mensuales como paga. No es mucho, pero el gobierno les concede techo, ropa y comida. Así que ellos pueden utilizar ese dinero para lo que deseen.

—Trece dólares es bastante menos que lo que mi padre paga a sus empleados domésticos...

—Y una parte del salario de un soldado está destinada al mantenimiento de su uniforme, con lo que ya no serían trece, sino doce dólares los que tienen disponibles.

—Para una tarea tan importante y en la que se arriesga la vida, estamos hablando de retribuciones muy modestas. Es evidente que estas personas de veras ansían defender a su nación...

Conocedor de la realidad de aquella situación, Wyatt sonrió con amargura. No era la mayoría la que anhelaba una vida entregada al patriotismo.

—Ojalá pudiera decirle que es así, pero la elección de esta carrera suele tener que ver más con la tranquilidad que ofrece un empleo fijo y comida en el estómago, que con la ambición de defender el país. El monto del salario es bajo, pero satisface a aquellos que no tienen otras ambiciones y no saben qué hacer de su vida.

Una familia que hacía fuego a la vera del río llamó la atención de Victoria.

—¿Aquellos son nativos?

—Así es —respondió Wyatt, fijando la vista en el grupo que montaba un pequeño campamento—. Los comerciantes, sobre todo franceses y

canadienses, intercambian sus productos con ellos. Igual que nosotros, los indígenas necesitan mantas, comida y caballos. A cambio, ofrecen pieles que obtienen cazando en el norte. Lamentablemente, algunos comerciantes franceses también les venden el whisky que los vuelve agresivos e impredecibles...

Victoria volvió el rostro hacia su marido con gesto perplejo.

—Pensé que estaba prohibido venderles alcohol a los nativos.

—En las tiendas del gobierno, sí, pero es muy difícil impedir que comerciantes privados lo hagan.

—Entiendo... —dijo ella, volviendo a observar a quienes se preparaban para pernoctar bajo las estrellas.

La cálida noche ofrecía su abrigo, y el cielo, un techo sin igual. Tal como lo haría cualquier familia que Victoria conociera, la mujer india conversaba con una niña que no tendría más de tres años. La pequeña escuchaba la historia que su madre relataba, mientras el padre avivaba el fuego sobre el que asaba una pieza de carne.

—¿Son potawatomi? —preguntó. Para ella, y para la mayoría de la gente que conocía, todos los aborígenes tenían una apariencia similar.

—Por cómo visten diría que son miamis —respondió Wyatt—. Los potawatomi y los shawnee se encuentran más al oeste. Sin dudas, los veremos mientras avancemos en dirección al fuerte Patterson.

Victoria asintió.

—Aprendo mucho de usted, capitán —dijo—, así que es posible que le pregunte muchas cosas a lo largo de este viaje.

—Responderé con la mayor precisión posible, señora —respondió él, tocando la punta de su sombrero en un gesto servicial.

La joven le dedicó una sonrisa, satisfecha porque ante ella se abría un universo de nuevas cosas por conocer.

En aquellos días de viaje, atravesando praderas, cruzando ríos y rodeando vastos lagos, Victoria y el capitán fueron dejando atrás la estricta formalidad con la que antes se trataran. Cabalgando a la par, compartían opiniones sobre diversos temas, comentaban todo lo que veían alrededor y hacían planes para organizar el fuerte. Con el paso de los días, la adusta pose de ella comenzó a distenderse.

En las noches dormían al claro, junto al fuego. Y Wyatt se ocupaba de que la joven y Gladys se sintieran lo más cómodas que fuera posible. Las condiciones eran muy diferentes a las que las mujeres estaban acostumbradas,

razón por la cual les costó adaptarse a ellas, en un principio. Aun así, ambas se esforzaron por habituarse a las incomodidades que implicaba un periplo como aquel. Toleraban el no poder cambiarse la ropa polvorienta, dormir sobre la tierra dura y no comer otra cosa más que habas salseadas. Gladys era más tendente a quejarse, pero Victoria se ocupaba de hacer que la nana no importunara al capitán con sus reclamaciones.

La joven había nacido en un hogar de clase acomodada, pero sus condiciones de vida nunca se asemejaron a las de otras muchachas en su misma situación. No solo porque ella había debido afrontar el abandono de una madre, con todo el dolor que ello implicara, sino porque había vivido los últimos quince años en contacto directo con el sufrimiento humano. Acompañando a su padre en el consultorio, Victoria se había acostumbrado a lidiar con situaciones que a otras mujeres de su clase les hubieran resultado absolutamente intolerables. Para ella, los aullidos de dolor de los heridos, el tacto de su sangre y el hedor de sus miembros gangrenados constituían su realidad cotidiana. El contacto con la muerte le daba una visión amplia de la vida, recordándole la fragilidad del ser humano y lo circunstancial de su bienestar. Por ello, las duras condiciones del viaje a través de aquel territorio y la expectativa de radicarse en una casa modesta no eran circunstancias que la angustiaban. Desde el inicio mismo de aquella aventura, se dispuso a aprehender el modo de vida de los militares y a hacerlo suyo. Y en el esfuerzo por prepararse para su destino, se dedicó a saber todo lo posible sobre el lugar al que se dirigía y sobre la gente que encontraría allí. En esa tarea, el capitán Wyatt resultó una fuente de conocimiento inagotable, que ella aprovechó.

Pasaron días y kilómetros y, mientras viajaban hacia su destino, Victoria y el capitán se sentían cada vez más cómodos en compañía del otro. Él ponía todo de sí para que la joven se sintiera a gusto. Ella, a su vez, se había convencido de que las circunstancias le exigían ser flexible. Por ello, se permitió quitar algunos ladrillos del alto muro que construyera alrededor de su persona. Dado aquel avance en su manera de relacionarse, ambos acordaron comenzar a llamarse por sus nombres de pila.

En el noveno día de travesía, el capitán Wyatt, Victoria, Gladys y el pequeño regimiento militar que los acompañaba visualizaron la infinita extensión de un lago color esmeralda. Un ancho río, que corría de sur a norte, desembocaba en el espejo de agua. Y allí donde el río y el lago se encontraban, se alzaba un promontorio sobre el que se hallaba el fuerte Patterson.

De lejos, la estructura del fuerte era similar al que visitaran días atrás. Se trataba de un perímetro de forma rectangular, delimitado por una doble empalizada de troncos, que hacía las veces de valla de contención. Dentro del terreno del fuerte, podían apreciarse un conjunto de viviendas, también construidas con troncos. Destacaban del conjunto dos torretas cuadrangulares y un mástil, en cuya punta ondeaba la bandera de los Estados Unidos. Un mar de pastos altos y resecos rodeaba la estructura.

Al igual que sucedía en el fuerte Stetson, algunas viviendas y granjas circundaban el fuerte Patterson. A medida que se aproximaban al emplazamiento militar, Victoria pudo apreciar más de cerca esas casas y pequeños establecimientos agrícolas, lo que le permitió notar que existían considerables diferencias entre estos y los que conocieran en Stetson. Si bien en las propiedades en torno a Patterson también se veían rebaños de diferentes animales, la mayoría de ellas se conservaban en un estado precario. Los techos se encontraban dañados, las paredes descascaradas y las cercas que demarcaban los terrenos estaban derruidas, debido a la erosión causada por la lluvia y la arena que arrastraba el viento.

En total, Victoria contó once viviendas, cuatro de las cuales parecían estar abandonadas. De estas últimas, dos evidenciaban las consecuencias de un importante incendio. Once moradas era un número muy reducido en comparación con las casi treinta que se asentaban alrededor de Stetson, sin considerar los pequeños campamentos de comerciantes y nativos que intercambiaban mercancías y que en Patterson brillaban por su ausencia.

Adentrándose en el camino, un extraño bosquecillo llamó la atención de la joven.

—¿Qué les sucede a aquellos árboles? —preguntó al capitán—. Jamás había visto algo así.

El pequeño bosque ocupaba buena parte de la parcela situada junto a una casa baja y alargada. En sus troncos, a diferentes alturas, se hallaban incrustados dos, tres y hasta cuatro recipientes metálicos. Las abejas zumbaban a su alrededor, atraídas por el tentador aroma que emanaba de

aquellas cubetas.

—Son arces —explicó él—. De su jarabe se obtiene el azúcar que necesitamos para elaborar nuestras golosinas y pasteles. La savia se recolecta en invierno y se hierve hasta obtener el sirope.

Ella volvió a estudiar aquella plantación. Jamás se había detenido a reflexionar de dónde salía el azúcar que la cocinera usaba para endulzar las tartas y galletas que consumían. Tan reclusos en su propio mundo vivían los habitantes de la ciudad, que en algún sentido se veían sumidos en la ignorancia absoluta acerca de las cosas más elementales.

—Conseguiré varias vasijas ni bien nos asentemos —prometió él.

La conversación cesó de inmediato cuando se encontraron a unos trescientos metros del acceso principal del fuerte Patterson. Victoria percibió que el buen ánimo del capitán se dispersaba. Algo no estaba bien.

El portón desvencijado se abrió antes de que los viajeros pudieran anunciarse. Desde una de las torretas del fuerte, un vigía había detectado el regimiento acercándose, por lo que alertó a quien se encontraba a cargo de la recepción de los visitantes.

La tensión que crecía en Wyatt solo era advertida por Victoria, que en su labor como médica había desarrollado una sensibilidad especial en lo relacionado con los sentimientos de las personas. Ningún gesto del capitán reveló un cambio en su estado de ánimo, pero para ella la incomodidad del oficial era tan tangible como si él la estuviera anunciando a gritos.

El sujeto, que sostenía abierto el portón derruido, se dirigió a ellos:

—¡Lo saludo, oficial! ¡Soldado raso Erwing, presente, mi capitán..., señor! —farfulló el hombre rechoncho y desaliñado, que parecía tener la boca llena de algodón y mostraba evidentes dificultades para mantenerse en pie.

La gélida respuesta de Wyatt hubiera acongojado al más valiente pero, en su estado, Erwing parecía sereno e incapaz de ser aguijoneado por cualquier clase de aflicción.

—Solicito ser recibido por el comandante, soldado.

El hombre entrecerró los ojos, en un vano intento por enfocar las facciones de quien le hablaba desde el lomo de un bonito caballo.

—¿Lo espera Foley...? Ja, disculpe caballero, digo, el capitán Foley... ¿Lo espera? —Las palabras rebotaban en la lengua de aquel hombre, para luego tropezar contra su mermada dentadura.

El capitán Wyatt, un hombre imperturbable aun en el fragor de la batalla más cruenta, hizo gala de su civilidad. Apenas lograba procesar que un beodo estuviera a cargo del ingreso de un fuerte militar de alto riesgo como aquel. Pero pronto descubriría que allí no acababan las sorpresas amargas.

—Esta es una misión urgente enviada por el presidente de nuestra nación. El capitán Foley no me espera —informó.

El soldado hipó, se disculpó y rio, para luego dedicarse a estudiar al resto del grupo, olvidando por un momento que Wyatt se encontraba frente a él.

—¡Soldado! —rugió el capitán—. ¡Compórtese como un militar!

Sobresaltado por la orden, Erwing retrocedió trastabillando y aterrizó aparatosamente en el suelo, machacándose las posaderas con el impacto. Allí comenzó a retorcerse como una anguila, en un patético esfuerzo para ponerse de pie. Lo logró apoyando las manos y las rodillas sobre la tierra y luego haciendo equilibrio para incorporarse. Al recuperar la vertical, el soldado jadeaba y toda su ropa se había salido de su sitio. Pero el hombrecillo no parecía estar al tanto de aquello.

Otro militar apareció justo a tiempo para interrumpir aquel número circense. Era un hombre de unos treinta años, moreno y espigado que, a diferencia de Erwing, se mostraba marcial y con aspecto impoluto.

—¡Soldado Howard Collins, capitán! ¡A sus órdenes, señor! —se presentó el hombre—. Le ruego disculpe la torpeza del guardia. Usted y su escolta pueden acompañarme al interior del fuerte Patterson.

—Soy el capitán John Wyatt, soldado. Me encuentro aquí por orden directa del presidente.

—Bienvenido, señor. Es un gran honor tenerlo con nosotros.

Guiado por Collins, el capitán y su escolta pronto se encontraron en el centro del patio. En perfecto orden, el grupo que incluía varios hombres, caballos y una carreta, pasó entre los dos edificios que flanqueaban la entrada y se detuvo junto al mástil en cuyo extremo ondeaba la bandera de los Estados Unidos. Durante un instante que pareció eterno, solo se oyó el ulular del viento y el insistente chasquido del emblema patrio, que amenazaba con liberarse

para volar hacia la pradera.

Circundando el patio en el que se encontraban los recién llegados, había un conjunto de precarios edificios, en los que vivían los militares y los civiles que ofrecían servicios al ejército. Cada construcción contaba con dos plantas y galerías con vista al patio. Esas moradas estaban rodeadas por la alta empalizada del fuerte.

A la derecha del acceso a Patterson, podía verse la vivienda asignada al comandante y, enfrente de esta, la barraca de los oficiales. A cada lado de la puerta de entrada al fuerte, se encontraban el hospital y las barracas de los soldados rasos. Desde las dos torres de vigilancia, los guardias estudiaban a los recién llegados, mostrando muy poco interés. La función de esos hombres era alertar a la milicia sobre la aparición de soldados enemigos o de nativos con intención de atacar. Los guardias solían rotar sus turnos, para que siempre hubiera alguien atento a lo que sucedía en el exterior. Si ellos fallaban en su trabajo, la vida de los cincuenta y seis soldados y diecisiete civiles que vivían en el fuerte se vería amenazada. Y aquellos centinelas no parecían, en absoluto, estar preparados para cumplir con su misión de manera competente.

Patterson era diferente al fuerte Stetson, pensó Victoria. ¿Por qué no se oiría el toque de clarín que anunciaba la llegada de un oficial de rango, tal como sucediera en el otro establecimiento militar? ¿Por qué, al caer el sol, la bandera continuaba izada y no había trazas de la ceremonia que se desplegaba al arriarla? Tampoco se veían mujeres y niños asomados a las ventanas, curiosos y entusiasmados por la llegada de los visitantes. ¿Sería que el fuerte Stetson era una excepción y, en realidad, todos los emplazamientos militares eran como Patterson?

Una nube de desánimo cayó sobre la joven. La imagen que dibujara en su mente sobre su nueva vida incluía trabajo duro y sacrificio, pero aquel lugar resultaba demasiado deprimente. En ese momento, rogó por no haber cometido la peor equivocación de su vida.

Aun montando su caballo en el centro del patio, Wyatt clavó su mirada en cuatro soldados ociosos que estaban repantigados en una galería. Los hombres, que debieran haber estado en posición de firmes, atentos a la llegada de un superior, apostaban a las cartas y reían a todo volumen.

—Si me acompaña, oficial, lo conduciré a la oficina del capitán Foley —ofreció Collins, interrumpiendo la creciente ira de Wyatt.

El capitán rehusó la invitación con la mayor deferencia posible:

—Aguardaré aquí. Anuncie mi llegada al comandante, por favor.

—De inmediato, señor.

Pocos minutos más tarde, el soldado llegó acompañado por un sujeto de unos cuarenta años, menudo, en cuya cabeza descubierta raleaban cabellos rojizos.

—¡John Wyatt! ¡Maldito hijo de perra! ¿Qué has venido a hacer al medio de la nada?

—¡Foley! —gritó Wyatt, con gesto pétreo—. Hay damas presentes, por si no lo has notado. Exijo que cuides la manera en que te expresas frente a ellas.

—Ah, lo siento —respondió el otro, con fingido pesar—, no había advertido que...

—Esta es mi esposa, la señora Victoria Wyatt —lo cortó el capitán.

—Señora, bienvenida al fuerte Patterson —saludó Foley, luchando por no posar los ojos en los senos de la mujer—. Le ruego que disculpe mi vocabulario. Estamos un poco aislados aquí y nos hemos vuelto algo incivilizados. Por favor, tengan a bien dejar los caballos al cuidado de mis hombres y acompañarme. La cena está a punto de ser servida. ¡Erwing! —gritó—. ¡Acompaña a los soldados! Dormirán en el establo. La sirvienta puede quedarse con ellos.

—La señora no es una sirvienta, capitán, y no pasará la noche en un establo —aclaró Victoria.

—Muy bien, señora —masculó el militar—. La dama dormirá en uno de los cuartos de huéspedes.

A Foley le hubiera encantado agregar un comentario mordaz a su afirmación, pero conocía demasiado bien a John Wyatt. Habían compartido su entrenamiento en el fuerte Detroit y sabía que el capitán se aferraba a la disciplina militar, la ética y la más elevada moral. Si él llegaba a ofender a su bella esposa, no dudaba de que su excompañero de armas le saltaría al cuello y le daría muerte allí mismo.

Concentrado en no perder los estribos, Wyatt desmontó y ofreció su mano a Victoria para que lo acompañara. El sol veraniego se ponía en el horizonte y el cielo se tornaba de un raro color turquesa, pero el capitán no reparó en eso. En su cabeza, solo anidaba un enojo creciente.

Pocos minutos pasaron antes de que Victoria y el capitán se encontraran compartiendo la mesa con el matrimonio Foley. Los acompañaba un oficial, el sargento Callahan, un hombre desaseado y grueso, que era el segundo al mando del comandante.

Sentada junto a su esposo, la joven se esforzaba por seguir la conversación. Sin embargo, no lograba apartar su interés de la enjuta figura femenina frente a ella, que a cada minuto parecía encogerse más sobre sí misma.

La mujer que le habían presentado como Miriam Foley parecía estar al borde del desmayo. Cursando un embarazo avanzado, la futura madre hacía ingentes esfuerzos por respirar, y su frente se perlaba de sudor por tal empeño. Aunque unos rasgos delicados la hacían una mujer atractiva, su belleza se opacaba por el tono ceniciento de su rostro. La pobre no había probado bocado ni dicho más de tres palabras en toda la velada, y nadie parecía reparar en ella.

—Estos indios son vagos, John —afirmó Foley, destilando desprecio—. Borrachos, pedigüños y ladinos.

—Borrachos y pedigüños —subrayó Callahan.

—Y respondiendo a tu pregunta, Wyatt: no, no hemos intentado dialogar con los rojos, puesto que, en primer lugar, no hablan nuestro idioma. Apenas balbucean las pocas palabras que les enseñaron los franceses, como mofándose de nosotros. *Bon jour, bon jour*. ¡Idiotas! Además, lo único que quieren de nosotros son armas de fuego y whisky, que es algo que no estoy dispuesto a entregar a ese ható de patanes. Un indio borracho y armado... ¡Eso es, precisamente, lo que necesita esta nación!

Foley apuró el resto de su vaso de whisky y lo depositó con un golpe sobre la mesa. El sirviente, que estaba detrás de él, se apresuró a llenarlo nuevamente.

Wyatt clavó la vista en el cielorraso ennegrecido. Victoria comenzaba a entender que su marido hacía eso cuando necesitaba tranquilizarse.

—Foley, no estás viendo las cosas con claridad —dijo el capitán, pasados unos segundos—. Estas personas han vivido en las tierras que nos rodean desde que existe el mundo. Son sus amos y señores. Nosotros, por otra parte, somos extraños..., casi invasores. Y aunque deberíamos comportarnos con humildad y negociar pacíficamente un espacio de este amplio territorio, nos hemos empeñado en despojar a los nativos de sus praderas, ríos y bosques, ofreciéndoles parcelas cada vez más pequeñas... a cambio de qué: ¿frazadas?,

¿adornos de plata?, ¿espejos? Los estamos estafando, y ¿con qué derecho? ¿Acaso con el que nos otorgan las armas de fuego?

—Bah, tú siempre has sido un pacifista... ¡Imagínate..., un militar pacifista! —Foley lanzó una carcajada—. Eso sí que es un engendro del demonio.

—Un verdadero engendro —afirmó Callahan, mientras se unía a la risa de su comandante, dejando ver en su boca pedazos de patatas a medio masticar.

Wyatt se mantuvo serio y sereno. Victoria no pudo más que admirar su temperamento. Alguien más débil de carácter le habría propinado un golpe al anfitrión.

—Al llegar me ha extrañado comprobar que en las inmediaciones no hay una posta del gobierno —observó el invitado.

Al escuchar aquello, Foley pareció transformarse en el mismísimo demonio:

—¿Posta del gobierno? ¡Malditos parásitos y amantes de los rojos! —exclamó, golpeando la mesa con ambos puños y haciendo rebotar sus cubiertos—. ¡Por supuesto que no hay posta del gobierno aquí! ¿Querría yo alentar a esos indios mugrosos a rondar mi fuerte día y noche?

—Indios mugrosos... —repitió Callahan, imitando el tono despreciativo del comandante.

Foley continuó, levantando aún más el tono de voz:

—Los burócratas de la capital intentaron establecer una posta del gobierno años atrás, con un infeliz a cargo. Y lo que hice fue acusar al maldito desgraciado de venderles whisky a los indios. Se lo llevaron de aquí a rastras. Asignaron uno nuevo y ese salió un día para «establecer un diálogo pacífico con los aborígenes» y nunca más volvió. Así que, seguramente, sus adorados nativos lo mataron, se comieron su corazón y bailaron sobre su cabellera.

—¡Siempre bailan sobre nuestras cabelleras! —enfaticó Callahan, que era prácticamente calvo, a pesar de no tener ni treinta años.

—¡Callahan! —gritó Foley.

—¡Señor!

—¿He dicho en algún momento que necesite un coro?

—No, señor. Perdona mi entusiasmo. Es que usted... Yo...

—¿Te parece que debe acompañarme un maldito coro mientras hablo?

—No, señor —Callahan bajó la cabeza.

—Bien. ¡Entonces cállate!, que estoy tratando de explicarle a nuestro invitado por qué mandé a tirar abajo la mugrosa cabaña del maldito empleado

del gobierno, y nunca comuniqué la desaparición de ese infeliz. —Foley volvió su mirada hacia Wyatt—. ¡No quería que me endilgaran otro de esos inútiles! También me ocupé de deshacerme del agente de indias, que lo único que quería era sacarme el dinero y llenar mi fuerte de rojos, para establecer «relaciones diplomáticas con ellos»... ¿Sabes por qué ya casi no quedan aldeas potawatomi en varias millas a la redonda? ¡Porque no les hago regalos a los aborígenes! ¡Tampoco les compro chucherías ni intento comunicarme con ellos!

—Una felonía, teniendo en cuenta la importancia del tratado de Greenville para el futuro de nuestro país —afirmó Wyatt—. Estableciendo lazos con los nativos, el gobierno busca que no vuelvan a aliarse con los ingleses en nuestra contra. Lo que has estado haciendo es una violación flagrante de los términos del acuerdo, favoreciendo acciones hostiles en un punto álgido del territorio.

—Pamplinas...

—Te has salido con la tuya todos estos años porque estás aislado y el gobierno no recibe noticias actualizadas de este fuerte. Lo que estás fraguando aquí podría representar el fracaso de todo aquello por lo que hemos luchado durante veinte años.

Un pesado silencio se hizo en la mesa. Victoria casi podía oír la forzada respiración de la mujer que era objeto de su preocupación.

Foley rio y luego desacreditó la afirmación de Wyatt con un gesto desdeñoso. A continuación, arrancó un muslo de pavo y cambió de tema:

—Aún no me has dicho qué te trae por estas tierras salvajes, viejo amigo. Collins me dijo que se trata de una misión enviada por el mismísimo Jefferson. ¿Es así? —La voz del comandante ya no pretendía ser bromista ni amigable.

—Mañana hablaremos —dijo Wyatt, poniéndose de pie—. Ahora, si nos disculpan, mi esposa y yo estamos agotados por el largo viaje.

Foley se limpió la grasa del rostro con la mano y reclinó su silla hacia atrás. A pesar de que era pequeño y esmirriado, el abdomen le tensionó los botones de su chaqueta.

—Ya. Te espero en mi oficina por la mañana. Ahora la sirvienta los acompañará a su habitación.

—¡Ellie...! —gritó— ¡Ven aquí... ya mismo!

Al cabo de pocos segundos, apareció en la sala una muchachita delgada y de rostro triste, de unos quince años. Con gesto nervioso, y sin levantar la mirada, se acomodaba permanentemente unas gafas que le quedaban algo grandes. Los Wyatt la siguieron a través del corredor que conducía a las

habitaciones; un pasadizo oscuro que olía a madera podrida y desechos de roedor.

Al entrar en el cuarto en donde dormiría junto a su marido, Victoria comprendió que su convivencia con el capitán estaba a punto de ser sometida a un primer desafío: el único mobiliario de la pequeña habitación era una rústica cama de cuatro postes y una silla destartada. Sobre esta, la chica que oficiaba de guía depositó la lámpara de aceite que llevaba.

En el lugar se habían dispuesto dos cajas que contenían ropa y enseres personales del matrimonio Wyatt. No les habían ofrecido una segunda alcoba ni una cama adicional. Tampoco comodidades para que pudieran resguardar su intimidad.

La muchacha deseó las buenas noches a los visitantes y cerró la puerta tras de sí. Victoria y el capitán quedaron a solas por primera vez en su corta vida de casados. No hizo falta que ninguno introdujese el tema, ya que este resultaba bastante obvio. Fue Wyatt quien habló primero:

—Iré a dormir con los soldados al establo —anunció.

—Por supuesto que no. Los oficiales no duermen con los caballos. Podremos acomodarnos los dos aquí.

—No quiero que te sientas incómoda.

—Estoy demasiado cansada para sentirme incómoda, John. Además, en los últimos días hemos compartido una tienda de campaña, por lo que esto no será una gran diferencia.

Aquel argumento convenció al capitán, que tampoco se hubiera sentido tranquilo dejando a su mujer sola, en ese sitio.

—Dormiré en el suelo, en aquel rincón —propuso él—. Estoy acostumbrado a no contar con comodidades. Si me das una almohada...

La joven bostezó, sin poder evitarlo. E interrumpiendo a su marido, preguntó:

—¿Qué lado de la cama te gusta? A mí me da igual.

Después de tantos días viajando, Victoria no tenía energía para continuar discutiendo sobre el insignificante asunto del lecho. Tampoco sometería a aquel hombre, exhausto como ella, a dormir sobre unos tablones verdosos a causa de la humedad.

Fue tal la sorpresa de Wyatt al oír lo que ella dijo que por un momento creyó que sería incapaz de emitir una palabra coherente. Su mujer era una persona práctica, de eso no cabía duda.

—No ocurrirá nada si por una noche compartimos la cama —dijo ella, volviendo a bostezar—. Será solo por esta vez. ¿Ya elegiste tu lado?

—Creo que se estila que el hombre duerma a la derecha... —arriesgó él, que no tenía ninguna experiencia en yacer junto a una esposa.

—Bien. A mí me da lo mismo. Estoy muerta de cansancio y ya quisiera acostarme.

La joven se volvió para buscar algo en su baúl. De allí tomó un camisón y una bata, para extenderlos sobre el colchón.

—Ahora necesitaré algo de privacidad, si no te importa —dijo.

El capitán dio vuelta, buscando algún lugar al que dirigirse, pero no vio cómo podría otorgarle a Victoria aquello que le pedía. El cuarto consistía en cuatro paredes desnudas, sin divisorios ni ventanas. El aire y la luz entraban a través de una tronera redonda, similar al ojo de buey de un barco, que daba al exterior del fuerte y servía para asomar el cañón de un arma y disparar desde allí, de ser necesario. La puerta desvencijada por la que habían entrado completaba el escueto escenario.

Wyatt consideró aquella abertura como su única alternativa para ofrecer intimidad a su esposa, por lo que optó por encaminarse a la salida.

—¿Te vas? —preguntó ella, mientras comenzaba a quitarse las horquillas del cabello.

—Quería darte privacidad —respondió él.

—Puedes darte vuelta y mirar hacia la pared. Con eso bastará.

Él hizo lo que Victoria le pedía, concentrando toda su atención en el cadáver de un escarabajo que había quedado pegado a la pared de troncos.

La voz de Victoria lo devolvió a la realidad:

—Ya estoy lista.

—¿Puedo volverme?

—Sí.

Wyatt había esperado ver a su mujer metida en la cama y cubierta con las sábanas desde los pies hasta la altura de las cejas. Sin embargo, ella estaba

junto al lecho, envuelta en su larga bata. Su rostro traslucía una evidente aversión, mientras fijaba la vista en el cobertor:

—¿Sucede algo? —preguntó él, notando la inquietud de ella.

—Hace meses que nadie limpia ni ventila este cuarto. Si tú me iluminas, yo me aseguraré de que no durmamos junto a una araña del tamaño de un gato pequeño. No me gustan las arañas...

—A nadie le gustan —dijo él, mientras se dirigía a la silla y tomaba la lámpara.

—Si aparece alguna te pediré que hagas algo con ella, pues de veras no las puedo soportar. ¿Cuento contigo?

—Por mi honor. Si es de las grandes, le dispararé.

—Gracias —dijo ella, dedicándole una sonrisa somnolienta.

Victoria levantó las sábanas y las sacudió hasta que la habitación se llenó de partículas de polvo. Algunos cadáveres de bichos cayeron al suelo. Y no pocos eran arácnidos de tamaño respetable. No había manera de saber si el colchón estaba infestado de chinches pero, en tal caso, no había mucho que hacer.

—Creo que sobreviviremos por una noche, John. Ahora me acostaré. — Los ojos de Victoria se cerraban sin remedio—. ¿Te volverías una vez más, por favor? Ahora sí, voy a meterme en la cama.

—Claro. —Él retomó su atenta contemplación del escarabajo muerto.

Ella se metió entre las sábanas apelmazadas.

—Ya estoy lista. Ahora cerraré los ojos para que tú puedas prepararte.

El capitán se dirigió a su baúl, tomó su camisa de dormir y apagó la lámpara. Ya cambiado y de pie en la completa oscuridad, le pareció que sería caballeroso avisar a la joven de que estaba a punto de meterse en la cama.

—¿Victoria?

—¿Mmm?

—Ahora entraré en la cama. Solo quería avisarte.

—Mmm.

—Buenas noches.

—Que descanses, John.

Un segundo después, la respiración pausada de su esposa le hizo saber a Wyatt que ella estaba dormida. Y a pesar de la inquietud que le produjo estar recostado a su lado, sintió en su pecho una cálida sensación; la de tener con quien compartir su solitaria vida.

Una hora más tarde, en la vivienda asignada al comandante, Foley abrió con violencia la puerta del cuarto que compartía con su esposa. La llama de la lámpara que sostenía titubeó al ritmo de los pies de su portador.

Sobresaltada por el ruido, Miriam se sentó en el colchón, cubriéndose el cuerpo con la sábana.

—Maldita estúpida... —farfulló él, soltando un vaho a whisky que aporreó la nariz de la embarazada—. ¡Me das vergüenza! Me has hecho quedar como un imbécil frente al pomposo de Wyatt y su esposa, permaneciendo toda la cena en silencio y haciéndote la pobre víctima. ¡No te comportas como la mujer de un comandante. Te juro que cada día de mi vida me arrepiento de haberme casado contigo! ¡Ponte de pie!

—No, Harold... —gimió ella— no me siento bien, te lo ruego..., hoy no, por favor...

—¡Maldita imbécil! —gritó él, tirando de uno de los brazos de la mujer hasta hacerla caer de la cama.

Incapaz de levantarse, Miriam permaneció arrodillada en el suelo. La barriga de casi siete meses de embarazo se agitó al ritmo de sus jadeos. Aferrando los cabellos de su víctima, Foley la obligó a mirarlo a la cara.

—Lo siento, Harold. —La mujer sollozaba—. Lamento no haberme comportado como tú esperabas... No lo volveré a hacer, lo prometo...

—¡Siempre dices lo mismo! ¡A ver si esto te hace aprender! —La bofetada que el militar encajó al rostro de su mujer fue tan violenta que la cabeza de ella terminó rebotando en una mesilla cercana a la cama.

—¡Harold, por favor! —balbuceó, percibiendo el sabor de su propia sangre—. Te lo pido por lo que más quieras...

—Bah, de qué me sirve golpearte si ni eso me satisface de ti —escupió él—. Estaré en mi oficina emborrachándome. Quizá así pueda olvidar que estoy casado con una vaca inmunda e inútil.

Cuando la puerta se cerró con un fuerte golpe, Miriam quedó sumida en la negrura de la noche. Se dejó caer sobre el suelo de madera y, hecha un ovillo tembloroso, dejó que las lágrimas empaparan sus mejillas.

—Por favor, Señor..., permítame morir en el parto —susurró—. Deseo tanto morir...

Victoria despertó unos minutos antes de que el amanecer pincelara el cielo con tonos rosados. En su tímido encuentro con la vigilia, la conciencia de un evento inesperado aleteó en su mente: ¡ya casi era de día! ¡Por primera vez, en quince años, había logrado dormir sin despertarse a cada momento!

Desde que su madre abandonara el hogar, sus noches consistían en horas sempiternas, infestadas de pensamientos tenebrosos que se escurrían en su mente, para luego anidar en su corazón angustiado. Cuando después de mil minutos se declaraba incapaz de sofocar las ideas que le fustigaban la cabeza, se levantaba para sentarse en el alféizar de la ventana y, desde allí, envidiar a los insectos que idolatraban la luz de la luna. Horas después, regresaba a la cama, buscando que el sueño la envolviera con su brazo sanador. Pero entonces, horrorosas pesadillas le despegaban los párpados, dejándola trémula y asustada. Aquella sensación de peligro inminente solía durarle buena parte de la mañana. Pero esa noche, la primera que pasara en el fuerte militar, había dormido muchas horas seguidas, sin ser acechada por sueños pavorosos. Aun adormilada, el ánimo de Victoria exudaba un optimismo renovado. Despacio, se dio vuelta y observó la silueta del capitán, aún dormido. La imagen le resultó sorprendentemente reconfortante. Apenas conocía al hombre con quien había concertado un matrimonio formal; pero, de alguna manera, sabía que él velaría por su bienestar y que nunca la abandonaría. Aquello la embargó de un agradable sentimiento de seguridad.

Wyatt también estaba acostumbrado a despertar con el amanecer. Cuando abrió los ojos, en la penumbra vislumbró a Victoria, de pie junto a la cama, atando el cinturón de su bata. Una cálida sensación lo invadió al verla, encantadora como estaba, con cara de sueño y la trenza casi deshecha.

—Buenos días —la saludó—. ¿Has dormido bien?

—Buenos días. He dormido muy bien, gracias.

—No habrás pasado demasiado calor, espero —dijo él, algo incómodo y sin saber bien qué decir en una situación que le resultaba bastante embarazosa.

—Oh, no —respondió ella, intentando sonar casual—. Considerando que el verano está muy próximo...

Durante unos minutos conversaron sobre banalidades, mientras Victoria seleccionaba las prendas que vestiría. Luego, ella se volvió un momento para

que Wyatt se colocara su propia bata.

Ya vestida, Victoria se dirigió hacia la cocina, con la intención de buscar agua caliente para que el capitán se afeitara. Cuando cerró la puerta tras de sí y se internó en el pasillo, el ruido de ollas entrechocándose la condujo hacia el lugar que buscaba.

En la cocina, encontró a la muchachita que la noche anterior los guiara hasta el cuarto. Dando muestras de una fortaleza física impensable para un cuerpo tan menudo como el suyo, la chica se concentraba en no dejar caer un pesado caldero, al que logró colgar en el gancho ubicado dentro de la chimenea. Un grito ahogado le brotó de la garganta al descubrir que no estaba sola.

—Señora Wyatt, no la he oído llegar...

—Siento mucho haberte asustado...

—No, no, discúlpeme usted. No quise reaccionar de ese modo. ¿En qué puedo servirla?

—Necesitaría algo de agua para nuestro aseo.

—Por supuesto, señora. En un momento se la llevaré al cuarto. Lamento haber demorado.

—Yo la llevaré, querida. No te preocupes.

Mientras la muchacha llenaba una jarra con agua caliente, Victoria estudió la cocina con atención. Los anaqueles eran tan antiguos que se curvaban hacia abajo, fallando en sostener las ollas y sartenes viejas. El armario ennegrecido que contenía la vajilla carecía de los vidrios que la protegían de la suciedad del ambiente, y resultaba evidente que en aquel mueble no había dos platos iguales.

Como detalle positivo, la comida estaba almacenada en bolsas o colgada de ganchos elevados, de manera que no la afectara el aire ni se le acercaran animales o insectos. No olía a podrido ni había restos de basura cerca de los espacios de cocinar. El suelo, a pesar de evidenciar manchas de carácter permanente, había sido barrido y no había bichos a la vista. Estaba claro que alguien allí hacía lo posible para que aquello fuera una cocina razonable, a pesar de las carencias del lugar. Victoria se volvió hacia la muchachita:

—Querida, ¿quién está a cargo de la cocina? Ya sabes, de almacenar, limpiar y cocinar...

—Yo hago todo eso, señora.

—¿Tú sola haces todas las tareas? —se asombró Victoria—. ¿Para alimentar a todos los oficiales, todos los días?

—Pues... sí...

La chica no sabía si aquello era bueno o malo, pero la esposa del capitán se lo estaba preguntando y ella no le mentiría. A pesar de que era muy joven, desde hacía algunos años era la única responsable de la cocina del alto mando. Por las noches, dormía en un jergón dispuesto junto a la estufa. Su vida entera transcurría entre las paredes de aquel cuarto.

—Es admirable lo que haces...

—Muchas gracias, señora Wyatt. —Las mejillas de la chica se tiñeron de carmín—. Aquí está la jarra que me pidió. Si necesita cualquier otra cosa, no deje de llamarme, por favor.

—Gracias. Dime, ¿cuál es tu nombre?

—Ellie. Mi nombre es Ellie Hunt.

—Mucho gusto, Ellie. Yo soy Victoria, —dijo, extendiendo su diestra hacia la muchacha.

A cientos de metros del fuerte, el cacique del clan del Águila Gris, Flecha Rota, detenía su caballo en la cima de una de las dunas que circundaban el lago. Era casi verano, por lo que el jefe indio había cambiado su casaca y su pantalón por un taparrabos. Sobre su esbelto torso reposaba una pechera confeccionada con huesos, cuentas y plumas; y el largo cabello, negro como el ala de un mirlo, danzaba con el viento.

Una expresión indescifrable se plasmaba en su rostro. Su mirada se posaba en la silueta del fuerte Patterson y sus pensamientos se agitaban. La mayoría de las tribus con las que el clan del Águila Gris se relacionaba realizaba alguna clase de intercambio comercial con los emplazamientos militares cercanos. Sin embargo, Flecha Rota no tenía ningún interés en tratar con el hombre blanco.

El comandante del fuerte le ponía las cosas fáciles, pues jamás había alentado una relación amistosa con los potawatomi. Por el contrario, cada vez que alguno de ellos intentaba acercarse a las granjas contiguas al asentamiento

militar, la agitación en la torreta del fuerte le hacía saber al visitante que estaba siendo observado a través de la mira de un mosquete. Los soldados no habían disparado, hasta ahora. Pero aquella actitud amenazante era un claro mensaje de que los nativos no eran bienvenidos y, más aún, de que los militares estaban dispuestos a acribillarlos, de considerarlo necesario. Por ello, el jefe indio prefería mantener a su gente lejos de los hombres que no confiaban en él y en los que él no confiaba. No tenía intención de enfrentarse a ellos ni alentar una relación violenta. Solo deseaba vivir en paz. Por esa razón, la noticia que su hermano Ardilla Blanca le trajera la noche anterior lo había inquietado: un pequeño grupo de militares había llegado desde el este. La novedad podría significar poco en la vida del clan... o un cambio radical.

El caballo del jefe piafó cuando sus ollares fueron invadidos por una fuerte ráfaga. El cacique buscó con el rostro esa corriente de vida y su gesto se suavizó al recibir la caricia de la naturaleza. A pesar de sus inquietudes, el Gran Espíritu lo bendecía cada día. Y entre aquellas bendiciones se encontraba su familia. Su hijo Cuervo había cumplido siete veranos y, a tan corta edad, ya mostraba una valentía y arrojo dignos de su estirpe. El pequeño sucedería al cacique en la jefatura cuando este muriera, siempre que en los años venideros fuera capaz de demostrar su valía. Flecha Rota sonrió al recordar el bello rostro de su mujer, Cisne, embarazada de su segundo hijo. Pero pronto una expresión de inquietud reemplazó su gesto. Si los recién llegados decidían hacerle la vida difícil, él tendría demasiado que perder.

El cacique cerró los ojos y pidió al Gran Espíritu que la vida de los hombres y mujeres de su aldea jamás se viera amenazada, y que pudieran seguir habitando allí los hijos de los hijos de su hijo. Tras el ruego silencioso, el guerrero entonó un canto doliente, que apenas pudo distinguirse del ulular del viento.

CAPÍTULO 7

El capitán John Wyatt se mostraba calmado, aunque no lo estaba. Había pedido una reunión con Foley, en la que iba a relevarlo de su puesto como comandante del fuerte. Más temprano, se había encontrado con el soldado Collins, que parecía ser el único sujeto responsable y digno de llamarse militar. De alguna manera, el hombre le resultaba familiar. Al preguntarle si se conocían, Collins confirmó su impresión. En efecto, él y su amigo, el soldado Charles Merrit, habían prestado servicio en el fuerte Detroit. Sorprendido, el capitán preguntó:

—¿Pero acaso no era usted teniente, y su amigo, Merrit, sargento?

El soldado respondió, con el mismo temple que había mostrado hasta ese momento:

—Sí, capitán. Ambos éramos oficiales, pero el comandante Foley nos degradó a soldados rasos, por insubordinación.

—¿Insubordinación?

—Así es, señor. El exsargento Merrit y yo procedimos a presentarle nuestra queja al comandante, por el estado en el que se encuentra el fuerte y por la desidia y falta de disciplina que ha invadido a todos los soldados.

—¿Y esa fue toda su insubordinación?

El otro respondió, serio.

—Sí, capitán.

—Pues déjeme anticiparle que muchas cosas han de cambiar aquí. Por lo pronto, les ordeno a usted y al soldado Merrit que se presenten dentro de veinte minutos en la oficina del comandante.

El despacho de Foley hacía honor a la falta de orden y aseo del resto del fuerte. El comandante se encontraba con una visible resaca y notoriamente molesto por el hecho de haber tenido que conceder una reunión a un militar del mismo rango, que solo se diferenciaba de él por traer órdenes directas del presidente Jefferson. Además, consideraba una falta absoluta de respeto a su autoridad que los soldados rasos Collins y Merrit estuviesen allí, convocados

por el mismo Wyatt. Aquello era una humillación.

En el recinto también se encontraba el sargento Callahan, que parecía padecer los efectos secundarios de una borrachera similar a la de su comandante.

Wyatt miró a Foley y arrojó los papeles oficiales al escritorio de este.

—Léelos, Harold —indicó—. Estás relevado de tu mando. Ya no comandarás este fuerte. Yo me haré cargo de inmediato.

El silencio se apoderó del lugar. Pasaron unos segundos interminables, mientras Foley manoseaba los documentos. La transfiguración de su rostro hablaba de la furia que lo embargaba al leer y releer las órdenes impresas allí. Incapaz de contener la ira, lanzó un grito:

—¡No puedes venir así, sin más, a mostrarme estos papeles y echarme de aquí! ¡No lo aceptaré!

—Esto no depende de ti ni de mí —explicó Wyatt, impertérrito—. Es el presidente quien lo ha decidido. Yo solo vengo a asumir la responsabilidad que se me ha confiado. Si cooperas, todo irá mejor en esta transición.

—¡No te resultará tan fácil robármelo todo! —aullaba Foley, desencajado—. ¡Este fuerte es mío! ¡Mío! ¡Yo he vivido en este miserable rincón del mundo cinco años... y merezco conservar mi puesto!

La voz del capitán sonó serena.

—No he venido a quitarte nada. Y tampoco creo que debas considerar que este fuerte o sus habitantes te pertenecen. Tu trabajo como oficial al mando ha llegado a su fin —explicó Wyatt, sin emoción—. Acabas de leer, ante tres testigos, el documento firmado por Jefferson. Según lo establecido, el nuevo comandante de Patterson soy yo, y tu deber es ponerte a mis órdenes.

El rostro de Foley se contrajo y una especie de gruñido salió de sus labios mientras se abalanzaba sobre los documentos oficiales para destruirlos. Collins y Merrit no necesitaron recibir ninguna indicación: saltaron sobre el antiguo comandante y lo sostuvieron entre ambos, para evitar que los folios se perdieran.

—Capitán Harold Foley —comenzó Wyatt—: en virtud del acto de sedición que acaba de cometer, y haciendo uso del poder que me ha sido otorgado, lo degrado al rango de teniente primero. Dada la gravedad de sus actos, será recluido en la prisión de este fuerte. Y en cuanto se presente aquí una comisión especial, será enviado al fuerte Detroit, en donde será juzgado por un tribunal militar.

—Es mi fuerte..., ¡mi fuerte! —aullaba Foley, forcejeando con Collins y

Merrit, que lo sostenían con firmeza—. ¡Maldito traidor!

—Y, Foley... —agregó el capitán—, si me decido a indagar, encontraré pruebas de corrupción, negligencia y maltrato suficientes como para encarcelarte lo que te queda de vida. Por tu propio bien, te recomiendo que te comportes de acuerdo a tu rango y a los preceptos que rigen nuestra función como defensores de este país.

Después de decir aquello, el capitán miró a Collins y a Merrit.

—¡Soldados!

Ambos respondieron al unísono, mientras sujetaban a Foley, que se mostraba enajenado.

—¡Sí, comandante!

—En este mismo momento, restituyo sus grados militares de teniente y sargento.

—¡Sí, señor! ¡Gracias, señor! —respondieron ambos, tratando de disimular su entusiasmo.

Wyatt agregó:

—Teniente Collins, su primera orden es encerrar al excomandante en el calabozo. Luego hará trasladar las pertenencias del detenido y las de su familia a la barraca de oficiales. Mi esposa y yo ocuparemos la residencia destinada a la comandancia.

—¡Sí, señor! —respondió el teniente.

Wyatt se dirigió a Merrit:

—¡Sargento!

—¡Señor!

—Haga limpiar este despacho. Ahora lo usaré yo.

La vista del capitán se dirigió al esbirro de Foley, que tenía la calva brillante por el sudor que le corría a chorros.

—Sargento Callahan, le sugiero que cuide sus actos, o será acusado de encubrimiento y juzgado por un tribunal militar. Ahora... ¡retírese!

Callahan estaba acostumbrado a recibir solo las órdenes de Foley. Y por ello, en lugar de cuadrarse y salir disparado por la puerta, permaneció estático, abriendo y cerrando la boca como un pez recién salido del agua.

—¡Callahan! —El rugido del capitán hizo que el aludido se sobresaltara—. ¡Entérese de que acaba de ser degradado a cabo! En el futuro asegúrese de responder «¡Sí, comandante!» cada vez que yo le ordene algo, y de hacer sin demora lo que le pido, aunque sea revolcarse en una pocilga. Retire de inmediato sus pertenencias de la barraca de los oficiales y ubíquese en la de

los soldados. Allí vivirá a partir de ahora. Lo felicito: acaba de perder buena parte de su salario y los honores y privilegios del cargo que ostentaba.

—Pero, señor, en las barracas no hay lugares apropiados. Los colchones están podridos y las camas se caen a pedazos... —balbuceó Callahan, dando pruebas sobradas de que poseía apenas un fragmento de cerebro.

—¡Si el lugar es una catástrofe invivible es porque Foley, usted y el hato de patanes que los secundan han descuidado su trabajo todos estos años! Callahan, por no responder a una orden directa lo degrado al rango de soldado raso. Y si no desaparece de mi vista en los próximos dos segundos será expulsado del ejército... ¿Ha comprendido?

Esta vez el hombre atravesó la puerta como una flecha, dejando tras de sí un fuerte olor a sudor y cuero rancio.

Ahora el nuevo comandante se dirigió a sus acólitos:

—Oficiales, les agradeceré que se lleven de aquí a este hombre y se ocupen de mis peticiones. Tenemos mucho trabajo por hacer.

—¡Sí, señor! —respondieron ambos oficiales.

—Una cosa más. Sargento Merrit; necesito que prepare un listado de los materiales que necesitaremos que nos envíen desde Stetson, para que la vida en este emplazamiento sea al menos decente. Madera, elementos de cocina, colchones de lana, ropa de abrigo, armas y municiones. Y todo lo que usted y el teniente Collins crean necesario. Dele la lista al sargento que está al mando del grupo de soldados que me acompañó hasta aquí.

—¡Lo haré de inmediato, señor!

Una vez dispensados, los dos oficiales arrastraron a un furibundo Foley hasta la torreta norte, en donde fue encerrado en una celda. Los soldados que holgazaneaban frente a las barracas y que observaban aquel cuadro con sorpresa, no imaginaban que sus indolentes vidas estaban a punto de cambiar, de un modo radical.

—¡Cómo es posible vivir en semejante mugre! Militares... ¿No son tan

limpios y prolijos? Y «sí, señor», «ya mismo, señor» y esa cantinela? Rasco y rasco y abajo sigue negro, mi niña —rezongaba Gladys, mientras con un cepillo y una cubeta llena de agua jabonosa intentaba devolver su aspecto original al percutido suelo de madera.

Ella y Victoria habían debido de dejar la puerta abierta, ya que de otro modo el polvillo omnipresente las hubiera ahogado. El hollín cubría cada rincón de la sala comedor de la casa que ocuparían. Y no pocos roedores habían huido, alertados por el inusual ajetreo de limpieza. La imagen que mostraba aquella vivienda era desoladora, sobre todo para quienes estaban acostumbradas a vivir de manera ordenada y con comodidades.

Victoria, vistiendo un delantal cuya blancura había durado pocos minutos, intentaba librarse de las capas de suciedad que se acumulaban en el estante situado sobre la boca de la chimenea. Invierno tras invierno, el fuego y las cenizas habían dibujado intrincadas volutas del color del azabache. Armada con un cepillo, restregaba el manto oscuro que lo cubría todo.

Victoria había reconocido siempre la difícil labor de las doncellas que limpiaban su casa de Nueva York. Pero en aquel momento, no pudo más que admirarlas, pues solo había fregado aquella vivienda durante cuatro horas y ya tenía las manos rojas y ampolladas. Todas las uñas se le habían astillado y cada músculo de su anatomía comenzaba a reprocharle el despliegue físico que implicaba rehabilitar aquel espacio.

En su fuero interno, la joven coincidía con la nana en que a la casa poco le faltaba para estar en ruinas, pero se esforzaba por espantar el desánimo que la embargaba por momentos.

—Todo está muy sucio y algo derruido, pero ya verás que, cuando terminemos, la casa quedará muy bien. La estructura de la residencia es bastante bonita... —dijo, obligándose a sonar positiva.

—¿Bonita? ¡Ja! Bonita es la casa de tu padre, con sus columnas blancas y la escalera imperial tapizada con alfombras persas. Esta casucha de troncos torcidos es una pocilga. Sabíamos que no habría comodidades, pero los perros de caza del doctor Hill viven mejor de lo que nosotras viviremos. ¿Has visto cómo entra el polvo por las rendijas?, ¿sabes qué sucederá cuando, en lugar de arena pegajosa, lo que entre por los agujeros sea nieve?

Victoria no pudo más que estar de acuerdo con la nana, pero mente práctica no tardó en pergeñar una posible solución:

—Estas cabañas deben de haber sido construidas con troncos verdes que, al secarse, se encogieron y deformaron. Pero taparemos las hendijas y todo

quedará muy bien. Utilizaremos algodón y luego aseguraremos los parches con papel y tela. Ya verás que no pasará mucho tiempo antes de que nos encontremos cómodas aquí.

—¿Cómodas? Sí, ¡ja!, ya veremos si podemos obrar un milagro — protestaba Gladys, lejos de mostrarse convencida.

Victoria era consciente de que la mujer expresaba las preocupaciones que albergaban ambas, pero no se permitió el desaliento. Debía concentrarse en lo que importaba y dar lo mejor de sí para salir adelante en el desafío que ella misma se había impuesto.

En aquel momento, Wyatt apareció por la entrada.

Al ver al oficial, la nana se dispuso a desplegar su talento para quejarse:

—Señor capitán, con todo el respeto que le tengo, le aviso que esta casa a donde nos ha traído es una pocilga.

—¡Gladys! —se horrorizó Victoria, cubriéndose la boca con una mano.

—Lo sé y de veras lo siento —respondió él, sin atisbo de haberse ofendido—. Desearía ofrecerles algo mejor, tal como ambas se merecen. Si he de decirles la verdad, todo está mucho peor de lo que pensé en el momento de proponerle a Victoria venir aquí. Deberían ver el penoso estado en que se encuentran las barracas de soldados y oficiales. Habrá que trabajar mucho para reparar la estructura de este fuerte. Y el hospital es una desgracia aún peor.

—¿Cuándo podré conocerlo? —preguntó la joven.

—Mañana mismo. Espero que la visión de un edificio derruido no te desanime.

—¡A mí sí me va a desanimar! —afirmó Gladys, que volvía a fregar el suelo—. Cuento con ello, señor capitán.

—Bien, debo partir —dijo él—. Desearía mucho ayudarlas con el trajín, pero el desastre que hay afuera es equivalente al de adentro. Si están de acuerdo, enviaré a alguna de las mozas para que les alivie un poco la carga.

—Oh, sí, eso sería muy bueno... —dijo Victoria. Luego pensó un instante y agregó—: ¿Podrías pedirle a Ellie Hunt que viniera a trabajar con nosotras? De manera permanente, digo.

—Por supuesto —respondió él—. Considéralo hecho.

Si John Wyatt hubiera sido un ápice más débil o menos decidido, hubiera abandonado aquel despojo de fuerte esa misma noche, después de visitar cada rincón del emplazamiento. Pero el capitán era un hombre de carácter férreo y no iba a dejarse desanimar por el lastimoso estado que mostraban las barracas en donde residían los soldados, el almacén invadido de alimañas en el que se pudrían los alimentos y el hospital que se caía a pedazos y que solo se utilizaba para apilar muebles rotos. Y por si aquello fuese poco, se agregaba al panorama el pésimo estado las torretas y las empalizadas que debían proteger de amenazas externas a los habitantes del fuerte.

Avanzada la noche, y tras aquella desalentadora recorrida general, el capitán había llamado a Collins para solicitarle información detallada.

—Quiero saber con qué soldados puedo contar y cuáles supondrán un obstáculo en nuestros esfuerzos por hacer del fuerte Patterson un verdadero asentamiento militar —dijo Wyatt, ubicado tras el escritorio.

Collins cogió cinco carpetas que reventaban de documentos y las dispuso frente al capitán.

—Lamento ser portador de malas noticias, comandante, pero la corrupción está muy extendida en el fuerte, y la mayoría de los soldados responden a las órdenes del excomandante Foley y de Callahan. Verá usted —Collins abrió una de las carpetas que llevaba—: cada uno de estos folios contiene las denuncias que el sargento Merrit y yo presentamos al teniente Foley, a los tres meses de haber ingresado en el fuerte. Eran denuncias contra el entonces sargento Callahan y siete soldados a su cargo. Merrit y yo habíamos detectado que cometían delitos de diferentes clases. Entre ellos, extorsión a otros soldados y granjeros, amenazas, brutalidad militar, instigación a la violencia... La lista es larga.

—Adivino que estas denuncias jamás fueron tomadas en cuenta.

—En efecto, capitán. Lo que no podíamos imaginarnos en aquel momento era que el mismo Foley organizaba y ordenaba aquellos desmanes. La consecuencia de nuestra candidez fue que el excomandante nos degradó a ambos. Aún más, tan confiado estaba él de la impunidad que lo rodeaba que ni siquiera se molestó en destruir los documentos que puntualizan los delitos de sus acólitos, en complicidad con él.

—¿Se sabe qué le ocurrió al encargado de la posta del gobierno? Foley afirma que desapareció para no regresar.

—No hay pruebas al respecto, señor. Pero yo no creo que los nativos lo hayan atacado.

Collins no agregó nada más, pero el capitán adivinó que el teniente sospechaba del excomandante. No era impensable que Foley hubiera hecho asesinar a un funcionario que le estorbaba en sus planes de atemorizar a la comunidad y mantener la distancia con los nativos de la región.

—Hábleme de Callahan —pidió Wyatt—. ¿Es cómplice de los delitos o solo un bufón? Parece haberse golpeado la cabeza al nacer...

—En mi opinión, capitán, ambas cosas. Callahan es un sujeto despreciable y un imbécil consumado, además de ser el principal acólito de Foley. No tengo dudas de que ha participado en la ejecución de cada uno de los desmanes pergeñados por su jefe.

Wyatt asintió y se mantuvo en silencio, sopesando cada uno de los datos que acababa de recibir.

Tras unos momentos, el teniente Collins pidió la palabra:

—¿Me permite una pregunta, capitán?

—Por supuesto.

—¿Qué cree que deberíamos hacer con los soldados corruptos y con Callahan?

—Es una buena pregunta, teniente —respondió, serio, el capitán—. En otras circunstancias, los detendría a todos. Pero me temo que no podemos darnos ese lujo. Ocho hombres menos es un número de bajas que nos afectaría mucho. Debemos imponer tal disciplina que a ninguno de esos sujetos se le vuelva a cruzar por la mente cometer desmán alguno. Han de ser enderezados por la fuerza.

—¿Y el excomandante Foley?

—Su caso es diferente. Se trata de un oficial de alto rango, que ha orquestado un sistema de desidia y corrupción que casi acaba con este fuerte, por lo que deberá responder por cada uno de sus actos, ante una corte marcial. Esperaremos a que llegue aquí la comisión del alto mando que viene subiendo desde Filadelfia y tiene como destino el fuerte Detroit. Allí juzgarán a Foley y, sin duda, le ofrecerán una cómoda celda para que se instale. Mientras tanto, permanecerá en el calabozo situado bajo la torreta norte. Quiero un guardia allí día y noche.

El teniente Collins se quedó en silencio, como procesando las palabras de Wyatt.

—¿Algo más que desee saber? —preguntó el capitán, que percibió que el oficial titubeaba.

—Solo me preguntaba qué sucederá con la señora Foley. La pobre mujer

está en estado... y no parece encontrarse bien de salud.

—Le daremos los mejores aposentos disponibles en la barraca de los oficiales. Mi esposa se ocupará de su bienestar. Cuando sea el momento, ella decidirá si está o no en condiciones de seguir a su marido hasta Detroit. De no ser así, y a menos que ella desee otra cosa, permanecerá en Patterson, bajo mi protección.

Collins parecía aliviado.

—Creo que es una excelente decisión, señor.

—Mañana haré una revisión de la tropa y asignaré tareas a los soldados. Desde este preciso momento, no habrá más disponibilidad de alcohol. Si los soldados quieren beber, podrán hacerlo en su tiempo libre, fuera del fuerte. Pero tendrán que comprar el whisky con sus propios salarios. Este lugar debe dejar de ser un bar a cielo abierto. —Y mirando a Collins, finalizó—: Gracias, teniente. Queda dispensado.

Cuando el oficial se retiró de la oficina, Wyatt se dejó caer en la silla y pegó el mentón al pecho. Tenía entre las manos un fuerte que se caía a pedazos y un hato de soldados borrachos, indisciplinados y acostumbrados a seguir las órdenes de Callahan; un idiota corrupto, conducido por un comandante más corrupto aún.

Después de aquel día tan duro para su espíritu, dos ventanas tenuemente iluminadas guiaron a Wyatt hacia su nueva residencia. Caminando despacio, atravesó la galería y, al abrir la puerta, un delicioso aroma a cerdo y cebollas le hizo pensar que se hallaba en la casa equivocada. Para mayor confusión, la sala frente a sus ojos le ofrecía la imagen de un verdadero hogar.

La mesa y las sillas desvencijadas que Foley les legara habían sido reemplazadas por las que Victoria trajera desde Nueva York. Se trataba de muebles de corte sobrio y elegante que, por alguna extraña razón, no desentonaban con las rústicas paredes de troncos. Un sofá algo desgastado había sido cepillado y posicionado frente a la chimenea, ya limpia y

organizada. Sobre el suelo de madera, las mujeres habían colocado una bonita alfombra.

Wyatt jamás hubiera pensado que aquel cuchitril que conocieran solo doce horas antes podría convertirse en un hogar. Y, en su estado de sorpresa, no notó que Victoria se acercaba.

—¿Te gusta?

La voz de la joven sonó en algún lugar a su izquierda. Venía de la cocina, con el rostro arrebolado por el calor de las brasas.

—Aún me cuesta creer que esta sea la misma casa que dejé esta mañana... Victoria, has hecho un milagro...

—Hemos trabajado las tres juntas; Gladys, Ellie y yo. Ellas están terminando de preparar la cena, que estará lista en unos minutos. ¿Te gustaría lavarte?

—Sí, gracias.

—Te mostraré dónde puedes hacerlo. ¿Podrías llevar la lámpara que está sobre la chimenea, por favor? Estamos cuidando la lumbre, porque no abunda. Quizá mañana podamos conseguir velas, mechas y combustible.

Iluminada por el tenue brillo del farol, Victoria guio a Wyatt en dirección al corredor que conducía a los dormitorios. Cuando se detuvieron frente a la puerta de una de las habitaciones, ella le habló:

—John, sé que no es lo que habíamos acordado... Y espero que no te moleste lo que voy a decirte, pero no ha sido posible arreglar un cuarto para ti y otro para mí, por lo que deberemos compartir uno durante un tiempo. Como sabes, hay cuatro habitaciones en esta casa, pero solo dos están en condiciones de ser ocupadas. Y Gladys y Ellie merecen descansar en un lugar adecuado.

—Para mí estará bien, siempre que tú te sientas cómoda con este arreglo. Si lo prefieres, yo podría buscar un lugar en la barraca de los oficiales y...

—Oh, no, de ninguna manera dormirás fuera de casa. No sería lo justo. Además, no creo que sea bien visto que el comandante no resida en su propia vivienda. Por mí no te preocupes. Cuando decidí venir aquí, me dispuse a adaptarme a todas las circunstancias que se presentaran. Ya verás cómo he organizado todo para que ambos estemos a gusto.

Wyatt no pudo evitar que una sonrisa le asomara en el rostro, mientras se preguntaba cómo se las arreglaría para mantener la cordura, durmiendo cerca de Victoria cada noche.

La joven abrió la puerta del dormitorio.

—Ven —lo invitó—. Te mostraré cómo ha quedado el cuarto, después de

sacar todos los bichos y limpiar la mayoría de las manchas del piso.

Cuando entraron en la estancia, él apenas pudo creer lo que veía. El suelo estaba reluciente de limpio y ya no había olor a humedad. En el centro de la habitación se habían dispuesto dos lechos de cuatro postes, enmarcados por cortinas que ofrecían algo de privacidad. Las camas eran estrechas, lo que había posibilitado que cupieran en el modesto espacio que ofrecía el cuarto.

—He colocado un biombo en aquel rincón, para que podamos cambiarnos sin que el otro deba hacer contorsiones con la cabeza —explicó Victoria—. Tu ropa está en aquella esquina y, junto a tu baúl, está el mío. ¿Te parece bien así?

—Me parece perfecto, claro.

Victoria abrió la boca para continuar explicando algo, pero la cerró de golpe y se tapó los labios con la mano.

—Estás agotado y yo te estoy dando toda esta charla... —dijo al fin, sonriéndole al capitán.

Él le devolvió la sonrisa. ¿Cómo explicarle a la joven que estaba encantado con la transformación que había operado en aquel lugar pero, más aún, con el cambio que se había producido en ella? Antes estaba seria y triste, pero ahora brillaba de entusiasmo.

—Estoy muy agradecido por este recorrido —dijo—. Lo que han hecho es maravilloso... ¿Crees que Gladys, Ellie y tú puedan supervisar la reconstrucción de la cerca perimetral del fuerte?

Victoria rio y luego señaló hacia una esquina de la habitación.

—En aquella repisa, Gladys te ha dejado agua fresca y una toalla limpia. Puedes lavarte antes de continuar con el recorrido al que te estoy sometiendo, agotado como estás.

Él sonrió, se dirigió al mueble que ella le mostraba y se lavó las manos, la cara y el cuello. Luego tomó una camisa limpia y desapareció tras el biombo para cambiarse.

—Si no estás demasiado cansado, quisiera mostrarte el resto —dijo ella—. Aunque seguro que estarás hambriento, por lo que si prefieres que sigamos mañana...

—Estoy ansioso por verlo todo —replicó él, saliendo de su escondite.

—Entonces, ven.

Atravesaron la sala y se internaron en el corredor que conducía a la cocina y las habitaciones del servicio.

—¡Señor capitán! —lo saludó Gladys al verlo—. ¿Ha visto lo que hemos

hecho con la pocilga? Ya casi parece un hogar cristiano, ¿no cree?

—Usted es una maga. Debería nombrarla teniente —la felicitó el comandante, provocando la risa de la mujer.

—John, quisiera presentarte a la señorita Ellie Hunt —dijo Victoria—. Ella vivirá con nosotros y nos ayudará a mantener esta casa.

Wyatt se volvió hacia la muchacha, que se ocultaba en un rincón como un ratoncito asustado. Sus ojos azules, enmarcados por las enormes gafas, se detuvieron en el rostro del recién llegado, solo durante un instante.

—Ellie, él es el capitán John Wyatt, mi esposo y el nuevo comandante del fuerte Patterson.

—Buenas noches, capitán, es un placer conocerlo —saludó Ellie.

El militar se preguntó cuántos años tendría aquella criatura que Victoria había elegido para ayudar con las tareas del hogar. Parecía una niña-anciana, algo muy difícil de catalogar.

—Buenas noches, señorita Hunt —respondió él—. Bienvenida a nuestro hogar.

—¿Y bien? ¿qué tal? —se interesó Victoria, señalando con un ademán el cuarto en el que se encontraban.

Wyatt estudió la cocina con asombro creciente. Aquel espacio había resultado ser el más sucio, maloliente y descuidado de toda la casa; pero ahora estaba limpio y ordenado. Los cacharros de metal brillaban, ubicados por tamaño sobre los anaqueles. La mesa, antes cubierta por una sustancia grasienta, tenía ahora el tono natural de la madera. Sobre el mueble, se había dispuesto vajilla para dos personas.

El orgullo debió transparentarse en la mirada del capitán, porque Gladys guiñó un ojo y expresó:

—Su mujer es una joya ¿eh? Y también la magnífica tropa que ella comanda...

—Victoria es la persona más asombrosa que he conocido, y me jacto de conocer a muchísima gente —señaló él.

Habiendo terminado el breve recorrido, el capitán y la joven regresaron a la sala y se sentaron a la mesa, en la que Gladys depositó una bandeja, para luego retirarse. Afuera, las cigarras conformaban un coro tan estridente que parecía que había una de ellas por cada brizna de hierba.

Mientras cenaban, Victoria y el militar conversaron sobre los episodios del día e hicieron planes para la siguiente jornada. Ella le habló acerca de la muchacha que acababa de mudarse a la residencia principal.

—Ellie tiene quince años y está sola en el mundo. Su padre fue uno de los oficiales que fundaron este fuerte. Él murió cuando ella era una niña. Como la muchacha era huérfana de madre, y no tenía a donde ir, siguió viviendo aquí, empleándose en la cocina de la barraca de oficiales, allí donde cenamos ayer...

Victoria interrumpió lo que estaba diciendo, pues en aquel momento entró Gladys al comedor luciendo su mejor cara de cansancio. La mujer bostezó sin ambages y luego dijo:

—Lamento interrumpir la conversación, pero es tarde. Ellie y yo estamos agotadas. Señor capitán, parece como si no hubiera dormido en cinco años. Victoria, tú igual, con tanta cara de cansada pareces tu tía abuela Gertrude, que era una vieja malvada como una avispa, pero qué bonito bordaba... —La nana volvió a bostezar—. Nosotras nos iremos a descansar y sugiero que ustedes hagan lo mismo. Mañana será otro día trabajoso.

Sabiendo que Gladys tenía razón y que les aguardaba una difícil jornada al día siguiente, Victoria y el capitán se levantaron de la mesa. Sus miembros acalambrados les recordaron lo dura que era la gesta en la que se habían embarcado.

La nana se fue a la cama sintiéndose agotada como jamás en su vida, pero también muy feliz. Era testigo de como, día a día, Victoria recuperaba la alegría que perdiera durante los años posteriores al abandono de su madre. Ahora parecía entusiasmada y alegre. Hasta los trece años había sido una muchacha llena de vida y, tras quince años de oscura tristeza, una luz interior volvía a colarse a través de sus ojos. Antes de que sus párpados se cerraran, Gladys le dio gracias al cielo por rescatar a su niña de la melancolía.

A pesar del agotamiento del día anterior, Victoria despertó unos pocos minutos antes de que el sol comenzara a pintar el cielo. Sonrió ante la evidencia de que otra vez había dormido sin pesadillas y su energía se había renovado. Los músculos aún le dolían por el esfuerzo realizado el día anterior,

y sus manos estaban ásperas y ampolladas; pero sentía su mente fresca y lúcida.

Wyatt abrió los ojos solo un instante después y saludó a la joven, a través de las cortinas que los separaban:

—Buenos días, Victoria.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?

—Magníficamente, gracias. Hoy será otro día largo, así que el descanso ha sido una bendición. No llegué a planteártelo anoche, pero necesitaré que me acompañes esta mañana.

—¿Acompañarte? Claro. ¿Adónde? —preguntó Victoria, desapareciendo detrás del biombo.

—A la revista. Haré la primera revisión de la tropa y aprovecharé para hacerles saber a los soldados que eres mi esposa y la nueva médica a cargo.

—Comprendo. Estaré lista en un minuto.

Una corriente de nerviosismo invadió a Victoria. Estaba emocionada por ocupar su puesto en el fuerte, pero también inquieta por las posibles reacciones de los habitantes de Patterson. Debió hacer un esfuerzo para tranquilizarse.

—Ayer conocí al doctor Thorpe, el antiguo médico —decía el capitán, mientras se levantaba—. El hombre está postrado. Bebió tanto whisky, durante tantos años, que una mañana quedó inconsciente. Cuando despertó, ya no podía casi hablar ni moverse. Quizá quieras controlar su estado de salud en algún momento.

—Lo haré —acordó ella—. Y también me entrevistaré con cada uno de los habitantes del fuerte. Necesito saber en qué condiciones sanitarias se encuentran, para prever contagios e infecciones futuras.

Victoria salió de detrás del biombo vistiendo un conjunto sencillo, de falda celeste y camisa blanca. Había debido prescindir de sus lujosos vestidos, pues en el fuerte no contaría con una doncella que la ayudara a arreglarse.

—Iré a pedir que traigan agua mientras te vistes —señaló, abandonando el cuarto.

Cuando ella desapareció por la puerta, el capitán se dejó caer sentado sobre la silla. Se esforzaba por hacerle creer a Victoria que no le afectaba su presencia, pero aquel era un ejercicio ímprobo. Verla en ropa de cama y con los ojos aún espantando el sueño le producía una sensación dulce y amarga a la vez.

En los años en que John Wyatt había estado en la milicia, jamás había presenciado un caos como aquel. Los diferentes toques de clarín que organizaban la vida de un asentamiento militar brillaban por su ausencia. Los soldados se encontraban penosamente vestidos y mal higienizados, tratando de alinearse, torpemente y sin ningún éxito. Peor aún, hablaban entre sí, ignorando que el nuevo comandante se encontraba presente.

El capitán no tuvo dudas de que jamás habían recibido la instrucción militar que, desde que se iniciara la guerra revolucionaria, se impartía a quienes se comprometían a defender su tierra.

De los cincuenta y siete soldados, solo media docena de reclutas no aparentaban haber dormido un mes entero con sus uniformes. El resto era un hatajo de vagos y borrachines, que con sonrisas despectivas mostraban sus magulladas dentaduras. El cuadro general lucía como una mala caricatura del ejército.

Aunque estaba furioso, Wyatt no culpaba a los soldados por aquel desgobierno. Ellos respondían al ejemplo y las órdenes de sus superiores. Y cuando tales órdenes no organizaban sus vidas, tendían a desmadrarse como lo habían hecho. El aislamiento y la precariedad de sus condiciones de vida invitaban a la desidia.

Haciendo un cálculo rápido, el comandante supo que en la formación faltaban al menos ocho hombres. Entonces su enojo creció aún más, si tal cosa era posible. Una vez más se obligó a conservar la calma, sobre todo porque su esposa se mantenía muy quieta junto a él, sin terminar de comprender lo que ocurría en aquel patio. El único punto de comparación con que ella contaba era la impecable organización que presentaba el fuerte Stetson, que a aquellas alturas parecía ser parte de una realidad muy distinta, situada a un millón de millas de distancia.

En el extremo más alejado de la formación, un soldado gigantesco hostigaba a un muchacho esmirriado y de aspecto enfermizo. Victoria se aferró al brazo del comandante, al ver que el hombrón propinaba al joven un puñetazo en el estómago. Su risa inmisericorde reverberó en todo el patio y un manajo de patanes rieron con él, acostumbrados a presenciar ese tipo de

abuso.

—John... —susurró Victoria, percibiendo una tensión creciente en su marido.

El flacucho había caído al suelo y apenas se sostenía, apoyando las rodillas y las manos en el polvo. Pero su malestar físico en nada se comparaba con la angustia que le quemaba en el pecho. Durante años, Gran Jim y sus secuaces lo habían golpeado, se habían burlado de él y le habían robado, sin que pudiera oponer resistencia. Pero al verse humillado frente al nuevo comandante, el muchacho sintió que había llegado a su límite y que era preferible morir antes que seguir viviendo como un pusilánime. Mientras permanecía así, gateando en el suelo terroso, una idea descabellada se instaló en su cabeza. Entonces, se puso de pie y colocó las manos en posición de guardia. Su acalorado rostro reflejaba la furia que lo invadía, y los ojos se le llenaban de lágrimas, causadas más por los años de frustración que por el golpe que había recibido.

Al ver la actitud combativa del muchacho, el hombretón que lo golpeará y sus secuaces estallaron en risas. En un gesto amenazador, el gigante tronó las articulaciones de sus dedos, preparándose para dar el golpe final.

—¿John? —volvió a susurrar Victoria, temerosa de que el soldado resultara herido de gravedad.

—Aguarda. Confía en mí —respondió él, sereno—. Debemos darle a este hombre la posibilidad de defenderse. Si intervengo ahora, le provocaré más daño aún.

Sin estar segura de querer ser testigo de aquello, ella miró hacia donde un alfeñique de rostro encendido se enfrentaba a un gigante, que era incluso media cabeza más alto que su marido.

Alentado por las risas, el atacante les habló a sus adeptos:

—Ya me aburrí de esta lagartija. Lo terminaré ahora mismo... y luego nos iremos a beber un trago.

Fue entonces cuando el agredido aprovechó la distracción del hombrón y, utilizando la cabeza como un ariete, corrió hacia su contrincante e impactó con la coronilla en el plexo del sujeto. Más por lo inesperado del golpe que por su potencia, el gigante trastabilló. Al reponerse de la sorpresa, el hombretón pronunció las palabras que movilizaron a Wyatt:

—¡A él!

Entonces los dos que hasta el momento solo habían observado la escena y reído a carcajadas, se abalanzaron sobre el muchacho, con la intención de

apalearlo. Y fue allí cuando sucedió aquello de lo que se hablaría en el fuerte durante toda la semana. Wyatt se movió como una saeta y atravesó los pocos metros que lo separaban de aquella desigual reyerta, para encontrarse frente a frente con el hombretón. El puñetazo que el capitán le propinó fue tan brutal, que el gigante retrocedió varios pasos, perdió la vertical e impactó contra una pila de troncos, que descendieron aparatosamente sobre su cabeza. El golpe de un madero del tamaño de un cerdo pequeño lo dejó inconsciente. Los secuaces del sujeto permanecieron estáticos, reticentes a hacer cualquier cosa que los llevara a probar los nudillos del nuevo comandante.

El resto de los soldados despertaron de su abulia para observar lo que sucedía en aquel sector alejado del patio.

—¡Soldado! —Wyatt se dirigió al muchacho agredido—, ¿cuál es su nombre?

El joven se había puesto de pie y se esforzaba por mantenerse en posición de firme.

—¡Mi nombre es Gregory Stevens, señor!

—Tiene agallas, Stevens. No como los cobardes que lo atacaron en grupo.

La pechera del uniforme del agredido se teñía con la sangre que le manaba de la nariz. Aun así, no se quejó por sus heridas y eso satisfizo a Wyatt.

—Cuando acabe la revista se dirigirá al hospital —le ordenó el comandante—. Ahora regrese a su lugar en la formación. ¡Teniente Collins!

—¡Sí, capitán!

—Que alguien lleve a estos tres a la prisión. Permanecerán allí hasta que yo lo ordene.

—¡Sí, señor!

A continuación, la voz de Wyatt surgió con una fiereza que Victoria jamás le había oído:

—¿Alguien más está deseando una visita a la cárcel... o al hospital?!

Un silencio sepulcral recorrió el patio. Solo el silbido del viento y el chasquido de la bandera respondieron a la invitación del capitán. Nadie, jamás, había dejado fuera de combate a Gran Jim, que ahora se encontraba inconsciente, conducido hacia la mazmorra.

Wyatt miró a los soldados y volvió a gritar, con más fiereza aún:

—¿Nadie? Entonces, ¡firmes!

Los hombres se removieron, incómodos. Solo unas pocas veces Foley les había indicado formarse para una revista, por lo que no sabían muy bien cómo hacerlo.

Wyatt bramó:

—¿Quiero ver una formación militar y me ofrecen este despliegue de incapacidad? He dicho ¡firmes!

Esta vez los aludidos hicieron un mayor esfuerzo por asumir sus posiciones, y casi lo lograron. Pero el resultado aún estaba lejos de satisfacer al capitán.

—Son las siete de la mañana y aún no logro pasar revista —reclamó el comandante, recorriendo la formación de una punta a otra—. Esta tropa está conformada por un hato de vagos y borrachos que son la vergüenza del ejército y de nuestro país. ¿Acaso han olvidado por qué están aquí? Somos la primera línea de defensa en la frontera, en el punto estratégico que protege a nuestra nación de los invasores. ¿Es que desconocen la importancia que tiene el fuerte Patterson? Si los ingleses vuelven a invadirnos, este será el lugar exacto a través del cual intentarán acceder al territorio. ¿Cómo piensan recibir un ejército entrenado y armado hasta los dientes? ¿Jugando a los naipes?

Wyatt se detuvo en el centro de la formación.

—Quienes crean no tener lo necesario para ser soldados de frontera, deben marcharse ahora.

Ninguno de los hombres se movió de su puesto.

—A partir de hoy —continuó el comandante— este fuerte se guiará por las leyes que impone el ejército. Se tocará el clarín a las horas señaladas y cada una de las compañías realizará con eficiencia las tareas que se les asignen. ¡Callahan!

El hombre dio un paso al frente. El sudor comenzaba a perlar su rostro por el nerviosismo que lo invadía.

—¿Señor?

—Usted ha sido el segundo al mando del antiguo comandante, así que explíqueme algo. Hace dos días que estoy aquí y no he oído el toque del clarín en ningún momento. ¿Por qué se ha cometido tan grave falta?

Ahora la transpiración corría por todo el cuerpo de Callahan, empapando su camisa. Cuando habló, lo hizo tartamudeando:

—El soldado a cargo del clarín está enfermo, señor...

—¿Hay solo un clarín en este fuerte?!

—Sí, capitán. El de reemplazo desertó al poco tiempo de llegar.

—Teniendo en cuenta este desastre, no me extraña. Seguramente el desertor era una persona de lo más sensata. ¿Y no ha sido reemplazado? ¿Cómo puede funcionar un fuerte militar sin toques de clarín?

Callahan reprimió el impulso de encogerse sobre sí mismo. Si el hombre descargaba su furia en él, tal como había hecho con Gran Jim, no tendría posibilidad de sobrevivir.

—El capit... teniente Foley no me ordenó reemplazar al clarín enfermo, señor. Quizá deba preguntarle a él... —Las manos del hombre temblaban.

Wyatt elevó los ojos al cielo intentando tranquilizarse.

—Faltan ocho soldados en esta formación. Le ordeno que me diga dónde se encuentran. Y más vale que sea preciso, Callahan, porque si responde alguna sandez, le prometo que irá a hacerle compañía al antiguo comandante.

—Si debo ser preciso, señor, y perdone si digo una grosería, los soldados que faltan están... mmm... defecando.

Wyatt hizo gala del autocontrol que solo podía exhibir un hombre que había perdido la capacidad de sorprenderse.

—Explíqueme, Callahan —dijo—, por qué ocho soldados van juntos a la letrina, y por qué deben hacerlo justo en el momento en que se ha llamado a formación. Y no use más de seis palabras para contestarme.

Después de pensar unos segundos, calculando cómo responder aquello con tan pocos vocablos, el hombre balbuceó:

—Tienen diarrea y no podían aguantarse...

El rostro de Wyatt se convirtió en una máscara de piedra, salvo por el músculo que se le contraía en la quijada.

—Regrese a su lugar, Callahan —ordenó.

—Sí, señor.

—¡Soldados! —gritó Wyatt—. En la revista de esta tarde quiero que todos, sin excepción, estén aseados y formados con corrección. El teniente Collins será mi segundo al mando. El sargento Merrit y él les asignarán tareas que deberán realizar con eficiencia y sin demora. Y una cosa más: quien ignore mis órdenes deberá vérselas conmigo. La puerta de mi despacho estará abierta para cualquiera que tenga ánimos de cuestionarme. ¿He sido claro?

Los soldados respondieron al unísono:

—¡Señor, sí, señor!

—Bien. Antes de despedirlos, les presentaré a la nueva médica de este fuerte; la señora Victoria Wyatt, mi esposa.

Casi sesenta pares de ojos se posaron en el rostro de Victoria. De pie junto a su marido, ella hizo un esfuerzo por ocultar su nerviosismo.

—Deberán acatar sus indicaciones y tratarla con sumo respeto en todo momento. Quien no lo haga, responderá ante mí.

Algunos soldados se miraron, alarmados, y los más osados susurraron entre ellos. ¿Una mujer a cargo del hospital? ¿Habrían entendido bien? Aquello era inconcebible, pero aunque la idea los inquietaba, nadie osó cuestionar al comandante.

—¡Sargento Merrit! —llamó el capitán.

—¡Señor!

—Continúe con el trajín de la mañana. Espero un informe completo para las doce del mediodía, incluyendo las licencias médicas. Ya que no hay clarín, deberá vocear los avisos. Resolveremos tal inconveniente de inmediato.

—¡Sí, señor!

—Y Merrit...

—¿Señor?

—Que el clarín enfermo y las ocho personas que están en las letrinas se dirijan al hospital sin demora.

—¡Sí, capitán!

El oficial fue a paso vivo a cumplir las órdenes de su superior. Una nueva era comenzaba en el fuerte Patterson.

Cuando minutos después Victoria y Wyatt llegaron al hospital, ya había dos pacientes aguardando en la galería. Uno era el soldado Stevens y el otro era Mark Sissler, el único clarín que vivía en el fuerte. Se trataba de un jovencito que parecía no ser mayor de dieciséis años, aunque en realidad tenía veintidós.

Wyatt se detuvo frente a ambos y miró al encargado del clarín:

—Su nombre, soldado.

—¡Mark Sissler, señor! —respondió el muchacho.

—La doctora Wyatt lo atenderá en un momento. Cuento con sus servicios como clarín, así que siga al pie de la letra las instrucciones que ella le dé. ¿Me ha entendido?

—¡Sí, señor!

Al comandante le alegró percibir que Sissler no parecía ser uno de los secuaces de Foley. Su actitud era respetuosa, se encontraba moderadamente limpio y no olía a whisky rancio.

—Stevens —Wyatt se dirigió al soldado herido.

—¡Señor!

—¿Sabe leer y escribir?

—¡Sí, comandante! Mi abuela me enseñó un poco.

—Ya me parecía que me encontraba frente a un intelectual —bromeó el capitán, para quitar dramatismo al asunto y animar al pobre muchacho—. Cuando la doctora lo dispense irá de inmediato a mi despacho. A partir de hoy, usted será mi secretario personal.

—¡Será el mayor de los honores! —respondió el soldado, sorprendido por el cambio radical que diera su vida en menos de una hora.

—Ya vienen Gladys y Ellie —observó Victoria. Las dos mujeres cruzaban el patio cargando cubetas, trapos e instrumentos médicos.

Wyatt tomó a la joven del codo y la condujo con suavidad a la galería, lejos de los oídos de los pacientes que aguardaban a ser atendidos.

—¿Puedo ofrecerte algo que te haga las cosas menos difíciles? —preguntó el capitán—. Podría enviar dos o tres hombres para que hagan algunas reparaciones al edificio. Serían provisionales, pero al menos no deberás trabajar sorteando muebles destrozados.

—Primero veré qué escenario se despliega ante mis ojos al abrir la puerta. Si todo está como lo imagino, es posible que te pida que me envíes todo un batallón. —Victoria se esforzó por bromear, pero el nerviosismo continuaba alojado en su estómago.

Atender a un paciente en una habitación inmunda como aquella hubiera horrorizado al doctor Hill, pensó Victoria. Pero hasta que Ellie, Gladys y ella no pudieran poner el hospital en orden, debería ocuparse de sus pacientes en esas condiciones. Al menos había podido atender al soldado Stevens. Lo había

despedido asegurándole que no tenía ningún hueso roto y que sus heridas pronto sanarían.

La joven había indagado acerca de sus hábitos diarios, para poder hacerse una idea sobre el estado general de su paciente, ya que los signos de la desnutrición eran claros en su debilitado cuerpo. El joven le contó que su alimentación consistía en café, pan y habas en el desayuno y en la cena... todos los días. Aquello sorprendió a Victoria, pues su marido le había explicado que la ración diaria para un soldado solía consistir en una libra de carne, una de harina, vinagre, sal y una medida de whisky. A eso solían agregarse algunas verduras, que se cultivaban en las tierras aledañas al fuerte. Pero en Patterson, la carne y las verduras brillaban por su ausencia, y la medida de alcohol diaria superaba en mucho lo que John había descrito.

Cuando Stevens se retiró, Mark Sissler entró en el consultorio. Nadie hubiese dicho que ese muchacho esmirriado y de aspecto soñoliento tuviera a su cargo una de las tareas más relevantes en la vida de un asentamiento militar. Pero así era: él había tenido a su cargo la responsabilidad de hacer sonar el clarín a lo largo del día.

En un fuerte, el sistema de organización del tiempo se basaba en diferentes combinaciones de notas musicales, que dividían la rutina de un soldado en diecinueve o veinte movimientos diarios. Al no contar con otra manera de medir el paso de las horas, los soldados sabían, por los sonidos del clarín, en qué momento levantarse, formar, comer, marchar o acostarse. Por todo aquello, recuperar la salud del soldado Sissle sería la primera gran responsabilidad de Victoria.

Con su escueto vocabulario y un fuerte acento de Kentucky, el paciente manifestó tener una espantosa molestia en la garganta, que le impedía hacer su trabajo.

—¿Recuerda desde cuando se siente así? —preguntó la joven.

—Casi un año, señora.

—¿Siente dolor solo cuando habla o come? ¿O la molestia es permanente?

—Victoria tomaba notas en su cuaderno.

—Todo el tiempo; también cuando duermo.

—¿Recuerda haber bebido algo irritante en el momento de percibir el dolor por primera vez?

El soldado lo pensó un instante.

—No lo creo —respondió al fin—. Solo recuerdo que ese día habíamos ido a la granja de la señora Dillon a comprar una gallina, y ella se ofreció a

guisarla para que comiéramos en su casa. Estábamos Green, Marlock y yo, pero a ellos no les duele la garganta.

Victoria se volvió hacia Gladys y la llamó a su lado.

—Lamento interrumpirte —le dijo—. ¿Podrías abrir las ventanas, por favor? Necesito luz.

Ellie y la mujer se apresuraron a destrabar unos postigos que hacía meses no se accionaban. Cuando las ventanas se abrieron, el polvo flotó en el cuarto y varias palomas huyeron al vuelo, dejando un manojito de plumas revoloteando al azar.

El paciente estornudó primero y luego tosió.

—Abra la boca, señor Sissle —pidió Victoria, colocando una lente de aumento frente a su ojo derecho.

La cavidad bucal del soldado emanó un vaho putrefacto que la joven ignoró.

—Muy bien. Ahora coloque su cabeza hacia este costado, eso es... Ah, qué bien..., es lo que pensaba. Quédese quieto, por favor. Ahora sentirá un tirón y quizá algo de molestia, pero todo pasará pronto.

Cuando Victoria introdujo unas largas pinzas en la garganta de Sissle y comenzó a hurgar la cavidad, él ni siquiera pestañeó. Aunque el procedimiento era doloroso, el muchacho se mantuvo impertérrito, defendiendo su hombría ante aquella dama.

—Ahora trague —pidió ella. Y él, obediente, lo hizo.

Entonces los ojos del soldado se iluminaron y los labios se curvaron hacia arriba.

—¡Ya no me duele! —celebró—. Bueno, un poco duele, porque usted me estuvo escarbando con esa cosa, ¡pero no como antes! ¡Y puedo hablar bien!

—Tome un trago de esto, por favor. —La joven sirvió un poco de whisky en un vasito y se lo extendió al muchacho—. Manténgalo un momento en la garganta, como si hiciera gárgaras... Eso es. Repita el procedimiento tres veces hoy y dos veces mañana. Eso ayudará a que la herida cure mejor.

El soldado hizo lo que la mujer le indicaba y se alegró de que la medicación fuese whisky y no un mejunje oloroso. De inmediato, dictaminó que la esposa del comandante le caía bastante bien.

—¿Desea saber qué le hacía daño? —preguntó ella.

El hombre asintió. Entonces Victoria levantó las pinzas y le mostró un huesito de gallina, tan fino y largo como un mondadientes.

—Esto estuvo clavado detrás de una de sus amígdalas todo un año,

soldado. De veras es capaz de soportar molestias físicas...

—¿Me lo puedo quedar? —preguntó el hombre, maravillado por aquel descubrimiento.

Victoria dejó caer el hueso en la palma del muchacho.

—Es posible que el procedimiento le haya irritado un poco las mucosas. El hueso estuvo tanto tiempo allí, que la carne alrededor ya se había adaptado a él. Por eso debí tirar un poco para quitarlo. Pero le aseguro que en pocos días se habrá olvidado de esto. ¿Desea hacerme alguna pregunta antes de volver a su trabajo?

—Sí. El comandante desea que toque el clarín lo antes posible. ¿Ya puedo comenzar?

—Puede. Pero si el dolor se acrecienta, regrese a verme.

—No sé cómo podré pagarle, señora Wyatt...

—Trabajando duro para sacar el fuerte adelante. Eso es todo lo que anhelo.

—Daré lo mejor de mí —aseguró el soldado, mientras atravesaba la puerta.

Pero antes de irse, se volvió hacia Victoria:

—Señora Wyatt, voy a decirle algo, y espero que no se enfade conmigo: yo estaba seguro de que las damas no sabían hacer cosas de medicina, pero usted sí que sabe. Se lo diré al resto de los soldados, porque ninguno de ellos cree que un doctor pueda ser mujer y se han puesto un poco nerviosos por su llegada.

Victoria oyó aquello con gesto imperturbable, pues estaba preparada para ser evaluada con suma desconfianza.

Sin decir más, el soldado se alejó del hospital enarbolando el hueso con el que conviviera durante tanto tiempo.

A las 10:05 de la mañana, tras muchos meses de silencio y desorganización, en todo el fuerte Patterson se oyó el toque del clarín llamando a los soldados a formar frente a las barracas. El nuevo orden militar, liderado por el capitán John Wyatt, comenzaba a materializarse.

Veinte minutos después de que los dos soldados se retiraran del hospital, se presentaron allí los ocho hombres que sufrían molestias estomacales. Tan descompuestos se encontraban, que ni siquiera tuvieron energía para sorprenderse por el hecho de que el nuevo médico del fuerte fuera una mujer. Ellos no habían escuchado el discurso del nuevo comandante, por lo que no se habían enterado de las novedades.

Victoria observó los rostros lívidos y sudorosos de los soldados, y notó que el temblor apenas les permitía mantenerse de pie. Segura de que no faltaría mucho para que alguno se desvaneciera, los hizo sentarse en un largo banco de madera y procedió a interrogarlos.

Los ocho coincidieron en la descripción de sus síntomas: escalofríos, vómitos, dolor agudo en el estómago, debilidad general y una fuerte diarrea que los tenía despiertos desde horas antes de la madrugada.

—¿En qué consistió la cena de anoche? —preguntó ella.

—En lo mismo de siempre, señora —respondió el menos afectado—: habas, café y unos tragos de whisky.

—¿Percibieron algún sabor u olor desagradable en la comida?

Algunos sonrieron amargamente. El que había tomado la palabra habló:

—Nuestra comida es siempre repugnante, señora. No fue diferente anoche.

—Muy bien —dijo ella—. Les indicaré un día de descanso y les daré un tónico que en pocas horas los hará sentir mejor. Si su estado continúa igual o empeora, deberán venir a verme de inmediato.

Algunos hombres mascullaron una especie de agradecimiento y los ocho se retiraron a descansar en sus barracas. Victoria se dirigió a paso vivo al almacén de alimentos del fuerte. Su siguiente tarea, esa mañana, sería investigar de qué se estaba alimentando la comunidad de Patterson.

CAPÍTULO 8

El capitán Wyatt y el teniente Collins se encontraban en la oficina de la comandancia, tratando de poner algo de orden en el lugar. La tarea de organizar los papeles resultaba en extremo complicada, dado el desorden en el que Foley acostumbraba a moverse.

—Collins —llamó Wyatt.

—¿Señor? —El teniente se aproximó al escritorio del capitán.

—Tome asiento, por favor. ¿Qué puede decirme acerca del sujeto que golpeó hoy al soldado Stevens?

—Se llama James Masterson, pero todos lo llaman Gran Jim —explicó Collins—. Llegó al fuerte hace tres años, sin formación militar más que dos semanas de instrucción básica en el fuerte Detroit. Era un muchacho apocado, que no lograba adaptarse a la rutina del fuerte y se encontraba siempre solo. Hubiera sido pasto para las burlas y los abusos, como tantos otros recién llegados. Pero Masterson era tan fuerte como una bestia, y nadie se atrevía a fastidiarlo. Foley creyó que tener a aquel gorila a su servicio sería algo útil, por lo que alentó sus bravuconadas y hasta le otorgó privilegios.

Wyatt meditó durante un momento.

—¿Diría usted que Masterson tiene potencial para regresar a la buena senda? No nos vendría nada mal contar con alguien de su fuerza y tamaño, si lográramos que se comporte de manera apropiada. Bien entrenado, podría convertirse en un soldado sobresaliente.

—A juzgar por lo que pude ver de Masterson cuando llegó al fuerte, diría que aún tiene alguna posibilidad.

—Bien. Gracias, Collins.

El resto de la tarde, en el despacho de la comandancia, comenzaron a desarrollarse los planes de acción que cambiarían el destino de todos los habitantes del fuerte Patterson.

Mientras tanto, Victoria se encontraba realizando una evaluación del estado del almacén en donde se guardaba la comida que consumían los soldados. El cobertizo estaba situado en la pared del fuerte frente al portón de entrada y era una más de las tantas estructuras de troncos que parecían estar a punto de derrumbarse. El interior estaba aún peor que el exterior. Decenas de cajas se apilaban desorganizadamente, las bolsas que contenían alimentos no tenían etiquetas y muchos de los barriles de whisky se hallaban tumbados en el suelo, impidiendo el paso. Todos esos bultos formaban una especie de barrera irregular que hacía muy dificultoso acceder a casi cualquier punto del cobertizo.

A la joven le desagradó profundamente el encargado del almacén. No solo por el hecho de haberlo encontrado durmiendo, medio ebrio y acostado sobre las bolsas que contenían harina, sino por su evidente intención de ignorarla.

—Señor Wiggle —repetía ella—, ¿podría responder a lo que acabo de preguntarle?

—¿Cómo dice? Ah, señora..., perdone usted. Me distraje un momento. Estoy algo ocupado esta mañana —decía el otro, esbozando una sonrisa condescendiente.

—Pues preste atención, por favor, porque lo que acabo de decirle es importante. ¿Dónde se almacenan las habas con las que se alimentan los soldados?

Con gesto desganado, el hombre señaló un rincón apartado del caótico almacén. Diez bolsas enormes, rodeadas por un mosquerío infernal, se apoyaban contra la pared del fondo del cobertizo. Una de ellas estaba abierta y casi vacía. El resto aún permanecían intactas.

—Por ahí han andado revolviendo ayer los soldados... Creo que eso es lo que busca —dijo Wiggle.

—Quiero revisarlas.

—No va a poder.

—Me gustaría saber por qué no.

—Porque hay demasiados bultos en el medio. Y una dama como usted no podrá llegar hasta allí. Los soldados saltan las cajas y mueven los barriles, pero usted es mujer... —Y sin dar más aclaraciones, el hombre dio la espalda

a Victoria y se dirigió al otro extremo del almacén.

La joven no se dejó amilanar por la actitud del empleado y estudió los posibles caminos que tenía para llegar hasta donde se encontraban las bolsas que deseaba revisar. Luego, se recogió las faldas y comenzó a trepar cajas y esquivar barriles. Tropezó una vez, golpeándose la rodilla, pero no cejó en su esfuerzo; hasta que al fin llegó al rincón en donde se encontraba la comida. Del otro lado del cobertizo, el empleado la observaba con sorpresa. Jamás hubiera pensado que una señora tan fina se atrevería a internarse en un lugar inmundo como aquel.

A medida que Victoria avanzaba hacia su objetivo, su nariz comenzó a detectar un potente hedor a putrefacción y desechos humanos, que se volvió insoportable cuando ella alcanzó el rincón que quería investigar. Entonces, detectó una bolsa abierta, que contenía las habas que habían comido los soldados. Con cuidado, metió la mano y removió el contenido. Buscaba algo, sin saber bien qué, cuando notó que los granos que se encontraban en la base de la bolsa estaban húmedos. Como el bulto estaba casi vacío, le resultó relativamente sencillo levantarlo del suelo. Fue entonces cuando supo por qué los ocho hombres habían enfermado la noche anterior. La causa era un charco de desechos humanos que empapaba el suelo del almacén, justo en el rincón en el que se encontraban las habas. La humedad de los granos era producto del contacto de estos con los restos de heces y orina.

—¡Señor Wiggle! —llamó, tratando de mantener la calma—. ¿Qué hay del otro lado de esta pared?

—Las letrinas de los soldados, señora. No creo que tenga muchas ganas de ir a visitarlas, pero si lo hace..., allá usted.

—Por supuesto que las visitaré —respondió ella, ya abriéndose camino hacia la salida.

Victoria se encontraba en frente de la casucha achaparrada que los soldados utilizaban como letrina. Estaba a punto de llamar a la destartalada

puerta, para asegurarse de que no hubiera nadie allí, cuando oyó que el teniente Collins la llamaba:

—¡Señora Wyatt!

El militar se acercaba a paso vivo desde el otro extremo del patio.

—¡Señora Wyatt! No entre aquí, por favor. No es un lugar adecuado para una dama.

—Teniente Collins, aprecio su preocupación, pero créame que estoy sumamente interesada en examinar estas instalaciones. Sé que usted está muy ocupado, pero le agradecería mucho que se quedara conmigo mientras reviso este lugar. Serán solo unos minutos.

Collins volvió a dudar, pero al ver lo decidida que estaba la mujer, accedió a su petición.

El teniente empujó la puerta de la letrina y, tras asegurarse de que estuviera vacía, hizo pasar a Victoria. Los recibió un pesado olor a excrementos y podredumbre, sumado a un enjambre de moscas.

El espacio destinado a las letrinas era una caseta de un metro y medio de ancho por cinco metros de largo, sin ventanas y con un techo, a través del que se divisaban manchones de cielo. En el piso de tierra se habían cavado cinco hoyos, destinados a que los soldados hicieran sus necesidades. Era imposible adivinar la profundidad de aquellos pozos, pues todos estaban a rebosar de su inmundo contenido.

—Teniente Collins... —llamó Victoria, volviéndose al militar—. ¿Puedo hacerle algunas preguntas?

—Por supuesto, señora. La ayudaré en todo lo que esté a mi alcance.

—Gracias. ¿Cuál es el protocolo que se utiliza en el fuerte para limpiar este espacio?

—No hay tal protocolo, señora. Los soldados al mando de Callahan tienen como responsabilidad vaciar los pozos cada vez que se llenan, pero ellos no suelen ser muy concienzudos en el cumplimiento de su labor.

—Eso está a la vista; la mugre prácticamente se escurre por debajo de la puerta... —agregó Victoria—. Y cuando los vacían ¿cómo lo hacen?

—Cargan el contenido en cubetas y lo arrojan al río.

—En la desembocadura, quiero imaginar. Lejos de los puntos en los que se extrae agua para cocinar, lavar...

—No podría decirlo con certeza, señora. Pero si me permite emitir una opinión personal... diría que lo arrojan en cualquier lugar.

Sin importarle que sus botas se arruinaran sin remedio, Victoria caminó a

lo largo de la letrina y se acercó a la pared lindante con el almacén. No le fue difícil comprobar que allí se había formado un gran charco de inmundicia, que filtraba hacia el otro lado.

«Esto es inadmisibile», pensó para sí. «Tiene que acabar... y de inmediato».

Acompañada por Collins, Victoria se dirigió al despacho del comandante y le expuso a él su preocupación por lo que acababa de observar, tanto en el almacén como en las letrinas. Con la venia del capitán, se comprometió a desarrollar un plan de saneamiento de ese espacio, para prevenir enfermedades y mejorar la calidad de vida de todos los habitantes de Patterson.

Más tarde aquella noche, mientras Victoria y el capitán compartían una comida liviana, ella le relataba a su marido la visita que por la tarde hiciera al anterior médico del fuerte, el doctor Joseph Thorpe.

—¿Y dices que casi no puede hablar? —preguntó Wyatt, interesado.

—En efecto, pero estoy convencida de que conserva la lucidez. El problema es que el ataque lo dejó semiparalizado. Y dado que los músculos faciales están comprometidos, tiene el aspecto de un hombre que ha perdido la lucidez. Pero en su mirada no hay tal invalidez, John. Cuando se recupere, podrá tener una vida casi normal.

El comandante se mantuvo en silencio unos instantes.

—¿Sabes que pienso? —dijo, al fin—, que si yo contara con tres oficiales con tu fuerza de voluntad y talento, Patterson saldría adelante en dos semanas.

La joven rio, convencida de que los halagos del capitán eran exagerados. Pero él estaba lejos de bromear. Creía con fervor cada palabra que pronunciaba.

—¿Y qué tal estuvo tu día? —preguntó ella.

Aunque Wyatt intentó disimular los pensamientos que ensombrecían su ánimo, su rostro lo traicionó, dejando traslucir su agobio. La jornada había

sido un infierno, dado que, además de afrontar la multiplicidad de destrozos materiales producto de la negligencia de Foley, se había visto obligado a lidiar con un hato de soldados sin instrucción ni disciplina, que en su ineptitud tropezaban con sus propios pies. Sin duda, un ejército de monos entrenados le hubiera servido mejor a la patria. Lamentablemente, él no contaría con el invaluable servicio de tales simios, por lo que debería apretar los dientes y arreglárselas con la patética escuadra que el destino le proveyera. Pero él no se quejaría ante su mujer, por lo que se dispuso a edulcorar su informe.

—Bien... —comenzó—, he tenido algunos éxitos. Logré que la unidad formara en dos ocasiones, me reuní con Collins y Merrit para revisar los documentos del fuerte y asigné grupos de tareas para reparar la doble empalizada, que es lo más urgente. Agradezco mucho que hayas rescatado a Sissle. Los hombres dicen que lo que le impedía hacer su trabajo era un hueso que se le había atorado en la garganta pero, sin duda, se trata de una mala interpretación.

Los ojos de Victoria brillaron por la diversión. Y Wyatt lo percibió.

—¿Pero entonces es cierto? —preguntó—. ¿Sissle tenía un hueso...? ¡Esto es peor de lo que pensé! ¡Estamos rodeados de incompetentes!

—Pero te tienen a ti para guiarlos, por lo que hay esperanza... —respondió ella, sincera.

En aquel momento, el toque de clarín que indicaba apagar las luces reverberó en el patio. Luego de dar las gracias a Gladys y a Ellie por la cena, Victoria se dirigió a la alcoba. Una vez acostada, no pasó mucho tiempo antes de que el sueño la reclamara.

El comandante, en cambio, permaneció en la sala, trabajando frente a un pequeño escritorio ubicado en un rincón. El día era corto y sus responsabilidades muchas, por lo que ni siquiera se permitió admitir que estaba agotado. Era medianoche cuando al fin se acostó.

No había pasado ni una hora desde que el capitán Wyatt se durmiera,

cuando unos golpes atronadores estremecieron la puerta de su hogar. Bastaron treinta segundos para que el militar saltara de la cama, se pusiera los pantalones y saliera disparado a abrir. Al hacerlo, Collins apareció frente a él, con el rostro tenso.

—Lamento traerle malas noticias —dijo el teniente—. Foley intentó escapar de la prisión. Tenía un cuchillo. No sabemos cómo lo obtuvo, pero lo consiguió, y con él asesinó a uno de los guardias. El otro se encuentra malherido; no creo que pase de esta noche.

—¿Dónde está el prisionero ahora?

—De regreso en la cárcel. Cuando los guardias apostados en las torretas oyeron los gritos del soldado herido, descendieron para ver qué sucedía y aprehendieron al fugitivo, que amenazó con matarlos a ellos también. Pero eran cuatro contra uno, y al fin debió rendirse.

El capitán escuchó en silencio el informe de su segundo al mando. Foley no le preocupaba, pues ya había sido encerrado. Pero el origen del intento de fuga era algo muy serio, dado que alguien había entregado un cuchillo al preso. Y aquello podía significar el comienzo de una conspiración o, peor aún, una rebelión en masa.

Sin demoras, Wyatt ordenó:

—Indique a Sissle que haga sonar el toque de queda. Luego disponga tres guardias de su confianza para que vigilen a Foley, e indique al sargento Merrit que quiero que se presente aquí con dos de sus mejores hombres.

Sin detenerse a mirar como el teniente salía disparado a cumplir con su misión, el comandante se internó en la casa para terminar de vestirse. En la sala, ya se encontraban Victoria, Gladys y Ellie; las tres envueltas en sus batas y con rostros de preocupación. El capitán buscó a su esposa con la mirada y le dijo:

—Sígueme al cuarto, por favor. Gladys..., usted y la señorita Hunt deben ir a vestirse de inmediato. Las necesitarán en el hospital.

En aquel momento, reverberó en el patio el toque de queda, que ordenaba a todos los habitantes del fuerte permanecer en donde se encontraban.

—John ¿qué ocurre? —el corazón de Victoria latía a toda velocidad.

—Foley intentó huir —respondió él, sentándose en la cama para colocarse las botas—. Uno de los soldados a cargo de vigilarlo fue asesinado y el otro ha resultado herido. Necesitaré que atiendas al guardia de inmediato, pues es posible que su situación sea crítica.

—Pero ¿cómo logró hacer una cosa así?

—Es mucho más peligroso de lo que parece. Aparenta ser un pusilánime, pero no lo es. Por el contrario, es muy capaz de fraguar planes para lograr sus objetivos. Y no ha dudado en asesinar para conseguir lo que busca. Es claro que tiene aliados en el fuerte; de otro modo, no hubiera podido conseguir un cuchillo.

El comandante se puso la chaqueta y concluyó:

—No voy a mentirte. Aunque Foley ya está de regreso en la prisión, es evidente que aún quedan acólitos suyos en el fuerte, y ellos podrían estar fraguando algo. He ordenado que Merrit y dos de sus hombres permanezcan contigo mientras atiendes al herido. Necesito que me prometas que no quedarás sola en el consultorio ni tampoco aquí, en la casa.

—Haré lo que me indicas. No debes preocuparte por mí.

Wyatt abrió los labios como para agregar algo más, pero pronto los cerró y giró sobre sus talones, para abandonar el cuarto.

Aquella noche fue larga y tensa para cada uno de los habitantes del fuerte Patterson. Wyatt fue a ver a Foley y lo encontró furioso, lanzando amenazas de muerte y destrucción. Después de verificar que la situación estuviera en orden, se reunió con Collins, en su despacho.

Por su parte, Victoria y sus asistentes se encontraban en el hospital, junto al soldado herido. Las acompañaban el sargento Merrit y dos soldados asignados para su protección. Los aullidos del paciente retumbaban en el estrecho espacio del consultorio.

—Sargento Merrit —llamó ella—, ¿cómo se llama este hombre?

—Robert Grimes, señora —respondió el militar.

—Gracias. —Victoria se posicionó justo frente al rostro del herido y le habló con voz amable, pero firme—. Soldado Grimes..., necesito que se calme y me escuche...

—¡No quiero morir! —gritaba el hombre, mientras se retorció—. ¡Ayúdeme, por favor!

—Lo ayudaré, pero no podré atenderlo si no se tranquiliza.

—¡Me estoy muriendo!

En su desesperación, el hombre intentaba bajarse de la camilla, bañando de sangre todo lo que lo rodeaba, incluso el frente del vestido de Victoria.

—Gladys..., ten listas las agujas. Ellie..., prepara lienzos limpios. Necesitaremos vendas largas.

Victoria volvió a enfrentar al sujeto. Resultaba vital que este se aquietara, para poder salvarle la vida. Entonces, se decidió a utilizar otra táctica:

—Señor Grimes, voy a ayudarlo —le dijo—, pero no podré hacerlo si continúa moviéndose de esa manera. Si no es capaz de tranquilizarse, deberemos sostenerlo ¿me comprende? Lo haré atar a la camilla si es necesario.

Lo último no era cierto. Victoria jamás había hecho atar a un paciente, y lamentaba verse obligada a decirle aquella mentira al pobre hombre. Aun así, estaba dispuesta a desplegar cualquier estrategia con tal de que él le permitiera trabajar.

El herido clavó sus ojos desorbitados en ella y dejó de gritar durante un momento. Tanto el tono como la mirada de la mujer rezumaban una decisión férrea.

—¿Será capaz de quedarse quieto mientras lo atiendo, o debo decirles a estos hombres que le sujeten los brazos y las piernas? —insistió ella—, porque no dudaré en hacerlo...

Grimes balbuceó algo incomprensible, gimió y luego pareció aquietarse un poco.

—Así está mejor... —dijo la joven, que se volvió hacia la nana—: Gladys..., trae el whisky y una tablilla para que no se rompa los dientes. Sargento, necesitaré su colaboración. ¿Ayudaría al soldado a sentarse?

Merrit corrió a situarse junto a la camilla.

Una vez que el hombre estuvo incorporado, Gladys le ofreció la botella de whisky y el herido la cogió con manos temblorosas. Todo su cuerpo se estremecía por la debilidad que comenzaba a producirle la pérdida de sangre.

—Beba todo lo que quiera —le indicó Victoria.

Cuando el hombre hubo consumido la cantidad de whisky que podía tragar en esas condiciones, ella le colocó una maderilla en la boca, para que él la mordiera.

Victoria entendió que el soldado ya no se debatiría. Entonces, dulcificó su voz:

—Le prometo que todo pasará pronto, señor Grimes. Puede confiar en mí. —Y, sin más demora, volvió a dirigirse a Gladys—: Córtales la camisa, por favor.

Grimes cerró los ojos y apretó los dientes mientras escuchaba lo que Victoria explicaba a sus asistentes:

—Tiene un gran tajo en el brazo y otro en el músculo pectoral, que es más grave aún.

Lentamente, ella introdujo un dedo en el corte del pecho para evaluar la profundidad de la herida. Luego, palpó los bordes con cuidado mientras Grimes gruñía, mordiendo la tablilla hasta hacerla crujir.

—La hoja no llegó a perforar el pulmón —informó Victoria, aliviada—. Eso es muy bueno. Ellie, límpiame las manos, por favor. Debo suturar.

Puntada a puntada, cerró vasos y arterias, hasta lograr que el sangrado cesara. Durante el proceso, el dolor hizo que el militar perdiera el sentido. Aquello permitió que ella pudiera finalizar el trabajo con mayor rapidez. Pocos minutos más tarde, ambas heridas se hallaban cosidas y vendadas.

—Sargento Merrit...

El hombre se acercó a Victoria.

—Mi trabajo aquí está terminado, al menos hasta mañana. Ahora resta esperar que el señor Grimes cure bien y pronto. Lo dejaremos aquí, para que descanse. Y en algunas horas regresaré a verlo. ¿Será posible que uno de sus hombres se quede con él?

—Sí, señora, pero deberé hacer llamar a otro soldado para que haga guardia. Ninguno de nosotros puede quedarse, pues el comandante nos ha ordenado permanecer con usted en todo momento. La acompañaremos a su casa por si desea descansar. Y haremos guardia en la puerta.

Ella dedicó una última mirada a su paciente. Había dado lo mejor de sí para que el soldado se salvara... El resto estaba en manos del destino.

El inicio de la jornada siguiente fue más duro que lo habitual. A Wyatt le urgía disminuir el estado de tensión general que se extendía en Patterson, a causa de los sucesos de la noche anterior. Por ello, ordenó a Collins que se ocupara de que los soldados trabajaran en las reparaciones del fuerte hasta la extenuación y que se duplicaran los turnos. Los momentos de descanso serían mínimos.

Cuando aquellas órdenes comenzaron a cumplirse, Wyatt se dirigió al calabozo que alojaba a Gran Jim.

—Soldado Masterson, póngase de pie —ordenó el capitán.

Gran Jim estaba sentado en el suelo mugriento de la celda, cabizbajo y sintiéndose miserable. Desde que despertara en aquel lugar, un dolor palpitante acuchillaba su cabeza, producto del tremendo golpe que Wyatt le propinara. El muchacho levantó la vista y se puso de pie, de mala gana.

—¿Comprende por qué se encuentra aquí? —El gesto del comandante era pétreo.

—Porque le di una tunda al imbécil de Stevens —masculló el reo.

—Y porque alentó a dos hombres más a golpearlo, sabiendo que él no tendría ninguna posibilidad de defenderse.

Gran Jim no respondió. No solía pensar en sus actos.

—Masterson, le doy la oportunidad de redimirse y de convertirse en alguien útil para este fuerte. Yo podría hacer de usted un buen soldado. Pero si continúa resistiéndose a mi autoridad, permanecerá en prisión hasta que llegue aquí un regimiento que pueda escoltarlo a Detroit. Allí será juzgado y encarcelado, quizá para siempre. Créame que el informe que confeccionaré, relativo a su comportamiento pasado y presente, le garantizará una larga temporada en la cárcel. Dígame: ¿cuántos años tiene?

—Veintidós.

—¿Y hace cuánto que llegó aquí?

—Al cumplir los diecisiete.

—¿Puedo saber por qué se unió al ejercito?

Masterson se mantuvo silencioso durante un momento.

—Mi madre quería que me convirtiera en un hombre de bien —dijo al fin—. Ella temía que me metiera en problemas y deshonrara a la familia.

—¿Tuvo experiencia militar antes de ponerse a las órdenes del teniente Foley?

—No.

—Comprendo. Soldado, usted podría ser una pieza valiosa en la compañía. Sin embargo, ha desperdiciado su capacidad al comportarse como un matón. Si colabora conmigo, haremos que su madre se sienta orgullosa de usted. Si no, me ocuparé de que pierda los jirones de dignidad que aún conserva.

El hombretón no respondió.

—Piense en lo que le he dicho. Volveré mañana para saber qué ha decidido.

Tras su visita a Masterson, el comandante cruzó el patio del fuerte en diagonal, en dirección al calabozo localizado en la torreta norte. Allí se encontraba encerrado Foley.

Wyatt lo enfrentó a través de la reja, y fue al grano:

—Harold Foley, lo que has hecho con este fuerte es una vergüenza que desprestigia a nuestra nación ante los ojos de aliados y enemigos. No te pediré explicaciones al respecto, porque no creo que puedas aportar ninguna razonable. Pero debes saber que haré llegar una detallada denuncia en tu contra a la oficina presidencial, incluyendo pruebas innegables sobre tu culpabilidad. Se suma a tus antecedentes la muerte del hombre que asesinaste anoche. Juro por mi honor que haré todo lo necesario para que te encierren muchos años.

—Púdrete, Wyatt —respondió Foley, escupiendo en el suelo.

—Espero que estés cómodo, porque hasta que no llegue una comisión que oficialice tu detención y te conduzca al fuerte Detroit, este será tu mundo. Disfruta de tus vacaciones. Podrían durar meses. —Y al decir aquello, el comandante giró sobre sus talones y desapareció de allí.

Pero aunque Foley se mostraba pasivo, en su mente fraguaba planes para

deshacerse de Wyatt y todos sus aliados. Tenía el tiempo y la furia necesaria para trazar un plan de venganza.

A la mañana siguiente, John Wyatt notó que el recién estrenado entusiasmo de su esposa se había esfumado. Al despertar, ella sonrió amablemente y conversó un poco con él, pero la chispa que había comenzado a brillar en sus ojos parecía haberse apagado.

El capitán temió haber hecho algo que pudiera incomodarla, por lo que se decidió a preguntárselo antes de comenzar la jornada. Su experiencia en indagar los sentimientos de una mujer era, sencillamente, nula. Pero debía intentarlo.

Cuando finalizó el desayuno, Wyatt se dispuso a hablar con Victoria, pero no tuvo oportunidad. Ella se levantó de la mesa con premura, alegando que tenía un día muy largo por delante, y partió rauda al hospital. Fue entonces cuando entró Gladys en el lugar, dispuesta a retirar los platos de la mesa. El capitán interrumpió su paso:

—Gladys, quisiera preguntarle algo, por favor.

—¿A mí? —dijo la mujer, abandonando la vajilla sobre el mantel—. ¿Es algo militar? Porque si está relacionado con los soldados, déjeme decirle que son un hato de patanes que ni siquiera saben dónde están sus pies. Esa es mi opinión.

Él sonrió ante la ocurrencia de la mujer.

—Coincido con usted en su apreciación acerca de los soldados —respondió—, pero no es eso lo que quería preguntarle, sino otra cosa.

—Pregunte con confianza.

—Desde que salimos de Nueva York, he notado que Victoria está de mejor humor y que se muestra entusiasmada por lo que estamos haciendo en el fuerte. Sin embargo, hoy advierto que parece alicaída y temo haber sido yo quien haya provocado su malestar. ¿Sabe usted algo sobre lo que le digo, respecto al cambio en su estado de ánimo?

Gladys miró hacia ambos lados y por encima de su hombro. Luego hizo un gesto al comandante, para que la siguiera al rincón más apartado de la sala.

—Hizo bien en acudir a mí. Usted, señor capitán, no solo no ha hecho nada para que Victoria se sienta molesta, sino que al traerla aquí le ha devuelto parte del buen ánimo con el que ella nació y que mostró hasta que su madre se fue. Después de tantos años de tristeza, mi niña está entusiasmada por lo que ambos tienen que hacer para revivir este fuerte pulgoso. —Gladys hizo una pausa y miró con fijeza al capitán—: No se ofenda.

—No me ofendo, pienso lo mismo.

—Pues bien, para mí usted es un héroe por haber rescatado a mi adorada Victoria del dolor que le había robado la alegría de vivir.

—Entonces..., ¿por qué está tan decaída?

—Porque es el cumpleaños de su padre. Y aunque ella y el doctor siempre tuvieron una relación algo difícil, no tengo dudas de que la fecha le ha afectado, ¿sabe? Creo que ella piensa que pasarán muchos años antes de volver a verlo.

Wyatt asintió, pensando que, si estaba en sus manos, haría algo para remediar la tristeza de su esposa.

El clarín del mediodía invitó a los habitantes del fuerte a descansar durante una hora. Fue entonces cuando Wyatt recogió un paquete que había preparado más temprano y se dirigió al hospital. Al llegar, saludó a Gladys y a Ellie, que acomodaban sillas en la galería para comer un bocado. Las acompañaba el doctor Thorpe, que se estaba recuperando de su enfermedad. El comandante atravesó la puerta en busca de Victoria.

A diferencia de otros días, en los que ella no paraba de hacer cosas para mejorar las condiciones del hospital, el capitán encontró a su mujer sentada frente a su escritorio, con los ojos fijos en la cubierta de uno de los libros que su padre le había regalado. La joven levantó la vista al oír que alguien se acercaba y dedicó una tibia sonrisa al militar.

—Vengo a buscarte —dijo él—. Tengo una sorpresa para ti.

—¿De veras?

—Extiende la mano... Ten. —Depositó en la palma de ella un fragmento de plomo de la forma de un guisante, pero algo más grande y mucho más pesado.

—¿Qué es esto?

—¿Te he sorprendido? —preguntó él, sonriendo.

—Pues, sí, esperaba cualquier cosa menos... esto.

—Bien —dijo él, satisfecho—. Ahora sígueme.

—¿A dónde?

—Afuera.

—Pero ahora no puedo irme, John... Tengo mucho trabajo aquí... —se resistió ella—. Quizá mañana.

—Lo siento, pero como comandante no puedo atender a sus protestas, doctora. —Él extendió su mano hacia ella—. Vamos. Trae tu sombrero, porque estaremos un rato bajo el sol.

Victoria tomó la mano que él le ofrecía y lo siguió en dirección al portón.

—¡Erwing! —llamó Wyatt, y en un segundo apareció el centinela, sobrio y en vías de volverse un sujeto de higiene tolerable para personas con capacidad olfativa normal.

—¡Sí, comandante!

—Abra. Saldremos.

—¿A dónde iremos? —se interesó ella.

—Ya lo verás...

Intrigada por la actitud de su esposo, Victoria se dejó guiar a través del sendero que rodeaba la empalizada exterior y conducía a la pared posterior del fuerte. Ambos recorrieron algo más de cien metros, hasta que llegaron al límite del perímetro.

—¿Me dirás qué hacemos aquí? —preguntó la mujer, observando que frente a ella aparecía un conjunto de fardos cubiertos con telas.

—Por supuesto —respondió Wyatt, sacando una pequeña manta y un mosquete de la funda que cargaba. Luego, extendió el lienzo sobre el césped y colocó allí el arma y un conjunto de elementos que guardaba en un bolso de piel de venado—. Hoy te enseñaré a disparar.

Victoria abrió grandes los ojos por la sorpresa, y su gesto se tornó en una expresión de entusiasmo.

—Es importante que sepas defenderte —continuó él—. Los soldados están aquí para proteger el fuerte, pero no quiero que estés indefensa en caso de que

algo ocurra. Bien, si estás de acuerdo, comenzaremos. Señora Wyatt, esto que tenemos aquí es un mosquete de llave de chispa.

—Llave de chispa... —repitió Victoria, a quien se le había encendido el fuego del aprendizaje. Lo que el capitán le enseñara esa tarde, no lo olvidaría jamás.

—Primero aprenderás a cargar el arma —dijo él.

A continuación, comenzó a explicarle a la joven, paso a paso, cómo debía introducir la esfera de plomo en el cañón y cómo utilizar una larga varilla para asegurarse de que la bala llegara hasta el fondo del mosquete. Luego, le mostró el elemento que se utilizaba para medir la pólvora, mientras ella escuchaba la explicación con interés.

—Bien. Ahora se debe enderezar el arma y sujetarla con firmeza, apuntando hacia el frente. En este receptáculo, junto al martillo, se coloca la cantidad de pólvora que te mostré. —Wyatt descargó el dedal de combustible que midiera antes—. Ahora el mosquete está listo para ser disparado. Esta piedra que ves aquí, sujeta al martillo, es un trozo de pedernal. Cuando acciones el gatillo, el metal y la piedra rozarán y se producirá una chispa que encenderá la pólvora, generando una pequeña explosión. Y entonces, la bala será impulsada a través del cañón. —Mirando a Victoria, con gesto cómplice, invitó—: ¿Quieres hacer tu primer disparo?

Ella le dedicó una sonrisa como respuesta, y el capitán supo que estaba lista.

—Mira —dijo él, ubicándose a la derecha de la mujer y entregándole el mosquete—, apoya la culata en el hueco del hombro. Eso es. Usarás la mano izquierda para alinear la mira. En cuanto estés lista para disparar, pondrás el dedo índice en el gatillo. ¿Correcto?

—Correcto. ¿A qué debo apuntarle?

—Podemos comenzar con el fardo que está allá, envuelto en lienzo. Si aciertas, veremos un hueco en la tela, y si no le das, la bala pasará de largo, caerá al río y no lastimará a nadie. Yo me colocaré justo detrás de ti para ver cómo lo haces.

Victoria asintió, afirmando la culata en el hueco del hombro. Luego cerró el ojo izquierdo para alinear la mira y, cuando se sintió segura de estar apuntando al lugar correcto, presionó el gatillo.

Un estruendo infernal explotó en sus oídos y una fuerza invisible arrojó su anatomía hacia atrás, al tiempo que era envuelta por una nube de humo blanco. Fue solo un segundo de ruido y confusión, y luego Victoria se encontró

recostada contra el pecho del capitán, intentando comprender qué le había sucedido. No solo había sido la sorpresa por el tremendo estampido y el despliegue de gases de pólvora, ruido y humo, sino que el violento retroceso del arma había impulsado su cuerpo como si de una coza de caballo se tratara. Por fortuna, Wyatt se encontraba cerca de ella y había evitado que cayera sentada al suelo.

Aún apoyada contra su esposo, Victoria permaneció silenciosa durante un segundo. El capitán temió que se hubiera asustado por la violencia del disparo y que, en lugar de alegrarla, la hubiera perturbado aún más. Sin embargo, todas sus preocupaciones se desvanecieron al escuchar la risa que, imparable, surgió de los labios de la joven. Ella comenzaba a comprender entonces la clase de energía que generaban la pólvora y una chispa cuando se encontraban en el pequeño reducto de un mosquete. Y aquella sensación se le antojaba maravillosamente excitante.

La sonrisa de Wyatt se ensanchó al notar que su esposa no podía dejar de reír, sujetándose de los antebrazos de él para ayudar a las piernas a sostenerse. El capitán estaba encantado de tenerla recostada contra su pecho, feliz. Ni en sus más locos sueños hubiera pensado que sería la pólvora la que al fin arrojara a Victoria a sus brazos.

—Ay, John, lo siento, lo siento mucho... —decía entre risas, tratando de componerse—, ha sido muy divertido, aunque supongo que lo he hecho mal. ¿Pudiste ver a dónde fue la bala? —preguntó, mientras utilizaba el puño de la blusa para secarse lágrimas de risa.

Él tardó en responder, concentrado en la amplia sonrisa que ella le regalaba.

—John..., te he preguntado por el destino del proyectil y no me estás respondiendo. ¿Tan malo ha sido? Estoy preparada para escuchar las peores noticias sobre mi desempeño —dijo ella, agachándose para levantar el arma que cayera al suelo.

—Estoy evadiendo la pregunta, para no herir tus sentimientos —replicó Wyatt, con gesto divertido.

—Quiero hacerlo de nuevo.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Debo aprender a hacerlo bien. Y esta vez, yo misma cargaré el arma.

Entonces, Victoria tomó los elementos que él le había enseñado a usar y, sin errar en ninguno de los pasos que aprendiera, dispuso el mosquete para ser

disparado. Cuando el arma estuvo lista para abrir fuego, se afirmó en el suelo, inclinando un poco el cuerpo hacia adelante. Luego respiró profundo, apuntó y disparó. Esta vez, el retroceso no la tomó por sorpresa y pudo mantenerse en su posición. Cuando la humareda se disipó, ambos miraron hacia el blanco improvisado. Wyatt sonrió:

—Te felicito..., has dado en pleno objetivo. Sin duda, eres una tiradora nata.

Cuando la joven regresó al hospital, una hora más tarde y varios disparos después, su ánimo se había renovado por completo.

Más tarde ese día, el capitán regresó a la prisión para ver a Gran Jim. Lo encontró sentado en el camastro, con los dedos entrecruzados y la mirada baja.

—He venido a saber qué ha decidido con relación a su futuro —dijo el comandante.

El hombretón levantó la mirada y clavó sus ojos en los del oficial.

—No quiero ir a la cárcel —masculló.

—Me alegra saberlo. ¡Guardia! Libere al prisionero —ordenó Wyatt.

El soldado abrió la puerta y Gran Jim siguió al capitán al exterior. Cuando salieron, Wyatt miró al soldado y se dirigió a él con seriedad:

—Le diré cuál será su primera misión: ha de resarcir al hombre a quien golpeó —el comandante señaló a Stevens, que estaba a pocos metros de allí, tratando de levantar una caja de herramientas.

El gigante abrió la boca para protestar, pero Wyatt no le permitió interrumpirlo:

—Usted ayudará a ese muchacho a ser mejor soldado. Con su guía, él podrá desarrollar las habilidades necesarias para ser un militar competente. Si tuviéramos que entrar en combate, no dudo de que Stevens caería del caballo antes de montarlo.

—No creo que pueda ayudarlo... —balbuceó Gran Jim, convencido de que todo aquello era una pesadilla de la que pronto despertaría—, nunca he

entrenado a nadie...

—Destinaré una hora diaria de su tiempo libre a esa tarea. Y no le estoy preguntando si le parece bien. Debe comprender que, si se resiste a mis órdenes, le esperan los barrotes de una celda.

Gran Jim asintió. Sus opciones eran una más terrible que la otra, pero seguía prefiriendo evitar la cárcel.

—Muy bien, señor —dijo al fin—. Haré todo lo posible.

—Excelente. Y usted no buscará líos... o ya sabe cuál será su destino. Ahora le daré la buena noticia a su flamante discípulo. Queda dispensado para que pueda ir a la barraca a asearse. Quiero verlo en la formación con el próximo toque del clarín.

Aquella semana, la actividad en el fuerte Patterson fue febril. Mientras el comandante reeducaba a la tropa, un grupo de soldados reacondicionaban el hospital, de acuerdo a las indicaciones de Victoria.

En los escasos ratos libres con los que la joven contaba, ella se ocupaba de rescatar y organizar los exiguos registros médicos que el doctor Thorpe había anotado en libretas y papeles sueltos. Cuando registraba una pila de papeles amarillentos, encontró un libro que llamó su atención. Era evidente que este no había sido abierto nunca, pues las páginas se encontraban pegadas entre sí y las cubiertas estaban polvorientas. En la portada se leía: *Reglamento para el Orden y la Disciplina de las Tropas de los Estados Unidos. Texto aprobado por Su Excelencia el General George Washington y adoptado por el Congreso el 29 de marzo de 1779. Autor: Teniente General Baron Friedrich Wilhelm von Steuben.*

La joven abrió el volumen con todo cuidado y revisó el índice. Grande fue su sorpresa al encontrar que el capítulo XXIII se titulaba «Del tratamiento de enfermos y heridos». Con interés, leyó algunos párrafos de aquel apartado.

Instrucciones para el comandante de un Regimiento: La preservación de la salud de los soldados debería ser su primer y mayor cuidado; y como eso

depende en gran medida de su limpieza y forma de vida, los oficiales de las compañías deben prestar la atención necesaria a sus hombres en esos aspectos.

Los capitanes nunca deben permitir que un hombre que presenta un trastorno infeccioso permanezca en la compañía, sino que debe ser enviado inmediatamente al hospital u otro lugar provisto para la recepción de tales pacientes, para evitar la propagación de la infección.

Encantada con aquel descubrimiento, Victoria guardó el libro en un cajón. Más tarde, se lo mostraría al capitán para que él le hablara sobre aquel hallazgo. Luego, se dispuso a organizar los cuadernos en los que escribiría las historias clínicas de los habitantes de Patterson. El hospital ya estaba en condiciones de ser utilizado y la gente comenzaría a presentarse desde ese mismo día. El comandante había ordenado que todos los habitantes del fuerte asistieran allí, para que la nueva médica evaluara su estado de salud. Serían citados por Victoria, uno por uno, con turnos asignados.

Al acceder al despacho rectangular, de diez por ocho metros, los pacientes verían frente a sí un escritorio, tres sillas, una mesa de cirugía cubierta por una sábana y, más atrás, un biombo. Detrás del escritorio, se habían instalado anaqueles destinados a colocar los frascos que contenían medicamentos.

Gladys y Ellie habían rescatado dos camas que se encontraban en estado razonable y habían rellenado los colchones con heno fresco. En aquellos lechos yacerían los enfermos que necesitaran atención permanente. Ambas camas se encontraban una junto a la otra en el extremo opuesto del salón.

La orden de presentarse en el hospital no cayó bien entre los integrantes de la tropa. La enorme mayoría de los hombres se resistían a ser interrogados por una mujer. Sin embargo, no pudieron más que cumplir el mandato que habían recibido, dado que sabían que el capitán no toleraría la más mínima insubordinación.

Forzados a acatar aquellas directivas, los soldados y civiles comenzaron a ir al hospital, uno por uno. Pero una vez allí, respondían con monosílabos a las preguntas de Victoria y le dedicaban gestos que subrayaban su desagrado. Solo el encargado del clarín y el asistente del capitán se mostraron respetuosos y colaboradores, ya que su experiencia con la dama que los curara había sido muy buena.

La situación para Victoria era extremadamente difícil, pero, sabiendo de antemano que debería enfrentarse al rechazo de aquellas personas, redobló sus esfuerzos para mantenerse animada. Quizá, en el futuro, quienes conformaban la comunidad del fuerte llegarían a confiar en sus capacidades.

La actividad en el hospital comenzaba con el toque de clarín y finalizaba unos minutos antes de que se arriara la bandera. La tarea de Victoria era agotadora pero imprescindible: el comandante debía contar con información sobre el estado de salud de las personas bajo su responsabilidad.

Las únicas esposas de militares que vivían allí eran Miriam Foley, embarazada de casi ocho meses, y Andy Dee, la simpática pero cabeza hueca señora del sargento Merrit. Mientras que esta última gozaba de buena salud, Miriam atravesaba un embarazo que le resultaba difícil de sobrellevar. La entrevista con ella supuso un desafío para Victoria. Mientras respondía con evasivas, la futura madre miraba con nerviosismo puertas y ventanas, como si temiera que alguien pudiera oír lo que decía.

—Miriam—llamó Victoria—. Me gustaría saber cómo se hizo ese morado en la nariz.

—Yo suelo ser muy torpe... —balbuceó la otra, estrujándose las manos—, a veces me caigo o me tropiezo...

—Comprendo... También tiene uno en la mejilla, aunque ya casi no se ve, ¿le produce alguna molestia?

—Ya le expliqué que suelo caerme. Y no, no me molesta. ¿Puedo irme ya? Victoria estuvo segura de que Foley golpeaba a su esposa.

—¿Ya me puedo ir? —repitió la otra.

—Claro. Le agradezco que haya venido.

Cuando la mujer llegó a la puerta, Victoria volvió a hablarle:

—¿Miriam?

La otra se detuvo, dando la espalda a la joven.

—Si necesita algo, búsqieme. El comandante y yo la ayudaremos. Sepa usted que no está sola.

La esposa del teniente asintió con la cabeza y se marchó en silencio.

Las últimas mujeres en presentarse en el hospital fueron Betty, Gina y Anna, las tres lavanderas que se encargaban de limpiar los uniformes de los militares. Durante la conversación con ellas, Victoria comprendió que el servicio que ofrecían aquellas damas implicaba algo más que lavar las prendas de los soldados. Resultaba evidente que eran meretrices, al servicio de quien pudiese pagar por sus atenciones; una práctica muy frecuente en los

fuertes.

Lejos de juzgarlas o pretender alterar sus vidas, Victoria les habló sobre cuidados personales y de higiene, ofreciéndoles recurrir a ella para hablar sobre cuestiones de salud o lo que ellas necesitaran.

Más tarde esa noche, Victoria le relató a su esposo cómo había ido la jornada, evitando mencionar los eventos más desagradables que protagonizaran sus pacientes varones. Después de cenar, ella le extendió el libro que había hallado, para que Wyatt le contara algo sobre él. El comandante recorrió las páginas con una sonrisa e invitó a la joven a salir a conversar en la galería. El fresco de la noche resultaba muy agradable.

Sentados en los escalones del porche e iluminados por la luna llena, Victoria y el capitán hablaron sobre el autor del manual que ella había encontrado:

—Von Steuben fue el hombre a quien los Estados Unidos le debe el privilegio de contar con una milicia organizada. Verás..., cuando se declaró la independencia de nuestro país, no existía un ejército formal como el que tenemos ahora. Los combatientes involucrados en las guerras de Independencia no fueron más que civiles entregados a la causa, que no habían recibido ninguna formación militar. Cuando Washington asumió la presidencia, se dispuso a resolver las carencias de la defensa nacional. A tal fin, convocó como asesor a Baron von Steuben, un prusiano con excelentes credenciales, que estaba dispuesto a colaborar con el gobierno americano.

Cuando yo llegué al fuerte Detroit, él llevaba varios años en su puesto.

—¿De veras? ¿Y cómo era?

—Von Steuben era un hombre estricto, metódico y extraordinariamente capaz, que introdujo importantes cambios en la milicia. En primer lugar, determinó el uso obligatorio del uniforme y nos instruyó en el uso de las armas de fuego. Luego, instaló un plan de fortalecimiento físico a partir de la ejercitación diaria, y nos inculcó la importancia de una férrea disciplina

militar. Y aunque la época en la que me formé con él fue muy dura para mí, recuerdo al teniente general con afecto y agradecimiento. Si no hubiera sido por sus enseñanzas, yo hubiera muerto en batalla.

—¿Y qué me puedes decir sobre el capítulo en el que habla de la salud de los soldados?

—Ese era un asunto fundamental para él. En esa parte del libro, encontrarás una serie de recomendaciones que apuntan a preservar el bienestar físico y mental de los militares. Esas directrices están vigentes aún hoy. Von Steuben asentó los parámetros a considerar en cuanto a la higiene personal de los soldados, el aislamiento de personas infectadas y hasta cosas aparentemente simples, como la localización de las letrinas en un campamento.

—¿Y aún vive?

—Murió en 1798.

—Me hubiera gustado conocerlo...

—Y estoy seguro de que a él le hubiera gustado conocerte a ti —dijo Wyatt, apretando la mano de la joven con afecto.

En aquel momento, Sissle tocó el clarín que indicaba que todos debían retirarse a dormir. Victoria y el capitán entraron en la casa; descansar era una prioridad para afrontar con energía la siguiente jornada.

De acuerdo con lo previsto, el día siguiente fue tan arduo como el anterior. Victoria comenzó la mañana reuniéndose con el comandante en el despacho de este. El soldado Stevens se hallaba presente, tomando notas de lo que la joven y el capitán decidían respecto del plan de saneamiento del fuerte:

—He evaluado tu informe con relación a la insalubre situación de las letrinas —decía Wyatt—, y creo que tu plan de reconstrucción de estas representará un enorme avance en las condiciones sanitarias de Patterson. El proyecto es tan prometedor como simple de ejecutar, por lo que no llevará más que un día realizar los trabajos necesarios.

—He seguido las indicaciones de Baron von Steuben para construir las

nuevas instalaciones —comentó ella.

Wyatt asintió.

—Si deseas que los trabajos comiencen esta misma tarde, asignaré dos soldados y un jornalero para hacer la labor. Después del almuerzo, podrás reunirte con ellos para darles las indicaciones que consideres necesarias. Harán lo que les indiques.

Victoria evitó esbozar una sonrisa amarga. Hasta el momento, los soldados no se habían comportado de modo aquiescente con ella, y tampoco lo harían aquel día. Aun así, afrontaría el desafío sin permitirse flaquear.

Cuando Victoria atravesó la puerta del cobertizo que había elegido para construir las nuevas letrinas, supo que su tarde se complicaría. Su plan era hacer reparar una estructura de troncos que se encontraba pegada a la torreta de vigilancia y a la que no se le daba uso. En su interior solo había maderos rotos y pilas de heno podrido; basura inservible que se mantenía allí sin que nadie se preguntase qué sentido tenía conservar todo aquello.

La elección del lugar había sido clave. En ese extremo del patio, el terreno se inclinaba en una leve pendiente, que finalizaba en donde se erguía la empalizada de troncos. Allí se cavaría una larga zanja, que se extendería desde los pozos de evacuación hasta la pared del fuerte. La canaleta iría por debajo del muro de madera y desembocaría allí donde el río se encontraba con el lago. De ese modo, se evitaría que la materia fecal se acumulara en los hoyos, desparramándose en el suelo y filtrándose en los edificios circundantes, particularmente, en el de la despensa de alimentos. El punto del río que había seleccionado Victoria era lodoso y escarpado, y nadie iba allí a buscar agua destinada a la comida o el lavado.

El plan tenía excelentes posibilidades de ser exitoso, pero aún faltaba resolver el mayor de los problemas: la reticencia de los trabajadores a hacer cualquier cosa en la que Victoria estuviese involucrada.

—Buenas tardes, señores —saludó la joven a los hombres que harían el

trabajo, comprobando que la actividad aún no se había iniciado.

En un rincón del cobertizo, un trío de sujetos conversaban y reían acodados en una de las pilas de heno. Dos eran jóvenes soldados y el otro un jornalero. Los tres estudiaron a la mujer con gesto despectivo y mascullaron un saludo.

Ella no se inmutó.

—Según lo que habíamos acordado, para esta hora ya se habría avanzado en la limpieza de este espacio —dijo, con tono firme—. ¿Es que acaso ha surgido algún inconveniente?

El jornalero, que era el hombre de más edad de aquel conjunto, se aproximó a ella.

—Como usted sabrá, señora, su marido nos está deslomando y siempre estamos muy ocupados. Quizá limpiemos este cuartucho mañana o pasado..., porque hoy no habrá tiempo.

Sonrisas despectivas torcieron los rostros de los soldados. Estos se habían sentado en el heno, para subrayar su intención de no hacer lo que se les había ordenado.

—¿Lo ve? —dijo el jornalero a Victoria, señalando a los sujetos—. Estos hombres están extenuados... Casi ni pueden ponerse de pie. Si hacemos este trabajo, cansados como estamos, lo haremos mal y usted se sentirá decepcionada. Lo siento, *madame*, pero deberá ser otro día.

Victoria mantuvo su gesto sereno, mientras pensaba a toda velocidad. Retroceder no era para ella una opción. Si se retiraba, o dejaba traslucir el enfado que crecía en ella, solo lograría dar el gusto a los tres patanes que tenía enfrente. Entonces, una idea acudió a su mente:

—Tienen razón, señores..., ahora me doy cuenta —dijo, simulando empatía—. Cavar una zanja es un trabajo que requiere varias horas y extrema concentración. Quizá sea mejor dejar esta labor para cuando ustedes se encuentren descansados y puedan realizar la tarea con eficiencia.

Los tres hombres asintieron con gesto satisfecho, convencidos de que se habían salido con la suya.

—Sin embargo... —agregó—, las letrinas no pueden ser utilizadas tal como se encuentran ahora. Así que, siendo ustedes caballeros tan concienzudos, creo que serán las personas indicadas para vaciar los pozos, que se encuentran a rebosar de heces. Solo tardarán una hora y no se cansarán tanto como si tuvieran que cavar el suelo duro de aquí, ¿verdad?

Los hombres comenzaron a ponerse lívidos y se miraron entre ellos. Lo

último que deseaban hacer era chapotear en los desechos humanos que se habían acumulado durante semanas. Pero ya habían gastado su única excusa válida y no se sentían lo suficientemente valientes como para negarse a una segunda petición de la esposa del comandante.

—¿Me acompañan al almacén? —invitó Victoria, con su gesto más amable—. El señor Wiggle les facilitará palas y cubetas para que retiren el material acumulado en las letrinas. Luego ustedes lo arrojarán en el punto del río que les indicaré. ¿Vamos?

Al decir esto último, Victoria los miró uno a uno, esbozando su mejor sonrisa.

El jornalero, improvisado portavoz del conjunto, no lo dudó ni un momento. Sabiendo lo que le convenía, masculló:

—Bueno..., quizá podamos arreglar las cosas aquí..., levantar el heno...

—Agradezco mucho su buena predisposición, pero eso no bastará —dijo ella—. Los soldados necesitan contar con letrinas, por lo que, si ustedes comienzan a trabajar aquí, deberán terminarlo todo para la hora de la cena. Y como eso no será posible, según me dice, será mejor ir al almacén a buscar cubetas...

Victoria se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, pero la voz del jornalero la detuvo:

—Señora Wyatt...

—¿Sí? —ella se volvió.

—El trabajo aquí estará terminado... Esta misma noche.

La joven ensanchó su sonrisa y dedicó una inclinación de cabeza a los hombres. Cuando atravesó la puerta, pensó que, si bien la batalla no estaba ganada, había sumado una nueva victoria.

Cuando ya era casi la hora de la cena, Gladys, Ellie y Victoria se preparaban para regresar al hogar. De pronto se oyeron unos golpes en la puerta del hospital. Al abrir, la nana se encontró con el soldado a quien todos

temían.

—Señor Gran Jim ¿qué se le ofrece? —preguntó Gladys, sin abrir del todo la puerta. Afuera estaba oscuro y a la mujer no le gustó que el hombretón apareciera por allí.

El gigante no dijo nada. Solo extendió el brazo para dejar ver una herida grande como la circunferencia de una naranja y roja como el fuego, que estaba cubierta con ampollas amarillentas.

—¡Oh, Dios! —exclamó Gladys—. Pase, pase, por favor. Siéntese en la silla junto al escritorio. La señora lo atenderá en un segundo.

Victoria, que acomodaba enseres en el otro extremo de la sala, se acercó al recién llegado y tomó asiento frente a él. Gran Jim estiró el brazo para mostrarle la grave lesión que era motivo de su visita. Ella tomó la muñeca del hombre, la observó y preguntó a su paciente:

—Señor Masterson, ¿cómo se ha hecho esto?

—Encendí una vela y me cayó cera en el brazo —explicó el gigante, incapaz de sostener la mirada a Victoria.

—Sé que padece un dolor insoportable. Haré lo posible para que pase pronto —la joven se volvió hacia Gladys—: necesito un paño, agua y el ungüento para las quemaduras, por favor.

No pasó ni un minuto antes de que la nana depositara los elementos sobre el escritorio.

Mientras Victoria limpiaba con suavidad la herida, casi se podía oír el rechinar de los dientes de Gran Jim, a causa del dolor que lo torturaba. Aun así, no emitió queja alguna.

A ella no le costó leer la verdad tras esa quemadura. Y para poder ayudar al hombre que le confiaba su salud, necesitaba hablar con él a solas.

—Gladys, Ellie, ya no necesitaré ayuda aquí, y enseguida el capitán regresará a casa. ¿Pueden ir a preparar algo para comer, por favor? Yo iré en un momento.

—¿Y tú te quedarás trabajando? —preguntó Gladys, haciendo un gesto exagerado con las cejas. No quería que su protegida se quedara a solas con el bruto de Gran Jim.

—Solo un rato más. Aplicaré la medicación al soldado, me aseguraré de que se sienta mejor y luego me reuniré con ustedes.

Gladys emitió una especie de gruñido como queja, tomó a Ellie del brazo y ambas salieron del hospital.

Victoria continuó con su labor:

—Señor Masterson, aplicaré un ungüento sobre la herida, para que se mantenga limpia y mengüe el dolor. Le aseguro que no le molestará en lo más mínimo.

Con cuidado, colocó el remedio sobre el manchón que mostraba el brazo del hombre y, casi de inmediato, notó que los músculos de él se relajaban. El preparado especial del doctor Hill tenía un efecto calmante instantáneo, que los heridos siempre agradecían.

—¿Se siente mejor?

—Sí, señora Wyatt.

—¿Me permite decirle algo? —preguntó la joven.

El soldado asintió

—Quizá me equivoque, pero estoy casi segura de que esta quemadura no ha sido producida por la cera de una vela.

El hombre levantó la cabeza, sorprendido. Pensaba que ella había creído su cuento y que saldría de allí con su mentira intacta. Pero era evidente que pocas cosas se le escapaban a la señora Wyatt.

—Según mi experiencia —continuó ella—, esta es la quemadura típica que produce el alcohol al encontrarse con la llama. Quizá un vaso se volcó, un poco de whisky cayó sobre su brazo y, en el intento por sostener el recipiente, usted rozó la vela y el líquido ardió, quemándole la piel. ¿Es equivocado mi diagnóstico?

El hombre volvió a desviar la mirada. La mujer había demostrado que era inteligente, y resultaba evidente que no se la podría engañar.

—Lo que usted dice es cierto —admitió—. Sé que el comandante nos ha prohibido beber... y le aseguro que me esfuero por hacer lo que me ordena. Pero el whisky es más fuerte que yo... A veces, durante el día, me siento desesperado por la necesidad de beber un trago. Comienza a dolerme la cabeza, siento náuseas y me pongo tan nervioso que pienso que no seré capaz de evitar darle un golpe a algo o a alguien. Cuando llega la noche y le doy un largo trago a la botella, mi alma regresa al cuerpo. —El hombre hizo un silencio que Victoria respetó—. Yo sé que la bebida es mala y que estar borracho no disculpa mis malas acciones..., pero ya no tengo esperanzas de poder dejarla. Y sé que, tarde o temprano, haré daño a alguien y el capitán me enviará a prisión. Soy un bruto, señora; un hombre sin educación ni finalidad en la vida. Y me he resignado a terminar mis días siendo una basura. Al menos me queda como consuelo que mi madre jamás verá en lo que me he convertido, pues nunca volveré al hogar que me vio nacer. No quiero hacerla llorar... —la

voz del hombre se quebró y ya no pudo continuar hablando.

Victoria escuchó lo que el muchacho decía y decidió hacer algo por él.

—Señor Masterson —le dijo—, yo no creo que usted sea lo que asegura, ni tampoco considero que su camino esté extraviado sin remedio. No tengo dudas de que usted es un buen hombre, con enorme potencial para ser un magnífico soldado y ayudar a otras personas, tal como lo está haciendo con el señor Stevens. Lamentablemente, ha tenido la desgracia de cruzarse con un conjunto de personas que lo han llevado por la mala senda. —Ahora Victoria hizo un largo silencio. Luego prosiguió—: ¿Puedo contarle algo muy personal y pedirle que quede entre usted y yo?

El hombretón clavó la mirada en los ojos de Victoria con gesto sorprendido. Jamás hubiera esperado que aquella dama tan educada quisiera confiarle a él un secreto.

—Por supuesto, señora —respondió, mientras hacía una cruz sobre los labios con un dedo mugriento—. No se lo diré a nadie. Puede confiar en mí.

—Pues bien, conozco a un hombre, el médico más respetado de la ciudad de Nueva York, que un día perdió a su esposa. Al verse solo y desesperado, comenzó a beber sin poder detenerse. Sus hábiles manos comenzaron a temblar, su vista a nublarse y faltó poco para que perdiera todo lo que había ganado a lo largo de muchos años de trabajo. Esa persona, señor Masterson, es mi padre.

El rostro de Gran Jim evidenció su asombro. Jamás hubiera esperado oír algo así, respecto de gente tan distinguida como la señora Wyatt y su progenitor.

—Por fortuna —siguió Victoria, esbozando una tibia sonrisa—, hoy se encuentra recuperado y practica la medicina con gran éxito. Pero aquella época fue muy difícil para él. Y soy testigo de que no fue fácil para el doctor librarse de aquella adicción que casi destruye su vida y la de sus seres amados.

—¿Y cómo se curó su padre, señora?

Victoria sonrió y ahora fue ella quien bajó la mirada.

—Lo ayudó el cariño incondicional de una hija, que se convirtió en sus manos cuando él no podía operar y sus ojos cuando no veía con claridad. Cuando mi padre se curó de su enfermedad, se decidió a ayudar a personas que sufren del mismo mal. Entonces, desarrolló un medicamento basado en hierbas, que ayuda a las personas a avanzar día a día, hasta vencer el alcoholismo. Si usted me lo permite, yo podría acompañarlo en el proceso de

curación, pero deberemos tener mucha paciencia, porque es posible que el tratamiento lleve algún tiempo y que haya recaídas. ¿Qué me dice?

El soldado esbozó una sonrisa y extendió una manaza, que ella estrechó.

—Tenemos un trato —dijo—. ¿Qué debo hacer?

—Mañana, cuando suene el clarín que llama al hospital, usted vendrá a verme. Lo primero que haré será limpiarle el brazo y aplicarle la medicina, y lo siguiente será ofrecerle un té especial que lo tranquilizará, reducirá sus deseos de beber y eliminará las náuseas. Al final del día, usted vendrá a tomar el mismo brebaje. —La joven se puso de pie—. Y señor Masterson... —agregó, antes de abrirle la puerta a su paciente—, cuando venga aquí mañana, traiga las botellas que oculta. Le hará bien tenerlas a buena distancia.

El muchacho asintió, le dio las gracias efusivamente y luego se dirigió a paso vivo hacia la barraca de los soldados. De pronto, se sentía animado y con esperanzas, casi como cuando llegara a Patterson con la ilusión de comenzar una vida de servicio a la patria. Además de hacer lo que la dama le había indicado, se propuso trabajar duro para complacer al comandante. Victoria no sabía que, a partir de ese encuentro, Gran Jim se convertiría en el mayor defensor de sus habilidades como médica. Sus alabanzas hacia ella serían la mejor carta de presentación que los recelosos soldados podrían recibir sobre la nueva doctora.

Al salir del consultorio, tras apagar las lámparas y cerrar puertas y ventanas, Victoria se encontró con una sorpresa: de pie en una esquina de la galería la esperaba el capitán para acompañarla a casa. Aquel gesto amable entibió el corazón de la joven exhausta, que agradeció tener a su lado a un hombre bueno y gentil, que se preocupaba por su bienestar.

Muy temprano, a la mañana siguiente, Victoria le pidió a Ellie que amasara bollos de canela, para ofrecérselos al comandante en el desayuno. Él le había dicho que esos dulces eran su debilidad y ella se dispuso a sorprenderlo con aquel regalo. De pronto, deseaba hacer cosas agradables por él, pequeños obsequios que aliviaran su carga diaria y lo hicieran sentir bien.

Durante la cena del día siguiente, Victoria le relató a Wyatt que había iniciado la segunda parte de su relevamiento de salud. Esta consistía en visitar a cada uno de los vecinos que habitaban en las viviendas circundantes al fuerte. Sin embargo, su éxito había sido nulo. Había recorrido cada uno de los hogares, sin ser recibida en ninguno. La joven apenas lograba ocultar su desilusión:

—Gladys me acompañó a cada una de las casas. Primero golpeamos la puerta de la señora Dillon, la granjera que vende huevos y gallinas a los soldados, pero ella solo nos miró a través del cristal, sin saludar ni decirnos nada. Nos pareció extraño, pero pensamos que en la siguiente vivienda tendríamos más suerte, por lo que continuamos avanzando por el camino. Pero en cada casa nos ocurrió lo mismo; la gente nos cerró los postigos en la cara. Tengo la firme convicción de lograr comunicarme con esas personas, y te aseguro que nada me detendrá hasta lograrlo..., pero hoy me siento algo decepcionada.

Wyatt intentó calmar el desaliento de Victoria.

—Mira, nadie podría hacer este trabajo mejor que tú. Nadie. En todo lo que emprendes eres magnífica. Unos vecinos mal predisuestos no deben desalentarte. ¿Puedo decirte algo?

Ella asintió.

—Estoy muy orgulloso de que seas mi compañera en esta gesta. Nadie podría hacerlo mejor.

Ella sonrió agradecida, pensando en que cuanto más conocía a John, más crecía su impresión de que ningún hombre podía igualar su integridad.

Foley no recordaba época de su vida más miserable que la que estaba viviendo. Encerrado en una mugrienta prisión, fracasaba en mantenerse tranquilo y confiado en que al fin sus hombres se alzarían contra el usurpador que había arrojado sus huesos a la cárcel.

Dos soldados habían sido asignados para vigilar al reo. Eran muchachos

que durante años habían sido objeto del maltrato de los esbirros de Foley y que daban sobradas muestras de que su lealtad hacia Wyatt era irreductible. En el poco tiempo que el prisionero pasara encerrado allí, ya había intentado sobornar a sus guardias, adularlos y hasta prometerles honores y recompensas si lo dejaban salir. Y al ver que aquello no funcionaba, había llegado a amenazarlos de muerte si no lo soltaban. Pero los hombres ni siquiera le respondían. En silencio, le acercaban las dos raciones diarias de alimento y luego le retiraban el cazo vacío. Aquel era todo el contacto que el preso tenía con el mundo exterior. Así, el antiguo comandante pasaba de la desesperación a la furia y de la ira al desconsuelo. Solo una esperanza guardaba, y era que sus hombres se reagruparan, alzándose contra la nueva administración. Lo que Foley desconocía era que los soldados que mantuviera bajo su pie durante tanto tiempo, a fuerza de amenazas y alcohol, estaban siendo desintoxicados y reentrenados, en vías de convertirse en verdaderos militares. Pronto, agotados por la rutina diaria y agrupados bajo una nueva disciplina, los hombres se olvidarían de la existencia del antiguo comandante.

Pasada la medianoche, desde el camastro en el que estaba recostado, Foley escuchó que alguien susurraba su nombre. La voz llegaba a través de un hueco de la pared del calabozo que daba al patio del fuerte. Los troncos torcidos habían abierto resquicios a través de los que era posible comunicarse con el exterior:

—Teniente Foley, soy yo... Callahan... ¿Está despierto?

En medio de una noche sin luna, el soldado se escabullía para poder hablar con el que consideraba su líder.

—¡Teniente Foley!

—Para ti soy el capitán Foley, imbécil —respondió una voz embotada, del otro lado de la pared—. Y habla más bajo, que alguien te oirá. Infórmame sobre qué está sucediendo. Los dos estúpidos que custodian mi celda no me dirigen la palabra.

—Bueno... —Callahan no sabía si decir o no toda la verdad—, hay mucho movimiento aquí fuera, señor. Por eso he tardado en venir a verlo.

—¿Qué clase de movimiento?

—En primer lugar, el comandante nos tiene a todos trabajando de sol a sol, hasta que caemos exhaustos. Tres veces al día, nos obliga a formar y a desfilar alrededor del patio, a ritmo de tambor. Y nos corrige todo el tiempo. No nos deja beber whisky y tampoco «entregarnos a la indolencia», como él dice. No tengo idea de a qué se refiere con eso. Pero lo que sí sé es que ya no podemos

holgazanear a gusto.

—¿Qué están planeando mis hombres para sacarme de aquí? —se impacientó el otro— ¿dónde está Gran Jim?

Callahan dudó. Si le decía toda la verdad a Foley, quizá este la tomara con él. Pero, si le mentía, tendría que traer a Masterson con él, cosa que resultaba inviable, pues ahora Gran Jim respondía a las órdenes de Wyatt. Pensó entonces que evadir la pregunta era la mejor opción para salvaguardar su pescuezo:

—Mmm... Gran Jim está durmiendo en la barraca, señor...

—¿Eres idiota, Callahan? —se desesperó el otro, deseando tomar al soldado del cuello y zarandear su rechoncha anatomía—. ¡No te pregunto si Masterson duerme, come o defeca! ¡Quiero saber por qué no está aquí, junto a los otros, derribando esta pared para sacarme de la cárcel!

—Bien... —dijo Callahan al fin, sabiendo que no podría librarse de aquello—, es porque Gran Jim ahora responde a las órdenes del capitán Wyatt... y la mayoría de los otros también; salvo yo y un par más que odian las nuevas reglas del fuerte. Pero descuide, porque entre los tres lo sacaremos de aquí.

—¿Quién anda ahí? —gritó una voz desde lo alto de la torre—. ¡Identifíquese!

Como lo haría un animal rastrero, Callahan se escabulló entre las sombras, dejando al prisionero aún más furioso que antes, en la negrura de su celda y mascullando promesas de venganza.

Si bien el hospital era un hervidero de actividad desde temprano en la mañana hasta llegada la hora de la cena, cada mediodía, Victoria, Gladys y Ellie se permitían unos momentos de descanso. Cuando los soldados almorzaban en las cocinas de las barracas, las mujeres se sentaban en la galería para tomar un bocadillo y reponer fuerzas.

Mientras ellas descansaban, no era raro que el comandante pasara frente al

hospital, cuando dirigía a los soldados en diferentes actividades. Al observarlo, Victoria pensaba en cuánto había cambiado su vida desde que lo conociera. El capitán había transformado cada aspecto de su existencia; no solo porque había logrado convencerla de mudarse a un fuerte en medio de la nada, para ejercer como médica, sino porque además le había devuelto la alegría de levantarse cada mañana. Ya no se sentía sola, y la tristeza que llevara durante tantos años, como un velo invisible, parecía haberse esfumado. Y ello la llenaba de gratitud. Sin proponérselo, Victoria se estaba percatando de que, día tras día, el respeto inicial que sintiera hacia el capitán se transformaba en admiración y en un aprecio más profundo. John mostraba una integridad y nobleza que ella jamás había conocido en otro hombre, cualidades que tenían un impacto extraordinario en las personas que lo rodeaban, ella incluida.

Pasada la hora del almuerzo, el soldado Erwing, designado guardián del ingreso al fuerte, llamó a la puerta del hospital. Gladys abrió.

—¿Está la señora Wyatt? —preguntó el hombre—. Tengo una cosa en la pierna que se está poniendo fea. ¿Quiere que se la muestre?

—Se lo agradezco, pero por ahora no —respondió Gladys—. Pase, la doctora lo atenderá enseguida.

—Señor Erwing —lo saludó Victoria, al verlo entrar—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Buenos días, señora —respondió él, quitándose el tricornio—. Tengo algo malo debajo de la rodilla, que me duele cada vez más. ¿Quiere verlo?

—Por supuesto. Siéntese en la camilla, quítese la bota y levántese la pernera.

Erwing así lo hizo y Victoria se dispuso a revisar la lesión. Se trataba de un absceso del tamaño de un reloj de bolsillo, inflamado y rojo, que supuraba un líquido amarillento. La pústula estaba rodeada por decenas de diminutas ronchas.

—Gladys —llamó Victoria—, necesitaré un lienzo empapado con alcanfor, y un ungüento, por favor.

Con el paño mojado, Victoria comenzó a limpiar el absceso.

—Esto lo ayudará. Ahora... necesito saber qué es lo que ha causado esta llaga. ¿Se ha lastimado con algo?

—No —respondió Erwing—. Me ha salido así... de pronto.

—¿Lo ha picado algún insecto? ¿Una araña?

—Que yo recuerde..., no.

Victoria revisó las diminutas ronchas que rodeaban el absceso y que se extendían por la pantorrilla y el pie del soldado. Tras pensar unos segundos, solicitó:

—Muéstreme los antebrazos, por favor.

Sin saber por qué le pedían eso, ya que los brazos no le molestaban, Erwing se arremangó. Entonces Victoria comprobó lo que sospechaba; también allí había decenas de ronchas.

—Mmm..., lo que pensaba —dijo la joven—. Muy bien, señor Erwing, le aplicaremos el ungüento también en los brazos.

Tras hacerlo, Victoria comentó:

—Lo que usted tiene no es serio. Venga a verme mañana por la noche, para que le aplique nuevamente el remedio y lo controle. ¿Ya le duele un poco menos?

Erwing debió admitir que sí. Poco a poco, el dolor iba cediendo y una sensación fresca le calmaba el picor. El hombre le dio las gracias y prometió seguir las instrucciones recibidas. Cuando él cerró la puerta tras de sí, Victoria se volvió hacia Gladys.

—Saldré un momento —le dijo—. Si me necesitas, estaré en las barracas de los soldados.

Victoria caminó hasta al edificio donde los soldados pasaban la noche. Una idea rondaba su mente y, por ello, deseaba inspeccionar las barracas.

Sabiendo que los hombres se encontraban reconstruyendo la empalizada, entró en el lugar sin anunciarse. Su primera impresión fue que se hallaba en un establo, en lugar de un espacio destinado a dormir. El edificio tenía un aspecto deplorable y olía como una caballeriza. Los tablones del suelo apenas se veían, bajo una alfombra de heno pisoteado y podrido. Pilas de ropa sucia se amontonaban en las esquinas de la sala. Algunos camastros destartados se apoyaban contra la pared, pero la mayoría de los lechos eran jergones de paja, situados en cualquier lugar. Encima de cada uno se había dispuesto una manta y un amasijo de tela que Victoria adivinó serviría de almohada.

Dispuesta a corroborar su corazonada, se dirigió a una de las pocas camas que aún se encontraban en pie y levantó la manta, comprobando que el heno del jergón estaba apelmazado y húmedo. Fue entonces cuando tres pequeñísimos insectos saltaron a sus dedos. Las sospechas de Victoria fueron confirmadas: las camas estaban infestadas de pulgas. Era evidente que estas habían picado a Erwing y que, dada la falta de higiene del sujeto, una de las ronchas se había convertido en una lesión purulenta.

La joven soltó la manta y se dirigió a la salida, sabiendo cuál sería su próxima tarea.

Wyatt se hallaba sentado tras el escritorio de su oficina, oteando el patio a través de la ventana, para controlar que las actividades se llevaran a cabo sin novedad. La mañana se había presentado más fresca que lo habitual, lo cual resultó un alivio para los hombres que reparaban los edificios bajo el yugo del sol.

Antes, Victoria se había reunido con él, para exponerle su propuesta para acabar con los nidos de pulgas que proliferaban en la barraca de los soldados. Ella le había hablado de los estudios que estaban llevando a cabo un conjunto de médicos que se hacían llamar *contagionistas*. Estos sostenían que los insectos que se alimentaban de sangre humana, tales como los mosquitos, las pulgas y las garrapatas, eran transmisores de todo tipo de enfermedades. Y

tanto Victoria como su padre secundaban estos preceptos.

—Lo primero que habrá que hacer —le explicó ella— será retirar todo el heno de aquel espacio. El que se desparrama por el suelo y el que se usa como colchón. Cuando ya no quede ni una brizna, se deberá fregar el piso con agua jabonosa.

El comandante escuchaba con atención, mientras Stevens tomaba notas de las tareas que habrían de realizarse. Ella continuó:

—Hablaré con las lavanderas, para que hiervan las mantas y también la ropa de los soldados. Eso será fundamental para la erradicación de estos parásitos. Y deberemos conseguir camas, John... Sé que no es un buen momento para pedirte esto. Pero si estos hombres continúan durmiendo en el suelo, aunque sea en jergones limpios y cubiertos de tela, la plaga no tardará en regresar.

—Es mucho trabajo, como tú dices —aceptó él—, pero todo esfuerzo para la prevención de enfermedades es prioritario.

—Y no se trata solo de la salud de los hombres... —dijo ella, apesadumbrada—, estos pobres muchachos viven como animales, hacinados y sin comodidades. ¿Cómo se ha llegado a algo así?

—Mejor ni intentar responder a esa pregunta y concentrarnos en lo que hay que hacer —dijo él, tan agobiado como ella—. ¿Te parece bien si comenzamos con los trabajos mañana a primera hora?

Ella esbozó una sonrisa, agradeció el apoyo del comandante, y luego abandonó el despacho para regresar al hospital. Su jornada de trabajo estaba lejos de concluir.

—Stevens —llamó el capitán, una vez que Victoria se hubo retirado—. ¿Ha tomado debida nota de todo?

—Sí, señor —respondió el muchacho, solícito.

—Pues entonces, reúna tres soldados que se encarguen de la limpieza de las barracas, tal y como la señora Wyatt lo indicó.

—Sí, comandante.

—Además, necesito que busque a uno de los vecinos, el señor Nelson. Según entiendo, él es carpintero.

—Así es, señor.

—Dígale que necesitamos construir camas y que le pagaremos por ello. Asegúrese de recalcarle que se trata de una tarea prioritaria.

—Sí, señor..., aunque...

Wyatt percibió la duda en el tono de Stevens.

—¿Qué sucede, soldado?

El otro parecía estar analizando la respuesta que daría al capitán.

—Nada, señor..., solo que... los vecinos no tienen muy buena relación con nosotros. Bueno, conmigo sí, porque me conocen bien..., pero el excomandante Foley...

Aunque el soldado no había terminado la frase, Wyatt supo que cualquier mención que incluyera a Foley no podía acarrear nada bueno. Y la convivencia entre los habitantes del fuerte y los de las viviendas que lo rodeaba debía ser armoniosa y de colaboración estrecha, si se pretendía que el asentamiento funcionara adecuadamente.

Sin dudar, el capitán indicó:

—Quiero que anote los nombres de quienes viven alrededor del fuerte y qué productos venden. Cada día, desde hoy, haremos una compra importante a cada vecino que tenga alimentos o enseres para ofrecer a Patterson. De ese modo, espero animarlos a establecer relaciones con nosotros. Por otra parte, las reservas de alimentos con las que contamos se están terminando, y lo poco que queda está en un estado de conservación deplorable.

—Muy bien, señor. Tomo nota.

—Invertiremos siempre el mismo monto: siete dólares.

El soldado abrió grandes los ojos; siete dólares, para alguien que ganaba trece al mes, era una pequeña fortuna. Wyatt siguió:

—No quiero que nadie crea que beneficiamos a unos y perjudicamos a otros. El monto será fijo. Comencemos con la vivienda que se encuentra más al sudeste y sigamos hasta llegar a la que limita con la vera del río.

—Sí, señor. La primera casa es la de la señora Dillon. Vive con su hermana viuda, Caroline, y no tienen empleados. Ellas venden pollos y huevos.

—Muy bien, hoy mismo les compraremos pollos por el valor de cinco dólares, y huevos por los dos restantes. Deberán entregar la mercadería esta tarde.

Concentrado, Stevens tomaba nota.

—¿Debo traer yo los productos, señor? —preguntó, tratando de imaginarse cómo haría para cargar semejante cantidad de aves.

—No. Los proveedores deberán venir al fuerte y entregar los artículos a los cocineros de las barracas. Hablaré con Erwing. Él deberá permitir que la gente pase y permanezca en el patio si así lo desea. Si alguno de los vecinos quiere entrevistarse conmigo, por cualquier razón, deberá poder verme sin

demora. Y si alguien necesita atención médica, también será recibido.

—Sí, señor.

—¿Quién sigue en la línea de viviendas?

—En la casa próxima a la de la señora Dillon vive el señor Barrymore, su esposa y una hija. Son dueños de tres vacas y algunas cabras, así que venden leche y fabrican mantequilla. También tienen una huerta bastante grande.

—Muy bien, entonces mañana les compraremos leche por un valor de tres dólares y los otros cuatro en mantequilla. ¿Quién sigue?

A la lista de Stevens se sumaron los criadores de cerdos, que aportarían carne y tocino; los productores de jarabe de arce y dulces derivados; los proveedores de guisantes, maíz y otros vegetales de estación; un ahumadero, que también ofrecía queso, y un panadero. Al vecino que vendía enseres de cocina, mantas, telas, hilo y otros elementos de utilidad cotidiana, se le comprarían ollas que reemplazarían las existentes, pues estas tenían huecos o estaban a punto de tenerlos. Finalmente, al carpintero Nelson se le comprarían las camas.

—Y esos son todos —indicó Stevens.

El comandante asintió, satisfecho.

—Muchas gracias por la información —dijo, mientras extraía de un cajón un sobre que contenía dinero—. Diríjase ahora mismo a la casa de la señora Dillon y haga la primera compra del listado.

El secretario tomó el envoltorio y se dirigió a la puerta. Antes de atravesarla, se volvió hacia el capitán.

—Comandante —llamó, de pronto nervioso—, ¿debo cobrarle la comisión a la señora Dillon?

—¿La comisión? —se extrañó el otro—, ¿qué comisión?

—Bueno, el antiguo comandante Foley cobraba una comisión a los vecinos que vendían sus productos al fuerte y a los soldados. Iba casa por casa, acompañado por el sargento Callahan y otros más, solicitando el dinero a los granjeros.

El joven evitó mencionar que Foley amenazaba a los proveedores con expulsarlos del área si no pagaban, y que incluso llegaba a advertirles de que les quemaría la casa hasta los cimientos, si no hacían lo que él decía.

—Espero no haber dicho algo inconveniente... —tartamudeó el secretario, al ver transformarse el gesto del capitán en una máscara pétrea.

—Señor Stevens, ha hecho muy bien en informarme acerca de esas prácticas. No cobrará ninguna comisión y les informará a los granjeros de que

el nuevo comandante no les pedirá nada a cambio de que vendan sus productos. Confío en usted para que les haga llegar tan importante mensaje.

Stevens se cuadró y salió disparado por la puerta, honrado por la confianza que depositaba en él.

Un jueves por la mañana, el capitán Wyatt llegó al hospital para sorprender a su esposa con un regalo. Ansiando ver su expresión de alegría, no había podido aguardar hasta la hora de descanso para hablar con ella.

En la galería frente al consultorio, un conjunto variopinto aguardaba a Victoria. Se trataba de un soldado, dos lavanderas y uno de los cocineros que atendían las barracas de los oficiales. De ellos, solo el soldado tenía un problema de salud. Reparando la empalizada, se había dado un mazazo en la uña y afirmaba que no era el dedo lo que le dolía, sino el codo. Y consideraba que aquel síntoma era muy extraño, por lo que debía hablar con la señora Wyatt para que ella le dijera si aquello tenía cura.

Las otras personas estaban allí por diversos motivos: una de las lavanderas necesitaba una medicina para el dolor de estómago y la otra unas cortezas para hacer un té que la ayudaba con su jaqueca. El cocinero había ido para llevar a Victoria un panecillo, como agradecimiento por haberle curado una antigua herida.

Demostrando un absoluto respeto por las personas que habían llegado antes que él, Wyatt se unió a los integrantes de la fila, que se sorprendieron al verlo y dejaron de hablar, intimidados por su presencia. Pero muy pronto, al notar que el capitán estaba allí como uno más, retomaron la conversación que habían interrumpido:

—Te digo que la doctora es un ángel, Michael, no tengas miedo —decía una de las lavanderas al soldado.

El hombre estaba temeroso porque su estado se había agravado. Ya no sentía el dedo y no tenía dudas de que la mujer iba a amputárselo, como cualquier otro médico militar haría. La mayoría de los doctores amputaba

alguna parte del cuerpo, o al menos eso le habían dicho. Y él no deseaba perder ningún fragmento de su persona.

—A mí me arregló una muela que me dolió como diablos durante meses —decía una de las lavanderas—. La doctora metió un gancho en mi boca, revolvió un rato, me pinchó con una cosa y luego nada: el dolor se había ido.

—Es maravillosa —subrayó la otra—. Es tan educada... Y, aunque está muy ocupada, ella siempre tiene tiempo para ayudarme con mis problemas. Ayer le dicté una carta para mi madre. Deberías ver qué bonito escribe...

El soldado miraba a una y otra mujer, esforzándose por creer que la dama que se ocuparía de su salud era tan fantástica como ellas afirmaban. El codo le dolía cada vez más, y no podía mover el dedo. Tal como se encontraba, nada de lo que le decían lograba calmar su ansiedad.

—Ya lo verá, muchacho —le decía el cocinero—, a mí me curó el brazo, y tenía una herida horrible, que supuraba y tenía un feo color morado, como si una ciruela explotara y...

La aparición de Victoria, que despedía al paciente que había estado tratando hasta entonces, interrumpió la conversación que había acabado con el estoicismo del soldado herido. A esa altura, el muchacho se hallaba más dispuesto a correr hasta Canadá que a traspasar la puerta del hospital.

—Buenos días a todos... —saludó ella, al tiempo que se sorprendía al ver al capitán entre los integrantes de la fila.

—¡John...! ¡Comandante!, ¿sucede algo?

—Oh, no..., no es nada urgente —se apresuró a responder él—. Soy el último, así que aguardaré a que te desocupes.

—Ay, no, comandante, de ninguna manera, faltaba más... —decían todos, menos el soldado del dedo aplastado—. Pase usted, que nosotros no tenemos ningún apuro y usted está tan ocupado...

—De ningún modo —replicó Wyatt—. Aguardaré mi turno, tal como lo han hecho todos antes de que yo llegara.

Las lavanderas, el cocinero e incluso el soldado dolorido se quedaron sorprendidos. Jamás hubieran pensado que alguien de semejante rango mostraría esa clase de consideración.

Veinte minutos después, Victoria abrió la puerta para despedir al soldado del dedo maltrecho, recomendándole que protegiera la lesión durante unos días.

Lo mismo sucedió con ambas lavanderas y el cocinero. Al cabo de unos treinta minutos, Victoria salió para anunciar:

—¿Comandante? Ya es su turno. ¿Quiere pasar al consultorio, por favor?
Wyatt entró y ella cerró la puerta.

—¿Te encuentras bien? —se inquietó Victoria—. ¿Te molesta el ojo?
Él rio y negó con la cabeza.

—Estoy perfectamente bien, doctora. Pero agradezco su preocupación.

—¿Entonces?

—Tengo un regalo para ti —dijo él, extendiendo el paquete que cargaba.

—¿Para mí? ¿Y qué es? —preguntó la joven, recibiendo el envoltorio y colocándolo sobre la mesa, pues pesaba bastante.

—Ábrelo.

Ella rompió el papel que ocultaba el presente y encontró una funda de cuero, bellamente confeccionada, que guardaba el regalo. Los labios de la joven se curvaron hacia arriba mientras desataba el cordel que cerraba las solapas. Cuando por fin abrió la funda, lo vio: era un mosquete, ligero y corto.

—Oh, John... Es precioso... —exclamó ella, acariciando la madera lustrada, como si de terciopelo se tratase—. ¿De veras es mío?

—Mira el otro lado y compruébalo —dijo él, sintiendo que el júbilo le ensanchaba el pecho. Ella de veras parecía emocionada.

Victoria dio la vuelta al arma y pudo ver grabadas en la culata sus iniciales, «V.W.», enmarcadas por intrincadas volutas que terminaban formando capullos de flores. La joven colocó el pequeño mosquete sobre el escritorio y, con un gesto espontáneo, se arrojó a los brazos del capitán.

—John, es tan bello... —le dijo—, jamás he recibido un regalo tan hermoso como este. Muchísimas gracias...

Y aunque Wyatt era reconocido como un militar experto en resolver situaciones inesperadas en el campo de batalla, supo que, en aquel instante, había perdido el toque. Incapaz de hacer funcionar su cerebro, y maravillado por lo que acababa de sucederle, solo atinó a rodear el cuerpo de la joven con los brazos y aguardar a que alguna palabra se dignara a salir de su garganta.

—¿Fuiste tú quien grabó mis iniciales? —preguntó ella.

—No..., no he sido yo.

—¿Y entonces, quién lo hizo? —Victoria se volvió hacia donde estaba el arma, para recorrer el grabado con la punta de los dedos—. Es tan perfecto...

—Fue Gran Jim. Resultó ser un buen artesano; así que le pedí que lo hiciera. También él limpió, engrasó y lustró el mosquete. El arma estaba guardada en el depósito y necesitaba mantenimiento. —Ahora Wyatt señaló el envoltorio que había quedado sobre la mesa—. Hay algo que aún no has

visto...

Victoria reparó en un morral de gamuza que había quedado oculto entre los pliegues del paquete. Luego miró con asombro al capitán.

—Ábrelo —dijo él, sonriente.

Ella desató la solapa y descubrió el contenido. Sus ojos se abrieron grandes al encontrar todos los elementos necesarios para cargar el arma, pero más aún cuando vio que la polvorera también tenía grabadas sus iniciales, así como el pequeño bolso de cuero que contenía las balas. El conjunto se completaba con una bayoneta. Wyatt le había explicado que la afilada hoja se colocaba en la punta del cañón y que, cuando no se tenía suficiente tiempo para recargar, el arma funcionaba como un elemento punzante.

La joven se volvió hacia el comandante con una expresión de felicidad que superó todas las expectativas del militar. Recientemente, él había descubierto que una de las prioridades de su vida era hacer sonreír a Victoria. Y la reacción de ella era un premio a su esfuerzo.

—Me has hecho muy feliz, John —dijo ella—. Este mosquete será el objeto que más atesore a partir de hoy.

—Me alegra que te haya gustado. Ahora déjame decirte que eres una mujer de lo más extraña. Si te hubiera dado un diamante, quizá no habría recibido un abrazo como recompensa. ¿No estarás pensando en alistarte y formar parte de la tropa, no?

—Pues... tal vez —bromeó ella.

CAPÍTULO 9

—Niña mía, ¿estás... bordando? —preguntó Gladys, acercándose a la hamaca en la que Victoria descansaba. Hacía mucho calor ese día, y casi nadie había acudido al hospital en toda la mañana.

—No sé por qué te resulta tan extraño —respondió ella.

—La última vez que te vi bordar tenías doce años y aquello fue terrible, tanto para ti como para tu maestra. Dicen que la pobre señora Watts se jubiló después de intentar enseñarte... ¿Qué estás haciendo?

—Un pañuelo para John. El otro día me hizo un regalo hermoso y quiero devolverle el gesto. Me hubiera gustado bordar un león rampante en este vértice, pero solo sé hacer ramilletes de lilas... —Victoria cortó el hilo sobrante y retiró el lienzo del bastidor—. Ya está listo. ¿Verdad que no quedó tan mal? Me he esforzado mucho para hacer algo agradable.

—No es perfecto, pero no está mal, no... —Gladys evaluó el trabajo—. Eres una caja de sorpresas, muchacha.

—Y tú ¿a dónde vas?

—Le llevo el almuerzo al doctor Thorpe. Ese viejo cascarrabias y desagradecido no lo merece, pero Dios no me perdonará si lo dejo morir de hambre; así que te veré luego. Allá viene el capitán; puedes darle tu regalo.

Victoria entró en el hospital y se apresuró a improvisar un paquete sencillo, que terminó de atar justo en el momento en que el comandante entraba.

—Tengo algo para ti —le dijo, antes de que él hablara.

—¿Algo para mí?

La joven le extendió el paquete.

—Ábrelo..., lo hice yo misma.

Extrañado, él abrió el envoltorio y descubrió un pañuelo blanco, que tenía bordado un ramillete de flores color crema.

—Es muy hermoso, Victoria, gracias... —Wyatt acarició los pétalos con los dedos—. Has dedicado mucho tiempo a hacerlo..., no tengo palabras...

Victoria pudo leer una sincera emoción en los ojos del capitán. Su expresión valía cada hora dedicada al trabajo.

Él colocó la prenda en el bolsillo de su camisa, pegada al pecho.

—Cuando te regalé el mosquete, me diste un abrazo como premio. ¿Puedo darte uno yo?

Ella rio y extendió las manos hacia él, que la apretó contra su pecho. Sin embargo, para Victoria, este abrazo resultó distinto al que antes compartieran. Esta vez fue consciente de detalles que no había notado antes: la camisa del capitán olía a loción de afeitar, su barba recién crecida acariciaba la mejilla de ella y la cadencia de la respiración de John le transmitía una agradable sensación de serenidad. Durante unos instantes, el exterior se esfumó y ella se vio inmersa en un mundo en el que solo ellos existían. Pero, tras esos segundos de nuevas sensaciones, se obligó a volver a la realidad y, suavemente, se apartó de John. Luego hizo un par de bromas sobre su falta de habilidad para bordar. Sin embargo, sus pensamientos confusos se habían ido muy lejos de allí.

Para cuando junio llegaba a su fin, la doble empalizada de Patterson había sido reforzada, las barracas se habían vuelto espacios habitables y los tejados estaban reparados e impermeabilizados con resina. Todo aquello se había logrado en muy poco tiempo, considerando la escasa mano de obra disponible y los pocos materiales con los que se contaba.

El éxito de tan comprometida misión era producto de la capacidad de Wyatt, que creía firmemente en el trabajo duro, la buena alimentación y la prohibición del alcohol como medio de recuperar un fuerte al borde del colapso. También Victoria era artífice de aquel progreso. Sus esfuerzos por sanear el fuerte y ofrecerles a sus habitantes una mejor calidad de vida habían sido clave para el éxito de aquella gesta. Ahora, el esmero de ambos se veía plasmado en el nuevo aspecto del establecimiento militar; tal como si la reparación en los edificios reflejara la reconstrucción moral de cada uno de

sus habitantes.

Las cosas estaban mejorando sustancialmente. Sin embargo, había aspectos que no dependían de las decisiones de John ni las de Victoria. Desde el día en que llegaron allí, había sido evidente para ambos que las praderas de toda la región mostraban signos de una sequía prolongada. Y en los dos meses transcurridos, ni una sola gota de agua había bendecido el suelo con un poco de humedad. El capitán había comentado, preocupado, que aquella situación era potencialmente muy peligrosa, tanto por la disminución del caudal del río como por el riesgo de que un incendio masivo arrasara con todo el lugar.

Como cada noche después de tomar la cena, John y Victoria se retiraron a la habitación que compartían, dispuestos a descansar. Por primera vez desde que llegaron al fuerte, el capitán no se vio obligado a permanecer trabajando hasta altas horas de la noche, por lo que pudo acostarse al mismo tiempo que su esposa.

La ventana abierta dejaba pasar el fresco de la noche, y el reflejo de la luna bañaba el cuarto. Recostados, ambos conversaban acerca de la celebración que pronto tendría lugar: el Día de la Independencia.

Los dos se encontraban frente a frente, cada uno en su propio lecho. Con el fin de facilitar la conversación, habían descorrido en parte las cortinas que pendían de los postes de las camas.

—Creo que podríamos organizar una gran barbacoa —propuso Victoria—, y quisiera que nuestros vecinos participaran, si te parece bien...

—Es una excelente idea —respondió él, sonriendo.

—John, te prometo que este 4 de julio será el más memorable que hayas vivido.

Agradecido, él extendió la mano en la oscuridad, buscando la de Victoria. Y dado que las camas estaban casi pegadas, ella no tuvo dificultades para tomarla.

—Estoy seguro de que será maravilloso. —Wyatt se irguió levemente para

besar los dedos de su esposa.

Aquel sencillo contacto ocasionó en Victoria una sensación de calidez que jamás había experimentado. Solo un simple apretón de manos y un beso leve habían bastado para movilizar sus emociones. Y ello solo podía significar una sola cosa: sus férreas defensas intelectuales contra el compromiso afectivo con un hombre estaban flaqueando.

—Creo que deberíamos dormir ya —señaló, soltando la mano que aún tomaba la suya.

—Mañana nos espera mucho trabajo... —replicó el capitán—. Buenas noches...

—Buenas noches, John.

Ninguno de los dos concilió el sueño de inmediato. Ambos luchaban contra las inquietudes que asaltaban su conciencia.

—¡Qué bonito borda usted, Miriam! —dijo Victoria a la mujer que daba los toques finales a una gran estrella blanca.

Si bien la señora Foley mantenía su postura huidiza y distante, había aceptado la invitación para ir a casa de los Wyatt, a los fines de colaborar con la confección de adornos que ornamentarían el fuerte, el Día de la Independencia. Afuera, los soldados se preparaban, ensayando hasta la extenuación los pasos y giros que ejecutarían en el desfile. Durante toda la mañana, se oía el repicar de los tambores, el clarín y las órdenes del teniente Collins: «¡Soldados, firmes! ¡Atención!». Y así durante varias horas.

Las ocho mujeres que vivían en el fuerte Patterson trabajaban juntas en la sala de los Wyatt: Gladys, Ellie, Victoria y Andy Dee hacían equipo para confeccionar las banderolas semicirculares blancas, rojas y azules que se utilizarían para ornamentar las barandas de las galerías. Miriam Foley, junto con Betty, Gina y Anna, cosían la nueva bandera que reemplazaría a la que ahora flameaba en el mástil.

Miriam se sonrojó al recibir el cumplido de la esposa del comandante.

Luego de años de sentirse invisible, encontraba en aquella reunión un espacio de camaradería que era nuevo para ella.

—La bandera está quedando preciosa —señalo Andy Dee—. En cambio, a mí este punto se me ha atascado. El hilo se ha hecho un montón de rulos imposibles, y mi banderola tendrá un frunce espantoso, que la hará parecer más bien un moño torcido que otra cosa.

Victoria, que se sabía una costurera de habilidad cuestionable y una bordadora aún peor, le sonrió a la muchacha con simpatía. Estaba a punto de consolarla, cuando Miriam se puso de pie con la intención de retirarse. Cada día le costaba más sobrellevar su embarazo.

—Debo irme —anunció—. ¿Nos veremos mañana?

—Aquí mismo y a la misma hora —respondió Victoria—. Gladys ha prometido cocinar una tarta para nosotras.

—Y hablando de tartas, debo ir a llevarle algo de comer a ese viejo cascarrabias de Thorpe —anunció la nana, poniéndose de pie—. Ellie, ¿quieres traer la canasta y venir conmigo? Tenemos cosas que hacer en el consultorio. Y nuestras banderolas ya casi están terminadas. Les daremos las últimas puntadas esta noche, y mañana ayudaremos con lo que sea necesario.

Ellie fue a la cocina a buscar la cesta que Gladys le había pedido. Cuando regresó, las tres mujeres desaparecieron por la puerta.

—No sabe cuánto me alegra ver a Miriam conversando aquí, como cualquier mujer normal.

—Ha sufrido mucho, la pobre... —agregó Betty, apenada—. Si usted la hubiera visto cuando llegó, siendo una recién casada. Era una muchacha preciosa y agradable. Pero con el tiempo, su alegría se desvaneció...

—Ese desgraciado de Foley se cansó de golpearla —la secundó Andy Dee—. Malvado y bruto...

—Todo eso que dice la señora Merrit es cierto —confirmó Gina—. Ojalá nunca salga de la cárcel...

Victoria miraba a una y otra siguiendo la conversación con interés. Aquellas mujeres habían vivido en el fuerte desde sus comienzos, por lo que tenían una imagen de sus residentes mucho más clara que la suya propia, que apenas acababa de llegar.

—No sabe lo contentas que estamos de que usted y su esposo hayan venido a Patterson —dijo Betty—. Durante años, hemos estado a merced de ese loco borracho de Foley.

—Todos hacíamos lo que él quería; incluso los hombres —agregó Anna—.

Los soldados que usted ve aquí, pueden parecerle vagos y borrachines. Pero hace unos años eran solo unos pobres muchachos que llegaban al fuerte, buscando un trabajo que les permitiera ser alguien en la vida.

—Foley los atiborraba a alcohol y, cuando estaban bien embotados, les prometía que si hacían lo que él quería los ascendería a oficiales —comentó Gina—. Aunque en realidad los mantenía bajo su pie, muertos de hambre y de frío. Y cuanto más desanimados estaban, más whisky tomaban. Solo les quedaba esperar a que el día pasara, porque ya no tenían un propósito en la vida...

—Justo por eso, ahora todo el mundo está más contento —añadió Betty—. El capitán Wyatt les ha dado a estos pobres hombres un motivo por el cual levantarse por la mañana. ¿Trabajan duro? Sí. ¿Se cansan? Sí. Pero ahora sienten que están haciendo algo importante.

Durante los dos días siguientes, la actividad en el fuerte Patterson fue febril, ya que todo el mundo se preparaba para la celebración. Los soldados, al mando del teniente Collins, ensayaban los pasos que deberían dar en un desfile sin precedentes en Patterson. Los reclutas debieron aprender aquellas habilidades desde cero, ya que nadie les había enseñado a marchar antes de que el capitán Wyatt asumiera la comandancia.

Las mujeres habían terminado de confeccionar guirnaldas para decorar el fuerte, y la nueva bandera esperaba el momento de ser presentada a los habitantes de Patterson. Las lavanderas, por su parte, habían estado muy ocupadas acondicionando los uniformes militares, ya que todo el mundo debería presentarse al desfile vistiendo de modo impecable.

La mañana del festejo, una mezcla de entusiasmo y nerviosismo recorría el fuerte. Para los soldados, aquel sería su debut como militares entrenados, por lo cual desplegaban su mejor esfuerzo por ejecutar bien el ensayo final que dirigía el teniente Collins. El capitán Wyatt había declarado que a la hora del almuerzo quedarían dispensados para lavarse y vestirse de gala.

Las mujeres, asistidas por varios soldados, colgaban los ornamentos. Al final de esa mañana, se había dispuesto en cada galería una gran banderola de tela blanca, roja y azul, además de guirnaldas envolviendo los postes. En la galería, se extendía una larga mesa, cubierta con un mantel blanco. No había sido simple conseguir vajilla en un emplazamiento militar en donde todo estaba oxidado o roto, por lo que cada jarra y taza del lugar fue destinada a la celebración.

Con el paso de las horas, el aroma a carne asada se colaba en las narices de todos los habitantes de Patterson, anunciando la proximidad de un acontecimiento memorable. El sol calentaba las cabezas de todos y el viento le daba su último adiós a la vieja bandera que sirviera al fuerte hasta aquel día.

A las cuatro y veinte de la tarde, un acicalado soldado Erwing abría de par en par el portón principal del fuerte. El gesto del guardia era tan circunspecto, y su pose tan gallarda, que cualquiera hubiera pensado que aguardaba la llegada del mismísimo presidente.

Todos se encontraban en su lugar. Los civiles aguardaban en las galerías y, en el fondo del patio, los soldados se hallaban en posición de firmes. Sus uniformes, que consistían en pantalón blanco, botas, tricornio y chaqueta azul, refulgían bajo el sol gracias al arduo trabajo realizado por las lavanderas.

A treinta pasos de la entrada, casi al pie del mástil, Victoria y el capitán esperaban la llegada de los visitantes. Ambos se habían vestido de fiesta; él llevaba un uniforme de gala que resaltaba su porte, y Victoria, una amplia falda rojo oscuro y una blusa blanca, cubierta por un chal azul.

Se suponía que el comandante y su esposa debían mirar hacia el frente, a través del portón, pero Wyatt tenía serias dificultades para despegar los ojos de Victoria.

—Estás preciosa —no pudo evitar expresar.

Ella sonrió, sin apartar la mirada de la abertura a través de la cual se veía la explanada del fuerte.

—Y tú estás muy guapo con tu uniforme de gala —susurró.

Entonces, los primeros vecinos en llegar cruzaron la entrada del fuerte. Eran la señora Dillon y su hermana, que fueron recibidas por los Wyatt.

—¡Señora Dillon! ¡Caroline! —saludó Victoria—. ¡Qué bien que hayan podido venir!

—Es un enorme placer —respondió la mujer—. Muchas gracias por invitarnos. Hemos traído dos pollos adobados, tal como los hacía mi madre.

—Estamos encantados de recibirlas, y agradecemos mucho su magnífico

presente —respondió Wyatt—. Será lo primero que pruebe hoy. Ahora, si gustan acompañar a la señora Gladys... Ella y la señorita Hunt les conseguirán el mejor lugar para ver el desfile militar.

—Oh, qué amable... —dijo la señora Dillon—. Gracias, comandante, muchas gracias...

En aquel momento, entraban al fuerte el señor Mercier y su esposa, Cielo, una mujer originaria de la tribu de los miamis. Los acompañaban sus hijos, Michael y George.

Victoria nunca había visto una pareja interracial, por lo cual se sintió muy interesada en conocer a esa familia. El hombre era un francés, bajo y moreno, de trato agradable y buenos modos. La mujer era dueña de una belleza fuera de lo común. Su piel era cobriza y sus ojos eran enormes y negros como la obsidiana. Estaba ataviada según los usos de los americanos, con falda azul y camisa blanca, pero con adornos típicos de su tribu, como collares de cuentas y plumas, que ocupaban buena parte de su pecho. Los hijos del matrimonio, dos muchachos de quince y diecisiete años, eran mestizos; *métis*, como los llamaban los pobladores.

A los pocos minutos llegaron otras familias, conformadas por parejas con sus respectivos hijos. Dentro del grupo se encontraban nueve muchachas que tenían entre quince y veinte años. Todas eran solteras, que miraban con coquetería hacia donde se encontraban formados los soldados.

En total eran cuarenta y una las personas convidadas. Cada uno de los vecinos agradeció la invitación del comandante y todas las familias entregaron un regalo, que habían traído para la celebración.

Cuando todos ocuparon su sitio, el capitán Wyatt se posicionó en el lugar de honor y, a las cuatro y cuarenta y cinco, dio inicio la celebración del 4 de julio de 1803.

Tras la señal del comandante, el teniente Collins inició el desfile. Sissle marcó el comienzo de la marcha al ritmo del clarín. Las notas que tanto había

ensayado llenaban el patio del fuerte con un tono *in crescendo*. Los cinco tambores formados en el frente de la tropa comenzaron a redoblar y todo el patio se vio invadido por el golpeteo rítmico que marcaría los pasos del desfile. La empalizada, cómplice de la música, hacía retumbar los golpes acompasados, que parecían producidos por muchos más instrumentos de los que realmente sonaban.

Cuando los percusionistas hicieron una pausa, se oyó la voz del teniente Collins: «¡Soldados, en formación..., marchen!». Y de nuevo el golpeteo de los tambores y el sonido penetrante del clarín.

Al pasar frente a las galerías llenas de invitados, todos los soldados dirigían la vista hacia ellos. A su vez, los vecinos los saludaban con pequeñas banderas y las muchachas les sonreían.

Bajo las órdenes del teniente, los hombres cambiaban la posición de los mosquetes que llevaban al hombro y modificaban la cadencia de su paso, aminorando la marcha.

En el momento indicado, Collins hizo detener al grupo frente al mástil. Justo entonces, los tambores cesaron, el clarín se acalló y el patio fue invadido por un silencio respetuoso. El momento más esperado del desfile había llegado. La nueva bandera al fin sería izada.

A la orden del comandante, el teniente izó la nueva insignia al tiempo que, desde las torretas, se disparaban salvas que le dieron la bienvenida a la bandera ondeante.

Al finalizar la ceremonia, todos los ojos se concentraron en el capitán Wyatt, que se preparaba para ofrecer el discurso inaugural. Cuando por fin habló, su voz se oyó en todo el patio:

—Damas y caballeros, vecinos y habitantes del fuerte Patterson. Es difícil expresar cuán honrado y agradecido me siento por contar con la presencia de todos ustedes en este día tan importante. Las palabras que diré a continuación no se centrarán en eventos del pasado, sino en el prometedor futuro que se despliega ante nuestros ojos. Comenzaré dando las gracias a todos y cada uno de los habitantes del fuerte Patterson, que trabajaron muy duro y a lo largo de muchas jornadas para que esta celebración pudiera llevarse a cabo.

Los aplausos acariciaron las almas de los hombres y mujeres que habían dado lo mejor de sí para conseguir su objetivo.

—No extenderé mi discurso —aclaró el capitán—, solo mencionaré qué medidas se tomarán, a partir de hoy, para garantizar el bienestar y el progreso de Patterson y sus vecinos. En primer lugar, quiero que sepan que todos los

habitantes del área son bienvenidos a entrar aquí cada vez que lo deseen. Tendrán acceso al hospital, y podrán venir a verme para discutir cuestiones relacionadas con temas que preocupan a la comunidad. Todas las ideas serán escuchadas y consideradas.

En las galerías se oyeron murmullos de entusiasmo. Era la primera vez que los vecinos tendrían la posibilidad de dialogar con las autoridades militares para resolver sus problemas. Antes, más bien, las dificultades provenían del mismo fuerte.

—Por otra parte, es nuestra decisión irrevocable establecer vínculos amistosos con los nativos de la región —continuó Wyatt—. La relación con las aldeas potawatomi y odawa que están emplazadas en el área de los grandes lagos, muy próximas a donde nos encontramos, será fundamental para que ustedes puedan vender sus productos y para alentar a otras tribus a ser parte del crecimiento de la comunidad que pretendemos conformar.

Entre los presentes se oyeron voces entusiasmadas.

—Al día siguiente de llegar aquí —prosiguió el capitán—, envié una petición al presidente, solicitando la asignación de una posta del gobierno, para que tengamos acceso a mercancías variadas, a un costo accesible.

En ese momento, un estruendo de aplausos y vivas llenó el patio. La comunidad necesitaba con desesperación el apoyo del gobierno para poder conseguir abrigo, elementos de construcción, comida y tela; cosas que en el área no podían obtenerse. Cuando la explosión de efusividad se hubo calmado, Wyatt continuó:

—Es mucho lo que hemos debido trabajar en estos meses. Y los resultados de nuestro empeño están a la vista. Mi compromiso con todos los presentes es que no descansaremos, sino que continuaremos esforzándonos para que esta extensión de tierra que nos alberga sea, algún día, una ciudad magnífica.

Los presentes aplaudieron, entusiasmados.

—Ahora —dijo el comandante, asumiendo una pose menos formal—, los invito a disfrutar de la fiesta en la que celebraremos el Día de la Independencia de nuestra nación.

En aquel momento, el clarín emitió un tono vivaz y el redoble de los tambores compitió con el estruendo de aplausos y voces que celebraban el discurso del capitán. A la orden del teniente Collins, los militares formaron una sola columna, que, al ritmo de la percusión, desfiló hasta posicionarse en el mismo lugar del que había partido. Cuando se oyó la indicación de «¡Rompan filas!», los soldados se dirigieron a las galerías para saludar a sus

vecinos. La fiesta había comenzado.

Aún no cesaban los aplausos cuando el comandante se volvió, ansioso por encontrar los ojos de su esposa. No le costó mucho hacerlo; Victoria caminaba en dirección a él con el orgullo pintado en el rostro. Cuando se hallaron frente a frente, no pudieron hablarse, rodeados como estaban de una multitud de personas que querían felicitarlos. Hombres y mujeres se acercaron al capitán para agradecerle sus palabras.

Cuando el grupo de personas se apartó del comandante, al fin él pudo dirigirse a Victoria y ofrecerle su brazo. Como era la costumbre, los anfitriones se aproximaron a la mesa en donde aguardaban las ofrendas culinarias que habían traído los visitantes y colocaron una pequeña porción de cada preparación en sus platos. De ese modo, honraban los presentes recibidos y les otorgaban valor.

Para Victoria, resultó muy agradable ver como los vecinos se sentaban junto a los militares y conversaban en las galerías que los resguardaban del sol de la tarde. Las muchachas cuchicheaban entre sí, mirando de soslayo a los soldados que hasta hacía poco ignoraran, por considerarlos borrachines que ni ellas ni sus padres aprobaban como pretendientes.

Cuando el cielo se tiñó de púrpura y el sol se ocultó, vecinos y militares se prepararon para el siguiente y más esperado momento de la celebración: el baile.

Decenas de lamparillas con velas fueron encendidas para iluminar la noche. La agradable temperatura y el coro de cigarras contribuyeron a que el efecto producido por aquellos guiños de luz ambarina fuera casi mágico.

La tierra apisonada era la única pista de baile disponible, y la orquesta estaba conformada solo por Sissle, que tocaba la armónica, y el señor Barrymore, el único vecino que sabía ejecutar un violín. Ambos tocaban con tal entusiasmo, que era imposible no transmitirlo a los asistentes.

En menos de un minuto se formó un enorme círculo de bailarines que,

cogidos de las manos, comenzaron a girar al unísono hacia la derecha y luego hacia la izquierda. A cada metro, se detenían para acompañar el ritmo de la música, realizando los pasos característicos de aquella canción popular: un toque de talón con cada pie, luego la punta, de nuevo el talón y otras combinaciones que los danzantes habían aprendido de niños y recordaban muy bien. Luego, todos hicieron una traslación, hasta que la ronda se disolvió con un gran aplauso.

Cuando los músicos solicitaron un breve descanso, todo el mundo regresó a las galerías para sentarse y conversar. Entre historias y risas, los presentes disfrutaron de las tartas y los bollos que habían traído los vecinos. La reunión, que duró hasta pasada la medianoche, fue un regalo para el alma de todos.

—Baila muy bien, comandante —señaló Victoria, sentándose en un escalón de la galería, junto al capitán.

Los vecinos ya se habían retirado de la fiesta, los soldados se habían ido a dormir y solo un puñado de empleados del fuerte permanecían en el patio, recogiendo la vajilla. Los últimos faroles que quedaban encendidos parpadeaban, como si también desearan disponerse a descansar.

—Agradezco su comentario, señora Wyatt —dijo él, circunspecto—. Parte de mi entrenamiento en el fuerte Detroit tuvo que ver con el aprendizaje de varias danzas populares. Dedicamos más tiempo a desarrollar aquella habilidad que a la de dar en el blanco con un mosquete, lo cual se volvió dolorosamente evidente en la batalla del 15 de enero de 1795, cuando la tropa comandada por el general Silverstone, de la cual yo formaba parte, erró ciento noventa y tres de los doscientos catorce disparos efectuados. Eso sí: la gracia con la que salimos huyendo del campo de batalla fue digna de una función de gala en la Ópera de Londres.

A pesar de la risa de su esposa, el comandante intentaba mantenerse serio, para darle credibilidad a su absurdo relato.

Aún sonriente, la joven giró la cabeza hacia el capitán y una extraña

sensación la invadió al encontrarse con su mirada. Los ojos del comandante reflejaban una emoción indescifrable, que provocó que una oleada de calidez se instalara en el pecho de Victoria. Durante unos instantes se observaron, concentrados y en silencio, mientras una extraña electricidad flotaba entre ambos.

Muy avanzada la noche, Callahan se escabulló hasta la base de la torre para llevarle noticias al teniente Foley. Este demostró estar muy despierto cuando su esbirro lo llamó, susurrando su nombre:

—¡Capitán Foley..., señor! ¡Soy Callahan!

—Ya sé quién eres, imbécil —respondió el otro.

Durante horas, el excomandante había rumiado la furia que le produjeran las risas, los aplausos y la música que había tenido que escuchar a través de la pared de troncos que lo separaba de la libertad.

Foley había podido oír cada palabra del discurso de quien consideraba su acérrimo enemigo. Desde su perspectiva envenenada por el odio, Wyatt solo se había pavoneado como nuevo comandante en jefe. Y, en un acto de demagogia miserable, había prometido lo imposible para ganarse a esos campesinos ignorantes, que ensuciaban la tierra con su sola presencia. Era tal el rencor que Foley había alimentado durante aquellas largas semanas de reclusión, que ya ni siquiera planeaba su regreso a la jefatura del fuerte. Lo único que deseaba, hasta el punto de soñar con ello, era ver las tripas de John Wyatt regadas por el suelo.

Callahan, ignorante de los devaneos mentales de su antiguo líder, continuaba hablando con el entusiasmo que en los últimos tiempos se había vuelto habitual en él:

—Le hubiera traído un poco de tarta que sobró, capitán. Pero no creí que pasara por esta ranura; así que le traje estas galletas achatadas. Son de manzana con canela, y están deliciosas. A ver..., aguarde que encaje esta por la rendija..., un poquitín más abajo y ya casi va pasando una...

Con los dedos mugrientos, el hombre apretujaba las galletas en el ajustado espacio que se formaba entre dos troncos. Al comprobar que la masa se convertía en migajas, a causa de la falta de espacio que le ofrecía la hendidura, Callahan se dio por vencido.

—Caray... —dijo—. Bueno..., parece que no pasan.. ¿Le llegó aunque solo fuera un pedacito? ¿No? Bueno, las que quedan me las comeré yo, mientras le hago compañía.

Emitiendo un quejido, por el esfuerzo exigido a su rechoncha anatomía, Callahan se dejó caer al suelo y apoyó la espalda contra la pared de troncos, tras la cual se encontraba su interlocutor. Cualquiera que lo viera hubiera pensado que estaba de paseo y que tenía todo el tiempo del mundo para charlar.

—¡Qué pena que se perdiera el desfile, capitán! —se lamentaba Callahan, rememorando aquellos momentos tan gratos para él y escupiendo, en su énfasis, parte de las galletas que perecían en su boca—. Todos nos pusimos los trajes de gala y dimos vueltas y vueltas al patio al son de los tambores: «tararán tantán, tararán tantán». Y el clarín, que hacía «tu tururuuu lirú». Caminábamos los cuarenta al mismo tiempo y las muchachas más bonitas nos sonreían desde las galerías. Bueno, no a mí, pero al conjunto, ya sabe lo que digo...

—¡Basta, Callahan...! ¡Por lo que más quieras, cállate! —gritó Foley, presa de una ira incontenible—. ¡Te juro que si me dices algo más sobre la maldita fiesta arrancaré los barrotes con mis propios dientes y luego te sacaré las tripas con las manos!

Los gritos de Foley llegaron a los oídos del guardia de la torreta, aunque casi como susurros desviados por el viento de la noche. Como era un hombre supersticioso, el vigía se debatió por un momento entre asignarles a aquellos sonidos humanoides un origen fantasmal o considerar que eran emitidos por personas de carne y hueso. Casi convencido de lo primero, dedicó una mirada rápida hacia el lugar de donde provenían los ruidos, no muy dispuesto a escudriñar la oscuridad en detalle, pues quizá sus ojos se encontrarían con los de un espectro.

Consciente de que el ataque de ira de Foley podía llegar a oídos del guardia, Callahan se aplanó contra el suelo, para disimular su figura entre las sombras de la noche. Desde esa posición, le indicó al reo:

—Shhh..., hable más bajo, capitán... El centinela está mirando hacia donde yo me encuentro...

Foley hizo un esfuerzo sobrehumano para convocar a la calma. Pasados unos segundos, indicó:

—Escucha lo que voy a decirte: debes conseguirme un cuchillo y pronto. Debe ser uno que quepa por el agujero a través del que estamos hablando.

—Pero ¿para qué lo quiere, señor? —preguntó tontamente Callahan, al que jamás se le había ocurrido que su jefe intentara huir de la celda en la que estaba recluido.

—¡Lo quiero para untar mantequilla en los bollos tibios que me dan en el desayuno, imbécil! ¡Para qué demonios voy a querer un cuchillo! —A esas alturas, Foley se arrancaba a puñados los escasos cabellos que le quedaban en la cabeza—. ¡Consíguemelo, o no vuelvas por aquí! ¡Eres un inútil hijo de perra!

—¿Quién anda ahí? —gritó al fin el guardia, que ya comenzaba a sospechar que los fantasmas que imaginara sonaban demasiado humanos—. ¡Identifíquese!

Como lo haría un armadillo regordete y peludo, Callahan se arrastró a cuatro patas hasta enterrar todo su cuerpo bajo una gigantesca parva de heno ubicada entre la torreta y uno de los cuartos de almacenamiento. El centinela que había gritado no tardó ni veinte segundos en descender por las escaleras de la torre para revisar, palmo a palmo, el lugar exacto en donde Callahan se había acostado, momentos antes. Cuando el hombre se convenció de que nada extraño sucedía allí, volvió a trepar a lo alto de la torreta y permaneció alerta, atento a que no hubiera movimientos extraños en la base.

El secuaz de Foley debió esperar bastante hasta que el guardia se tranquilizara y dejara de depositar toda su atención en el área en la que él se ocultaba. Cuando creyó que era buen momento, al fin pudo huir y escabullirse en la barraca donde descansaría hasta el día siguiente.

CAPÍTULO 10

La recomposición de la relación entre los vecinos del fuerte y los miembros de este se iba consolidando, día tras día. Muchos vecinos comenzaron a acercarse para ser atendidos en el hospital y también para entrevistarse con el comandante, pues la sequía y el calor continuaban castigando cruelmente a todo el asentamiento, lo cual despertaba el temor de los granjeros por la suerte de sus sembrados. El capitán los recibía a todos y trazaba con ellos planes de contingencia, en caso de que la lluvia se resistiera a llegar a tiempo.

Aquel movimiento social resultaba muy auspicioso para el fuerte Patterson, que requería con urgencia establecer una comunidad sólida y floreciente. Si eso se lograba, era muy probable que otras familias se interesaran por asentarse en aquel territorio.

Una mañana, Victoria tomaba su almuerzo en la galería del hospital cuando vio que su marido se aproximaba a donde estaba ella. Wyatt llevaba de las riendas a Hawk, su caballo y viejo compañero de campaña. El animal piafó al notar que Victoria se acercaba para acariciarle el morro.

—Buenas tardes, comandante. ¿A dónde llevas tu corcel?

—Saldremos a dar una vuelta, para ver qué hay más allá de nuestros ojos. He estado tan ocupado resolviendo urgencias que no he tenido tiempo para salir a explorar. Quisiera ver qué nos rodea, al menos algunas millas a la redonda.

La sonrisa de Victoria se esfumó. La idea de que su marido se internara en lo salvaje la inquietaba.

—Regresaré pronto —agregó él, mientras acomodaba el morral que contenía la polvorera y algunas balas.

—¿Irás solo?

El capitán notó la inquietud de su esposa y extendió la mano para tomar la de ella.

—Así es, iré solo —y agregó, con una sonrisa tranquila—. Nada malo me

sucedará. Te prometo que estaré aquí antes de que caiga el sol.

Ella asintió y le devolvió la sonrisa.

—Estaré esperándote.

Wyatt montó a Hawk de un salto y atravesó la puerta principal. El soldado Erwing, sobrio, limpio y peinado, dedicó a su comandante una venia que hubiera sido aplaudida por el director de la academia militar West Point.

La tarde veraniega era agobiante, pero el sempiterno viento del norte acariciaba los cuerpos, ofreciéndoles algún soslayo. La pradera era un océano reseco y amarillento, que parecía rogar al cielo el consuelo de la lluvia.

Cuervo, el hijo del cacique Flecha Rota, y sus amigos Mirlo y Pájaro gris, se habían propuesto ir más lejos que lo usual aquel día. Por lo general, exploraban en los alrededores de la aldea; pero la mañana los había llamado a la aventura y los pequeños guerreros, en su entusiasmo infantil, se entregaron a ella. Mientras caminaban, reían y se retaban para ver quién arrojaba más lejos una piedra o cuál de ellos se acercaría más a una serpiente, en caso de aparecer alguna. Como hijo del jefe, Cuervo siempre se sentía apremiado por demostrar que él era capaz de llevar adelante la hazaña más osada.

Caminando en dirección este, los niños no tardaron en divisar el lago que ofrecía a su pueblo gordos róbalos, percas y truchas. Aunque solo tenían entre seis y siete años, los tres sabían nadar muy bien, y el verano invitaba a poner en práctica sus habilidades. Sus padres se habían ocupado de enseñarles a desplazarse tan bien en el agua como en la tierra, por lo que no era extraño ver a aquellos amigos internarse en los ríos profundos y permanecer allí hasta que las yemas de sus dedos estuvieran pálidas y arrugadas. Cuando aquello ocurría, se acusaban unos a otros de tener sangre *cmokman*, la que corría por las venas del hombre blanco.

Las mofas les servían para ahuyentar sus miedos. Temían al hombre blanco mucho más que a los iroquois, los eternos rivales de los potawatomi. Los ancianos decían que los *cmokman* habían empujado a su pueblo más y más al

oeste, obligándolos a ceder los grandes territorios que habían pertenecido durante muchas eras a sus ancestros. Montaña Blanca, el chamán de la aldea, afirmaba que cuando el Gran Espíritu creó la tierra y la entregó a los potawatomi, aún no existían los blancos.

Cuervo sabía que, cuando su padre muriera, él sería el jefe del clan. Y siendo aún tan joven, ya planificaba toda clase de acciones para echar a los *cmokman* de la pradera. Decía a sus amigos que lucharía hasta morir, si era necesario. Y ellos le correspondían con infantiles alaridos de guerra, jurando su lealtad. El niño no comprendía aún la sutileza de las decisiones de un cacique. Y desde su inexperiencia infantil, se permitía cuestionar la relación pacífica que su padre establecía con los blancos.

Caminando entre los brezos, los niños llegaron a la extensión de agua, que era para ellos un colosal espacio de aventuras. Ese día no se percibía movimiento alguno. No había botes cruzando ni animales husmeando las costas. Era una tarde inusualmente tranquila.

El lago era una vía de comunicación entre los potawatomi y los odawas, la tribu aliada con la que intercambiaban productos y toda clase de ideas sobre cómo mejorar técnicas de caza, pesca y labranza. En sus ligeras embarcaciones, familias enteras de potawatomi atravesaban las aguas color esmeralda para encontrarse con sus vecinos del norte. En ocasiones, esos encuentros generaban consecuencias a largo plazo. No era raro que los jóvenes de ambas tribus se unieran en matrimonio, lo cual era aceptado de buen grado, ya que solidificaba los lazos entre las aldeas.

Cuando los niños se sintieron satisfechos de tanto explorar, decidieron que era hora de regresar a casa. En el camino, divisaron un grupo de robles secos, cuyas ramas retorcidas imploraban al cielo. Intrigados por las formas de aquellos gigantes, se acercaron a investigar. Como era habitual, Cuervo llevó la delantera.

Apenas abandonó el fuerte, el capitán lanzó su caballo al galope. Hawk

agradeció la invitación, pues desde hacía días reposaba en el establo, ansiando algo de acción. Para el comandante, aquella salida suponía una distracción; pero no de sus múltiples responsabilidades, que no le pesaban, sino del ansia creciente que le provocaba la cercanía de su esposa. Paradójicamente, en lugar de disfrutar los cálidos momentos en los que ella le tomaba la mano o le regalaba un abrazo, Wyatt había comenzado a sentirse frustrado por no poder establecer con ella una relación más íntima. La deseaba con agonía, pero nada podía hacer para modificar el pacto que ambos habían hecho. Tenía la plena certeza de que tan solo sugerir un mayor acercamiento bastaría para incomodar a Victoria y para que ella dejara de confiar en su palabra. Y él no estaba dispuesto a correr ese riesgo.

Una hora más tarde, y después de explorar la llanura que se extendía al sudoeste, el comandante dirigió su caballo hacia el fuerte. Había recorrido dos millas cuando, al girar en dirección al lago, una imagen inesperada capturó su atención: un niño saltaba y se balanceaba en la rama más alta de un árbol seco. El alma del viejo roble producía crujidos agónicos, producto de su avanzada edad. Pero ignorando sus lamentos, el pequeño aborígen emitía agudos gritos de satisfacción y se sacudía cada vez más, como poseído por un espíritu animal.

Al ver aquella escena, Wyatt supo que algo malo sucedería. Y al instante, como si el destino le confirmara su anticipación, la madera reseca del árbol no resistió, partiéndose por la mitad y haciendo que el niño cayera al vacío e impactara contra el suelo, ocasionando un ruido grave.

Un silencio sepulcral se extendió por todo el llano, como si todos los seres vivos alrededor de la escena silenciaran sus sonidos ante la presencia de la muerte.

Wyatt no perdió un instante y salió disparado hacia el lugar del accidente. Azuzado por su jinete, Hawk se lanzó a toda velocidad hacia el árbol en cuya base se encontraba el niño caído. Los chiquillos que acompañaban a su amigo lo vieron llegar y, de inmediato, corrieron hacia el corazón del matorral, en un esfuerzo por hacerse invisibles.

Mientras desmontaba de un salto y se apresuraba junto al caído, Wyatt gritaba, utilizando sus rudimentarios conocimientos del algonquian, la lengua de los potawatomi:

—¡*Nikan!* ¡Amigo! ¡*Nikan!* ¡No los lastimaré..., regresen!

Pero los pequeños habían huido de aquel hombre blanco. Sin dudarle un instante, el capitán centró su atención en el chico accidentado. Solo vestía

taparrabos y mocasines, pero llevaba bordados de cuentas rojas y azules, característicos de los potawatomi.

En una revisión superficial, Wyatt observó que la pantorrilla derecha de la criatura se torcía en un ángulo antinatural y que del oído derecho le manaba un hilo carmesí, que presagiaba lo peor. Entonces, acercó la mano a la nariz del niño, buscando signos de vida. Pero solo logró percibir un hálito tímido, que en cada espiración se tornaba más y más débil. No había duda de que la vida del pequeño estaba en riesgo. Había que actuar; pero las consecuencias podían ser muy negativas. Si se llevaba al niño y este moría, tendría que explicar a la tribu cómo sucedieron las cosas, con el enorme riesgo de que su intervención fuese interpretada como la causante de la muerte del muchacho. Entonces los nativos tomarían represalias. Pero para Wyatt resultaba impensable dejar al niño allí. No había alternativa, debía llevarlo con él.

Si el chico fallecía, tendría que hallar un modo de devolver el cuerpo a sus padres, pues los potawatomi seguían un muy riguroso y prolongado proceso de duelo. La madre de la criatura muerta comenzaría un largo ayuno y teñiría su rostro de negro. Aquel ritual, así como el de envolver al fallecido en un cuero pintado de rojo, era de suma importancia para la aldea. El rito devolvería el alma del niño al Gran Espíritu y llevaría paz a la comunidad potawatomi.

En el momento en que el capitán se disponía a levantar en brazos al caído, el pequeño emitió un suspiro entrecortado y un quejido afloró de sus labios. Estaba luchando por su vida, por lo que Wyatt no perdió ni un solo segundo más. Llevaría al muchacho al fuerte, para que Victoria lo atendiera. Luego encontraría un modo de atenuar las consecuencias de su proceder, cuando tuviese que vérselas con los potawatomi.

Cuatro ojillos brillantes siguieron la partida del capitán. Para Mirlo y Pájaro Gris, no había duda de que el *cmokman* se había robado el cadáver del hijo de Flecha Rota. Cuando el jinete se alejó, los niños corrieron hasta la aldea para informar a sus mayores. Si no recuperaban el cuerpo pronto, el alma de Cuervo vagaría durante toda la eternidad.

—¿Ha regresado ya mi marido, señor Stevens? —preguntó Victoria, esforzándose por que su voz no transmitiera la ansiedad que experimentaba. El toque de clarín para arriar la bandera ya había sonado y el capitán aún no volvía.

—No, señora. Seguramente, el comandante extendió su recorrido o se encontró con alguno de los granjeros que viven aquí cerca.

—Claro, eso puede ser —confirmó Victoria, tratando de convencerse a sí misma—. Muchas gracias, soldado, lamento haberlo interrumpido en su labor.

Stevens se cuadró, como si ella también fuese parte de la tropa. En ese momento, el vigía que oteaba el sudoeste emitió un grito que hizo que Erwing saliera disparado a abrir el portón de entrada. El comandante había regresado.

El jinete cruzó la entrada al fuerte rodeado por un torbellino de polvo y frenó justo enfrente del hospital, allí donde aguardaba Victoria. Cuando desmontó, ella descubrió que su marido no estaba solo.

Las hermanas Cardenal y Ave Azul trabajaban juntas en la vivienda de la primera. Ubicadas sobre las pieles que les servían de asiento, ambas enhebraban cuentas coloridas y tejían delicados brazaletes, que en pocas semanas intercambiarían con sus parientes en la reunión de clanes. Ave Azul acababa de cumplir sus veintidós primaveras y estaba casada desde hacía cinco años con el hermano del cacique, el guerrero Ardilla Blanca. Cardenal había nacido veintitrés primaveras atrás y era la mujer de Viento Invernal, el hijo del chamán de la aldea y su futuro sucesor.

Las mujeres conversaban relajadas, ya que el cacique y el resto de los hombres habían ido a cazar y no regresarían durante dos noches. Eso les daba a ellas algún descanso de las tareas diarias. Por otra parte, sus respectivos hijos, Pájaro Gris y Mirlo, habían salido temprano a explorar con el hijo de Flecha Rota, Cuervo. Aquellos tres no solían aparecer hasta la hora de la cena. Y, dado que cuando los niños estaban en la aldea alborotaban todo el tiempo, sus aventuras en la pradera significaban un alivio para sus agotadas

madres.

Compenetradas en su tarea de enhebrar cuentas, las hermanas tardaron en reconocer los gritos de sus hijos.

—¡*N'gye!* ¡*N'gye!* —llamaban los dos niños, atravesando la cerca que rodeaba la aldea y dirigiéndose apresurados a la casa de Cardenal. Los pequeños habían corrido casi una legua sin detenerse a descansar, por lo que se los veía exhaustos, casi a punto de desmayarse.

Las mujeres se apresuraron a salir. A juzgar por la desesperación que transmitían las voces de sus hijos, era claro que algo iba muy mal.

—*N'gye* —lloriqueaba Mirlo—. ¡Cuervo se cayó de un árbol! ¡Estaba muy quieto en el suelo y...!

—A ver, hijo —dijo Cardenal, la madre del pequeño—, habla más lento que no comprendo una palabra de lo que dices... ¿Qué le pasó a Cuervo?

—¡Murió! —gritó Pájaro Gris—. ¡Cayó desde lo alto y murió!

Las dos mujeres se miraron con ojos muy grandes.

—¿Estás seguro? ¿No se habrá dormido, nada más? —preguntó Ave Azul, preocupada.

—¿No sería una broma? —intervino Cardenal.

El pequeño negó con la cabeza, mientras las lágrimas le empapaban las mejillas.

—No. Estaba muerto, estoy seguro. Su collar quedó tirado en el suelo. Se le rompió al caer. —El niño depositó un cordel roto en la mano de su madre—. Y luego el *cmokman* llegó con su caballo y se llevó a Cuervo. Uno de esos hombres que viven en el fuerte. ¡Se lo llevó, y no pudimos quitárselo!

—¿Que un *cmokman* se lo llevó? ¿Uno de esos soldados? —preguntó Ave Azul, angustiada—. ¿Pero qué dices, hijo mío?

El muchachito prosiguió explicando, apresurado y sin dejar de jadear:

—Él llegó al árbol después de que Cuervo se cayó. Bajó del caballo, vio que nuestro amigo estaba muerto y se lo llevó con él.

La madre de Mirlo se sujetó la cabeza con ambas manos. Ya era una desgracia horrible que el primogénito del jefe hubiera muerto. Pero que no pudieran realizar los ritos para enviar su espíritu al otro mundo implicaría un presagio aún peor para el clan del Águila Gris.

—¿Qué haremos, Cardenal? —preguntó Ave Azul, angustiada—. ¡Deberíamos ir a donde viven los soldados y reclamarles que nos devuelvan el cuerpo del niño! No podemos esperar a que el jefe y los hombres regresen de la caza. Será demasiado tarde para todos nosotros...

—¿Qué sucede aquí? —dijo la voz dulce y profunda de una mujer que se dirigía al grupo—. ¿Qué es todo este alboroto? Pájaro Gris, Mirlo..., ¿dónde está mi hijo Cuervo?

La madre de Mirlo se acercó a Cisne, la esposa de Flecha Rota y madre del niño accidentado. La recién llegada se encontraba en el séptimo mes de embarazo y, aunque Cardenal sabía que la noticia destrozaría el alma de la mujer, no pudo más que decirle la verdad:

—Tu hijo ha muerto, Cisne. Cayó de un árbol y ya no despertó. Un *cmokman*, un soldado, se llevó el cadáver con él —la mujer depositó el cordel roto en la palma de la embarazada—. Lo siento mucho...

Al ver al niño inconsciente, Victoria no necesitó escuchar ninguna explicación. Extendió los brazos para recibir al pequeño y, seguida por el comandante, se dirigió hacia el hospital. Antes de desaparecer en el interior, le pidió a Stevens que fuera en busca de Gladys y Ellie.

—¿Qué ocurrió? —preguntó la mujer, palpando el cuerpecito inerte que había depositado en la camilla.

—Cayó de un árbol, desde unos seis metros de altura. Cuando lo encontré, se hallaba inconsciente y casi no respiraba.

Victoria asintió, mientras abría los párpados del pequeño para estudiar la posición de sus pupilas.

—¿Despertó en algún momento mientras lo traías aquí?

—No, no lo hizo.

Entonces Gladys y Ellie entraron en el hospital.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó la nana.

—Cayó de un árbol. Tiene la tibia fracturada y una grave contusión en la cabeza. Prepara la corteza para entablillar. Ellie, tú busca el preparado para limpiar heridas.

Victoria puso entonces su atención en el golpe en la cabeza del niño y en el hilo de sangre que le manaba del oído derecho.

—El corte es extenso, pero no profundo —afirmó—. Lo que me preocupa es el sangrado del oído. Puede deberse a una ruptura del tímpano o...

—¿O a qué? —preguntó Gladys, preocupada.

—A una hemorragia cerebral. De ser así, la situación es muy grave.

Con un paño húmedo, Victoria limpió el rostro, las manos y el torso del pequeño. Luego, palpó el cráneo en busca de fracturas. Aliviada, comprobó que la estructura ósea de la cabeza no estaba dañada. A continuación, examinó nuevamente las pupilas del paciente, abriéndole los párpados con cuidado. No había dilatación. Para asegurarse, acercó una lámpara al rostro del niño, mientras le mantenía un párpado abierto. Frente a la luz, la pupila se contrajo. Eso era muy buena señal, pues de haber daño cerebral la pupila se mantendría dilatada y sin respuesta al haz de luz.

—Creo que saldrá de esta —confirmó Victoria, sonriendo.

La tarea que quedaba por hacer era acomodar la pierna del niño y entablillarla. También debía suturarse la herida de su cabeza.

Luego de una hora de trabajo, el pequeño reposaba, listo para su recuperación.

—Muchas gracias —dijo Victoria a sus ayudantes—. Ya pueden regresar a casa. El capitán me ayudará a trasladar a esta criatura al camastro.

Las mujeres se retiraron y Wyatt preguntó:

—¿Cómo puedo serte útil?

—Trae al niño aquí, por favor. Lo acostaremos en esta cama para que esté cómodo.

El comandante levantó al chiquillo y lo depositó con cuidado en el camastro.

El pequeño gimió entre sueños.

—¿Ha despertado? —preguntó el capitán.

—No, aún duerme. Y ojalá descanse un poco más. Cuando abra los ojos se sentirá dolorido y confuso. Ahora debo preparar todo, pues me quedaré con él esta noche.

—Yo te acompañaré. De ningún modo te dejaré sola aquí.

—Por supuesto que no, John. Esta es mi responsabilidad. Bastante tienes tú con los soldados. Trabajas demasiado... y estás agotado.

—Y como soy la máxima autoridad en este fuerte, declaro que permaneceré aquí, contigo, durante toda la noche. Si te resistes, consideraré ese acto como una muestra de desacato.

Subrayando su decisión, el capitán se sentó en la cama frente a la del niño

y apoyó la espalda contra la pared de troncos. Victoria ya no pudo oponerse.

Para ambos, la vigilia de aquella noche resultó una buena excusa para pasar horas conversando. Sentada junto al capitán, la mujer se abrazaba las rodillas flexionadas, mientras él le relataba historias, más absurdas que heroicas, sobre su experiencia en distintas guerras. La joven adivinó que la intención de John era distraerla con aquellas anécdotas, que, sin duda, no reflejaban la verdad de las vivencias de batalla, mucho más ligadas al dolor y el heroísmo que a las tonterías que él se empeñaba en contar.

Bien pasada la medianoche, establecieron turnos de dos horas para dormir. Agotada como estaba, Victoria concilió el sueño inmediatamente. Cuando despertó, supo que en lugar de dos horas había dormido casi cuatro, ya que su marido no había querido interrumpir su pacífico descanso. Después de ser regañado cariñosamente, el capitán aceptó descansar hasta la llegada del alba.

Victoria pasó buena parte de aquellas horas observando el rostro de su esposo dormido. Con la expresión relajada y el cabello revuelto, el capitán no parecía ser el mismo que guiaba a su tropa con mano de hierro. En cambio, ella lo percibía como un hombre bueno, de corazón limpio y sentimientos nobles, capaz de sacrificarse por aquellos que estaban bajo su protección.

Estudiando los rasgos del comandante, ella debió aceptar que no había sido capaz de apreciar su particular belleza, en el momento en que lo conociera. Entonces, le había parecido un hombre alto y de porte gallardo, pero no necesariamente guapo. Sin embargo, el paso del tiempo había aclarado su visión y ahora el rostro y la figura del capitán se le antojaban de un atractivo especial, sobre todo cuando él sonreía.

En ese momento, Victoria debió aceptar que comenzaba a sentirse cautivada por su esposo, y que ya no tenía sentido seguir expulsando de su mente las imágenes que, de modo imprevisto e incómodo, comenzaban a imponerse en sus sueños, dibujando escenas en las que ella y John compartían una profunda intimidad física. Aquellas fantasías oníricas, que amenazaban con invadir también su vigilia, iban de lleno en contra de lo que ella se había prometido respecto de su relación con los hombres. Pero la evidencia era abrumadora: John y ella estaban allí, solos en medio de la nada y muy juntos. Y sus sentimientos hacia él eran ya inocultables.

Con sus defensas intelectuales derrumbadas, Victoria no pudo resistir el impulso de tocar a su esposo mientras él dormía. No quería despertarlo, por lo que depositó su mano en el hombro de él, muy suavemente. La fuerza masculina que se insinuó bajo su palma le resultó fascinante y la incitó a

continuar su exploración, acariciándole el brazo. En ese instante, él entreabrió los ojos y la sorprendió mirándolo.

—Tus ojos son lo más bonito que hay en el mundo —le dijo a Victoria, entre sueños. Y, de inmediato, volvió a caer en un profundo sopor.

Emocionada por la dulzura de aquellas palabras, y sin pensar en sus actos, la joven se inclinó sobre el rostro de su marido y le depositó un leve beso en la comisura de los labios.

Al amanecer, Victoria aún permanecía en vigilia cuando el pequeño comenzó a moverse y a emitir quejidos de dolor. El corazón de la cuidadora se alegró, pues aquello era señal de que el muchachito estaba mejor y salía ya de su estado de inconsciencia. En efecto, pocos minutos después, el niño abrió los ojos. Pero, cuando pudo percibir el ambiente extraño en el que se encontraba, comenzó a gritar, aterrorizado:

—*¡Cmokman! ¡Nizhokmewat! ¡Nos! ¡Nos!*

El capitán despertó y vio que su mujer ya atendía al pequeño herido.

—Tranquilo, no te haré daño... —dijo Victoria al niño, que se había ovillado contra la pared y respiraba con la agitación de un cervatillo asustado.

—Solo quiero ayudarte... —La joven se volvió hacia su marido con gesto interrogante—. ¿Puedes comprender algo de lo que dice?

—Habla muy deprisa —respondió el capitán—. Su acento es algo diferente al de otros con los que he tenido contacto, pero reconozco algunos términos que utiliza. *Nos* significa «padre». Y cuando grita *nizhokmewat*, está pidiendo auxilio. *Cmokman* se refiere al hombre blanco. Así nos llaman.

—Está muy asustado...

—Veré si puedo ayudar en algo.

El capitán extendió la mano al niño con los dedos apuntando al techo y la palma hacia el frente, en un gesto que significaba que no estaba armado ni pretendía hacerle daño.

—*¡Bozho! ¡Hola! Nikan...* —dijo, mirando al pequeño a los ojos.

La criatura negó con la cabeza y lo señaló con el dedo mientras chillaba:

—*¡Cmokman cho nikan!*

—¿Qué significa eso? —preguntó Victoria, que miraba a uno y a otro, tratando de grabar en su mente las palabras que ambos pronunciaban.

—Le he dicho *nikan*, que significa «amigo», pero él ha respondido *cho*, que es una forma de decir «no». No considera que seamos sus amigos.

Wyatt meditó un momento, sopesando qué decirle al niño. Luego le preguntó:

—*¿Ni je ezhnekas yen? ¿Cómo te llamas?*

Ahora el pequeño se quedó muy quieto, sorprendido porque el hombre le hablara en su propia lengua. No esperaba aquello de un *cmokman*. Pero aun así, no confiaba en él. Y para dejar clara su postura, gruñó otra retahíla de frases que Wyatt no pudo comprender.

El capitán se tocó el centro del pecho y expresó:

—*Pasigwin...* jefe. Soy el cacique de este fuerte. —Luego posó la mano en el esternón de su mujer y dijo—: Y ella es *mshkuke'wnene...*, médica...

—*¡Cmokman cho pasigwin!* —aulló el chico, con gesto furioso y sacudiendo la cabeza para enfatizar su negativa—. *¡Nos pasigwin!*

—Está diciendo que tú no eres el jefe, sino que su padre lo es ¿verdad? —adivinó Victoria.

Wyatt la miró, sorprendido.

—Pues sí..., ha dicho exactamente eso.

Victoria miró al niño, que parecía no confiar en nada de lo que John le decía. Entonces preguntó:

—*¿Me permites intentarlo?*

—Adelante.

La joven se situó frente al pequeño y, con una sonrisa, intentó articular algunas de las palabras que acababa de escuchar:

—*Mshkuke'wnene... nikan...*

Pero el niño ni siquiera se dignó a responder. Para él, el único jefe era su padre, Flecha Rota; y la única curandera, su abuela, Lechuza. No confiaría ni en el hombre blanco que se hacía llamar *pasigwin* ni en la mujer del cabello color del sol naciente. Aferrado a sus convicciones, se acurrucó en el vértice que formaban las dos paredes contra las que se apoyaba la cama. Allí permaneció quieto y firme, como el tronco de un árbol.

Gladys entró en la sala portando una canasta con comida, pero se detuvo de golpe al ver que unos ojos renegridos la miraban con desconfianza.

—Camina despacio y habla bajo... —le indicó Victoria a la nana—. Si se asusta aún más, querrá bajarse de la cama y se lastimará, por lo que será mejor que lo dejemos tranquilo. ¿Crees que deseará comer algo, John?

—Está demasiado asustado, pero podríamos intentar ofrecerle algún bocado. ¿Qué trae en la canasta, Gladys?

La mujer abrió la tapa de mimbre y miró su contenido:

—Un trozo de queso, pasta de maní y el pavo que sobró de la cena de anoche.

—Suenan bien para mí, pero él no querrá nada de eso. Los potawatomi no acostumbran a comer esas cosas... ¿Hay pan en la despensa?

—Ellie está sacando dos hogazas del fuego en este mismo momento —respondió la nana.

—El pan le gustará —señaló Wyatt—. Los nativos suelen rechazar las preparaciones que a nosotros nos atraen, porque no están acostumbrados a los sabores. Pero les agrada el pan que cocinamos.

—¿Pan? ¿Solo pan? —se sorprendió Gladys—. Bien, si es lo que el niño quiere, iré a buscárselo.

—Y trae, por favor, la talla del pajarillo negro que está sobre la chimenea —pidió Victoria—. Se lo daré..., y quizá eso lo ayude a distraerse del dolor y el miedo a lo desconocido. Después de todo, es apenas un niño...

El comandante siguió a Gladys hacia la salida, prometiéndole a la joven que regresaría al cabo de unas horas.

No pasó mucho tiempo antes de que la nana volviera, trayendo consigo una hogaza de pan y el pajarillo de madera que le habían pedido. Entonces, Victoria ofreció el alimento al niño, que seguía hecho un ovillo contra la pared. Al ver rechazada su oferta, decidió dejar la comida sobre el colchón. Él podría tomarla si lo deseaba. Luego cogió la talla y se la mostró al pequeño.

—Mira —le dijo, sonriéndole—, es un pájaro que pintó mi hermana. ¿Te gusta?

Cuando el niño fijó la vista en aquello, empalideció y se acurrucó más contra la pared, si tal cosa era posible. Con los dientes apretados y señalando con un dedo a Victoria, pronunció palabras que para ella eran incomprensibles. Estaba claro que el chico no había recibido el regalo con beneplácito. Aun así, ella dejó la figurilla sobre el colchón.

En aquel momento, un griterío creciente se oyó en la galería del hospital. La voz alterada de Andy Dee, la joven esposa del sargento Merrit, sonaba por

encima de las demás, con un tono de tal angustia que resultaba inquietante. Pronto la sala se vio invadida de gente. Gran Jim cargaba en sus brazos a la esposa del teniente Foley, seguido por Andy Dee, que continuaba lamentándose. La embarazada estaba lívida y respiraba con dificultad.

El soldado depositó a la mujer sobre la camilla y se retiró de inmediato. La esposa del sargento Merrit se apresuró a explicar, entre sollozos:

—¡Señora Wyatt, Miriam no está bien! Fui a visitarla y estaba caída en el suelo, con líquido alrededor, como muerta..., y respiraba mal. Por eso llamé rápido a Gran Jim y le pedí que la trajera aquí.

La mujer parecía presa de un ataque de nervios. En pos de obtener información, Victoria se dirigió a ella, con tono firme:

—Andy Dee..., le pido que piense un momento. El líquido que vio alrededor de la señora Foley, ¿era sangre?

La mujer trató de recordar.

—Creo que no —respondió al fin— era como jarabe de arce... pero que da ganas de vomitar al verlo.

—Bien. Muchas gracias, querida. Ha sido muy útil su intervención. Puede irse a casa.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —dijo la otra, con firmeza—. Miriam ha sido mi única amiga todos estos años... y no la dejaré sola.

—Estará bien cuidada —la tranquilizó Victoria—. Pero comprendo que quiera quedarse cerca. ¿Sabe qué podría hacer, y que nos ayudaría mucho para poder tratar a Miriam?

—Lo que sea, dígame qué tengo que hacer.

—Necesito que se quede sentada en la galería y no se mueva de allí. Y que avise a todos quienes se acerquen al hospital que no podré verlos de inmediato. Y si viene el comandante, dígame que le enviaré noticias en cuanto las tenga. ¿Puedo contar con su ayuda?

Andy Dee jamás se había sentido necesitada por nadie, por lo que se sintió halagada ante la petición de la doctora.

—¡Sí, señora! Haré lo que me pide y no cometeré ningún error. —La muchacha salió corriendo para asumir su posición de guardiana del hospital.

Liberada de la intensa presencia de la señora Merrit, Victoria se aproximó a Miriam para evaluar su estado. La embarazada jadeaba y su vestido estaba manchado por el sudor. Gladys le estaba aflojando la ropa, cuando Victoria le informó:

—Ha roto aguas y su estado es muy delicado. Prepara lo necesario para

atender un parto de riesgo. Será muy difícil, pero ya hemos tenido otros tan complicados como este.

Desde su posición en una esquina del cuarto, el niño indio miraba la escena, consternado. Eran demasiadas personas y voces extrañas para él.

—Miriam —llamó Victoria a la parturienta, que permanecía ausente y con los ojos fijos en el techo—. ¡Miriam!

La mujer giró la cabeza con dificultad, poniendo en evidencia su debilidad física.

—Miriam, necesito que me escuche —insistió Victoria—. Ha llegado la hora. Su hijo va a nacer y usted deberá ayudarlo para que pueda ver la luz.

De repente, la mujer gritó y se sujetó el vientre con las manos. Su rostro se desfiguró por el dolor de la contracción que agujoneaba todo su cuerpo. Lágrimas amargas le mojaron las mejillas.

Victoria abandonó el sitio en la cabecera de la camilla para posicionarse entre las piernas de Miriam. Al revisarla, supo que la criatura estaba próxima a nacer y que si su madre no empujaba, el bebé moriría asfixiado. Con ese posible desenlace en mente, le indicó a la parturienta, con tono firme:

—Miriam, debe empujar... o morirán usted y su bebé. Sé que se siente débil, pero debe hacerlo. ¿Entiende lo que digo?

Ahora la mujer rompió a llorar y su cuerpo se sacudió por la angustia que la embargaba. Otra contracción la hizo retorcerse por el dolor y su lamento se convirtió en un grito desgarrador.

—¡No puedo! —gimió, cuando la contracción hubo remitido.

—¡Claro que puede, Miriam! —exclamó Victoria—. Yo estoy aquí, junto a usted. Le prometo que haré todo lo que esté a mi alcance para que su hijo venga al mundo. Pero debo contar con su ayuda. ¡Y ahora le pido que empuje! Cuando sienta la próxima contracción, debe poner todo su empeño. ¿Me ha entendido?

La mujer afirmó con la cabeza y justo entonces su rostro comenzó a crisparse por el dolor.

—Ahora, ¡hágalo! —indicó Victoria, de nuevo posicionada entre las rodillas de la mujer—. ¡Falta muy poco..., ya veo la coronilla del bebé!

Pero Miriam no pudo empujar con suficiente fuerza y gimió por la desolación que la invadía. Pasaron pocos segundos antes de que una nueva contracción la asaltara.

—¡Empuje! ¡Ya puedo ver al niño! ¡Lo está logrando!

Pero aquella vez tampoco fue suficiente y, casi vencida, la señora Foley se

dejó caer en los brazos de la nana, incapaz de sostenerse. Victoria insistió:

—Miriam, el próximo será el último y ya no sentirá dolor y podrá descansar. Gladys, ayúdala a incorporarse de nuevo. Sentada, será más fácil para ella.

La nana pasó un brazo por los hombros de la paciente y la ayudó a enderezarse. De nuevo, una contracción desfiguró los rasgos de la parturienta, que se decidió a empujar por última vez.

El bebé estaba encajado. Si el parto no progresaba, no pasaría mucho tiempo antes de que la criatura dejara de respirar. Victoria rogó que en el cuerpo de su paciente quedara algo de fuerza.

—¡Empuje, Miriam!

La mujer gritaba, al tiempo que Gladys la sujetaba. Por fin, Victoria logró capturar la cabeza del pequeño, para luego tirar de su cuerpecillo hacia ella.

—¡La tengo! —anunció, sintiendo que el alivio le entibiaba el cuerpo—. ¡Lo ha hecho muy bien, Miriam! ¡Es una niña!

La madre se dejó caer en los brazos de Gladys, entregándose a la inconsciencia. El esfuerzo había sido monumental para un cuerpo tan debilitado como el suyo.

Con todo cuidado, la nana depositó la espalda de la mujer en la camilla, le secó el rostro con un paño y la dejó dormir. Al levantar la vista hacia Victoria, notó que la expresión radiante de la joven se había transformado en un gesto de amargura.

—No respira, Gladys. No he podido lograrlo —susurró, sosteniendo el cuerpecito inerte entre sus manos.

La nana se acercó a Victoria para comprobar que el rostro de la recién nacida tenía un tono violáceo; el aire no había llegado a tiempo de henchirle los pulmones.

Sin saber qué otra cosa hacer y embargada por la angustia, Gladys se ocupó de cortar el cordón umbilical. Mientras tanto, Victoria mantuvo los ojos fijos en el rostro de la niña. La razón le decía que burlar a la muerte era imposible. Pero, aun así, ese pensamiento no bastaba para apartar la profunda tristeza que le producía el fallecimiento de la pequeña.

Entonces, poseída por una voluntad inquebrantable y alimentada por la emoción más que por la razón, Victoria depositó a la niña sobre la camilla y, con los dedos, comenzó a masajear su diminuto pecho con firmeza.

Gladys observaba la escena, al borde de las lágrimas, mientras Victoria insistía, presionando el tórax de la pequeña, cada vez con más firmeza.

Tibiamente, la nana sugirió:

—Creo que ya no tiene posibilidades..., debes dejarla, Victoria.

Pero ella ni siquiera respondió; no se daría por vencida tan fácilmente.

De pronto, de la garganta de la criatura surgió un tibio sonido, que se convirtió en un potente llanto. La pequeña había vencido a la muerte... y lo estaba gritando a los cuatro vientos.

Embargada por la emoción, Victoria entregó la pequeña a Gladys y se acercó a la cabecera, en donde Miriam comenzaba a recuperar el conocimiento.

—Lo ha logrado —dijo, posando la mano en la frente de la nueva madre—, tiene una hija preciosa.

Miriam no tenía fuerzas para levantarse, por lo que giró los ojos para que la nana le mostrara a la recién nacida. Al verla, la mujer esbozó una tibia sonrisa y volvió a dormirse.

Del otro lado de la ventana, y pegando las manos al cristal para poder espiar mejor, la esposa del sargento Merrit aún no creía lo que sus ojos veían: la señora Wyatt acababa de resucitar al bebé de su amiga.

En un rincón de aquel cuarto, unos ojos negros se abrían muy grandes para observar lo que sucedía en la camilla en donde estaba acostada la parturienta. Cuervo había presenciado muchos partos. Había visto mujeres superar nacimientos difíciles y también niños morir, pero nunca había sido testigo de que alguien reviviera a otra persona. Ni siquiera su abuela, la curandera de la tribu, sería capaz de hacer algo así. De eso él estaba seguro.

El bebé que ahora lloraba a todo pulmón había nacido muerto y Cuervo lo sabía, pues la cara de la niña estaba morada. Y eso solo podía significar que el Gran Espíritu había enviado a uno de sus mensajeros para llevarla al otro mundo. Pero la *mshkuke'wnene* del cabello como el sol rojizo había tocado el pecho de la niña, haciendo que reviviera. Entonces, aquel que viniera del más allá a llevarse a la pequeña, había regresado a su oscuridad, con las manos

vacías.

Cuervo observó con atención a la doctora y pensó que ella no solo era una verdadera *mshkuke'wnene*, sino una muy poderosa.

Al recostarse de nuevo contra la pared, el niño reparó en el pájaro de madera que yacía a su lado; el que Victoria le había regalado hacía solo unos momentos. Se trataba de un cuervo, el ave que le daba su nombre. Lentamente, se acercó la figura y la estudió con cuidado. La olió, la miró por todos los costados y le susurró unas frases que había oído pronunciar al chamán de su clan. Al ver que el cuervo de madera no se convertía en un espíritu maligno, el pequeño tomó la figurilla entre las manos y la apretó contra el pecho. Ahora comprendía que la *mshkuke'wnene* le había entregado el tótem para que lo protegiera, y él conservaría aquella figura durante lo que le quedara de vida.

—Señora Merrit —llamó Gladys, asomándose a la galería del hospital.

Sobresaltada, Andy Dee despegó la nariz que durante casi una hora había tenido aplastada contra la ventana.

—¡Ohhh, señora Gladys! —lloriqueó la muchacha, apretando las manos de la nana—. ¡Ha sido el milagro más milagroso que jamás he visto! No es que haya visto muchos antes, pero lo que la doctora Wyatt acaba de hacer... ¡Es increíble! En un momento pensé que la niña se había ido, pero...

—Bien, bien —respondió Gladys—. Ya habrá tiempo para eso. Ahora necesito que se calme y me escuche por un instante. Victoria me envía a pedirle que por favor vaya a buscar al soldado Masterson para que cargue a la señora Foley hasta su casa. Ella y la niña se encuentran agotadas, pero en buen estado de salud. Así que no hay motivo alguno por el que deban permanecer en el hospital. ¿Puede ir a llamar al hombre ahora mismo, por favor?

Andy Dee ni siquiera respondió, solo salió disparada en dirección al patio del fuerte, dispuesta a dar con Gran Jim, aunque debiera ir a buscarlo nadando río arriba.

No pasaron ni dos minutos antes de que la puerta del hospital se abriera

para dar paso a la señora Merrit, seguida por quien se encargaría de llevar a la flamante madre hasta su casa. Pero no se trataba de Gran Jim, tal como Victoria y Gladys esperaban.

—Señora Victoria —jadeó Andy Dee, agitada por la carrera—, encontré al teniente Collins caminando hacia aquí, y él se ofreció a llevar a Miriam. Yo le dije que no podía ser él, pues usted había dicho que Gran Jim debía cargarla. Pero el teniente insistió tanto, que yo accedí a venir a preguntarle a usted. Él me siguió y está aquí detrás de...

—¿Se encuentra bien la señora Foley? —preguntó Collins, sorteando el cuerpo de la parlanchina para situarse frente a Victoria.

La joven observó que el gesto pétreo del militar no se había alterado, pero sus ojos reflejaban una ansiedad que excedía el interés normal que tendría un vecino por otro.

—Está muy bien, aunque exhausta —respondió.

—Me gustaría ofrecerle mis servicios. Yo quisiera..., es decir, yo no tendría problema alguno en llevar a la señora Foley a su casa.

—Por supuesto. Le agradezco su ayuda. Venga, por favor. Miriam descansa detrás de aquel biombo.

Mientras la doctora y el teniente mantenían esta conversación, Andy Dee había corrido hasta donde Gladys acunaba a la niña. Estaba ansiosa por conocer a la nueva habitante del fuerte Patterson.

Victoria guio al teniente:

—Acompáñeme, por favor.

Detrás del biombo, entregada a un sueño reparador, yacía una pálida Miriam.

Collins se situó en la cabecera de la camilla y, durante un momento, estudió el rostro de la mujer dormida. Un reflejo cálido suavizó su mirada.

—¿Puedo levantarla? —preguntó.

—Adelante.

Con la suavidad con la que se trata a un tesoro muy preciado, Collins tomó a Miriam entre los brazos y abandonó el hospital. Andy Dee lo siguió, cargando a la recién nacida.

Gladys y Victoria se quedaron solas en la sala.

—Niña mía —dijo la nana, secándose los ojos con la manga del vestido—, hoy te he visto hacer la cosa más increíble que podría hacer cualquier médico, incluyendo al doctor Hill. Cuando regrese a la casa encenderé una vela a nuestro Padre, porque, de veras..., creo que esto ha sido un milagro.

—Yo tampoco comprendo qué fue lo que sucedió, pero agradezco que la niña haya sobrevivido. Si no hubiera sido así, y lográbamos salvar a Miriam del parto, la pobre mujer hubiera muerto de tristeza. Iré a verla esta tarde y a controlar que Andy Dee no le dé de comer bizcochos a la pobre criatura.

Gladys rio, pensando en que la esposa del sargento Merrit no podía ser más cabeza hueca.

—Y luego descansaré un poco, para permanecer despierta esta noche mientras acompaño a nuestro pequeño huésped.

—¡Ah, no! —protestó la nana—. No te quedarás aquí dos noches seguidas. De ningún modo. Mira que todavía puedo reprenderte como cuando eras pequeña. Debes descansar; Ellie y yo nos turnaremos para acompañar a este muchacho.

—Pero Gladys...

—Chitón, niña. Que tengo edad para ser tu madre ¿eh?

La joven rio y besó a su nana en la frente.

—Bien, tú ganas, mujer mandona. Cuando suene el clarín para dormir, será tu turno de acompañar al pequeño.

—Bien. Ahora ve a refrescarte, que has estado en este cuartucho todo el día. Yo me quedaré con él.

Victoria abandonó el hospital con la felicidad rebotándole el corazón. No podía pedirle más a la vida.

Tras un breve descanso de apenas dos horas, regresó al hospital para reemplazar a la nana.

—Hola —saludó al niño—, ya veo que te has hecho amigo del pájaro que pintó mi hermana.

La mujer señaló la talla con el dedo y el niño siguió su movimiento con interés. Entonces, él comenzó a hablar atropelladamente, como si Victoria pudiera entender lo que él decía.

—*¡Gises mshkuke'wnene...!* —exclamó, mientras sonreía y la señalaba con un dedo.

La joven se puso la mano en el pecho, tal como había visto hacer al capitán, y también dijo:

—*Mshkuke'wnene...*

Luego extendió su propio dedo hacia el niño y le preguntó cuál era su nombre, rogando ser capaz de pronunciar las palabras cuya sonoridad era muy diferente a la lengua que ella hablaba:

—*¿Ni je ezhnekas yen?* ¿Cuál es tu nombre?

—*Gagakshi* —anunció él, muy serio, golpeándose el centro del pecho con el puño.

—¿*Gakaski*? —arriesgó ella.

El niño rio. Sin duda, había pronunciado mal su nombre.

—*Ga-ga-kshi* —repitió él, más lento, y luego le mostró a Victoria el pájaro de madera que tenía en la mano—. *¡Gagakshi!*

La mujer creyó comprender:

—¿Pájaro? ¿*Gagaskshi* significa pájaro?

—*¡Gagaskshi!* —repitió él, y emitió un graznido idéntico al de un cuervo.

—¡Cuervo! ¿Te llamas Cuervo? *¡Gagakshi!* —dijo ella, volviendo a señalar la figurilla de madera.

Él ensanchó el pecho y volvió a repetir su nombre. Era todo un cuervo, pensó Victoria; uno valiente y orgulloso.

Cuando cayó el sol, unos minutos después de que el clarín llamara a descansar, el capitán atravesó la puerta del consultorio. Con un gesto amable, saludó a Cuervo, obteniendo un gruñido amenazante por respuesta.

—Parece que todavía no me gano su confianza —dijo a Victoria, sonriendo—. Ven, vamos a descansar.

Atento al cansancio de Victoria, John se ocupó de preparar algo para que los dos comieran. Dispuso, entonces, algo de pavo, pan y queso en una bandeja que colocó en el sofá, entre ambos.

Durante un largo rato, conversaron acerca de los acontecimientos de un día realmente difícil. Luego, John quitó la bandeja y Victoria se acercó para recostarse en su hombro y descansar unos momentos. Pero, de inmediato, cayó rendida por el cansancio. Y así, con ella dormida sobre el pecho, Wyatt pensó que no podía haber sensación más agradable que la de tener a su mujer tan cerca.

Tras un largo rato contemplando a Victoria, el cansancio venció también al capitán, que se sumió en un profundo sueño. Acompasados, ambos inspiraban y espiraban profundamente. Pero después de un largo rato, la respiración de la joven comenzó a acelerarse, separándose del ritmo lento de la de él. El descanso de Victoria ya no era tranquilo. Imágenes oníricas comenzaron a flotar en su mente. En ellas se veía a sí misma acariciando a John. Sus agudizados sentidos registraban con absoluta nitidez el agradable aroma del capitán, la fuerza de su cuerpo y el galope del corazón que latía junto al de ella. Incluso las yemas de sus dedos se entibiaban, mientras recorrían la piel que se estremecía bajo ellas. La escena era tan vívida que cuando la joven

abrió los ojos, sobresaltada por las emociones que comenzaban a desbordarla, no supo distinguir la línea que separaba sueño y vigilia.

Que la sala se encontrara a oscuras acrecentó su confusión; el aceite de la lámpara se había agotado y solo la luz de la luna permitía atisbar los contornos del ambiente. Victoria no necesitó ver a su esposo para reconocer su presencia; lo percibía con sus otros sentidos, pues continuaba recostada contra el pecho del capitán, envuelta en su firme abrazo. Entonces, todavía flotando en la nube de ensoñación, buscó los labios de él y los besó.

Cuando John despertó, acariciado por la boca de Victoria, tuvo dificultades para interpretar si estaba o no soñando. Pero cuando los dedos de ella comenzaron a colarse por el cuello de su camisa, recorriendo los contornos de su clavícula, no tuvo dudas de que estaba muy despierto. Hambriento de aquellos labios, ajustó el brazo con el que rodeaba a su mujer y profundizó el beso que ella había iniciado. Entonces, el contacto físico se volvió urgente y el deseo reprimido al fin se liberó, incapaz de ser controlado. Ella susurraba ruegos, él respondía con caricias, y los sentidos de ambos se inundaron de la textura, el aroma y el sabor de la piel del otro. Las manos de los amantes recorrieron el cuerpo deseado; él se embriagó con las suaves curvas femeninas y ella se aferró a la firmeza del cuerpo del militar. Muy pronto, las prendas se volvieron un cruel obstáculo.

Guiados por la tenue iluminación que proveía la luna llena, Victoria y el capitán atravesaron el corredor desplegando una frenética batalla por desnudar al otro. No hubo palabras cuando se encerraron en la habitación; lo único que se oyó entonces fue el sonido de telas desgarrándose y el rítmico rebotar de botones contra los tablones del suelo. Susurros ininteligibles invadieron el silencio de la noche, en el mismo momento en que los dos se convirtieron en uno.

Cuando Victoria despertó, la franja de cielo que se veía a través de la ventana abierta era de un celeste radiante. El capitán, que también

acostumbraba a levantarse antes que el sol, aún dormía pegado a ella.

En aquel momento, el clarín tocó las notas que llamaban a desayunar.

—¡John! ¡Nos hemos quedado dormidos!

Ella saltó de la cama y comenzó a recorrer el cuarto en busca de su ropa. Había prendas de ambos desparramadas por el suelo, y Victoria no lograba dar con su camisa interior. Al abrir los ojos y verla, a Wyatt lo invadió una grata emoción: lo que había compartido con su mujer la noche anterior no había sido otro de sus sueños; todo había sido real. Y él se sentía el hombre más feliz del mundo.

—Buenos días, hermosa dama —saludó, siguiendo con la mirada a Victoria, que recorría el cuarto a toda prisa.

—Nos hemos quedado dormidos... —dijo ella, agitada—. No llegarás a tiempo para la formación...

—No tengo ninguna intención de ir a trabajar hoy —anunció él, acodándose en el colchón—. Me quedaré en esta habitación todo el día, contigo. Cuando Sissle llame a enfermería, iré para que me den licencia.

—No sé cómo pedirás licencia médica, John, si quien debería otorgártela está en este mismo cuarto, tratando de encontrar su ropa debajo de la cama. —Ella se inclinó una vez más, en un esfuerzo vano por recuperar las prendas que volaran en el rapto de pasión.

—Pide tú también licencia —propuso él, sonriente.

—¿Y quién me daría licencia a mí?

—No sé... ¿Gladys?

—No estás pensando con claridad.

—Créeme que, después de anoche, he perdido toda noción de lo que es la claridad.

Ahora ella se detuvo, lo miró y sonrió.

—Ha sido maravilloso, ¿verdad? —dijo.

—No tengo palabras para describir tal maravilla —expresó él, devolviéndole la sonrisa.

Victoria al fin encontró su falda y su camisa, y no tardó más de tres minutos en vestirse. Sin pensar en el desorden de sus cabellos, salió disparada hacia la cocina.

—¡Debo calentar agua para que te afeites! —gritó desde el corredor.

El capitán, aún sentado en la cama, apenas podía creer cuán afortunado era.

En ese mismo momento, a pocas millas del fuerte Patterson, el cacique Flecha Rota, su hermano Ardilla Blanca y el resto de los cazadores del clan del Águila Gris llegaban a la aldea, en donde las mujeres aguardaban ansiosas. Los hombres parecían cargar una roca invisible en sus espaldas, de tan abatidos como se sentían por haber fallado en la misión que los condujera río arriba. Habían salido a cazar, pero los animales parecían haber desaparecido de la zona y, en su lugar, solo había pastizales secos y tierra resquebrajada por la falta de agua. Los cazadores pensaban que aquello era un mal indicio; una señal de que el Gran Espíritu estaba enfadado.

Temeroso ante tan terrible señal, Flecha Rota se había dispuesto a pedir al chamán protección para los suyos. Pero al llegar a la aldea, un cúmulo de mujeres y niños corrieron a cortar el paso. El griterío caótico que clamaba su nombre no le permitía comprender cuál era la situación que causaba tal conmoción. Pero todo cobró sentido cuando levantó la vista hacia su propia casa y vio allí a Cisne, su esposa, con el rostro teñido de negro y los ojos anegados por las lágrimas. El mensaje fue un dardo envenenado que atravesó el corazón del jefe indio: su hijo, Cuervo, había muerto.

Al traspasar la puerta del consultorio, Victoria comprobó, aliviada, que Gladys roncaba en la cama y Ellie jugaba con el niño herido. Era evidente que el pequeño había congeniado con la jovencita, ya que no se mostraba temeroso con ella.

—*¡Bozho, gizes mshkuke'wnene!* —la saludó Cuervo. Y luego apuntó hacia la muchacha que lo cuidara por la noche y dijo—: ¡Ellihk...!

Ellie a su vez apuntó a *Gagakshi*:

—¡Kakashi!

El pequeño rio por la equivocada pronunciación de la muchacha. Le agradaba su nueva amiga.

—¿Cómo ha ido todo? —preguntó Victoria.

—Pues muy bien, el niño durmió casi toda la noche.

Victoria colocó sobre la cama una canasta que contenía el desayuno. Luego, sacó del cesto un paquete rectangular, cubierto con un papel.

—Ten —dijo al pequeño, extendiendo un trozo de chocolate hacia él—. Pruébalo. No conozco a nadie a quien no le guste este dulce, así que supongo que te agradará también.

El muchachito se acercó a Victoria con cautela y olió la comida que ella le ofrecía. *Gagakshi* jamás había visto esa clase de alimento y no reconocía su olor, por lo que decidió descartarlo de sus opciones y volvió a sentarse en la cama, encogiéndose de hombros, como si lo que la *mshkuke'wnene* le ofrecía no le interesara.

Entonces, ella partió un pedazo del chocolate y se lo ofreció a Ellie, que lo cogió encantada. Ambas comieron un bocado, que les supo a gloria. Atento a las expresiones de gusto de las dos mujeres, Cuervo se acercó a Victoria, con cautela. Ella volvió a ofrecerle un trozo de chocolate y, esta vez, el pequeño lo tomó de un manotazo y se alejó nuevamente. Luego, extendió la lengua con cuidado y degustó la superficie de aquella cosa desconocida. Sus ojos se abrieron muy grandes y una sonrisa de gozo se instaló en su cara. Entonces, el chico devoró la golosina como si fuese lo último que comería.

Tras dar cuenta de la barra, Cuervo se acercó lentamente hacia Victoria, para estudiar su rostro con atención. Después, extendió la mano y tomó, muy suavemente, una hebra del cabello rojizo de ella.

—¡*Gises!* —exclamó, acariciando el pelo.

Para satisfacer la curiosidad del niño, Victoria se soltó las horquillas y dejó que la mata de cabello cayera libre sobre su espalda. En aquel momento, una expresión de sorpresa nació en la garganta del pequeño. Él jamás había visto a una persona que llevara el sol naciente en su cabeza, y la vista de aquella maravilla lo asombró.

Cuervo asió otra hebra y la acarició. Intrigado por el aroma que emanaba aquel rayo de sol, se acercó un mechón de pelo a la nariz.

En aquel mismo momento, una potente tonada de clarín retumbó en todo el patio y se coló en el consultorio. Era una retahíla de notas rápidas y agudas, que denotaban urgencia y que no se correspondían con ningún toque de rutina. Victoria supo que algo grave acontecía, por lo que dejó a Ellie a cargo del

pequeño y salió a la galería en busca de alguna explicación.

En cuanto atravesó la puerta, vio que su marido cruzaba el patio y se acercaba con rapidez hacia donde ella se encontraba. Su expresión enjuta presagió dificultades. Alrededor, los soldados comenzaron a desplazarse a paso vivo en diferentes direcciones. Cuatro hombres subieron a la torreta de vigilancia orientada al sur, diez se dirigieron al cobertizo en donde se guardaban las armas y el teniente Collins dio órdenes al resto de los soldados, para que se apostaran en lugares estratégicos.

—Se acerca un grupo de nativos —informó el capitán a Victoria—. Vienen desde el oeste y son más de una treintena. Quédate en el hospital con el niño. Traba la puerta y cierra las persianas; luego carga tu mosquete y tenlo cerca de ti.

Cuando estaba por irse, una voz grave y poderosa se dejó oír, apenas a unos metros de la empalizada del fuerte:

—Soy Flecha Rota, el cacique del clan del Águila Gris. Vengo a buscar el cuerpo de mi hijo, *Gagakshi*. Hemos venido en son de paz..., pero no nos iremos sin él.

El comandante le dijo a su esposa:

—Le devolveremos al niño de inmediato. Ve a buscarlo. Yo subiré a la torreta para analizar la situación, y luego regresaré por él.

—¡Collins! —llamó Wyatt.

En pocos segundos, el teniente estuvo a su lado.

—No creo que tengan intención de atacar —afirmó el capitán—. Acompañeme al puesto del vigía.

Ambos treparon por la endeble escalera que llevaba al tope de la torreta y, desde allí, observaron al grupo de nativos que aguardaban en la explanada, a menos de veinte metros de la entrada principal del fuerte. Eran más de treinta guerreros, que portaban arcos y afilados *tomahawks*, pero que no estaban ataviados para la batalla. El comandante tomó aquello como una buena señal. Entonces le dijo a Collins:

—Avisé a los soldados que se mantengan alerta, pero que no desplieguen ninguna acción que haga que los nativos se sientan amenazados —ordenó—. Confío en que no nos atacarán pero, de igual modo, quiero cuatro tiradores aquí arriba, ocho mosquetes y cuatro hombres más para que recarguen las armas entre disparo y disparo. Todos deben evitar ser vistos por los nativos.

Los dos oficiales bajaron de la torreta y cruzaron el patio.

—Saldré ahora y entregaré el niño a su padre. Ocúpese de todo lo que le

he indicado. Si algo llegara a ocurrirme, usted quedará al mando.

Collins se cuadró y con paso ágil se dirigió hacia donde los soldados aguardaban órdenes.

—¡Stevens! —llamó Wyatt. El secretario se acercó a la carrera—. Ensilles a Hawk.

En el patio del fuerte la actividad era febril. Cada soldado comenzaba a asumir su posición, atento a proteger el fuerte, de ser necesario. El personal civil recibió la orden de encerrarse en los edificios hasta que todo volviera a la normalidad. Si resultaban atacados, deberían huir por la trampa que conducía al río.

Victoria esperaba a su marido frente al hospital, sosteniendo al pequeño en brazos.

El comandante no tardó en encontrarse con su mujer. Stevens corría tras él, tirando a Hawk de las riendas:

—Saldré del fuerte y devolveré el muchacho a su padre —informó Wyatt, montando de un salto.

—¿Llevarás a tus mejores hombres? —preguntó ella, angustiada.

—Si salgo con una escolta armada, los nativos lo interpretarán como una provocación. Iré solo.

Victoria hubiera deseado rogarle a su marido que no expusiera su vida, que permaneciera en el fuerte con ella. Pero sabía que John Wyatt no cejaría en su cometido.

Cuando el capitán hubo montado, Victoria le entregó al niño. Pero el pequeño no quería separarse de ella, y menos para ir con aquel *cmokman*. Por ello, comenzó a patear y a chillar, insultando al capitán.

—Vamos, pequeño... —decía Victoria— el *pasigwin* de este fuerte te llevará con tu padre. Mira: ¿te gusta el caballo?... Puedes montarlo, si dejas que el capitán te conduzca afuera...

Pero el chico tenía las manos en garra y los dientes a la vista mientras le gruñía al comandante, haciéndole saber que no sería fácil de domar.

El asunto se prolongaba más de lo deseable y Victoria pensó que si Cuervo salía del fuerte pateando, generaría en los nativos la impresión de que había sido maltratado. Entonces, se le ocurrió la idea:

—Chocolate —dijo—. Al niño le gusta. Hay que distraerlo con el dulce. ¡Ellie! —llamó—. Trae la barra de chocolate, por favor.

A la jovencita le llevó pocos segundos regresar con la golosina. Al verla llegar, Cuervo extendió la mano, ansioso por tomar el alimento. Pero en lugar

de ofrecérselo, Ellie se lo entregó al jinete que aguardaba.

El muchacho miró al hombre con resentimiento. Pero tras una confrontación silenciosa que duró casi un minuto, al fin extendió la mano para demandar el chocolate. Entonces Wyatt lo cogió por el brazo y lo izó hasta la montura. Luego, le entregó el dulce como recompensa.

Al abandonar el fuerte, solo y desarmado, Wyatt fue consciente de la arriesgada situación a la que se exponía. Una formación de treinta guerreros lo observaba con recelo. En medio del conjunto, y algo adelantado al grupo, un hombre que destacaba de los demás lo estudiaba. Se trataba de Flecha Rota.

Al ver a su padre, Cuervo comenzó a retorcerse y gritar:

—*¡Nos! ¡Nos!* —El pequeño intentó descender del caballo, pero Wyatt se lo impidió—. *¡Nooos!*

Al ver que el niño se movía con fiereza, Flecha Rota abrió los ojos, sacudido por la sorpresa de ver a su hijo con vida. De inmediato, taloneó a su caballo y comenzó a cabalgar en dirección al comandante. Wyatt no supo si el hombre planeaba atacarlo o si solo se estaba acercando, pero decidió correr el riesgo y prosiguió dirigiendo a su caballo hacia el encuentro con el cacique. El militar y el jefe indio achicaron la distancia que los separaba, hasta encontrarse frente a frente. Entonces, Wyatt levantó la mano derecha y se tocó el pecho.

—*Pasigwin...*, me honra tu presencia. Soy el capitán John Wyatt, el nuevo comandante de este fuerte, y te doy la bienvenida. *Gagakshi* sufrió un accidente del que yo fui testigo. Se encontraba en grave estado y lo traje aquí para que mi esposa, la *mshkuke'wnene*, lo atendiera. Ahora está bien, aunque su pierna se ha roto a causa de la caída. Nuestra médica afirma que curará en cuatro cambios de luna.

Flecha Rota escuchaba las palabras del capitán, con el rostro enjuto y la mirada desafiante. Así permaneció unos segundos, que a Wyatt le parecieron interminables. Por fin, habló:

—*I gweyen*. Gracias por salvar a mi hijo, capitán John Wyatt. He contraído una deuda de vida contigo.

Y, sin agregar más, colocó su caballo al lado del de Wyatt, tomó al niño y lo montó en el lomo de su animal. Luego, miró al comandante y levantó la mano derecha en un gesto de saludo, para luego hacer girar el caballo y salir al galope. Los treinta guerreros lo siguieron de inmediato.

Al aplacarse las últimas motas de polvo que levantó el grupo en retirada, Wyatt volvió la vista hacia la torreta de vigilancia e hizo una seña al teniente

Collins: los soldados debían cesar el estado de alerta y retomar sus actividades cotidianas. Un segundo después, sonó el clarín de Sissle y casi se oyó el suspiro de alivio que emitieron las almas que confiaban su seguridad a la doble empalizada del fuerte. El peligro, al menos por el momento, había pasado.

El sol de la tarde palidecía, marcando el fin de un día muy ajetreado.

—Señora Foley —saludó el teniente Collins a la mujer que descansaba junto a su bebé en la galería de la barraca—, qué sorpresa verla aquí afuera. Me alegra que se esté recuperando tan pronto.

La mujer elevó la mirada hacia al hombre que casi nunca hablaba y a quien jamás había visto sonreír, pero que siempre se había mostrado respetuoso y amable con ella.

—Muchas gracias, teniente. Aún me encuentro muy cansada; pero necesitaba salir para tomar un poco de aire fresco.

Collins comprobó que Miriam todavía estaba algo pálida pero, aun así, su rostro comenzaba a recuperar el aire sereno de años atrás.

—La señora Wyatt pasó por aquí temprano —siguió Miriam—. Y como me vio muy bien, me recomendó salir un momento para distraerme.

—¿Cómo se encuentra la niña?

—Ella está muy bien. Hasta le diría que tiene mucha más energía que yo. Espero que su llanto no lo haya despertado por la noche. Siendo usted nuestro único vecino en la barraca, no puedo más que disculparme por el alboroto que estamos causando.

—No me molesta en absoluto, pierda cuidado. ¿Puedo cargar a la pequeña? —preguntó el oficial, dejando en el suelo el paquete que sostenía.

Miriam se mostró sorprendida por aquella extraña petición. La mayoría de los hombres no solía interesarse por las criaturas, menos aún por las que no

eran suyas.

—Claro... —respondió.

Collins tomó a la pequeña y la apoyó contra su pecho.

—¿Le gustan los niños, teniente?

—Mucho —dijo él—. Soy el mayor de ocho hermanos, por lo que estoy acostumbrado a tenerlos alrededor.

—¿Y nunca pensó en tener hijos? —se interesó Miriam—; no tengo dudas de que sería un buen padre.

Collins guardó silencio un momento, y pareció que la sonrisa que le dedicaba a la niña se había ensombrecido.

—Mi mujer murió de parto tres meses antes de radicarnos en este fuerte. Yo había recibido la asignación para servir aquí y estaba esperando a que naciera mi hijo para mudarme con mi familia, cuando ocurrió aquello. El pequeño tampoco logró sobrevivir.

—Oh, lo siento mucho... —expresó Miriam—. Lamento su terrible pérdida y le pido disculpas si le he preguntado algo inconveniente. No ha sido mi intención.

—Lo sé, no se preocupe. Yo no suelo hablar mucho sobre mi persona, por lo que usted no podría haber sabido nada acerca de mi historia. Tenga, la niña se ha dormido.

Cuando Miriam tomó a la criatura en brazos, Collins volvió a levantar el paquete que había apoyado en el suelo.

—Le he traído mantequilla y queso desde la granja de los Barrymore —explicó—. Salí del fuerte para comprar algunas cosas para mí y, como ya estaba allí, bueno..., pensé que apreciaría estos productos...

A Miriam no le pasó por alto que el oficial no llevaba más que un envoltorio destinado a ella, y que no parecía haber hecho compra alguna para sí. Aquello le pareció extraño, pero no lo mencionó.

—Se lo agradezco mucho, oficial. Hace tiempo que no cuento con esos productos en mi cocina. He salido rara vez en los últimos años, por lo que no he tenido oportunidad de conseguirlos.

Collins carraspeó, como si no estuviera seguro de pronunciar las palabras que pensaba decir a continuación.

—También le traje otra cosa... Se trata de unos caramelos de melaza, especiales, que la granjera prepara solo para mí. Pensé que quizá le agradarían...

—Le agradezco mucho que los haya traído.

—¿Desea que lleve adentro el paquete con los víveres?

—No se preocupe. La señora Merrit llegará en cualquier momento. No me ha dejado sola ni un instante desde que la niña nació. Así que cuando ella venga le pediré que lleve los productos a la cocina.

—Bien, debo regresar a mi puesto. Si usted está de acuerdo, yo podría traerle leche fresca cada mañana. Duermo muy poco, por lo que no tendría inconveniente en salir un momento antes de que las actividades militares comiencen.

—No quisiera robarle tanto tiempo, teniente, usted está tan ocupado...

—Será un placer servirle —afirmó él, bajando los escalones y dirigiéndose al patio.

Después de unos pasos, Collins se volvió, como si hubiera olvidado decir algo.

—Y, señora Foley, si necesita mi ayuda, a cualquier hora del día o la noche, por favor, búsqume. Me encuentro a solo un corredor de distancia. Y estaré honrado de ponerme a su disposición.

Miriam vio alejarse al único hombre que había sido amable con ella en toda su vida. Su padre la había maltratado desde muy pequeña y su marido había comenzado a golpearla pocos meses después de que se casaran. Pero ahora, aparecía aquel agradable teniente y le ofrecía su asistencia. Aquella nueva sensación de ser respetada y atendida resultó un bálsamo para su alma maltrecha.

Esa misma noche, después de abrazar una vez más al hijo que creyera muerto, Flecha Rota besó a su mujer y abandonó la calidez de su vivienda. Sin más compañía que la de su alma, se internó en el bosque, cruzó el arroyo y subió a la cima de una colina no muy alta. Allí encontró la paz que buscaba.

El único sonido que se escuchaba, imponente, era el ulular del viento que impactaba en el rostro del cacique, ondulando sus largos cabellos y moviendo las plumas de águila que le adornaban la cabeza. A ese bramido se entregó el

hombre, en su búsqueda de respuestas sobre cómo obrar a partir de lo que ocurriera aquella tarde. Sabía que su vida y la de los suyos no sería la misma después de que Wyatt y su mujer salvaran la vida de *Gagakshi*.

Sentado sobre la piedra desnuda, Flecha Rota cerró los ojos para volver la mirada hacia el centro de su alma. En ese estado de quietud, agradeció al Gran Espíritu que su hijo estuviera con vida. Jamás había sentido un dolor más desgarrador que el de creer muerto a su primogénito. Y su reconocimiento a la magnificencia del Creador era más grande que nunca.

Con la sensación de encontrarse conectado con el todo absoluto, Flecha Rota se llenó de la imagen de un cielo tachonado de estrellas y se concentró en recordar su encuentro con el jefe del fuerte. Las imágenes llegaron a él sin dificultad, como si de nuevo tuviera al comandante frente a él. Entonces, cerró los ojos, llenó los pulmones del hálito del viento y le habló al Creador de todas las cosas:

—Gran Espíritu, hacedor de todo, te agradezco que depositaras a mi hijo en las manos de dos personas bondadosas. Siento que he recibido una señal tuya al cruzarse ellos en mi camino..., pero temo equivocarme y arriesgar las vidas de los que amo y que de mí dependen. Necesito tu consejo, para saber si he de confiar o no en el capitán Wyatt y su curandera. Déjame saber...

El cacique repitió una y otra vez la última frase, hasta que las palabras dejaron de tener sentido para él. No era consciente de las sensaciones de su propio cuerpo, sino tan solo de la reverberación de las sílabas en los recovecos de su mente. Cuando casi se perdía a sí mismo, sumido en aquella especie de trance, el viento cesó y el silencio se apropió del bosque. Entonces, el graznido de un cuervo desgarró la quietud. El ave cantó durante un momento y, cuando al fin calló, volvió a oírse el silbido de una suave brisa.

Para Flecha Rota la señal era inequívoca: el Gran Espíritu había hablado. Y lo había hecho a través de la voz del ave que le diera nombre a su propio hijo. No había duda alguna, el Creador de todo le estaba diciendo que podía confiar en el capitán blanco y en su mujer.

CAPÍTULO 11

Callahan eligió el momento previo al amanecer para escabullirse hasta la base de la torreta norte y hablar con Foley a través del hueco en la pared de troncos. Tratando de no emitir ningún sonido delator, susurró:

—¡Capitán Foley! ¿Está ahí?

—¿Y a dónde podría ir, imbécil? —replicó el otro, con la voz abotagada por el sueño—. ¿Me traes buenas noticias? ¿Has reagrupado a mis hombres?

Callahan no quería decirle al excomandante que ya no había cosa tal como «sus hombres», pues la gran mayoría de aquellos que lo siguieran ya ni se acordaban de que Foley existía y estaba preso en el fuerte.

—Estoy en ello... —mintió, con el descaro de quien necesita ganar tiempo para no morir en un acto de sinceridad suicida.

—Bien, necesito que me saquen de aquí pronto, porque no toleraré mucho más este encierro —respondió Foley, furioso—. Ahora dame novedades... ¿Qué ha estado ocurriendo? Ya no se oyen martillazos como hasta hace pocos días. ¿Acaso Wyatt se quedó sin recursos y ya detuvo las tareas de reparación del fuerte?

—Oh, no. Ya hemos terminado de hacer todo, señor —Callahan comenzó a enumerar, utilizando sus dedos para guiarse—: reforzamos la doble empalizada, reparamos los tejados y los pisos, arreglamos los muebles más viejos. Y hasta los soldados rasos ahora tienen camas y colchones nuevos. También se reacondicionaron las cocinas y los comedores comunes de las barracas, y los cocineros preparan alimentos para que todos comamos allí. Es agradable reunirnos todos por las noches. Qué pena que no se nos ocurrió antes, ¿no? Y ahora mismo estamos trabajando la tierra en la explanada frontal del fuerte para plantar árboles frutales. Quedó todo muy bonito, capitán, ojalá usted pudiera verlo...

Los dientes de Foley rechinaban de tal modo que parecía que en cualquier momento se romperían, como si estuvieran hechos de tiza.

—¡Ah! —continuó Callahan, sin perder el buen ánimo— y lo más

importante, capitán: ¡usted ha sido padre! Le doy mis felicitaciones, aunque sea a través de este hueco. Tres días atrás, su esposa dio a luz a una niña.

—¿Una maldita hembra? —escupió Foley—. ¡Ni siquiera eso pudo hacer bien esa imbécil!

—El parto fue muy difícil, capitán —siguió el otro—, pero dicen que la nueva doctora las salvó a las dos. La señora Merrit está cuidando a su esposa, hasta que ella se recupere. Y el teniente Collins le trae comida desde la granja; así que no se inquiete, pues ni a su esposa ni a la niña les faltará nada mientras usted esté aquí.

Si el cerebro de Foley no hubiera estado contenido en su osamenta, trozos enteros de su sesera hubieran ido a decorar las paredes de la celda. Miriam había tenido a una hija, en lugar de darle un primogénito varón. Y como si eso no fuese suficiente, el infame de Collins, aquel idiota remilgado con ínfulas moralistas, lo exponía al escarnio al ponerse al servicio de su esposa. Era increíble: además de verse degradado y encarcelado, ahora, gracias al maldito Collins, Foley sentía que un nuevo rango le había sido asignado: el de cornudo. Sin poder refrenar la furia que lo invadía, el antiguo comandante descargó un puñetazo en la pared de la celda, al tiempo que gritaba como un poseído:

—¡Maldita sea mi suerte! ¡Voy a asesinarlos a todos!

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz, desde la torreta de vigilancia—. ¡Identifíquese!

Para disimular su presencia en aquel rincón oscuro, Callahan no tuvo mejor idea que imitar el sonido del cardenal, que más bien sonó como un graznido aullado. Luego hizo silencio y oyó que, desde arriba de la torreta, un guardia le decía a su compañero:

—Por Dios, Davies, alguien debería librar a ese pobre pájaro de su sufrimiento. Debe haber sido masticado y escupido por un zorro, o algo peor...

Luego se oyeron unas risas y, de nuevo, silencio.

Sabiendo que se arriesgaba a terminar conversando con Foley de celda a celda, Callahan se escabulló en dirección a su barraca. Debía meterse en la cama antes de que la diana sonara y sus compañeros de dormitorio no lo encontraran acostado allí.

La madrugada encontró al capitán y a Victoria acurrucados en la angosta cama que él ocupaba cada noche. Ella dormía con la cabeza apoyada sobre el pecho desnudo de su esposo, que se encontraba despierto. Despacio, él ajustó el brazo con el que sostenía la espalda de su mujer, para apretarla más contra su torso. Cuando ella sonrió y murmuró su nombre entre sueños, él comprendió el significado absoluto de la palabra *felicidad*.

—Señora Wyatt, ya casi es de día... —susurró.

—Despiértame cuando estemos de vacaciones... —dijo Victoria, y se cubrió la cabeza con la sábana.

—Deberías haberte casado con un lord inglés —expresó él, divertido—. Dicen que no hacen nada en todo el día y que sus esposas dedican su tiempo solo a empolvase la nariz.

Victoria asomó la cabeza desde debajo de la sábana y le sonrió a su marido.

—¿Y perderme la diversión de vivir en un fuerte militar, habitado por soldados díscolos, en plena sequía y sin saber si entraremos en batalla en algún momento? —rió—. Ni por todo el oro del mundo. Me quedo aquí, contigo.

El comandante no pudo evitar reír. Con cariño, le dio el primer beso del día a su mujer y se levantó para comenzar la jornada. No recordaba ninguna época de su vida en la que se hubiera sentido tan bien como aquella mañana.

El día trajo novedades alentadoras. Mientras el comandante pasaba revista, uno de los guardias bajó de la torreta para hacerle saber que un jinete indio se aproximaba.

—¿Pudo reconocer de qué tribu es? —preguntó Wyatt.

—Sí, señor. Es el cacique que se presentó como Flecha Rota.

—Bien. Puede retornar a su puesto. ¡Erwing!

—¡Sí, comandante! —gritó el aludido.

—Abra el portón de par en par. Se acerca una visita importante.

—¡Sí, señor!

Cuando Wyatt llegó a la explanada del fuerte, divisó a Flecha Rota, que permanecía montado en su caballo, a unos diez metros de la entrada. De inmediato, caminó hacia donde el jefe se encontraba.

—Bienvenido, *pasigwin* —saludó el capitán—. Me honra tu visita. Permíteme que te conduzca a mi morada y te ofrezca mi hospitalidad.

—Capitán John Wyatt, te saludo y agradezco tu bienvenida. Pero hoy solo he venido para transmitirte mi agradecimiento, a ti y a tu esposa, la *mshkuke'wnene*, por haber salvado la vida de mi primogénito. Nunca olvidaré lo que ambos hicieron por él y por todo el clan.

—*Pasigwin*, agradezco tus palabras.

El cacique desmontó y comenzó a soltar las cuerdas de un enorme paquete que traía en el anca del caballo:

—Los miembros del clan del Águila Gris te envían regalos de agradecimiento, por haberles devuelto a *Gagakshi* sano y a salvo. Te ruego que los aceptes.

El comandante tenía experiencia tratando con nativos de diversas tribus y sabía que no recibir aquellos presentes representaría una afrenta para todo el clan.

—Los acepto y los agradezco, en nombre de mi esposa y mío.

El cacique asintió, complacido.

—Mi pueblo te envía pieles de búfalo. El Gran Espíritu ha predicho un invierno muy crudo, y debes estar preparado. Este abrigo te servirá.

—*Pasigwin* —dijo Wyatt—, me honra recibir estos valiosos presentes. Los acepto con el deseo de que pronto seamos aliados, e incluso amigos. Quiero que sepas que eres bienvenido en este fuerte, tú y todos los miembros de tu clan. Y si algo puedo hacer por tu gente, no tienes más que hacérmelo saber.

Flecha Rota se llevó la mano derecha al pecho:

—El clan del Águila Gris también aguardará tu visita, capitán Wyatt. Si cabalgas hacia la puesta del sol encontrarás un arroyo. Síguelo hacia el sur y hallarás nuestra aldea. Tú y tu esposa serán bienvenidos.

Sin agregar nada más, el jefe montó su caballo y galopó en dirección al oeste.

Gladys se encontraba sentada en la galería frente al edificio del hospital, cuando vio aproximarse al comandante. El hombre estaba tan feliz que la nana no pudo evitar esbozar una sonrisa de simpatía.

—Buenos días, Gladys —saludó Wyatt—. ¿Cómo va todo por aquí?

—Pues bastante bien, señor capitán. Salvo por el doctor Thorpe, que me hace traerle el almuerzo y luego me tiene aquí esperando. Pero perdone mis quejas, usted no tiene la culpa de que ese viejo sea tan desconsiderado. ¿Busca a Victoria?

—Así es. ¿Está en el consultorio?

—No, pero ahí viene. La mandé a casa a comer algo, porque desde ayer anda con la cabeza en las nubes y hasta se olvida de almorzar.

—Qué sorpresa encontrarlos aquí conversando —dijo Victoria—. ¿De qué hablaban?

Gladys se puso de pie y bajó los escalones para luego dirigir sus pasos al edificio contiguo.

—¡Hablabamos de que ese viejo desagradecido de Thorpe me tiene esperando desde hace un buen rato! Deberé ir a buscarlo, habrase visto... —se quejó la nana, mientras se alejaba refunfuñando.

Wyatt y Victoria se quedaron solos en el patio.

—Hola, doctora.

—Hola, comandante, ¿has venido a buscarme?

—Sí. Necesito que me revises el ojo.

—Oh, no. ¿Qué tienes? —se alarmó ella—. ¿Te duele? Ven conmigo..., sin instrumentos no podré realizar ningún diagnóstico.

La joven tomó al capitán de la mano y lo hizo entrar en el hospital. Luego cerró la puerta tras ellos y, cuando se disponía a buscar su lente de aumento, el hombre la capturó por la cintura y la atrajo hacia su pecho.

—Te mentí con lo del ojo. Fue un ardid para hacer esto... —y sin permitirle siquiera protestar, la besó con pasión.

Cuando debieron detenerse para volver a respirar, Victoria le reclamó:

—Eres igual de guapo que de tramposo...

—No me arrepiento de nada. Lo haría otra vez. Y lo digo sin un ápice de vergüenza —respondió el capitán, para luego arremeter con un beso que

anticipaba una noche apasionada.

La vida en el fuerte, y en toda la comunidad que rodeaba Patterson, había progresado significativamente. Pero el capitán aún tenía más planes. La siguiente prioridad era establecer una relación fluida con los nativos del área. Y aunque los primeros acercamientos entre militares y los potawatomi habían sido favorables, el vínculo entre Wyatt y Flecha Rota aún era lábil. Por ello, atendiendo a la invitación que le hiciera el cacique, el comandante le propuso a su esposa visitar al clan del Águila Gris, el domingo siguiente.

Victoria no cabía en sí del entusiasmo, por lo que los días hasta el viaje se le hicieron eternos. Ya deseaba que llegara el fin de semana para conocer un asentamiento potawatomi. Estaba particularmente interesada en encontrarse con la curandera, así como con el chamán. Sabía que tenía mucho que aprender de ellos. Pero no era ese su único anhelo; también deseaba reencontrarse con el niño que albergara pocas semanas atrás en el hospital, y del que se había encariñado.

El domingo al fin llegó y, antes de que el sol naciera, los Wyatt montaron sus caballos para seguir la senda que les indicara Flecha Rota. Después de dos horas de cabalgata tranquila, atravesando la pradera y sorteando bosquecillos de arces, Victoria y el capitán vislumbraron la cinta de agua que los guiaría en dirección sur. Desde allí, cabalgaron al paso por una angosta senda que surcaba el arroyo. Como el espacio era muy reducido, los jinetes marchaban en fila con el comandante a la cabeza. De pronto, de un tupido matorral surgieron cinco guerreros potawatomi, que interceptaron a la pareja. Armados con afilados cuchillos y pesados *tomahawks*, cerraron el paso a los viajeros y comenzaron a rodearlos, mientras les hablaban en su idioma, con gesto amenazante.

Victoria no podía comprender lo que su marido les respondía, pues también hablaba en el idioma algonquian. Y aunque el capitán usaba un tono conciliador, ella pudo percibir su inquietud. Los nativos podían ser muy

peligrosos cuando percibían una amenaza para los suyos; y aquellos cinco parecían realmente poderosos. Pero tras unos momentos de suma tensión, el líder del grupo les habló a los otros, mientras señalaba a Wyatt y a Victoria. Aparentemente, los había reconocido. De inmediato, los rostros de los guerreros se relajaron y uno de ellos hizo un ademán a los viajeros, indicando que pasaran.

Unos cientos de metros más adelante, apareció ante los Wyatt la aldea liderada por Flecha Rota. Las chozas estaban situadas formando un círculo muy amplio, en cuyo centro crepitaba un gran fuego sobre el que hervía el contenido de varias ollas. Alrededor de la hoguera, trabajaban unas quince personas. Cuatro mujeres se inclinaban sobre morteros fabricados con piedra y trituraban granos hasta volverlos harina. Otras cinco tejían en grandes bastidores y, unos metros más allá, un conjunto de muchachas de entre diez y doce años atendían a los niños más pequeños, para evitar que interrumpieran la labor de los adultos. Solo tres hombres se encontraban allí, sentados sobre un cuero de búfalo, lijando la madera del costado de una canoa.

El ruido de cascos alertó a los trabajadores sobre la llegada de los forasteros. Los Wyatt desmontaron y permanecieron de pie junto a los animales, sin atravesar la cerca. Habían acordado aguardar a que alguien se aproximara para darles la bienvenida, pero nadie se movía de su lugar. Fue un grito infantil lo que rompió el tenso silencio:

—*¡Gises mshkuke'wnene!* —Cuervo casi corría en dirección a Victoria, desafiando la lesión que limitaba sus movimientos—. *¡Bohzo!*

—*¡Bozho, Gagakshi!* —saludó ella.

Al observarlo, notó que el niño aún llevaba la carcasa de corteza que le colocara para inmovilizar su pierna lastimada. Aun así, se movía con bastante facilidad, evidenciando que había llegado el momento de liberarlo de aquel soporte. Para sorpresa de Victoria, el hijo del cacique la tomó de la mano y casi la arrastró al interior de la aldea. Quería mostrarles a todos que era buen amigo de aquella curandera tan poderosa.

—*¡Nos! ¡N'gye!* —Cuervo llamó a sus padres, mientras todos los habitantes del clan comenzaban a abandonar sus viviendas.

Alertados por los gritos de su hijo, Flecha Rota y su esposa al fin aparecieron.

Victoria pensó que Cisne era una de las mujeres más bellas que jamás había visto. A pesar de que mostraba un embarazo avanzado, su pose era gallarda y su cuerpo proporcionado. Sus pechos llenos, prestos a alimentar al

pequeño que anidaba en su vientre, estaban apenas cubiertos por varias hileras de collares en las que se intercalaban cuentas coloridas. Ayudada por el cacique, que oficiaba de traductor, Victoria pudo intercambiar algunas frases con su anfitriona:

—*Mshkuke'wnene*, mi esposa te da la bienvenida a nuestro hogar — expresó Flecha Rota—. Ella te agradece que salvaras la vida de *Gagakshi*.

Victoria esbozó una sonrisa, que fue retribuida por la hermosa mujer.

Tras compartir la comida con Flecha Rota y Cisne, Victoria pasó la tarde en compañía de las mujeres potawatomi. Ella había llevado un broche de plata para la esposa del cacique, además de bollos y golosinas para todos los miembros del clan.

Más tarde, Victoria y Lechuza, la curandera de los potawatomi, se ocuparon de retirar la estructura de madera y cuero de la pierna de Cuervo. La joven cortó las bandas y la anciana restregó en la piel de *Gagakshi* un ungüento de olor dulzón, que reactivaría el funcionamiento del miembro lesionado. Dada la curiosidad de Victoria por conocer las propiedades de aquel preparado, la anciana le enseñó la receta y, además, le obsequió con una pequeña vasija conteniendo el aceite sanador.

Con la pierna liberada de su prisión, el pequeño Cuervo comenzó a moverse poco a poco, visiblemente feliz por recuperar la plena movilidad. Para *Gagakshi*, era fundamental desenvolverse con normalidad, para montar, correr y, sobre todo, cazar. De no haberlo podido hacer, su paso a la masculinidad adulta se habría visto seriamente comprometido.

En la vivienda del jefe, el comandante y Flecha Rota conversaban, mientras fumaban pipa. Después de un largo rato hablando, descubrieron que a ambos les preocupaban las mismas cosas: la posibilidad de una guerra con el hombre blanco, la amenaza de tribus disidentes y la sequía, que ya se estaba prolongando más de lo normal, amenazando a la cosecha que permitiría sobrevivir al invierno.

Al fin llegó el atardecer, y fue tal la insistencia de los habitantes de la aldea para que los Wyatt se quedaran a compartir la cena, que el capitán y Victoria no pudieron más que aceptar. Se sentían muy a gusto y agradecidos por la hospitalidad de los potawatomi. Al terminar la comida, los Wyatt se dirigieron a la vivienda que ocupaban Flecha Rota, Cisne y *Gagakshi*. Allí pasarían la noche, recostados en suaves pieles que los anfitriones dispusieron para los visitantes. Así, al calor del contacto mutuo, ambos se entregaron al sueño.

Era medianoche cuando el teniente Collins miró su reloj de bolsillo. Inclinado sobre el escritorio que tenía en su hogar, el tiempo había pasado volando. Sabía que dentro de cinco horas sonaría la diana y contaría con un puñado de horas para descansar. Al menos, se consoló, había logrado completar el informe que entregaría al comandante cuando él regresara de su visita a los potawatomi.

La lámpara ubicada a su diestra revelaba su rostro concentrado y guiaba la pluma que, con trazos certeros, plasmaba acontecimientos en el papel. Como un velo que se desvanecía en los rincones más oscuros del espacio rectangular, la luz se posaba sobre el escaso mobiliario dispuesto en la sala comedor: la pequeña mesa, la silla situada frente a ella y el sillón orejero junto al que se había dispuesto una banqueta.

Cualquier observador hubiera comprobado que cada palmo de aquella habitación era tan austero y pulcro como su único habitante. Incluso ataviado informalmente, con pantalón y camisa, Collins parecía listo para liderar un desfile militar.

Aunque el sueño se le resistía, el teniente evaluó que ya era hora de ir a la cama. Con cuidado, limpió la pluma que había estado utilizando y se aseguró de tapar bien el tintero. Estaba a punto de ponerse de pie cuando unos tímidos golpes sonaron en la puerta. Alertado por la posibilidad de que algo estuviera ocurriendo en el fuerte, se apresuró a abrir.

Grande fue su sorpresa al descubrir que, de pie frente a él, se encontraba la última persona que hubiera esperado ver.

—Señora Foley...

—Teniente, lamento molestarlo a esta hora de la noche —dijo ella, apretando las solapas de su sencillo *déshabillé*—. No sabía a quién recurrir...

—¿Ha sucedido algo? ¿Se trata de la niña?

Miriam asintió en silencio.

—Ha llorado durante horas y su rostro se ha puesto morado. Y como así estuvo cuando nació, me he angustiado y no sé qué hacer. No ha querido comer... Me temo que podría estar enferma. Ojalá la señora Wyatt estuviera aquí —se lamentó la mujer.

—Aguarde —pidió él y tomó la lámpara que estaba sobre la mesa—. Antes de ir por ayuda, me gustaría ver a la niña. No sé sobre medicina, pero he visto crecer a siete hermanos pequeños y quizá pueda ayudar en algo.

La duda asaltó a Miriam ante aquella petición, pues no se le ocurría nada más inapropiado que el hecho de que un hombre entrara en su casa, en medio de la noche y en ausencia de su esposo. Pero era tal su desesperación que se decidió a ignorar las reglas del decoro y condujo al militar hasta su hogar. En silencio, Collins y la mujer recorrieron el oscuro corredor que atravesaba la barraca de los oficiales y comunicaba las únicas dos viviendas habitadas. Habían caminado pocos pasos, cuando el teniente oyó el llanto de la criatura.

—Está en mi cuarto —indicó Miriam, atravesando la puerta que dejara abierta—. Pase por aquí, por favor.

Junto a la cama, se hallaba la cuna de la niña doliente. Tras dedicar una mirada atenta a la carita violácea por el llanto, Collins dejó su lámpara y cargó a la criatura en brazos. Lo primero que hizo fue palparle la frente para comprobar que no tuviera fiebre y luego, suavemente, la depositó sobre el lecho de su madre.

—Bien, ahora haré lo que solía hacer mi abuela en casos similares —dijo el hombre, sosteniendo la cabeza de la niña, para luego frotarle la barriga—. Veremos si esto la calma.

Al comienzo pareció que los esfuerzos de Collins eran en balde, pues la criatura comenzó a gritar con mayor ímpetu. Pero, a poco a poco, sus berridos se volvieron sollozos entrecortados, luego hipos y, al fin, la pequeña dejó de llorar. Todo el cuerpo de Miriam se aflojó por el alivio.

—Mi abuela decía que a los bebés se les hincha el vientre y que la molestia los altera —explicó Collins, volviendo a cargar a la niña en brazos

—. Creo que ya se encuentra mejor...

—Es admirable que usted siempre encuentre una solución a todos los problemas, oficial —dijo Miriam—. Incluso en situaciones como esta.

—No me dé demasiado crédito —pidió él, restando importancia al asunto—. Estoy lejos de ser un experto, pero mis hermanos padecieron casi todas las dolencias típicas de la niñez, y mi abuela contaba con varios trucos para aliviarlos. Por suerte para su hija, yo recuerdo uno de ellos.

Los ojos de la joven brillaban de gratitud.

—Teniente, estoy tan agradecida por su ayuda que no sé qué decir... —susurró.

—Es un privilegio ponerme a su disposición. Señora, yo... —En ese instante el hombre vaciló, fracasando en su esfuerzo por encarcelar las palabras que callara durante tanto tiempo—. Yo quisiera hacer más por usted y por la niña, ofrecerles mi protección y los cuidados que merecen. Ojalá las circunstancias me permitieran...

—No diga más, por favor... —rogó ella—. Lo lamento mucho. No sabe cuánto lo siento... Es usted el hombre más bueno y generoso que conozco. Y si yo fuera libre...

Miriam no pudo terminar aquella frase, pues la angustia que la invadía anudó sus cuerdas vocales. Una lágrima rodó por su mejilla.

Al verla, el teniente extendió la mano para secarla con dulzura. Había amado a esa mujer desde el día que la conociera. Ahora la tenía frente a él, tan cerca y, a la vez, inaccesible.

—Debe irse ahora... —solicitó ella.

El hombre asintió en silencio y luego desapareció por la puerta. Atada a un matrimonio infernal, y consciente de la pérdida a la que habría de resignarse, Miriam se obligó a no dar rienda suelta a su dolor.

Un rasguño, apenas, en la asfixiante oscuridad. Un crujido mínimo y unos golpes casi imperceptibles contra los troncos. «Ratas inmundas», masculló

Foley entre sueños, apretujando el trapo mugriento que le servía de almohada. Entonces, nuevos arañazos rasgaron el silencio y él irguió la cabeza, irritado. Estaba harto de las alimañas que cada noche se escabullían para rapiñar los restos de su cena.

Pero las ratas no susurraban, y cuando al crujido de la madera se le sumó el murmullo de una voz, el presidiario supo que los roedores no eran sus únicos visitantes.

—Aquí tiene lo que me pidió, señor... No puedo hacer más, lo siento... — se oyó murmurar a Callahan.

El ruido de algo pesado impactando en el suelo rompió el silencio de la celda. Ese sonido, imperceptible para cualquier otra persona, hizo que Foley abandonara el jergón.

Arrodillándose junto a la pared que daba al exterior, reptó en su búsqueda desesperada del objeto que oyera caer. Sus dedos aferraron tierra, cucarachas muertas y desechos de rata; pero no dieron con lo que anhelaba hallar. Estaba a punto de rendirse, cuando se le ocurrió hurgar en la estrecha depresión en donde la madera se clavaba en el suelo. Fue en uno de esos angostos surcos donde sus yemas palparon una superficie dura y fría: el perfil de un punzón. Casi lanzó un alarido triunfal, pero se contuvo y hundió los dientes en los labios resecos, para no reír a carcajadas, como un demente. No era el cuchillo que esperaba, pero ese objeto aguzado resultaría igualmente letal.

—Despídanse malditas —les susurró a las ratas—. Pronto me largaré de aquí.

A las once de la mañana siguiente, Victoria y el capitán llegaron a Patterson, acompañados por un potente viento. Ambos tenían tareas atrasadas que realizar, por lo que Victoria se dirigió al hospital y Wyatt decidió ir a revisar cómo marchaba la reconstrucción de algunos de los edificios que rodeaban el fuerte, tarea que había sido encargada al sargento Merrit.

Cuando el capitán llegó a uno de los edificios en reparación, aquel en el

que había funcionado la posta del enviado del gobierno, se encontró con el sargento.

—¡Buenos días! —saludó.

—¡Señor! —Desafiando la potencia del ventarrón que insistía con detener su paso, el hombre avanzó hacia donde desmontaba su superior.

—¿Cómo ha ido todo en mi ausencia? —se interesó Wyatt—. Aún no he tenido la oportunidad de ver al teniente Collins.

—Sin novedad, señor. Espero que su visita a la aldea potawatomi haya sido como usted esperaba.

—Ha superado mis expectativas, en realidad. —El comandante dirigió la mirada hacia las ruinas calcinadas del edificio—. ¿Cómo van los planes para reconstruir esta estructura? El nuevo funcionario no debería tardar más de un mes en afincarse aquí. Y sería bueno que, en cuanto llegue, se aloje en su propia vivienda.

—La tarea de remover escombros ha sido complicada, pero ya estamos casi listos para empezar a construir. Hemos tenido que retirar capa por capa de material quemado, desde el tejado hasta los suelos.

—¿Ha podido determinar en qué lugar se inició el incendio?

—Estoy seguro de que fue en varios puntos de la base del edificio. Y desde el exterior. Tal como si alguien...

—Como si alguien hubiera incendiado adrede la estructura —el capitán completó la frase.

Merrit asintió y agregó:

—Y hay algo más. Encontramos las dos pistolas calcinadas dentro de la casa. Sin duda, pertenecían al empleado. Eso es extraño, pues de acuerdo a las versiones del teniente Foley, el día del incendio el hombre había salido a entrevistarse con los nativos... y jamás regresó. Si me permite el atrevimiento, señor, lo que yo pienso es que ninguna persona en su sano juicio emprende semejante viaje sin sus armas.

—Coincido con usted —afirmó Wyatt.

—Ese día no solo se quemó la posta del gobierno; también ardió la casa que está junto al río. El viento era tan intenso como hoy. Y los pastos estaban tan altos y resecos que pocos minutos pasaron antes de que el fuego avanzara. La vivienda se derrumbó en pocos minutos, sin que pudiésemos hacer nada para evitarlo.

En aquel momento, una violenta ráfaga arrancó de las manos de Merrit las notas que sostenía, obligándolo a correr tras ellas. Wyatt dirigió su mirada

hacia el sur, con la esperanza de detectar nubes que calmaran la sed de la pradera. Pero sus ojos solo encontraron cielo azul y una extensión infinita de vegetación reseca. Tras varias semanas de inmisericorde sequía y de la impiadosa tiranía del sol estival, el vergel que solía circundar Patterson se había convertido en un pajonal.

El comandante recorrió con la vista la explanada que unía el fuerte con las granjas. Y mientras observaba, cobró conciencia de que, en esas condiciones, una sola lengua de fuego bastaría para arrasarlo todo.

Por la tarde, las ráfagas se volvieron más intensas y la temperatura se elevó tanto que hasta los animales salvajes se refugiaron en sus guaridas. Cada pocas horas, el comandante trepaba la torreta sur y oteaba el horizonte. Nubes pardas enturbiaban el ambiente, pero no tenían ni la forma ni el color de aquellas que podían traer el consuelo del agua. Solo acarreaban vahos de arena que lo cubrían todo con una pátina amarillenta.

A las siete de la tarde, el viento se enfureció aún más. Los tejados comenzaron a gruñir, la doble empalizada a vibrar y la bandera debió ser arriada para evitar que las ráfagas la reclamaran.

—Nunca te había visto tan preocupado —le dijo Victoria al hombre silencioso que cenaba junto a ella.

El comandante sonrió y extendió la mano para tomar la de su esposa.

—Es solo cansancio —respondió—. Lamento estar abstraído esta noche.

El hombre evitó dar detalles, pues a pesar de la ansiedad que lo invadía, se había propuesto no transmitirle a su mujer los catastróficos vaticinios que se sucedían en su mente.

Ella ladeó la cabeza y entrecerró los ojos.

—Mientes —lo acusó, en tono de broma—. Me has dicho la primera mentira desde que nos casamos.

El comandante rio, sabiéndose descubierto.

—No es posible engañarte, ¿verdad?

—No.

—Estoy algo inquieto, sí. Porque a pesar de todos los planes que he trazado para minimizar los riesgos que pesan sobre el fuerte y los vecinos, no logro apaciguar mis pensamientos. Supongo que es... —a Wyatt le costó encontrar las palabras para terminar la frase—. En realidad no lo sé.

—Lo imprevisible —completó ella—. Te abrumba lo que no puedes controlar.

El capitán esbozó una amarga sonrisa y asintió. Victoria acababa de descubrir un punto débil de su carácter.

—Y ese no es el peor de mis defectos. Te prometo que irás descubriendo muchos más con el tiempo —señaló él.

En lugar de agregar palabras vanas a aquella conversación, la joven abandonó su silla para sentarse en el regazo de su marido. Después de depositar un beso en su sien, le rodeó el cuello con ambos brazos y le susurró al oído:

—Te quiero, comandante. Aun con tus supuestos defectos.

Esa sencilla frase hizo que, durante unos instantes, el bramido del viento no fuera más que un soplo a oídos del capitán. Su mujer había transformado aquel día aciago en uno maravilloso: le había dicho «te quiero» por primera vez.

Harold Foley tomó el punzón que escondía en su cama y lo manoseó con dedos temblorosos. Ese pedazo de metal oxidado se había convertido en todo lo que poseía en el mundo. Aquel sería el instrumento de su venganza, la guadaña que cercenaría el corazón de su enemigo. Por primera vez en todo ese tiempo, no lo irritaron los chillidos de las ratas. Tampoco le molestó la arena que se colaba entre los troncos y se le metía en los ojos. Harold Foley solo se concentraba en una cosa: el grito de triunfo que reverberaba en su cabeza.

El latigazo de un rayo descargó su violencia en la pradera, haciendo que el capitán Wyatt se levantara de la cama antes del sonido del clarín. Había dormido inquieto, despertándose cada pocos minutos, alertado por las ráfagas que producían chirridos en la estructura de troncos. Su único consuelo, en aquellas horas de ansiedad, había sido la tibieza del cuerpo femenino que se refugiaba en su abrazo. Durante esa larga noche, Victoria se había despertado varias veces para besar a su marido y murmurarle entre sueños que todo iría bien.

Tras vestirse, el comandante salió al patio para encontrarse con Collins. La mirada del teniente reflejó la misma preocupación que embargaba al capitán; aquellas condiciones meteorológicas, unidas a la sequía y la caída de rayos sin lluvia, podían ocasionar un desastre.

—¿Cómo va la siega de la explanada? —preguntó Wyatt.

—Anoche se cortaron desde la raíz los pastos que rodean las granjas, y hoy limpiaremos el terreno alrededor del fuerte. Los soldados ya han salido a guadañar y, según mis cálculos, al mediodía habremos ganado unos doscientos metros. Si llegara a iniciarse un incendio, contaremos con algo de tiempo para hacer frente a las llamas.

—¿Conocen los vecinos el plan de contingencia?

—Están preparados para un posible traslado —respondió Collins—. Se les ha indicado tener listos los elementos necesarios para una larga estancia en el claro.

—Mantas, pieles, comida, ropa de invierno... —el comandante repasaba los enseres prioritarios.

—Y tiendas y elementos de cocina. Si usted da la orden de evacuar, ellos engancharán sus caballos a las carretas, liberarán el ganado y partirán de inmediato hacia la vera del lago. Las dunas les ofrecerán algún refugio hasta que pase el peligro.

—Muy bien. Infórmeme cómo se desarrollan las actividades. ¿Se han asegurado los materiales sueltos?

—Sí, señor. Tal como lo ordenó. Hemos asegurado con sogas todos los elementos que podrían ser arrastrados por el viento, para evitar que impacten contra edificios y personas. Los vecinos también han asegurado sus casas,

colocando maderos en las ventanas y puertas secundarias. También lo hemos hecho en los edificios del fuerte —precisó el militar—. En caso de que viento arrecie aún más, tendremos la oportunidad de rescatar la mayoría de nuestros bienes. Pero si el asunto empeora mucho, entonces...

«La tormenta de viento nos arrasará», pensó el capitán.

—Muy bien, teniente. Buen trabajo. Puede continuar con sus tareas. Nos reuniremos al mediodía para discutir los avances.

Collins hizo la venia, giró sobre sus talones y se dirigió al portón de entrada. Por primera vez en mucho tiempo, el soldado Erwing no se encontraba apostado allí. Cada militar y miembro del servicio del fuerte se hallaba en el exterior, segando los altos pastos que rodeaban Patterson y los hogares de sus vecinos.

El cielo se había tornado del color acerado de una bala de cañón. Surcada por innumerables rayos ramificados en hilos luminosos, la atmósfera se jactaba de su inabarcable poderío. Estruendos ensordecedores retumbaban en toda la región, uno tras otro, sin pausa. A Wyatt, esas explosiones le recordaron los bombardeos de la guerra. Pero, a pesar de aquel despliegue, la esperada lluvia no llegaba y los corazones se encogían cada vez que las copas de los árboles se inclinaban, buscando rozar el suelo. Tres pinos se rindieron ante la supremacía del viento y, después de emitir un crujido agónico, se desplomaron con gran estrépito. El más grande de ellos cayó sobre el almacén de los Barrymore, partiendo la estructura en dos.

Hacia el sur, a veinte kilómetros de Patterson, un álamo moribundo fracasaba en resistir el vendaval. Se había entregado a su suerte, incapaz de salir airoso en la injusta lucha que lo enfrentaba al poderío de la tormenta. Pero la naturaleza le tenía reservado un funeral imponente. En medio de aquel caos de truenos, centellas y viento, la cuchillada de un rayo impactó sobre el árbol, transformando su copa reseca en una pira grandiosa. El fuego no tardó en descender por el tronco, hasta llegar a la base para proseguir su camino,

imbatible, hacia la pradera pajosa. Azuzadas por el viento, las llamas volaron hacia el norte, allí donde se erguía el fuerte Patterson.

El guardia que irrumpió en el despacho del comandante olvidó que debía dedicar la venia a su superior. Con el rostro tenso por la ansiedad, informó:

—Humo... hacia el sur.

En silencio, el capitán guardó sus carpetas en un cajón y, tomando un catalejo de la repisa, siguió al centinela al exterior. Su tranquilidad era solo aparente, pues su peor vaticinio se estaba volviendo realidad.

—Busque al teniente Collins —ordenó—. Dígale que lo espero en la torreta sur.

Dos minutos después, Wyatt se encontraba en el tope del puesto del vigía, oteando el horizonte a través del catalejo. Su segundo al mando no tardó en reunirse con él.

—¡Humo, allí! —el comandante debió hacer un esfuerzo para lograr ser escuchado. En lo alto, las ráfagas arrastraban las palabras apenas salían de su boca—. ¡Directo hacia el sur!

Collins tomó el catalejo que el capitán le ofrecía.

—Lo veo, señor. El fuego se dirige hacia aquí a toda velocidad.

—Que Sissle toque la alarma de incendio. Hay que iniciar la evacuación —ordenó—. Quiero que todo el mundo esté tras las dunas en menos de una hora. Y que Masterson y otros cinco hombres vayan granja por granja, auxiliando a los vecinos que necesiten asistencia. Stevens debe reunirse conmigo de inmediato.

—Sí, señor —respondió Collins.

—Los soldados que no estén asignados a la evacuación deberán ir al río y cargar agua en los barriles. Luego formarán una línea de cubetas que comience en el mismo río y finalice en la línea de las primeras granjas que puedan ser alcanzadas por el fuego. Formaremos una cadena humana para combatir las llamas. Después de la evacuación, todos los hombres saludables, militares y

vecinos, deberán dirigirse a la explanada. Y una cosa más: los dos guardias que custodian a Foley deben atarlo a una de las carretas que transportan materiales y no perderlo de vista en ningún momento. Lo quiero lejos de las personas.

—Así se hará, comandante.

Collins abandonó la torreta presuroso.

El capitán volvió a concentrarse en las imágenes que veía a través del catalejo, y un velo de preocupación obnubiló sus pensamientos. Las llamas no solo se acercaban a Patterson a gran velocidad, sino que el sutil viraje del viento conducía una lengua directamente hacia la aldea potawatomi. Una súbita idea lo asaltó: el clan del Águila Gris no tendría ninguna oportunidad de sobrevivir a un incendio de esta magnitud. Si no recibían ayuda, niños, mujeres y ancianos perecerían.

El capitán descendió de la torre con la firme convicción de auxiliar al cacique y su gente. No podía permanecer impasible ante el hecho de que el fuego devoraría la aldea.

Los tonos urgentes que surgían de la trompeta de Sissle debieron atravesar las ráfagas antes de llegar a los oídos de los vecinos del fuerte. Una y otra vez, el soldado tocó las notas que indicaban la necesidad imperiosa de que todos abandonaran sus casas. Habría que dejar todo aquello por lo que los habitantes habían luchado. Pero la prioridad era salvar la vida; lo único a lo que podían aspirar las almas amenazadas por el desastre natural.

Wyatt ordenó a Stevens que ensillara su caballo y preparara tres carretas, con sus conductores listos para partir. Luego corrió hacia el hospital; el tiempo era muy escaso.

El capitán atravesó la puerta y encontró a Victoria lista para partir a la casa de Miriam. La esposa del comandante tenía un rol fundamental en el plan de evacuación: debía colaborar con los soldados para que mujeres, niños, enfermos y ancianos abandonaran el fuerte antes que nadie. John informó:

—No tenemos mucho tiempo antes de que llegue el fuego, y necesito decirte algo.

La mujer asintió en silencio, con el rostro turbado por la preocupación.

—Partiré de inmediato hacia la aldea de Flecha Rota...

Ella abrió los ojos enormes y, de inmediato, quiso decir algo. Pero el capitán prosiguió, impidiéndole protestar u oponerse:

—Una enorme lengua de fuego se dirige hacia allí. Y si no ayudamos al clan, los más débiles no tendrán ninguna oportunidad de sobrevivir. El cacique no cuenta con recursos suficientes para movilizar a tantas mujeres, ancianos y niños.

—¿Me estás diciendo que irás directo hacia el incendio? —se desesperó la mujer—. No debes hacerlo, no...

—Escucha, Victoria. Cisne, *Gagakshi* y Lechuza morirán si no huyen a tiempo. Ir a socorrerlos es mi deber, y debo partir de inmediato si quiero llegar a tiempo.

—¡Pero será muy peligroso! ¡Las llamas te rodearán, John, por favor...!

En un solo segundo, una sucesión de imágenes horribles desfilaron por la mente de Victoria: su esposo abrasado, abandonado a su suerte y sin nadie cerca para ayudarlo. Así, reclamado por el voraz incendio, él jamás regresaría. Esa idea le resultó insoportable.

—Te prometo que estarás a salvo —dijo él—. Sabes que no permitiré que nada malo te suceda.

Victoria levantó la mirada y el capitán pudo ver las lágrimas en sus ojos.

—No me preocupa mi seguridad. Es por la tuya que temo...

El hombre tomó entre sus manos el rostro que adoraba y repartió besos allí donde la humedad dejaba su rastro.

—Nada malo me sucederá.

Solo un sollozo salió de los labios de Victoria.

—Debo irme ahora —dijo él—. Frente al mástil hay dos carretas. Ahí te está esperando el soldado que será tu escolta. Él cargará los bultos y se asegurará de que todas ustedes lleguen a salvo a las dunas.

La joven asintió en silencio y recibió un último beso. A través de la puerta abierta miró alejarse al capitán. Y mientras se ensanchaba la distancia que la separaba de él, pensó que aquella podría ser la última vez que lo viera. Comprendió, de pronto, que si el fuego extinguía la vida de su esposo, ella perdería la mitad de su propio ser. Aquella certeza le atravesó la mente y el cuerpo. Entonces corrió hacia la puerta:

—¡John! —gritó, desafiando el bramido del viento—. ¡John!

El comandante se volvió y, al divisar la figura de su mujer de pie en la galería, corrió hacia ella. Ambos se fundieron en un abrazo interminable.

—Regresa a mí... —rogó ella—. Regresa a casa, por lo que más quieras. No sé qué haré si algo malo llega a sucederte. —Victoria aflojó su abrazo para buscar los ojos de su marido—. Te amo, John. Ya no puedo imaginar la vida sin ti.

Por un momento, Wyatt dejó de ser un recio líder militar, para convertirse en un simple hombre enamorado. Sin decir nada, tomó el rostro de su mujer y la besó, con la dicha del amor correspondido. Ella le devolvió el beso, deseando profundamente que su esposo regresara.

Cuando al fin se separaron, él prometió:

—Volveré, debes creerme. Y lo haré para decirte cuánto te amo, durante cada día del resto de nuestras vidas.

Y tras un último abrazo, corrió hasta el portón, en donde tres carretas y sus conductores lo aguardaban, listos para partir. Sin más, el pequeño grupo salió hacia el sudoeste. En ese momento, el capitán rogó llegar a la aldea antes de que lo hicieran las llamas.

Las notas del clarín aún reverberaban en los oídos de los desesperados granjeros, que se apresuraban a cargar en carros lo poco que poseían. Hombres adultos, que pasaran muchas penurias a lo largo de sus vidas, lloraban desconsolados mientras destrababan las puertas de los corrales y azuzaban al ganado para que abandonara el predio. Sueltas, las bestias tendrían alguna posibilidad de ser recuperadas. Encerradas, morirían carbonizadas.

En ese acto, las sacrificadas familias perdían todo lo que habían ganado en años de trabajo y esfuerzo. Solo podrían llevar consigo un puñado de animales, cuya función sería la de aportar al campamento algo de leche y huevos. Los grandes rebaños no tenían lugar en el acotado refugio que se

organizaba tras las dunas.

En medio del patio, junto al mástil, se producía una discusión:

—¡No permitiré que te quedes aquí sola, Victoria! Debemos partir de inmediato, tal como lo ordenó tu esposo. ¿No escuchaste lo que dijo el capitán? ¡Hay que irse ya! ¡Ya! —se desesperó Gladys, ante la negativa de la joven de abordar la carreta que debía transportarla hacia las dunas.

Miriam y su niña ya se encontraban en la parte trasera del vehículo. También las tres lavanderas, el doctor Thorpe y Andy Dee. El carro, listo para partir, se encontraba aparcado frente a la casa del comandante. Tal como se había estipulado, Gladys sería la encargada de conducir el vehículo y Ellie y Victoria la acompañarían en el pescante. Pero esta se negaba a subir.

—Saldré justo detrás de ti, no te preocupes —dijo—. No puedo irme sin pasar antes por el hospital. Debo llevar conmigo mis instrumentos y los medicamentos. Sin ellos, no puedo ayudar a ningún enfermo.

La nana estaba desesperada:

—¡Tampoco podrás ayudar a nadie si mueres aquí, presa de las llamas!

Victoria se volvió hacia el soldado que se había convertido en su sombra.

—Este hombre me escoltará en todo momento, y cuando yo esté lista para partir, conducirá la carreta que me llevará a mí y a todo lo que necesito. Solo serán unos pocos minutos de demora...

La nana bufó y, con los ojos entrecerrados, evaluó al fornido militar que tenía como misión proteger a su niña. Pero antes de que pudiese agregar nada, Victoria remató:

—Iré justo detrás de ti. Apenas llegues me verás a tu lado.

—¡Más te vale, muchacha! —respondió la mujer, visiblemente contrariada—. ¡Después de tantos años de cuidarte, me vienes a hacer una cosa así!

—Ve, querida —la tranquilizó Victoria—. Todo estará bien. Confía en mí..., sé lo que hago.

Y conducido por una Gladys más angustiada que enfadada, el carro que llevaba siete mujeres, una niña y un anciano, partió en dirección norte. Allí las

esperaban el ancho lago y las dunas que las protegerían del incendio.

—¡Corre Hawk! ¡Corre! —el comandante azuzaba al caballo, que desafiaba la violencia del vendaval.

Wyatt podía oler el incendio hacia el que se lanzaba al galope. Había cabalgado media hora a toda velocidad y, aunque se encontraba en las proximidades de la aldea de Flecha Rota, la distancia se le había hecho eterna. La arena se le metía en los ojos y apenas lograba respirar; pero las vidas de muchos inocentes dependían de su fortaleza. Mientras cabalgaba a ritmo frenético, con los músculos agarrotados y los pulmones exhaustos, el rostro de Victoria se le presentaba en la mente, sin que él pudiera evitarlo. «Te amo» le había dicho ella... «Regresa a mí». El se juró que así lo haría, al tiempo que azuzó a su caballo para que corriera más deprisa. Fue entonces cuando la imponente figura de un jinete que venía en dirección contraria a la de él, se recortó en la atmósfera viciada. Wyatt pudo divisar, entre el humo, la figura de Flecha Rota, seguido por unas cincuenta personas a pie y una docena de caballos cargados con bultos.

—¡Teniente Foley! —llamó el guardia de la prisión—. ¡Despierte!

El reo estaba acostado en su jergón, de espaldas a la reja. Pero no dormía. Como un poseso, susurraba promesas de venganza dirigidas a su enemigo. Sabía exactamente cuáles serían sus palabras finales cuando Wyatt estuviera a sus pies, exhalando su último suspiro. Había repasado su revancha hasta el

último detalle.

—¡Teniente Foley! —insistió el soldado que lo custodiaba—. ¡Debemos irnos de aquí!

Luego se oyó el tintineo de las llaves, seguido del chasquido de una cerradura. Foley abrió grandes los ojos, pues jamás se le había ocurrido que su momento de huir llegaría tan pronto.

—¿Nos iremos de aquí? ¿Qué dice? —preguntó, sin levantarse.

—Se aproxima un gran incendio. ¡Vamos ya! ¿O quiere morir quemado aquí dentro?

Foley se puso de pie, pero se mantuvo encorvado, evitando que el cabo se percatara del punzón que escondía. El preso permaneció así, de espaldas y semierguido, sin moverse. El otro le ordenó:

—¡Venga hacia aquí y coloque las manos sobre la reja!

Pero el reo no se movió, por lo que el guardia comenzó a inquietarse.

—¿Qué hace ahí parado? Dese la vuelta. ¡Vamos! ¡Obedezca!

—A mí ningún soldado me da órdenes... —masculló Foley y, con un movimiento tan rápido como preciso, se abalanzó sobre el guardia.

En un segundo, el depredador había hundido el punzón en la garganta de su carcelero, que abrió los ojos, sin saber aún qué estaba sucediendo. Por un momento, Foley sujetó el cuerpo del muchacho, que sangraba profusamente por el orificio hecho con la improvisada arma. Luego lo soltó, y el soldado muerto cayó al suelo. El atacante observó su obra macabra... y sonrió con malicia.

—Buen viaje al infierno, imbécil —dijo, escupiendo sobre el cuerpo inerte de su víctima.

Con prisa, rebuscó entre las ropas del caído hasta encontrar el cuchillo que llevaba en la faja. Sus labios resecos se torcieron en una mueca macabra, pues al fin su sed de venganza se saciaría.

—¡Capitán Wyatt! —saludó Flecha Rota, cuando el militar refrenaba su

caballo para situarse junto a él—. El incendio se dirige directo hacia aquí a toda velocidad. Hemos abandonado la aldea para buscar refugio en el norte, pero vamos más lento que el fuego.

—*Pasigwin* —respondió con dificultad el comandante, afectado por la tierra y el humo que aspirara a lo largo de varios kilómetros—, tres carretas vienen justo detrás de mí. No son muy grandes, pero son ágiles y servirán para trasladar a los que van a pie. He organizado un campamento a la vera del lago, justo detrás de las dunas. Será un buen refugio. Tú y los tuyos serán bienvenidos.

Flecha Rota miró al capitán directo a los ojos. Su expresión era seria, pero Wyatt pudo leer el agradecimiento en el rostro del jefe indio.

—Usaré las carretas para ir a tu campamento —dijo el cacique—. Te veré en el fuerte, John Wyatt.

Sin despedirse, el comandante hizo dar la vuelta a Hawk y lo alentó a correr hacia Patterson. Allí lo necesitaba su propia gente. Allí lo esperaba su mujer.

CAPÍTULO 12

Cuando la carreta que transportaba a las siete mujeres, la niña y el doctor Thorpe abandonó el fuerte, Victoria se sintió algo más tranquila. El plan del comandante se estaba cumpliendo a la perfección: en menos de una hora, Patterson se había vaciado por completo. Solo ella y el soldado que la acompañaba permanecían en el patio desierto. El carro estaba listo para partir. Lo único que restaba hacer era reunir los instrumentos médicos y los remedios que se encontraban en el hospital.

—Aguarde en la galería —indicó la mujer al soldado—. Recogeré mis cosas y regresaré; será solo un momento.

—¡Sí, señora!

El militar vio a Victoria entrar en el edificio y se dispuso a esperar que regresara. No podía imaginar que, a solo unos metros de distancia, unos ojos furibundos se clavaban en él.

Oculto tras la barraca de los soldados rasos, Foley esbozaba una sonrisa enfermiza, sin poder creer que la suerte lo estuviera favoreciendo tanto. En unos pocos minutos, había podido escapar de su celda, hundirle con placer un punzón a su carcelero y, ahora, estaba viendo nada menos que a la esposa de su enemigo acceder sola al hospital, en un fuerte desierto.

El bramido del viento aplacó el sonido del cuchillo hundiéndose en la espalda del soldado que aguardaba a Victoria. Sin más, el muchacho se desplomó, cayendo de bruces, mientras la sangre teñía su chaqueta de rojo y Foley soltaba una risotada descompuesta.

Cuando el teniente Collins vio llegar a Gladys conduciendo la carreta, sintió que su alma se aligeraba. Sin perder tiempo, corrió hacia la parte posterior del vehículo, ansioso por comprobar que Miriam y la pequeña se encontraban allí, sanas y salvas. Luego ayudó a bajar a las señoras, depositó a la niña en brazos de Gladys e indicó a un soldado que condujera la carreta hacia donde se guardaban las que ya habían ido llegando. Las mujeres se dirigieron a las tiendas militares que funcionarían de improvisadas viviendas. Todas menos Gladys, que permaneció junto al camino, rogando a Dios para que pronto apareciera por allí su adorada niña.

Victoria atravesó la puerta del hospital y, a toda prisa, comenzó a seleccionar los frascos que se alineaban en un estante detrás de su escritorio. Hilillos de humo comenzaban a colarse por los resquicios de los troncos de la pared, nublando la vista y, peor aún, indicando que el incendio ya estaba llegando al fuerte. Aunque los recipientes se encontraban etiquetados, resultaba muy difícil leerlos: *Calendula arvensis, lavandula, vaccinium...*

Cuando se hubo decidido por un puñado de frascos, se volvió hacia el escritorio para depositarlos allí. Entonces el corazón se le paralizó: al otro lado del mueble, y justo frente a ella, se encontraba la última persona que esperaba ver.

—Señora Wyatt..., qué gusto volver a verla. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —Foley planchó el frente de su chaqueta, dejando ver el cuchillo que asomaba de su faja—. Le ruego disculpe mi andrajoso aspecto. Su esposo me ha tenido encerrado durante semanas en una pocilga inmundada, y no me ha sentado bien revolcarme en excremento de rata.

Oleadas de sangre corrían enloquecidas por las venas de Victoria, que intentaba respirar profundo para serenarse. Pero el humo invasor entraba en su nariz, dinamitando sus esfuerzos. De inmediato, pensó en el soldado que la esperaba afuera y en su cabeza brilló una luz de esperanza. Si tardaba más de lo razonable, él entraría a buscarla.

Foley detectó el nerviosismo de la mujer, lo que alimentó su placer enfermizo.

—¿No será que me teme, querida señora? Si es así, su preocupación es infundada. Solo quiero estrechar su mano y ofrecerle mis servicios para sacarla del fuerte, antes de que las llamas la carbonicen. Hay una carreta estacionada afuera, pero el soldado que la custodiaba está muerto, y me temo que ya no podrá conducirla.

Aquel dato terminó de destrozar la templanza de Victoria, que rehuyó los ojos enloquecidos del intruso y miró en dirección a la puerta. Foley le leyó el pensamiento.

—Está cerrada... y yo tengo la llave. Si usted la quiere, deberá venir y cogerla. Y tendrá que hacerlo pronto, pues ya hay demasiado humo aquí dentro. Y, como usted bien sabe..., detrás del humo vienen las llamas. Acérquese, querida...

Los ojos de la mujer volaron de la puerta a la ventana tapiada. Entonces, supo que sus probabilidades de salvar la vida eran ínfimas. De reojo, buscó sobre el escritorio algo que pudiese ser utilizado como arma, pero solo había papeles y frascos. En un gesto automático, volvió la cabeza hacia una de las estanterías, en la que estaba apoyado el mosquete que le había regalado John. La imagen de la bayoneta adosada al cañón del arma logró que su cerebro funcionara a toda velocidad.

—Qué curioso... —dijo Foley, con fingida sorpresa—. Hoy está muy callada. Según recuerdo, su lengua es afilada como un estilete...

El excomandante se regodeaba con la vista de la mujer aterrada e indefensa, pero no era estúpido; el humo le picaba en los ojos y le irritaba la garganta. Sabía muy bien que, en pocos minutos, aquel cuarto se convertiría en una trampa mortal. Incluso antes de que el fuego llegara, el hospital sería la mortaja de quienes se encontraran dentro. Ya no había más tiempo para prolegómenos, por lo cual extrajo su cuchillo de la cintura y comenzó a rodear el escritorio, en búsqueda de su presa.

—¿Sería tan amable de gritar y llorar, por favor? —ironizó, mientras se acercaba lentamente a Victoria—. Este mutismo suyo me resulta soporífero. Y no es lo que imaginaba en mis largas noches de encierro. Quisiera verla sufrir... antes de despedazarla.

Ella sintió que el pulso se le aceleraba hasta el punto de impedirle moverse. Casi se sintió desvanecer; pero haciendo acopio de toda su entereza, comenzó a caminar hacia atrás, alejándose de su agresor y en dirección al

estante en el que estaba apoyado el mosquete.

Foley gritó, desencajado:

—¡No te alejes, maldita! No tengo tiempo para estar persiguiéndote. ¡Sabes que no saldrás de aquí viva!

Entonces el demente se abalanzó sobre su víctima, que en un segundo giró sobre sí misma y corrió hacia la estantería. Foley la siguió con el cuchillo en alto, dispuesto a clavárselo tantas veces como pudiera. Pero ella se movió con rapidez y llegó hasta donde se encontraba el mosquete. A toda prisa, lo tomó y lo esgrimió hacia su agresor, que ya estaba sobre ella.

Foley oyó el sonido de su propia carne desgarrándose, cuando la afilada bayoneta le atravesó la mejilla. Horrorizado, se detuvo en seco y se llevó la mano a la cara para comprobar, incrédulo, que la sangre manaba profusamente.

Un alarido de odio reverberó en las paredes:

—¡Maldita mujer! ¡Perra miserable!

Foley intentó detener con los dedos el pegajoso líquido rojo que ya descendía por su cuello, sin lograr más que empaparse la mano.

Victoria levantó el mosquete con la bayoneta y amenazó:

—¡No vuelva a acercarse a mí, porque le juro que acabaré con su vida! ¡Váyase ahora mismo!

Aún con la mente nublada por el odio, Foley comprendió que, con esa arma, ella tenía muchas probabilidades de volver a herirlo. Y quizá la próxima estocada fuera aún más letal que la primera. Por otra parte, el crepitar del fuego ya comenzaba a oírse, y él no estaba dispuesto a perecer calcinado. Entonces caminó hacia la puerta del hospital, tomó la llave y sentenció:

—Tu arma no podrá acuchillar a las llamas, maldita. ¡Feliz viaje al infierno! —Y sin decir más, abandonó el consultorio, atrancando la puerta tras él.

Victoria corrió hacia la abertura e intentó abrirla, pero fue en vano. Agitada, golpeó la madera, una y otra vez. Vahos tóxicos quemaron su garganta; el humo ya casi colmaba el espacio del consultorio. Entonces supo que si no salía pronto de allí, moriría calcinada.

—¡Señor capitán! —Gladys lloraba sin poder contenerse—. ¡Señor capitán, gracias a Dios que ya está aquí!

El comandante refrenó su caballo, que lanzado a la carrera como iba, casi atropella a la mujer de pie en medio del camino. El recorrido desde el punto en donde encontrara a Flecha Rota y el campamento tras las dunas se le había vuelto interminable, pero ya se encontraba en la entrada. Y en lo único que pensaba era en ver a Victoria. Cuando desmontó, la imagen de Gladys juntando las manos en gesto de plegaria lo llenó de negros presentimientos.

—Gladys, ¿qué sucede?

—¡Se trata de Victoria, señor! ¡No ha llegado aún al campamento, y yo...!

—¿No ha llegado aún? Ya debería estar aquí, junto al resto de las mujeres.

—Sí, sí, capitán..., pero cuando ya no quedaba nadie en el fuerte, ella le pidió a su escolta que esperara un momento. Quería buscar sus cosas de medicina. Y dijo que solo tardaría un momento. Pero ese momento ya pasó... y ella aún no llega. ¡Es por mi culpa, señor! ¡No debí haber permitido que se quedara sola! ¡Debería haberme quedado con ella!

—No es su culpa, Gladys. Iré a buscarla. Todo irá bien. —El capitán trató de creer sus propias palabras, pero su instinto le decía que algo iba muy mal.

Sin agregar nada más, saltó sobre su montura y se dirigió a la carrera hacia el fuerte. Le ardían los pulmones y miles de agujas se le clavaban en los músculos, pero la sola idea de que a su mujer le sucediera algo malo lo hacía ignorar cualquier padecimiento. Tenía que llegar hasta ella.

«¡Piensa!» se ordenó Victoria. «¡Piensa y mantén la calma! Un ataque de tos hizo que las lágrimas anegaran sus ojos.

«¡Piensa! ¡Piensa!».

Mientras se pedía aquello, la joven corrió a la repisa en donde había paños húmedos. Con manos temblorosas, se cubrió con un trapo la boca y la nariz y luego se arrodilló. Cerca del suelo el vaho era menos denso. Junto a las rodillas, vio el mosquete que había dejado caer un momento antes.

«¡Eso es! ¡Un disparo volará la cerradura!», pensó, mientras hacía un esfuerzo por mantenerse lúcida. La cabeza le daba vueltas y un zumbido creciente comenzaba a invadir sus pensamientos. Entonces avanzó hasta donde se encontraba el arma y, después de tomarla, comenzó a desplazarse a gatas hasta el armario donde estaba el pequeño bolso que contenía todos los elementos de recarga. Haciendo un esfuerzo por respirar, logró alcanzar el mueble y abrir sus puertas. El bolso de cuero estaba allí, pero el humo lo invadía todo y sus pulmones apenas recibían oxígeno. Con un último esfuerzo, logró sacar el estuche con las balas pero, al abrirlo, la oscuridad se apoderó de ella y se desplomó, dejando caer el recipiente de las municiones. Decenas de pequeñas esferas rodaron por el suelo... pero Victoria ya no las veía.

Si Hawk hubiera sido un animal más débil o menos leal a su jinete, se habría desmoronado en aquella última carrera que separaba el campamento de las dunas del fuerte Patterson. Alrededor de caballo y jinete, el crepitar de las llamas competía con el incesante estruendo de los rayos, y el humo quemaba los ojos. La pradera se había convertido en el mismísimo infierno.

—¡Corre, Hawk! —casi rogó.

Pocos segundos pasaron antes de que, entre volutas de humo y una lluvia de cenizas, se delineara el perfil del emplazamiento militar.

Un retumbar de cascos aporreando la tierra del patio sacudió la cabeza embotada de Foley, que aún se hallaba en el fuerte buscando un caballo para

huir. Cuando divisó quién era el jinete que se acercaba, su cerebro cobró nueva vida. La suerte seguía de su lado, aún con el traspie de la herida que le había abierto aquella maldita que, según sus cálculos, en ese momento estaría muerta a causa del humo. Ahora... Wyatt se acercaba. Era increíble..., por fin la venganza estaría completa.

Al acceder al patio desierto, Wyatt pudo comprobar que junto al mástil se encontraba el carro que Gladys mencionara, pero no había rastros del soldado encargado de escoltar a Victoria. Aquella era una mala señal.

—¡Victoria! ¿Dónde estás? ¡Victoria! —Sus gritos volaron con el viento.

El militar llegó al hospital, para comprobar que solo una persona se encontraba en la galería. Tendido en el suelo, boca abajo y con el uniforme manchado de sangre, se hallaba el soldado cuya misión fuera velar por la seguridad de su esposa. Con cuidado, tomó al muchacho por debajo de las axilas y le dio la vuelta, para apoyarlo sobre la pared del edificio. Luego colocó dos dedos sobre el cuello del hombre herido, para comprobar que su corazón, aunque débil, aún latía.

Wyatt dejó al soldado y corrió hacia la puerta del hospital. Frenéticamente, intentó abrirla, pero comprobó que no cedía. Desesperado, descargó todo el peso de su cuerpo sobre la madera, que se partió en pedazos.

—¡Victoria! —gritó, desafiando la densa nube que invadía el espacio—. ¡Victoria!

Al fin halló a su mujer, tendida en el suelo. Los ojos de la joven aún estaban entreabiertos y parecían mirarlo, pero sin ver. En lo que pareció un estertor, ella abrió la boca, buscando oxígeno, pero solo tosió y volvió a desvanecerse.

—¡Victoria! Oh, no, no... ¡Victoria! —La voz del capitán se quebró, mientras se hincaba junto al cuerpo exánime de su amada—. ¡Respira, por favor! ¡Te sacaré de aquí!

Cargando a su mujer, atravesó la puerta del hospital y se dirigió al patio,

en donde aún circulaba un atisbo de aire. Despacio, se arrodilló en la tierra y recostó a Victoria contra su pecho. «¿Qué he hecho», se repetía. «¿Qué es lo que he hecho? Es mi culpa. Si ella muere...»

—Inspira, por favor —rogó, acariciando el rostro de la joven con su mano libre—. ¡Mírame! ¡No cierres los ojos! Por lo que más quieras, debes volver a respirar...

El cuerpo de la mujer se volvía cada vez más liviano entre los brazos del comandante, tal como si la potencia de la vida se disolviera en su interior.

—Victoria... —Los ojos de su esposa comenzaron a cerrarse—. ¡No te duermas, te lo ruego!

Pero sus párpados se sellaron y su cabeza cayó laxa sobre el pecho del comandante. Ya no había nada más que hacer.

Un grito de dolor desgarró la garganta del capitán, que acunaba el cuerpo amado entre sus brazos. Con los dientes rechinando por la frustración, cerró los ojos para no ver morir a su esposa, mientras las lágrimas le corrían por el rostro. Embargado por la amargura, era sordo a los truenos que reverberaban en el cielo y al siseo de las llamas, cada vez más próximas. Lo único que existía para él era la mujer que apretaba contra su pecho. Al volver a hablar, su voz fue un lamento susurrado:

—Te prometí que regresaría y lo he hecho... No te vayas tú ahora...

Los pulmones de Victoria ya no recibían aire y su cuerpo se le había vuelto ajeno. Sus miembros se convertían en suave algodón, la garganta ya no ardía y una dulce serenidad la sumergía más y más en las profundidades de una cálida laguna. No oía la voz de su esposo llamándola ni el viento que rugía alrededor, y el olor a humo se había transformado en un suave perfume. Entonces, su mente se calmó por completo.

Pero un instante antes de que su esencia se diluyera en aquella paz, resonó en su alma un sollozo desgarrador que cimbró su serenidad. Ninguno de sus sentidos conectaba con el mundo exterior, pero aun así pudo escuchar la voz de su esposo, tal como si él gritara, no a ella sino a su corazón. Era el grito doliente de quien se niega a vivir sin su amada y que ha decidido entregarse a la muerte, como único consuelo. Aquella voz desesperada no provenía de la garganta del capitán, sino de su espíritu. Y cada nota de súplica retumbaba en el alma de Victoria. Entonces, la paz que la envolviera se diluyó y trató de gritarle a John que no la siguiera allí a donde iba. Pero ni un suspiro salió de su boca.

Envuelta en la angustia, ella se debatió para librarse de la calidez que la

envolvía y nadó con denuedo hacia la superficie de la laguna. Cuando logró alcanzarla, todo su ser abrazó el padecimiento terrenal y, en un instante, volvió a ser víctima de la asfixia y del humo que le calcinaba los ojos y la garganta. Pero a pesar del sufrimiento se aferró a la vida. Sus ojos se abrieron de golpe, para encontrar los del hombre que amaba, al tiempo que toda su humanidad se estremecía por la violencia de una tos incontrolable. Espasmo tras espasmo, parte del aire envenenado abandonó sus pulmones y un atisbo de oxígeno ocupó su lugar.

—¡Gracias, Dios mío, gracias, gracias...! —repetía él, sosteniendo la cabeza de Victoria en el hueco de la mano—. Aquí estoy, amor mío. Te pondré a salvo. Pronto estarás bien.

Cargando a la mujer en brazos, se puso de pie y llamó a su caballo, que al instante se aproximó al galope. Pero el comandante no llegó a montar... Una risa de hiena se dejó oír a pocos pasos de donde él se encontraba.

—Verte llorar como una mujer ha sido el mejor regalo de mi vida, Wyatt. Tenía la esperanza de que cuando vieras que tu dama había muerto rugieras de furia, maldijeras a los cuatro vientos... o algo así. Pero esto sí que es nuevo.

Negras volutas de humo borroneaban la crispada figura de Harold Foley. Solo una cosa podía verse con prístina claridad: la hoja del cuchillo que sostenía en la mano.

El campamento tras las dunas era un hervidero de actividad. Las familias organizaban sus carretas y animales, mientras soldados cargando cubetas corrían hacia la explanada del fuerte. El angosto espacio comprendido entre la base de las dunas y la vera del lago se había hecho demasiado estrecho para que cupieran tantas almas.

El teniente Collins estaba a cargo de la organización del campamento. Hasta que el comandante regresara desde el sur, él debía resolver las dificultades que se presentaban. Su férreo espíritu le permitía lidiar con cada nueva demanda:

«¡La carreta de los Miller volcó en el camino!». «¡Dos ancianos se han desmayado!». «¡No hay suficientes cubetas!».

Tales y muchos otros eran los problemas que debía afrontar el oficial, en su rol de segundo al mando. Y aunque toda la jornada había mantenido su usual circunspección, un acontecimiento logró ponerlo fuera de sí.

—¿Dónde diablos están el reo y el guardia que debía atarlo y traerlo aquí? —rugía el teniente, a quien jamás se lo había visto exaltado—. ¡Hable soldado! ¿Dónde está su maldito compañero? ¿Por qué no está usted con él, tal como se le ordenó?

Al ver que el hombre no solo no respondía sino que parecía no tener idea del asunto, Collins abandonó cualquier esperanza de recibir una explicación. Recorrería por última vez el campamento y, si no encontraba allí al prisionero, iría al fuerte. El antiguo comandante aún podría estar encerrado en su celda.

Cuando el capitán se volvió, vio que Foley se hallaba a solo cinco metros de distancia.

—John Wyatt..., me alegra mucho verte después de tanto tiempo de estar enterrado vivo, por tu causa. Ya le presenté mis respetos a tu esposa. Es una mujer encantadora, sobre todo cuando no tiene una bayoneta a mano... —en un gesto automático el atacante se palpó la mejilla desfigurada por el tajo—. Es una pena que ella esté casi muerta. Mira como boquea para respirar, pobre infeliz.

El comandante se mantenía en silencio. Aquellas palabras eran huecas para él. Solo se concentraba en encontrar una salida para poner a Victoria a salvo de aquel demente.

—¿Qué demonios quieres? —preguntó.

El otro parecía haber estado esperando esa pregunta toda una vida:

—Quiero que abras tiernamente a tu esposa, te arrodilles ante mí y me ruegues por su vida. Quiero que llores y supliques que te perdone por robármelo todo. ¡Quiero verte humillado, tal como me has humillado a mí,

obligándome a vivir como un cerdo mugroso!

El gesto del capitán permanecía impenetrable, mientras escuchaba las palabras que el asesino profería, enajenado.

—¡Arrodíllate, Wyatt! —graznó Foley—. ¡Ruega por la vida de tu mujer! ¡Revuélcate ante mí!

Pero el capitán no se arrodilló. Se sabía capaz de hacer cualquier cosa para salvar la vida de Victoria, pero hincarse sería el pasaje directo a la muerte de su esposa y a la suya propia. El otro se movió, inquieto, y se acercó varios pasos más. El cuchillo estaba firme en su mano, y casi se podía oír cómo rechinaban sus dientes:

—Tu estupidez está comenzando a aburrirme, Wyatt... ¡Arrodíllate ante mí! ¡Ruega!

Sosteniendo en brazos el cuerpo de Victoria, el capitán pensaba a toda velocidad, tratando de evaluar cómo enfrentarse a aquel sujeto sin poner en riesgo la vida de ella. Por fortuna, Wyatt conocía los puntos débiles de su enemigo. Si podía provocarlo, tendría una mínima probabilidad de éxito.

—No haré lo que me pides —sentenció—. No rogaré, porque soy mil veces más hombre que tú. ¿Quieres asesinar a una mujer indefensa? ¡Vamos! ¡Hazlo! ¿No te has cansado de golpear a tu esposa, aun estando ella embarazada?

El rostro de Foley se desfiguró por el odio.

—Victoria no sería tu primera víctima inocente ¿verdad? Mátala y demuestra lo que yo y todo el mundo sabe: que eres un cobarde y una rata asustadiza. Que siempre lo has sido y que no hay un ápice de hombría en ti. Le tienes miedo hasta a tu sombra. ¡Yo te he visto esconderte, en medio de la batalla! ¡He sido testigo de cómo dejaste morir a tus compañeros para salvar tu pellejo! ¡Eres un maldito cobarde!

«Cobarde..., cobarde..., cobarde...». Las palabras repiquetearon en la cabeza de Foley, hasta el punto de hacer que le hirviera la sangre. De pronto, su cerebro explotó de cólera y, perdiendo la poca lucidez que le quedaba, olvidó que jamás debía perderse la frialdad ante un oponente como John Wyatt. Impulsado por la ira irrefrenable, se abalanzó a toda velocidad, aullando y blandiendo su cuchillo. Su objetivo era enterrarlo en el cuerpo de Victoria.

En el instante en que el asesino se arrojó sobre ellos, el capitán giró sobre sí mismo, sin soltar a su mujer y ofreciendo su propia espalda como diana.

La afilada hoja atravesó la chaqueta y penetró varios centímetros en el

músculo dorsal. Wyatt ahogó un grito de dolor, mientras la sangre le descendía por la espalda.

—¡Maldito seas! —gritó Foley, enloquecido por haber errado el blanco—. ¿Es eso lo que quieres? ¡Pues entonces comenzaré contigo! ¡Pero no te mataré de inmediato, para que puedas ver cómo me llevo la vida de tu esposa!

Entonces, debilitado por el dolor y la súbita pérdida de sangre, Wyatt cayó de rodillas, con Victoria aún en los brazos.

Foley supo que era su oportunidad y avanzó hacia el hombre herido. Cuando levantaba el cuchillo para concluir su faena, se oyó un silbido que rasgó el aire.

Con los ojos muy abiertos por la sorpresa, el excomandante dejó caer el arma y palpó la flecha potawatomi que le atravesaba la garganta. Ni siquiera tuvo tiempo para comprender qué le había sucedido. Un segundo después, se desplomaba sin vida sobre el suelo.

En la entrada al fuerte se recortó la gallarda figura de Flecha Rota, que devolvía el arco a la funda colgada a la espalda. El cacique acababa de saldar la deuda de vida que tuviera con John Wyatt.

El jefe indio corrió hasta donde el capitán sostenía en brazos a su exánime esposa, y recibió el cuerpo de la mujer cuando el comandante se lo extendió. Incapaz de sostenerse, Victoria dejó caer su peso sobre el pecho del cacique.

—Ponla a salvo, *pasigwin* —pidió Wyatt a su aliado—. Llévala con tu curandera. Solo ella podrá ayudarla.

—Así lo haré, John Wyatt.

El militar tomó la mano de la joven y, fijando sus ojos en los de ella, le dijo:

—Flecha Rota te llevará tras las dunas, en donde estarás bien cuidada. Yo regresaré a ti. Es una promesa.

Cuando el cacique abandonó el fuerte con la mujer desfallecida, el comandante reunió las últimas fuerzas que le quedaban y se puso de pie. Luego, centró toda su atención en lo que debía hacer para poner a su gente a salvo. Y en el mismo momento en que montaba a Hawk, Collins atravesó el portón al galope.

—¡Comandante! —saludó el oficial, desviando la mirada hacia al hombre de cuya garganta sobresalía una flecha—. ¡Esta herido!

—No tiene importancia. He sobrevivido a peores heridas en batalla. ¿Ya están alineados los hombres que combatirán el fuego?

—Sí, señor. Tal como lo ordenó.

—¿Se ha organizado el campamento?

—Sí, comandante.

—Bien. Hay un hombre caído en la galería del hospital. Si aún está con vida, haga que lo atiendan. Usted sigue al mando, Collins.

A continuación, Wyatt montó su caballo y lo giró hacia la salida. Su voz se perdió en el patio cuando informó:

—Yo me uniré a las líneas que enfrentan el fuego.

El teniente cargó al soldado inconsciente en su montura y atravesó el portón de entrada, en dirección a las dunas. Ningún ser vivo quedó en Patterson. Incluso las ratas se escabulleron por las hendiduras de los troncos, para dirigirse a la vera del río y alejarse del incendio. Ellas también presentían que las llamas devorarían pronto todo el lugar.

Wyatt debió acercarse a menos de cien metros del fuego antes de poder divisar la cadena de hombres que desafiaban el poderío de la naturaleza. El plan de segar parte de la pradera parecía estar funcionando, pues si los pastos se hubieran encontrado más cerca de la zona habitada, las llamaradas habrían devorado las granjas próximas al foco principal.

Dispuesto a dar batalla al fuego, empapó una manta en el barril más cercano y corrió hacia el muro flamígero, donde el suelo se volvía brasa.

—¡No se adentren en los pastos! —gritó a los hijos del señor Mercier, que a pesar de su corta edad habían insistido en formar parte de la cuadrilla—. ¡Manténganse en el círculo segado! —Y siguió dando órdenes que atravesaban el rugido del incendio—: ¡Mojen el suelo! ¡Ahoguen las llamas con las mantas!

Pronto el teniente Collins y Flecha Rota se sumaron a la batalla.

En su lucha desesperada, los hombres de rostros ardidos ignoraban las ampollas que les despellejaban las manos y los miles de agujas que se les clavaban en los músculos. No eran conscientes de la sed acuciante ni de la arena que raspaba las gargantas reseca. El humo los cegaba pero, aun ciegos,

avanzaban. Ya no rezaban para que la lluvia aliviara su sufrimiento. Estaban resignados; la tormenta giraba encima de sus cabezas y los truenos bramaban, pero el agua se negaba a caer.

El tiempo dejó de tener sentido para ellos. Eran incapaces de saber si habían pasado una o diez horas inmersos en aquel infierno. Sonámbulos..., eso eran. Sin necesidades ni sentimientos; máquinas sin alma que solo pensaban en resistir el avance de un enemigo formidable. Lo único que los volvía humanos eran las imágenes de sus familias; destellos pasajeros que bastaban para no darse por vencidos.

Al llegar los guerreros potawatomi a la pradera, el número de hombres contra el fuego pasó a ser de más de setenta. Codo a codo, militares, granjeros y nativos dieron batalla a la pared flameante que se erguía ante ellos. Su espíritu se exaltó al ver que lograban extinguir una lengua que rozaba un granero, pero sabían que aquella pequeña victoria no representaba ganar la guerra. Y aunque su espíritu era férreo, eran solo humanos. Su carne era blanda y su aliento finito; y, tras horas de trabajo incesante, algunos comenzaron a caer de rodillas, con lágrimas de frustración empapando sus rostros.

Para el anochecer, solo quedó un pequeño grupo trabajando. Y mermada la cuadrilla, la lucha se volvió aún más desigual. Las llamas formaron nuevas lenguas y los brazos disponibles ya no fueron suficientes.

Un dolor profundo desgarró el alma del comandante cuando comprendió que el destino de la comunidad estaba sellado: sin suficientes hombres para detener el incendio, solo restaba abandonar la pradera y buscar refugio en el campamento tras las dunas. Salvar la vida era la prioridad.

Sin perder un minuto más, Wyatt corrió por el campo hasta encontrar a Sissle, que enfrentaba el fuego con el clarín asegurado a la espalda. Con la garganta aserrada por el humo, el comandante ordenó:

—Dé el toque de retirada..., ya no hay nada más que hacer.

Sissle tocó el clarín. Una y otra vez, las notas resonaron en la planicie y una extraña mezcla de alivio y profunda tristeza invadió a aquellas almas vencidas. Los hombres que aún tenían energía levantaron del suelo a los desfallecidos y cargaron sus cuerpos exangües hasta las carretas que esperaban. Entonces, el rugido de un trueno, más potente que todos los anteriores, estremeció el cielo e hizo vibrar la tierra. Y luego, como un milagro, unas pocas gotas comenzaron a caer... y otras, y otras; hasta que una densa lluvia precipitó, empapando todo a su paso. El fuerte, las casas y los

cuerpos renegridos de sus habitantes recibieron el bálsamo del cielo. Entonces el llanto ya no pudo ser contenido. Arrodillados y mirando hacia las nubes, unos dieron gracias a Dios y otros al Gran Espíritu. La salvación había llegado.

Una sola persona permaneció de pie, con los ojos cerrados y una plegaria dibujada en los labios. John Wyatt susurró un agradecimiento; el peligro había pasado.

Atravesando el campamento al galope y esquivando a quienes se arrodillaban para rezar, el capitán detuvo a Hawk frente a la señora Dillon. Elevando la voz para vencer el rugido de la tormenta, inquirió:

—¿Dónde está mi esposa?

La granjera señaló en dirección a la primera tienda militar, de las once que estaban alineadas junto a las dunas. Pasaron segundos antes de que el comandante atravesara el toldo que cerraba la entrada. Durante un breve instante, las mujeres allí presentes no lograron reconocer al hombre de rostro ennegrecido y cabello apelmazado.

Ignorando que toda su ropa escurría agua, Wyatt se adentró en la carpa. Sus ojos volaron hacia la expresión descompuesta de la mujer que yacía sobre una manta. A su lado, sentada en cuclillas, se encontraba Lechuza, la curandera potawatomi, que restregaba un emplasto en el pecho de la convaleciente. El aroma mentolado de la pasta invadió las fosas nasales del capitán.

Gladys, que se hallaba acurrucada en un rincón, lanzó un sollozo de alivio al ver entrar al hombre a quien la joven llamaba desde que había despertado.

—Victoria... —el capitán cayó de rodillas junto a su mujer y tomó su mano para besarla con adoración.

La voz de ella escapó entre jadeos:

—Llueve...

—Llueve, sí. Todo se ha salvado; el fuerte, las granjas, nuestra casa y el hospital...

Victoria hubiera deseado celebrar aquella noticia abrazando a su marido y besándolo hasta que le dolieran los labios; pero su cuerpo se había entregado a una laxitud que le impedía siquiera pensar en sonreír.

—¿Cómo está ella? —preguntó el militar a Lechuza, en lengua algonquian.

—Su mujer estará bien, *pasigwin* —informó la anciana—. ¿Ve esto que le frote en el pecho? Es un emplasto que la ayudará a respirar. Y en este recipiente estoy macerando una hierba sagrada que drenará el veneno que se le ha metido en la sangre. Le ha quedado mucho humo dentro del cuerpo, y por eso tardará en sanar; pero ha burlado a la muerte. Su corazón late con la fuerza más poderosa que existe, que es el amor. Ese sentimiento la ha devuelto al mundo de los vivos. —Lechuza dedicó una sonrisa desdentada al capitán—. El Gran Espíritu me ha dado un mensaje para usted, John Wyatt. ¿Quiere escucharlo? —El comandante asintió—. El Creador dice: «Vive y ella vivirá. Muere y, en la tarde de ese mismo día, ella partirá contigo».

Cerrando los ojos y en silencio, el comandante dio las gracias por la vida de su amada.

Lechuza y Gladys ayudaron a Wyatt a quitarse la camisa empapada y teñida de carmesí y la curandera lavó su herida y le aplicó un emplasto. Pero él no era consciente de su propio dolor. Toda su atención estaba depositada en la irregular cadencia de la respiración de su esposa; aquel suspiro que la aferraba a la vida.

Cuando el sol tiñó de ámbar la lona de la tienda, los ojos del capitán vieron abrirse los de su mujer. Victoria no pronunció palabra, pero en el alma de John reverberó la voz adorada, que le decía: «Vive, amor mío, y yo viviré. Muere y, al atardecer de ese mismo día, te seguiré».

—¡Es por aquí! —*Gagakshi* guiaba a Mirlo y Pájaro Gris entre los angostos pasadizos que formaban las tiendas militares.

A esa hora del mediodía, la actividad tras las dunas era intensa y nadie prestaba atención a los tres pequeños. Habían pasado dos jornadas tras el

incendio. Granjeros, soldados y guerreros potawatomi se organizaban para dormir y cocinar en el estrecho pasaje que estaba limitado por el lago, al norte, y los altos montículos de arena, al sur.

La comunidad del fuerte aún no podía regresar a sus viviendas, pues vahos insalubres invadían cada habitación de sus hogares. Las puertas y ventanas permanecían abiertas, pero aún pasarían algunos días más antes de que aquellas casas pudieran albergar a sus habitantes. Por fortuna, los daños materiales no habían sido excesivos y el ganado que fuera liberado el día del incendio había permanecido en el área. La mayoría de las cabras, ovejas y vacas fueron recuperadas, para alivio de sus propietarios.

Los potawatomi no habían tenido tanta suerte como los hombres blancos. Sus viviendas y sembrados habían sido pasto del fuego, y su tierra no sería habitable hasta la primavera. El comandante y Flecha Rota habían acordado situar la aldea en la extensión de pradera que se extendía al oeste del fuerte y que ofrecía todo lo que el clan necesitaba. El cacique y el capitán estaban reunidos, discutiendo los últimos detalles del asentamiento, cuando los tres pequeños pasaron frente a ellos, ignorándolos. Los muchachitos tenían otras preocupaciones en mente.

—¡Por ahí no! He dicho que es por aquí —insistió *Gagakshi*, caminando con paso firme hacia el linde norte del campamento.

—¿Y cómo estás tan seguro de a dónde debemos ir? —inquirió Mirlo, saltando una estaca para seguirle el paso a su líder—. Tú has pasado aquí tanto tiempo como nosotros dos.

Cuervo infló el pecho dándose importancia y, con tono altanero, respondió:

—Yo viví en el fuerte cuando me rompí la pierna y la *Gises mshkuke'wnene* me curó. Conocí a muchos *cmokman* y ellos me conocieron a mí. Ustedes no han hablado con ninguno de ellos.

Para subrayar su argumento, *Gagakshi* detuvo sus pasos frente al hospital de campaña. La modesta estructura consistía en una tienda amplia que contaba con una gran abertura en el frente, algunas banquetas y mantas en el suelo. Desde el sendero podía apreciarse el ajetreo de las mujeres que atendían a los heridos.

—¡*Bozho*, abuela! —saludó *Gagakshi* a Lechuza, que curaba el brazo de un militar. La mujer se volvió para dedicar al niño una sonrisa—. ¡*Bozho*, *Ellihk!* —gritó Cuervo.

Más allá, la muchacha que ayudaba a Gladys a vendar los pies de un

guerrero potawatomi agitó la mano, en señal de respuesta.

—¡Bueno ya! ¡Llévanos a ver a esa anciana! —se impacientó Pájaro Gris.

Los tres muchachitos retomaron la senda principal y, para mayor impaciencia de los amigos de *Gagakshi*, este se detuvo una vez más. En la entrada de una tienda se hallaban sentadas Victoria, Cisne, Ave Azul y Cardenal. En silencio, las mujeres potawatomi tejían un collar de cuentas destinado a animar a la convaleciente, que agradecía la afectuosa compañía.

—*Bozho, Gagakshi* —saludó Victoria, con un hilo de voz. Respirar le era difícil, y hablar, toda una hazaña—. Me alegra ver que estás recuperado.

—¡Ya vámonos, *Gagakshi*! —insistieron Mirlo y Pájaro Gris, hastiados de tanto saludo y visita—. ¡Llévanos con la anciana!

Los tres continuaron su recorrido. Solo se detuvieron un instante para estudiar la curiosa figura de un militar grueso y desaseado que se encontraba amarrado a un poste. A pesar de su precaria situación, el hombre miró con simpatía a los niños, se presentó como el «soldado Callahan» y los siguió con la mirada cuando se alejaron de él.

—Qué chicos tan simpáticos —dijo el sujeto, para sí—. Ojalá se hubieran quedado a conversar un rato. Es un poco aburrido estar aquí sentado... —Luego suspiró—: Si no le hubiera dado ese punzón al capitán Foley... Mi madre tenía razón cuando me decía: «Eres bobo, hijo mío, bobo como tu padre...»

Los tres exploradores no oyeron aquellas reflexiones y siguieron caminando. Al fin apareció frente a ellos la tienda que buscaban. En la entrada, una señora de mejillas sonrosadas y gesto risueño machacaba grano en un mortero. La señora Dillon saludó a los pequeños:

—¡Hola, muchachos! ¿Están paseando?

Ninguno de los tres interpretó las palabras, pero sí el gesto amable. El hijo del jefe demandó:

—¡Socoatl!

—¿Chocolate? Pero si ya te dije ayer que no tengo. ¡Es una golosina muy cara! ¿Crees que soy la reina de Inglaterra? Puedo darte más caramelos de arce. No son tan buenos como el chocolate, pero es lo que hay... A ver en esta bolsa... Uf, qué desorden... —Después de revolver bastante, la mujer cogió un puñado de dulces—. Aquí tienen. Algo es algo.

El aroma que emanaba de las golosinas satisfizo a los pedigüños, que continuaron su camino en dirección al lago.

Cuando atravesaban los lindes del campamento, se toparon con dos niños

de edades similares a las de ellos. Sentados en la arena, los pequeños se entretenían haciendo un hoyo con un pedazo de corteza.

—¿Y estos quiénes son? —preguntó Mirlo, atento a las miradas sorprendidas de sus coetáneos.

—Unos bien raros... —señaló Pájaro Gris—. Miren, tienen el pelo blanco y los ojos desteñidos...

—Y usan ropa muy abrigada. ¿Tendrán frío?

—No sé, son extraños... ¿Los llamamos?

—¡Eh! —gritó *Gagakshi*—. ¿Quiéren venir? Iremos a buscar ranas al lago.

Pero los dos pequeños no comprendían algonquian y permanecieron donde estaban.

—¡Por aquí! —volvió a llamar el hijo del cacique, acompañando sus palabras con un ademán—. ¡Vamos al lago!

Dubitativos pero curiosos, los muchachitos se pusieron de pie y siguieron a los tres amigos. No pasó mucho tiempo antes de que los cinco se entendieran, compartiendo el lenguaje universal con el que se relacionan los niños. El grupo se sentó sobre unas piedras y los dulces fueron repartidos entre todos. Pronto olvidaron que unos tenían el cabello del color del maíz, y los otros, negro como el ala del cuervo.

EPÍLOGO

Un año y medio después.

Destinatario:

Sra. Miriam Collins

Academia West Point, Nueva York

Remitente:

Sra. Victoria Wyatt

Fuerte Patterson

22 de enero de 1805

Estimada amiga:

Antes de comenzar esta carta quisiera disculparme por haber tardado en escribirle. Ha sido para mí una enorme alegría recibir noticias tuyas, de su esposo e hija, y le agradezco su cariñosa misiva.

Saber que el teniente Collins (dentro de muy pronto capitán, según asegura mi esposo) ha sido nombrado instructor principal de la Academia militar West Point nos llena de alegría y orgullo. Nadie exhibe mejores

calidades y capacidad que él para asumir tan importante y difícil tarea.

Espero que este nombramiento no haya interrumpido su luna de miel paseando por Boston. Según me han dicho, la ciudad es una belleza. Aun así, Nueva York tiene muchos lugares bonitos para conocer. Yo he vivido allí toda mi vida y creo que usted se sentirá muy bienvenida en su nuevo hogar.

¿Cómo está su pequeña? ¿Ya camina? No me sorprende lo que me comenta respecto de que su esposo es para ella un padre atento y generoso. Celebro que la criatura se sienta feliz y querida. Y echo de menos a la niña, tanto como a usted. Jamás olvidaré los días que pasé en su amable compañía durante mi convalecencia.

Y en relación con esto último, aprecio mucho que se interese por mi estado de salud. Me encuentro bien, aunque algunos días siento mareos y me falta un poco el aire. Aun así, soy capaz de desarrollar mi trabajo en el hospital, a pesar de las quejas de mi marido, que se preocupa cuando me nota algo cansada. Todavía está inquieto por mi bienestar y me sobreprotege un poco. Pero las perspectivas para el futuro son muy alentadoras, pues Lechuza trata mis dolencias con tesón y sigue mis progresos de cerca. Ella afirma que antes de que llegue el verano me habré olvidado de todas las molestias.

Es tiempo de que le comente las noticias que atañen a Patterson y su comunidad. Hemos estado muy ocupados por aquí. Dos semanas atrás llegaron al fuerte veinte reclutas provenientes del fuerte Detroit; muchachos voluntariosos con deseos de transformarse en buenos soldados. La tarea de formarlos recaerá sobre el sargento Merrit, que se ha convertido en la mano derecha del comandante, en ausencia del teniente Collins. Algunos de estos jóvenes llegaron con sus esposas e hijos pequeños, por lo que en poco tiempo nuestra flamante escuela contará con más alumnos (actualmente asisten a clases cuatro niños).

Otra de las novedades que deseo transmitirle es que nos visita la madre de Gran Jim. Ella pasará el verano alojada en un cuarto que le alquila la señora Dillon. La recién llegada es una dama muy agradable y jovial, que se ha adaptado rápidamente a la vida que llevamos aquí. Está tan orgullosa de su hijo que asiste a cada desfile y formación militar en los que él participa.

Si usted se pregunta sobre el aspecto de la gentil señora, imagine al enorme soldado con vestido y cofia... y estará completa la imagen. En mi vida había visto una madre y un hijo que se parecieran tanto, físicamente.

La comunidad de Patterson sigue creciendo. En la primavera se

asentaron tres nuevas familias y también comenzamos a recibir visitas de grupos odawas, miamis y shawnee. También de algunos clanes potawatomi, con los que aún no teníamos relación. A diferencia de lo que sucedía hace un año y medio, el fuerte se encuentra rodeado de tiendas, tanto de nativos como de comerciantes canadienses y franceses. La posta del gobierno se ha desarrollado tanto por esta causa que mi esposo está considerando agrandar la casa del encargado y también el depósito.

Con una de las nuevas familias, de origen irlandés, llegaron dos muchachitos de ocho y diez años. El día de su llegada se sumaron a la pequeña tribu que lidera el autodenominado «gran jefe Cuervo». Los chiquillos tienen el cabello rojo como el fuego. Y es encantador ver pasar siete cabecitas multicolores, yendo y viniendo en busca de aventuras. ¿En qué idioma se comunican?, se preguntará usted. Pues no sabría decirle. Unos aprendieron un poco de inglés y los otros algunas palabras en algonquian. Lo que hablan entre ellos es un misterio para los adultos.

Y ha habido novedades menos felices. Lamento hacerle saber que la señora Smithson falleció pocos días después de que el teniente y usted partieran hacia el norte. La condición pulmonar que la agobiara durante años hizo que no resistiera el húmedo inicio del otoño. Se fue en paz, una madrugada particularmente fría.

Su marido, urgido por darles una madre a sus dos pequeños hijos, contrajo matrimonio con nuestra querida Anna, hace tres meses. Los niños se han encariñado mucho con ella y creo que los esposos ya se han cobrado afecto.

He dejado para las últimas líneas de mi carta una sorpresa: ¿recuerda a la hija del señor Barrymore, aquella preciosa y dulce muchacha admirada por todos? Pues bien, acaba de comprometerse con el soldado Erwing. Son tan diferentes el uno del otro que, extrañamente, hacen buena pareja. A los jóvenes se les nota la felicidad en el rostro, y yo celebro su amor.

Estimada Miriam, debo regresar a mi labor de médica, pues la llegada de tantos vecinos, visitantes y militares ha hecho que el trabajo del hospital sea más intenso que nunca. Tengo la enorme fortuna de contar con la ayuda de mi querida Gladys y la de Ellie, que aprende medicina a pasos agigantados.

La saludo afectuosamente hasta una nueva ocasión y le deseo bienaventuranza a usted y su familia. Transmita mis mejores deseos a su esposo y abrace a la pequeña de mi parte.

*Suya,
Victoria*

P.D.: No sé cómo he podido llegar al final de mi carta sin trasladarle una de las más felices novedades: nuestra querida amiga, la señora Merrit, espera un bebé. Desde que le di la noticia, Andy Dee no se cansa de repetir que durante la gestación se encargará de «amasar» (así lo expresó ella) una criatura mujer. Quiere llamar a la niña como su madre: Mary Daisy Lilly Luanne. Yo espero que la recién nacida resulte lo que ella espera, pues no tiene pensado ponerle un nombre diferente a su retoño en caso de que sea un muchachito. Si la criatura nace varón, y la señora Merrit insiste en llamarlo Mary Daisy Lilly Luanne, deberemos pedirle al chamán de los potawatomi que le asigne un tótem y lo rebautice...

En el momento en que Victoria se disponía a guardar sus útiles de escritura y salir del hospital para tomar un rápido almuerzo, unos golpes sonaron en la puerta.

—Adelante... —invitó ella, limpiando la pluma que su padre le enviara como regalo de cumpleaños.

El comandante apareció, envuelto por una nubecilla de nieve que caracoleó, llenando la entrada de cristales blancos. En el brazo derecho, cargaba una canasta cubierta por un mantel.

—Eres guapo incluso con la cabeza envuelta en piel de castor —le dijo Victoria al recién llegado, recibiendo el recipiente que él le extendía—. Tienes nieve en las cejas y la nariz colorada, pero aun así eres bien parecido.

Wyatt se deshizo de la parka y los guantes que lo protegían del viento helado. Luego sacudió su sombrero en un rincón y extendió los brazos a la mujer que lo miraba, divertida. Ella se arrojó en los brazos del que adoraba, recibiendo su abrazo cálido.

—Te traje el almuerzo —anunció—. Sé que no debí haber hurtado comestibles de la cocina y que luego seré regañado por Gladys..., pero era

por una buena causa.

A continuación, destapó la cesta y comenzó a describir su contenido.

—Aquí tenemos pavo, mostaza y pan. Modesto almuerzo para una gran dama, pero la intención es lo que cuenta.

—Un manjar de los dioses si los como contigo. A ver si hago un hueco por aquí. Debo cerrar el tintero o haremos un desastre...

El comandante colocó el mantel encima del escritorio y dispuso allí los alimentos. Luego se sentó e invitó a Victoria a ubicarse en su regazo.

—¿Cómo va todo afuera? —se interesó ella, abrazando el cuello de su marido—. ¿Se levantó hoy el enviado del presidente? Hace dos semanas que está aquí y sigue indispuerto, pobre hombre. Fui a verlo ayer y me espetó que nunca había sentido tanto frío en toda su vida y que no comprende cómo un ser humano en su sano juicio elige vivir en semejante lugar. Me ha jurado que no abandonará la cama hasta mayo.

Wyatt sonrió, recordando la entrevista que acababa de mantener con el funcionario. El hombre lo había recibido sentado junto al brasero, con un gorro de lana casi cubriéndole los ojos y envuelto de pies a cabeza en una piel de oso. Con las manos acalambradas por el frío, el visitante bebía el té hirviendo que Ellie reponía cada hora.

—Hablé con él, sí. Pero no fue fácil entenderle, ya que el castañeteo de los dientes no le permitía articular bien las palabras. Así que, después de saludarme con un gruñido de descontento, masculló algo que yo no supe interpretar. Incluso llegué a pedirle que lo repitiera, hasta tres veces.

—¿Y al fin pudiste entenderle?

—Pude. El funcionario ha traído novedades que involucran al futuro de nuestra nación. ¿Recuerdas que hace unos días hablábamos sobre Luisiana, aquel territorio que Bonaparte le vendió a los Estados Unidos hace dos años?

—El que limita al oeste con Nueva España...

—Exacto. Pues bien, aquella región continúa desorganizada. Nuestro huésped me explicó que Jefferson considera urgente el emplazamiento de nuevos fuertes militares para defender la frontera, pues no es posible saber si los ingleses volverán a atacar.

—Que es algo en lo que tú vienes pensando desde hace bastante tiempo.

—Así es. Bien, a la altura del estado de Tennessee, el gobierno piensa establecer un fuerte de gran importancia. Desde allí se coordinarán las acciones de todos los que se erijan más adelante y se tomarán las decisiones que atañan a cualquier despliegue militar de cierta magnitud. —Wyatt corrió

un mechón que rozaba la frente de su mujer y la miró a los ojos—: Victoria, la voluntad del presidente es que sea yo quien lleve adelante ese proyecto. Que construya el fuerte desde sus cimientos y que entrene a los soldados que él enviará desde Filadelfia. Y necesito saber cuál es tu opinión respecto de todo esto, pues tenemos la opción de quedarnos aquí. Y yo no haré nada que tú no quieras hacer.

—Pero la petición de Jefferson... —comenzó a decir la mujer. El hombre la interrumpió.

—Jefferson ha hecho una gran excepción en este caso, dándome la posibilidad de aceptar o no su encargo. Es una especie de recompensa, muy inusual, producto de la gratitud que siente por el trabajo realizado en Patterson. Así es que tenemos libertad; lo que tú prefieras estará bien para mí. Podemos quedarnos o partir. No quiero causarte ninguna pena ni alejarte del que consideras tu hogar. Te he entregado mi alma y mi corazón, y mi única prioridad en la vida es que seas feliz.

La joven besó la mejilla de su esposo con ternura. Al separarse de él, sonreía.

—Mi hogar estará donde tú estés, John Wyatt. Tú eres mi hogar. Si decides ir a mitad del desierto, te seguiré. Si quieres vivir en una casa de hielo, allí me encontrarás. Lo único que me importa es despertar a tu lado cada mañana.

El comandante estrechó y besó a su mujer con amor y gratitud, y luego afirmó:

—Nos acompañará Gladys...

—Y Ellie...

—Y no puedo partir sin mi secretario. Stevens vendrá con nosotros.

—Entonces, también deberá acompañarnos Gran Jim. Stevens le está enseñando a leer, y él no debe dejar sus lecciones inconclusas —dijo ella—. ¿Construiremos un hospital bonito?

—Y enorme, con diferentes salas, para que las uses en lo que decidas.

Victoria permaneció en silencio un instante y el comandante le leyó el pensamiento. Hablar sin palabras ya era usual entre ellos.

—Se asignará un nuevo médico a Patterson. Será enviado desde el fuerte Detroit, para que se haga cargo de tus pacientes —señaló Wyatt—. Estarán en buenas manos, ya verás. Te prometo que conseguiré el mejor doctor disponible. Y sabes que cumplo todas mis promesas...

—Claro que lo sé, amor mío. Y te lo agradezco mucho... Estas personas son muy importantes para mí. ¿Cuándo partiremos hacia el sur?

—Quisiera salir antes de que finalice el invierno, pero la nieve no lo hará posible. Creo que deberemos viajar a finales de marzo o comienzos de abril. ¿Sabes? En Luisiana hace mucho calor y la humedad es elevada. Dicen que los mosquitos del pantano son grandes como dragones...

—Gladys los domesticará, no tengo duda. Y ya que tú dirigirás la construcción del fuerte, quizá podamos tener una habitación más grande, para dormir en una cama matrimonial y no en la pequeña que utilizamos ahora.

—¿Qué dices? ¡Por supuesto que no! Mandaré construir un cuarto tan diminuto para nosotros que apenas cabrá un camastro muy angosto. Allí descansaremos tú y yo cada noche.

Victoria apoyó la mejilla en la de su esposo, ajustó los brazos en torno a su cuello y, una vez más, agradeció a la vida poder estar a su lado. Reconfortado por el dulce mensaje que le transmitía el cuerpo de su mujer, el comandante elevó el rostro para besarla y susurrarle palabras de amor al oído.

En aquel momento, pletórico de felicidad y esperanza en el futuro, los Wyatt no pudieron anticipar la magnitud de la gesta en la que estaban a punto de embarcarse. El largo viaje que tenían por delante los conduciría a una tierra vasta, salvaje e inexplorada, muy diferente al área de los grandes lagos. Luisiana y sus pantanos estaban lejos de todo lo que habían llegado a amar.

Cuando los primeros brotes colorearan la pradera, ellos deberían dejar atrás su hogar y a todos los que querían, para internarse en lo desconocido. Y ese enorme desafío, que otras personas asumirían como una pesada carga, representaba para los esposos una maravillosa aventura; otra historia de corazones valientes que, algún día, alguien relatará.

ACERCA DE LA AUTORA

Alexandra Martin Fynn es escritora, autora de las novelas *De Inglaterra a Virginia* (obra que resultó finalista en el VI Premio Vergara-RNR), *Pintar en las sombras* y *Las brumas de la memoria*, libros publicados por la editorial Penguin Random House.

Antes de dedicarse exclusivamente a la literatura, se desempeñó como profesora universitaria e investigadora en ciencias sociales. Su labor académica la llevó a radicarse en diferentes ciudades, entre ellas, Chicago. Allí obtuvo su inspiración para escribir *Amanece en el fuerte Patterson*.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

De Inglaterra a Virginia

Novela finalista en el VI Premio Vergara - RNR
Ediciones B Penguin Random House



Pintar en las sombras

Ediciones B Penguin Random House



Las brumas de la memoria
Ediciones B Penguin Random House



www.simionema.com

info@simionema.com